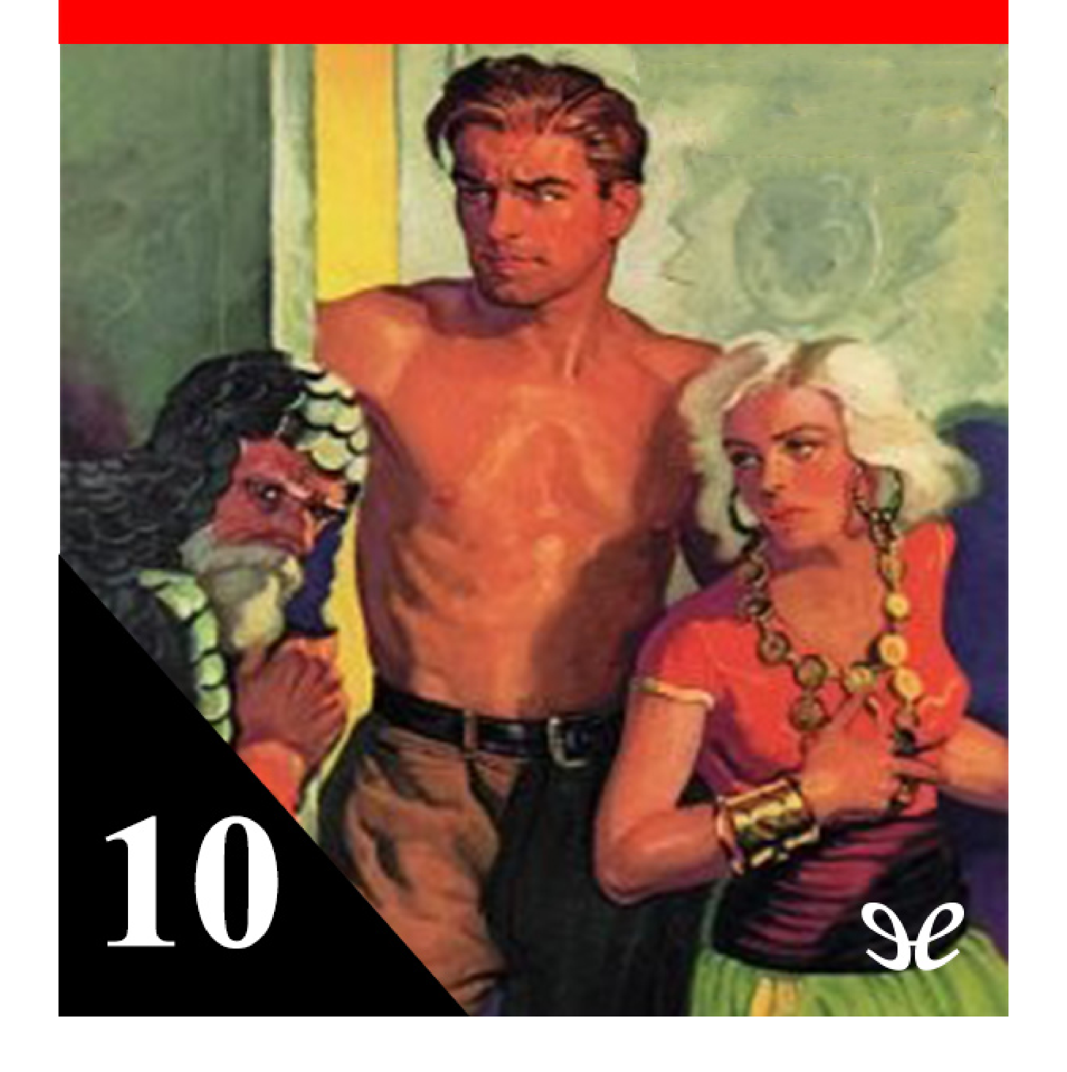
DOC SAVAGE

Kenneth Robeson

La ciudad fantasma



Ladrones árabes liderados por el diabólico e inteligente Mohallet, establecen una trampa detrás de otra para Doc Savage y su poderoso equipo. Solo «Doc», con sus sobrehumanos poderes mentales y físicos, podría haber soportado esta increíble prueba de resistencia que le llevó por el desierto implacable de Rub' Al Khali y su Ciudad fantasma, a una lucha a muerte contra el último de una prehistórica y salvaje raza de animales de pelo blanco.



Kenneth Robeson

La ciudad fantasma

Doc Savage - 10

ePub r1.0
Titivillus 15.04.15

Título original: *The Phantom city*
Kenneth Robeson, 1933
Traducción: Antonio Guardiola
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



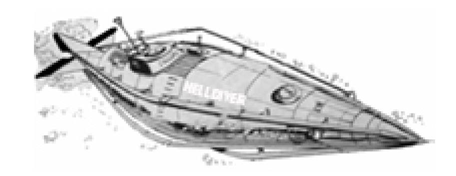
Nota del editor digital

«Kenneth Robeson» es el seudónimo de **Lester Dent**, utilizado por «Street & Smith Publications» para la publicación de la serie *Doc Savage*. Al igual que Lester Dent, muchos otros autores publicaron sus novelas *pulp* (género literario de la primera treintena del siglo XX), bajo este seudónimo.



DOC SAVAGE

I
En busca del submarino



Nueva York es una gran urbe cosmopolita. Individuos de todas las razas se ven constantemente en sus calles.

De aquí que cuatro hombres de tez muy morena, que descendían por la Quinta Avenida, no atrajeran la atención de nadie.

Los cuatro caminaban muy juntos. Sus ojos miraban, alerta y desconfiadamente, a uno y otro lado de la hermosa avenida. Iban nerviosos.

Pero a los extranjeros procedentes de lejanos países y asustados a la vista de los inmensos rascacielos y de las calles anchas y obscuras, como cañones de montaña, les ocurre a menudo esto.

Y su gran excitación atraía más de una mirada y alguna que otra sonrisa divertida de los transeúntes.

Pero aquellas miradas y aquellas sonrisitas burlonas de las gentes que se cruzaban con ellos se habrían trocado en miradas torvas y en gestos de estupor si se hubiera conocido la verdadera personalidad de aquellos cuatro hombres.

Porque los cuatro eran asesinos y *gangsters* tan peligrosos y terribles como jamás pudieran verse en las calles y avenidas de Nueva York.

Iban a realizar una misión… una misión que, de haber sido siquiera adivinada por la policía, habría llenado estas calles y avenidas de bocinazos y rumores de los autos de las divisiones neoyorquinas.

La posición erguida, ligeramente echada hacia atrás de los cuatro personajes, era debida a sendas espadas planas que, metidas en sus fundas de cuero, llevaba cada uno de ellos fuertemente atada en la espalda, paralela a la espina dorsal.

Y todos llevaban, perfectamente disimuladas entre sus ropas, pistolas automáticas, de cañón corto y puntiagudo.

Aún no hacía una hora que las puntas de las cuatro espadas y también las balas que iban en los cargadores de las armas de fuego habían sido envenenadas.

Los cuatro hombres torcieron por una calle lateral, llegaron ante un portal oscuro y se detuvieron allí.

La entrada era sucia, y el marco aparecía arañado, roído y roto por mil sitios, como indicando que por la puerta, que debía ser de algún almacén, se entraban y sacaban mercancías y cajas pesadas.

Una gran caja de embalaje, evidentemente vacía, estaba olvidada junto a la acera, en la oscuridad.

De pronto, de la gran caja vacía saltó una voz humana, diciendo:

—¡Daos prisa!… Escondeos ahí… Nuestro enemigo puede aparecer de un momento a otro.

El cuarteto se acercó al gran cajón, con objeto sin duda de esconderse en él, aunque tuvieran que entrar a viva fuerza.

Pero el hombre que estaba escondido en el cajón les gritó, en tono exasperado:

—¡Aquí no, hijos de camellos, aquí no!… Ahí, en el portal ese… Y será mejor que yo permanezca escondido aquí todo el tiempo, no apareciendo en ningún momento. Por eso, vosotros no vayáis a traicionar o delatar mi presencia aquí con vuestras miradas o con cualquier tontería. ¿*Anta sami*? ¿Habéis oído?

En un árabe gutural, los cuatro dijeron en voz baja que comprendían.

Seguidamente se escondieron y disimularon en el portal, sumidos en las sombras.

Después, cada cual extrajo, por detrás y por debajo de su americana, las largas espadas planas. Las vainas eran lo suficientemente fuertes para mantener las espadas rígidas, y así podían ser sacadas con comodidad, hacia abajo, por los que las llevaban encima.

—¡Idiotas! —susurró en voz baja su jefe, desde su escondite del

cajón—; volved a enfundar las espadas. ¡No hay que matar a nadie mientras no hayamos conseguido la información y los datos que necesitamos!

—Pero ¿vendrá pronto? —preguntó uno de los hombres, en árabe.

—¡En cualquier momento puede llegar! —repuso el que estaba escondido en el cajón—. Vosotros vigilad la calle de la izquierda, hijos míos.

—Pero ¿cómo sabremos que es él?

—¡Oh, es un hombre gigantesco! ¡*Wallah*! Es tal vez el hombre más alto que hayáis visto en vuestra vida. Y su cuerpo es de un color y apariencia de dureza que recuerda el de un metal… el bronce. ¡Un gigante de bronce!

—Es una calle oscura y muy sucia, pues huele muy mal —dijo uno de ellos.

—¿Estás seguro que vendrá por aquí?

—¡Mirad: fijaos precisamente en medio de la calle hay una gran puerta de hierro! ¿Lo veis? Pues bien: al otro lado de esa puerta hay un gran garaje, donde el hombre de bronce guarda muchos autos. En esta calle hay la dirección única, de modo que ese hombre tiene que venir por fuerza por la izquierda.

Los cuatro hombres miraron ahora a la inmensa puerta de hierro al otro lado de la calle. Y por primera vez se dieron cuenta de la altura colosal del edificio donde estaba aquella y que parecía sepultarse en las nubes.

Era un edificio gigantesco, hecho de acero y ladrillo, pintado de gris.

Tendría seguramente casi cien pisos.

—Pero ¿el hombre de bronce vive aquí?

—En el piso 86 —repuso el hombre escondido en la caja.

—¡*Wallah*! Entonces ese individuo debe tener una salud magnífica para vivir en semejante sitio.

—¡Es extraordinario este hombre de bronce! Un ser misterioso, acerca del que cuentan mil historias fantásticas. Su nombre es familiar a todos los habitantes de la gran urbe; los periódicos relatan casos y detalles curiosos acerca de él; y, sin embargo, resulta casi un ser legendario, ya que no se muestra apenas en público ni busca la popularidad.

—Pero ¿ese hombre… tiene en realidad lo que nosotros necesitamos?

—Sí, lo tiene. Nosotros solo tenemos que descubrir dónde lo guarda. Esa es vuestra misión precisamente.

Sentados en cuclillas, semejantes a cuatro pájaros nocturnos de presa, el cuarteto se quedó mirando fijamente a la izquierda de la calle en sombras.

—¿Habéis averiguado algo acerca de la mujer rubia esa que se escapó? —preguntó el del cajón.

—¡Ni rastro, oh amo! Pero nuestros camaradas están haciendo pesquisas por todas partes.

—¡*Talvib Malih*!… ¡Muy bien! Es preciso que se la coja y se la lleve de nuevo a mi yate.

—Ya es una cosa buena que nadie en esta ciudad pueda entender la lengua que ella habla —dijo uno de los hombres, pensativamente—. ¡Solamente tú, oh, lumbrera y querido amo!, eres capaz de comprenderla. Y eso que tú mismo, a pesar de tu gran cultura, tardaste muchos días en aprender unas cuantas palabras de su lengua.

—¡Vigilad la calle! —murmuró el del cajón, en tono bajo y colérico—. Tened prontas vuestras pistolas. Pero no hagáis uso de ellas como no sea en caso de lucha y necesidad de defenderos.

Uno de los cuatro camaradas murmuró:

—La muchacha esa, podría, ser asesinada, y…

—¡Imbécil! ¡Quizá, la necesitaremos para que nos guíe hacia la ciudad fantasma esa! Es preciso que la conservemos viva y desarmada. Fijaos bien en esto: si a esa muchacha le tocáis uno de los cabellos rubios de su cabeza, ¡qué Alá proteja al responsable!

Los cuatro que estaban sentados en cuclillas dirigieron miradas inquietas al cajón, como si ocultara a un verdadero monstruo, a un monstruo peligroso.

Todos temían a su amo y jefe.

Y uno de ellos se atrevió a preguntar, en voz baja:

—¿El hombre de bronce, al que estamos esperando… es el mismo individuo que nos ha hecho cruzar el Océano para encontrarle?

—¡El mismo! —repuso la voz del hombre escondido en el cajón —. ¡Ese hombre es… Doc Savage!

Dos manzanas más allá, una limosina apareció, girando hacia la izquierda.

Era un auto grande, de lujo, pintado de color oscuro. No tenía el carruaje nada llamativo ni de mal gusto. Los cristales estaban todos subidos y cerrados.

El policía de guardia en la esquina miró la placa de la matrícula.

Inmediatamente se cuadró militarmente. En Nueva York las matrículas bajas indican que el coche pertenece a algún personaje influyente, y la matrícula de este no tenía más que una sola cifra.

El policía lanzó una mirada oblicua y soslayada, para ver quién era, el ocupante de la *limosine*. Enseguida sonrió de un modo obsequioso, al tiempo que hacía un vivo saludo militar.

Varios transeúntes que miraron por casualidad y vieron la escena, se quedaron boquiabiertos. Todos ellos reconocieron instantáneamente al ocupante de la *limosine*.

En la esquina inmediata, un hombre muy grueso se detuvo para dejar paso al automóvil. Y pudo ver perfectamente al que iba en el volante.

Y su sorpresa fue tanta que casi dejó caer un paquete grande que llevaba en la mano.

—¡Diablo! —exclamó, en el colmo del asombro.

Un golfillo vendedor de periódicos, que había presenciado el incidente, se acercó viva y solícitamente al grueso personaje, ofreciéndole un diario de la tarde, al tiempo que decía:

—¿Quiere usted leer algo acerca de ese individuo, señor? ¡Pues compre usted un número del *Evening Comet*! ¡Viene una historia magnífica acerca de él! Da todos los detalles de la última hazaña de ese individuo, que ha sido librar a una ciudad industriosa de un *gang* que la tenía aterrorizada.

—Pero ¿quién es ese hombre?

El chicuelo pareció disgustado al oír estas palabras, y repuso:

—¡Señor, yo creía que todo el mundo conocía en Nueva York, a ese hombre!

Pues sí, ese señor fue a Prosper City con sus cinco ayudantes y vencieron enseguida a un *gang* que había asesinado a no sé cuántas personas. ¡Es una cosa que hace siempre ese hombre: ayuda a las gentes que lo necesitan, y castiga a los bandidos y a los malvados! ¡Esa es su profesión!

El grueso personaje parpadeó dos o tres veces y luego preguntó:

—¿Ese hombre… era Doc Savage, acaso?

—¡Usted lo ha dicho!

La limosina, mientras tanto, avanzó dos manzanas de casas y volvió hacia la izquierda, penetrando en la callecita estrecha y oscura donde estaba el enorme rascacielos donde Doc Savage tenía sus habitaciones.

Se acercaba hacia el sitio donde los hombres aquellos, de rostro bronceado estaban escondidos y al acecho.

—¡*Talai*! —murmuró en tono de susurro uno de los individuos morenos del cuarteto—. ¡Ya viene!

Los cuatro se precipitaron hacia la calle, y, formando abanico, avanzaron vivamente hacia la limosina. En sus manos llevaban sendas pistolas automáticas.

—¡*Wallah*! —susurró uno de ellos—. ¡Verdaderamente este hombre tiene un aspecto asombroso y extraño!

A la tenue claridad de uno de los focos, los cuatro personajes podían distinguir al único ocupante del coche, que iba al volante. Los rasgos del rostro de este hombre eran muy notables, tanto que eso justificaba cómo el grueso personaje que había visto momentos antes cruzar la limosina, habíase sentido como aterrado y asombrado al ver al misterioso ocupante del auto.

El rostro, el busto entero del conductor del coche, parecía tallado en bronce.

En el cuello y las manos se veían tendones enormes, que parecían cables metálicos en reposo.

El color bronce del cabello era algo más oscuro que el bronce de la piel.

El cabello estaba rígido y pulido, semejante a una capa metálica. Y la alta y extraña frente, las mejillas delgadas y atravesadas por gruesos tendones, la boca de gesto firme y muscular, delataban un carácter de hierro.

Lo más notable de todo eran los ojos, de todos modos. Unos ojos que semejaban lagos de oro fundido, relucientes a la vaga luz. Su mirada parecía poseer una rara cualidad hipnótica, una intensidad extraña, maravillosa.

—¡Arriba las manos! —gritó uno de los árabes, en perfecto inglés.

Doc Savage examinó a los cuatro hombres que le salían al paso. Sus facciones de bronce no cambiaron de expresión. El cuarteto podía haber sido pintado o pertenecer a una pantalla de cine, a juzgar por la serenidad conque que Doc les contemplaba.

Sus manos permanecieron fijas en el volante del coche.

El cuerpo de la limosina estaba acorazado de acero, aunque esto no se podía observar a simple vista. Los cristales de las ventanillas eran gruesos, de una pulgada, y del último modelo, a prueba de bala. Habría sido necesario un proyectil de rifle potente para atravesarlos.

Doc Savage murmuró ahora para sí, en voz muy baja y sin mover los labios siquiera:

—¡Cuatro hombres!… ¡Me parecen árabes!… ¡Y han salido de un portal, esgrimiendo sendas pistolas automáticas!…

El cuarteto de hombres morenos no pudo ver siquiera el más leve movimiento en los labios de Doc Savage.

No oyeron tampoco palabra alguna. El interior de la limosina estaba construido también a prueba contra cualquier sonido normal exterior.

—¡*Anta sami*! —gritó otra vez el mismo árabe que había hablado antes—. ¿No ha oído usted? ¡Que levante las manos!

Doc continuó diciendo para sí y sin mover tampoco ahora los labios:

—¡Estos hombres son extranjeros a todas luces!… Me parece que lo mejor que puedo hacer es hacerles el juego y descubrir de este modo sus propósitos… Y quien sabe si estas gentes cubrirán en realidad nuestros movimientos sí pretenden realizar alguna hazaña.

De nuevo los árabes no pudieron percibir palabra alguna de su enemigo.

De haber podido oírlas habríanse sentido intrigados por el breve comentario de Doc Savage. Pero es difícil que hubieran comprendido el sentido de aquellas palabras.

Inclinándose un tanto hacia un lado, Doc Savage descorrió la llave de una portezuela del coche y se dispuso a echar píe a tierra.

—¡*La*! —gritó uno de los árabes—. ¡No!… ¡No se mueva!

Y diciendo esto, penetró en el carruaje instalándose a su antojo en el asiento delantero, junto con la pistola pronta. Los otros tres treparon por detrás.

Los árabes no se dieron cuenta de que el coche iba acorazado de acero ni que los vidrios eran a prueba de balas. Y mucho menos sospecharon que la rendición del hombre de bronce era una cosa deliberada y decidida de antemano por Savage. Así, se mostraban jubilosos.

—¡Hable sin mentir y conteste a nuestras preguntas lealmente y no le haremos nada! —dijo uno de los asaltantes.

—¿*Shu biddak*? —preguntó Doc Savage, en correcto árabe—. ¿Qué quieren ustedes?

—¿Cómo? ¿Habla usted nuestro idioma?

—Un poco… —repuso Doc, modestamente.

Pero la verdad era, que hablaba a la perfección el dialecto árabe que se hablaba en la parte de Arabia de donde eran oriundos estos hombres, o sea las costas meridionales de la península. Y Doc podía haber añadido también que tenía conocimiento de los otros dialectos que se hablaban en las diferentes partes de Arabia.

Este detalle del idioma era en realidad la primera prueba que los asaltantes tenían de los notables conocimientos del hombre de bronce.

Porque hay que añadir que el gigante de hierro tenía una mente verdaderamente maravillosa. Y el hecho de que Doc pudiera sostener una conversación con toda soltura en la mayoría de los idiomas del Globo, no era sino una de las manifestaciones de su fantástica habilidad, de su talento inmenso.

—Usted tiene un submarino —dijo ahora uno de los árabes—. Un submarino con el que usted consiguió ir bajo el hielo hasta el Polo Norte, ¿no es eso?

—En efecto —admitió Doc, contestando en árabe.

El árabe que había hablado se llevó una mano a la espalda, se curvó y extrajo su larga espada plana.

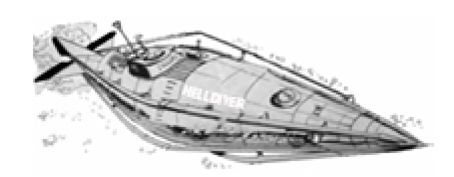
Seguidamente añadió, señalando la punta del arma:

—¡Pues bien! ¡Necesitamos ese submarino!…

Puso la punta de la espada contra el pecho de Doc Savage y apretó ligeramente. El filo agudo del arma cortó algunos hilos del chaleco de Savage. Y el árabe añadió todavía, en tono amenazador y rotundo:

—¡Y usted nos va a llevar ahora mismo al sitio donde está el submarino!

II
La muchacha rubia



Doc examinó el arma con que le amenazaba su enemigo. El filo era fino, con una breve ranura, como el de una navaja de afeitar, cerca del borde mismo, se veían unas ligeras estrías, semejantes a las arrugas o las estrías de una lima. Estas estrías contenían seguramente un veneno muy activo.

—¿Y para qué quieren ustedes el submarino? —preguntó al fin Doc Savage.

—¡Eso es cuenta nuestra!

Doc Savage no se asombró de la respuesta; era la que esperaba.

Entonces preguntó:

—Y si yo me niego a llevarles a ustedes adonde está el submarino, ¿qué ocurriría?

—¡Muy sencillo! —repuso el árabe que le amenazaba con la espada, dando un ligero golpecito sobre esta—. ¡Le hundiría esta espada en el pecho! ¡Y apenas hubiera penetrado un centímetro la punta, moriría instantáneamente!

—En ese caso, no puedo escoger —dijo Doc seca y brevemente —. ¿Quieren ustedes que les guíe yo mismo hasta el embarcadero donde están las barcas?

No es muy lejos.

—Preferimos ir andando —repuso el árabe—. Nosotros no conocemos la ciudad, y usted podría llevarnos en el coche a la estación de policía más próxima.

Todos echaron pie a tierra. Uno de los árabes palpó vivamente las ropas de Doc, convenciéndose de que no llevaba encima arma alguna. Esto pareció causarle una gran satisfacción.

—¡*Inishi*! —gruñó en tono de mando—. ¡Adelante!

Se pusieron en marcha, en dirección Oeste, acercándose a la orilla del Hudson. Iban lentamente, para no llamar la atención de nadie, como si fueran transeúntes que deambulaban al azar.

En la calle obscura y solitaria donde había ocurrido el asalto, no se había visto en ningún momento rastro alguno del individuo que había dado sus órdenes a los árabes, es decir, el individuo aquel que estaba escondido en el cajón. Había permanecido todo el tiempo escondido perfectamente.

Los cuerpos de los árabes humeaban ligeramente, despidiendo un tufillo hediondo. Tenían necesidad de un baño.

Aquí, en esta parte ya muy oscura de las calles que iban atravesando, y donde se cruzaban con rarísimos transeúntes, los árabes llevaban las pistolas en la mano.

—¡*Wallah*! —dijo uno de ellos, de pronto—. ¿Está muy lejos todavía?

—No, no —repuso Doc Savage—. ¡Es allí!

Y apuntó a cierto sitio, algo delante de ellos.

Pronto se encontraron ante una serie de muelles y barracones. Los edificios parecían enormes cajas de cerillas, y entre estos se veían, aquí y allá, secciones del muelle que no estaban cubiertas.

En un almacén, que surgió pronto ante los cinco hombres, se veía un gran letrero que decía:

«HIDALGO Y COMPAÑÍA»

A unos doscientos pies más cerca, se veía una sección del muelle descubierta, atestada de sacos y canastas, con varias grúas mecánicas y cobertizos llenos de herramientas.

Doc se dirigió directamente a esta parte del muelle. Penetraron entre los montones de canastas y de otras mercancías, y luego atravesaron una verdadera calle formada por latas de gasolina. Las tablas del suelo, estaban grasientas, pegajosas, a fuerza de estar empapadas de aceites y grasas.

La oscuridad por aquí era muy densa. Los hombres no se veían unos a otros.

Dos pistolas iban apoyadas contra la espalda de Doc Savage.

Este, aligerando el paso consiguió apartarse de las pistolas.

Uno de los árabes ordenó rudamente:

—¡*Inashi ala mahi*!… ¡Vaya más despacio!

Un instante después, las pistolas de los dos árabes se apoyaban de nuevo contra las ropas de su enemigo.

—¡Siga! —ordenó uno de los árabes, al ver que el que les guiaba se había parado en seco.

Nadie contestó.

Entonces el árabe, lanzando una maldición, sacó una cerilla, y la encendió, frotándola contra sus pantalones.

—¡*Wallah*! —exclamó en el colmo del asombro.

En lugar del cuerpo de Doc Savage… tenían ante ellos y estaban apuntándolo con sus pistolas un fardo cubierto de arpillera.

Los cuatro árabes empezaron a mascullar maldiciones a coro en su idioma.

—¡El hijo de camello! —rugió uno de los que iban en la retaguardia—. ¡Vosotros tenéis la culpa, por haberle dejado escapar!… ¡Se ha escabullido en la oscuridad!… Y aquí no hay submarino alguno… ¡oh!…

Sin que se hubiera oído el más leve ruido, unas manos de hierro sujetaron de pronto al árabe por los codos. El árabe lanzó un grito de agonía.

Tuvo la sensación de que le hubieran cortado de golpe los brazos, a la altura de los codos. El dolor fue tan intenso que sus manos se abrieron por completo, y la pistola fue rebotando sobre las tablas aceitosas del muelle.

Enseguida sintió un terrible tirón en la espalda. Sus vestidos se rasgaron, y lar correas crujieron al romperse; la espada envenenada saltó de su espina dorsal, con vaina y todo.

Y el árabe se vio levantado en el aire, como si fuera una pluma, y lanzado hacia adelante con la fuerza de una catapulta. No cayó de cabeza, sino de lado, yendo a chocar contra dos de sus compañeros; y los tres cayeron formando un terrible revoltijo, contra el fardo de arpillera.

El árabe que sostenía la cerilla dio un salto, para apartarse, y al brincar se apagó la cerilla.

Entonces sacó su pistola, pero no disparó.

Su emoción no le impedía comprender que el ruido del disparo habría hecho acudir a la policía. Furiosamente, echó mano a su espada.

Pero en aquel momento, unas garras feroces de acero, le asieron por los tobillos.

Se vio levantado en el aire con la misma ligereza y la misma facilidad que si hubiera sido un conejo; y cayó de cabeza pesadamente al suelo.

Entonces se vio arrastrado por el muelle, chocando su cabeza, contra las duras tablas sucias, lo que le causaba agudos dolores. Y acabó por quedar casi inerte, medio muerto.

Mientras tanto, los tres árabes que habían caído en montón, se esforzaban en ponerse en pie, agitándose locamente.

Pero, de repente, la obscuridad que les rodeaba, pareció vomitar una lluvia de puñetazos propinados por puños de bronce.

Unos dedos metálicos, buscaron ciertas partes sensibles de sus cuerpos, tocando ligeramente nervios y músculos, centros nerviosos, y produciendo parálisis fulminantes en ciertos sitios y dolores insoportables.

—¡Por Alá! —rugió uno de los árabes—. ¡No es un ser humano… no es un ser de carne y hueso!

Los tres se encontraron sin pistolas. Los sables saltaron también de sus escondites, mientras unos dedos invisibles descosían o rasgaban brutalmente ropas y correas. Y las armas fueron silbando por los aires, a caer en el río.

Uno de los árabes intentó emprender la huída, corriendo por entre las pilas de fardos como un loco.

Ya había avanzado varios metros y empezaba a considerarse, a salvo, cuando se sintió cogido rudísimamente por un puño de hierro que se cerró sobre su pecho.

Los pulmones del infeliz se vaciaron de aire, bajo la presión de un brazo de hierro que se había rodeado a su pecho.

Y el aire, al salir de aquellos pulmones estrujados, produjo un ruido semejante del agua de un cubo que se vierte de golpe.

Las costillas crujieron, aplastadas.

—¡Oh, Alá, me muero! —rugió el desdichado, penosamente.

Pero se equivocaba.

Sus costillas no se rompieron en total aunque dos o tres

quedaron fracturadas. Doc Savage, que tenía un profundo conocimiento de la anatomía humana, sabía hasta qué grado podía apretar sin producir la muerte.

Doc llevó luego a su víctima junto a los otros tres. El que había sido arrojado de cabeza contra sus dos compañeros, pataleaba empezando a volver en sí. Los otros estaban demasiado aturdidos para moverse siquiera.

Bruscamente, Doc Savage empujó a sus tres enemigos contra el montón de fardos. Luego esperó a que volvieran en sí.

***

Al despertar, el cuarteto de árabes intentó luchar de nuevo contra Doc; pero este, con unos cuantos puñetazos de sus manos de hierro, les hacía retroceder y los tenía a raya por completo. Los árabes caían contra los fardos, temblando de dolor y de miedo, y quedaban luego retorciéndose sobre aquellos tablones sucios y aceitosos del muelle.

Miraban al gigante de bronce, como si fuera algún titán increíble y de otro mundo. Los árabes eran cuatro, todos ellos endurecidos en la pelea.

Y, sin embargo, todos sus esfuerzos habían resultado vanos, mezquino, como el esfuerzo de niños que pretenden vencer a un gigante.

Este hombre gigantesco de bronce era algo nuevo e incomprensible en la vida de los cuatro árabes.

Doc sacó de un bolsillo una pequeña linterna eléctrica. Apretó el botón, haciendo salir una ancha manga de luz en forma de abanico.

Enseguida dejó la linterna en el suelo. La luz cayó sobre los cuatro prisioneros de Savage, mientras este quedaba envuelto en una leve semisombra.

Los cuatro árabes seguían mirando fijamente a Doc.

Poco a poco, las miradas de los cuatro enemigos, quedaron fijas en los extraños ojos de oro de Doc, como prendidas de aquellas pupilas fascinantes.

—¡*Wallah*! —repitió uno en su anterior exclamación de asombro —. ¡Este hombre no es un ser normal y humano, sino un espíritu de otro mundo!

El rostro de Doc no cambió su expresión ahora. Sus labios no se movieron.

Esperaba, seguro de que cuanto más pensaran sus enemigos en la lucha reciente, tanto más se sentirían invadidos por el terror y el pánico.

De pronto, como si surgiera del seno de la noche y las tinieblas, se empezó a oír un sonido extraño y terrible.

Era una nota que hacia estremecer, baja y grave, como el graznido de aquel pavoroso pajarraco de la jungla, o el gemido del viento en la arboleda desnuda de un bosque en invierno.

Tenía cierta melodía, aunque crecía y disminuía luego de volumen y de intensidad, sin orden ni concierto. No era un silbido, y mucho menos parecía el sonido gutural que es capaz de producir una garganta humana.

Probablemente, ninguno de los cuatro árabes llegó a sospechar siquiera que el extraño y pavoroso ruido lo producía Doc Savage. No podían adivinar que esta facultad de producir tal sonido, era una de las muchas habilidades maravillosas del hombre de bronce, y que este emitía este ruido en sus momentos de concentración y de reflexión profunda.

Doc lo lanzaba cuando quedaba pensativo o cuando le amenazaba algún peligro. A veces lo emitía cuando se preparaba a poner en ejecución un plan cualquiera o iba a entrar en acción de un modo súbito.

Y precisamente en este instante, Doc Savage se estaba, preguntando cuál podía ser el motivo por el que los cuatro árabes necesitaban el submarino con el que él y sus compañeros habían logrado llegar al Polo Norte.

Entonces, una voz ronca, muy grave, casi ultraterrena y que parecía salir de la obscuridad bajando de la bóveda negra del cielo, preguntó:

—¿Para qué buscan ustedes y necesitan el submarino?

Era evidente que los árabes no conocían el arte de los ventrílocuos ni lo habían visto nunca, al menos con la perfección y la maravillosa habilidad con que lo practicaba Doc Savage.

Ninguno de ellos contestó.

—¿Qué uso piensan ustedes dar al submarino? —repitió la voz misteriosa.

El cuarteto de hombres morenos no contestó esta vez tampoco.

En cambio, su miedo, su pánico aumentaron. Observándoles atentamente, Doc llegó a la convicción de que podría aterrarles hasta tal punto que les obligaría a emprender la huida. Era cuestión de tiempo.

Porque, a semejanza de lo que ocurre a todos los salvajes, los árabes eran fáciles de aterrar por cualquier cosa que no comprendían.

Pero el interrogatorio tuvo un final súbito e inesperado.

Doc oyó, de pronto por el aire, un breve e inquietante ruidito y de silbido de algo que pasara junto a él.

Y en el fardo que tenía ante él, se abrió enseguida un pequeño agujero, como causado por una bala.

El hombre de bronce, de un brinco, se echó atrás, saliéndose del radio de resplandor que esparcía la linterna. Doc sabía que el más perfecto y mejor de los aparatos silenciosos de las armas de fuego, no podía evitar cierto ruido leve al dispararse el arma.

Apenas si a sus espaldas se había podido escuchar un leve rumor. Sin embargo, el proyectil que había venido a fundirse en el fardo, llevaba la velocidad de una bala disparada por un rifle.

Los ojos de oro de Doc giraban ahora, alerta y desconfiadamente, intentando perforar las tinieblas.

El arma misteriosa que había disparado aquel proyectil, era algo nuevo y desconocido para Savage.

¡Ssssss…!

El breve y terrible silbido se repitió de nuevo, pasando esta vez la bala a la derecha de Doc Savage.

¡Sí; era indudable que el leve rumor, había sido causado por una bala al cruzar el aire!

El proyectil fue a chocar contra el pilar de hierro de una grúa elevadora, produciendo un ruido seco, y luego se perdió en las sombras rebotando en otros objetos.

—¡*Wallah*! —exclamó ahora uno de los árabes en tono de asombro jubiloso.

Y todos se pusieron en pie, con aire decidido y radiante.

Doc Savage, protegido ahora por un montón de canastas enormes, ordenó con voz fuerte de ventrílocuo:

—¡*Inda*!… ¡No se muevan!…

Los cuatro árabes, volvieron a echarse al suelo, sentándose otra vez en cuclillas.

Casi en el mismo instante, otro proyectil vino zumbando levemente a clavarse en una de las canastas. Era evidente que había sido disparado en dirección al sitio de donde salía la voz de Doc.

Deslizándose silenciosamente hacia atrás Doc Savage encontró pronto una verdadera montaña de pipas y tonelillos de petróleo y gasolina.

Con una habilidad y un silencio de felino, Savage se encaramó arriba. Al moverse, procuraba no apoyarse ni poner los pies más que en el borde mismo de las pipas, temeroso de que la cubierta metálica de las mismas le delatara con un ruido inoportuno de tambor al ser pisado.

Se dirigió casi al otro extremo del muelle, y allí cambió de dirección, yendo hacia la parte de tierra.

Pasaba por encima de maromas y cuerdas enormes, de cadenas colosales, de grúas, de maquinaria, sin producir el más leve ruido que pudiera delatarle.

Un transeúnte que se hubiera cruzado junto a él, no habría podido descubrirle.

Como los cuatro árabes no habían oído ni se habían apercibido de la marcha de Doc Savage, continuaban sentados en cuclillas, inmóviles, no atreviéndose a emprender la huida.

Al llegar cerca de la orilla del muelle, Doc Savage se detuvo un momento para escuchar.

El oído de Doc, estaba en armonía con la agudeza maravillosa de sus otros sentidos y facultades. Desde niño, había afinado su oído, sometiéndolo, como sus otros sentidos, a una serie de ejercicios diarios, que le llevaban dos horas cada mañana.

Pero, por fino y agudo que fuera su oído, le había sido imposible descubrir de dónde habían partido aquellos proyectiles.

Una cosa era indudable: que debían haber sido disparados desde cerca.

De pronto se puso más en guardia.

Acababa de descubrir algo que se movía cerca de él. Fue el levísimo ruido que produce una tela al rozar contra un metal mohoso, contra un hierro cubierto de orín.

Entonces se dirigió lenta, y cautelosamente hacia el sitio de

donde había salido el leve ruido, arrastrándose sobre las tablas sucias y pringosas.

Del sitio donde terminaba el muelle, junto al río, llegaron de pronto murmullos y gritos, maldiciones, y luego un arrastramiento de pies.

Los cuatro árabes habían sacado fuerzas de flaqueza y se habían decidido a huir.

Al oír aquel ruido, el espía que andaba por los alrededores de Doc, se dirigió también hacia la parte de la orilla. El barro pegajoso chirrió bajo unos pies que avanzaban lentamente.

Doc Savage se precipitó hacia adelante con un salto prodigioso. Al mismo tiempo que sus manos tropezaron con una tela, sus dedos de acero se cerraron sobre el paño y sobre la carne del hombre que lo llevaba.

Se oyó un leve grito ahogado, y un puño se abatió dos veces consecutivas sobre el rostro de Doc. Pero en sus mejillas, llenas de tendones durísimos, los golpes no produjeron apenas efecto.

Entonces, soltando a su víctima, Doc, con un movimiento de maravillosa rapidez, le cogió las manos a su misterioso enemigo. Así pudo comprobar que este no llevaba arma alguna.

Las manos aquellas eran finas y delicadas, de una muchacha.

Doc se corrió hacia la derecha, en un sitio donde llegaba la luz de un lejano farol, por entre las pilas de mercancías. Y, permaneciendo sumido él en la sombra, empujó a su prisionera hacia la sección iluminada.

No se sorprendió de ver algo que ya esperaba.

Pero la verdad es que la inmensa belleza y el aspecto exótico de la muchacha a la que retenía prisionera, le produjeron tal asombro que la soltó.

Tenía el pelo rubio de un rubio tan intenso como jamás lo había visto en su vida Doc Savage. Llevaba el cabello suelto ligeramente ondulado, y tan abundante y bello que parecía algo irreal, como nieve fundida en la sombra.

Le llegaba a Doc cerca del hombro, lo cual suponía una gran estatura para una mujer. Sus rasgos eran correctos y de una profunda belleza en su perfección de camafeo.

Sus labios eran rojos, y sus ojos brillaban intensamente. Pero a pesar de su inmensa belleza, su rostro aparecía ahora pálido, con

una lividez de terror.

Su traje tenía un aspecto bizarro, único, tan asombroso como su linda cabellera rubia y su soberbia y suntuosa belleza; llevaba unos pantalones anchos y abombados, que se le ceñían en los tobillos, a la moda oriental, y una brillante blusa de seda primorosamente bordada.

Unas lindas sandalias también de seda, con preciosos bordados, calzaban sus pies diminutos.

Doc se fijó ahora en las muñecas de la hermosa muchacha. Entonces pudo descubrir las huellas de unas cuerdas, como si la infeliz hubiera estado prisionera recientemente.

De pronto, la muchacha, echando la cabeza hacia atrás, lanzó un grito agudo de terror y de susto.

Tres palabras, tres únicas palabras, repetidas una y otra vez por la muchacha sin cansarse, eran de un idioma que Doc no había oído jamás hasta aquí.

No las pudo comprender, aunque le recordaban cierta lengua que le era familiar.

Intentó hablarle en árabe, y dijo:

—¡*Tal, talal, le takuna khauf*!… ¡Venga, venga… no tenga miedo!

Pero ella, por toda respuesta, volvió a lanzar su agudo grito, repitiendo aquellas, palabras.

Doc Savage repitió mentalmente muchas veces aquellas palabras, intentando catalogarlas en su memoria, a fin de ver si podía dirigirse a la muchacha en su propio dialecto.

De pronto Doc la soltó, empujándola lejos.

Savage acababa de oír un rumor de pasos en la obscuridad, cerca. Fue a volverse, y en efecto, casi giró sobre sus talones, dando media vuelta; pero en aquel momento algo que poseía una fuerza semejante a la de dos leones juntos, se abatió sobre Doc Savage.

Este, una de las raras veces que le había ocurrido esto en su vida, se vino al suelo. Los hombres que se precipitaron sobre él tenían la fuerza de unos monstruos.

Sus atacantes no eran los árabes aquellos —los cuatro juntos no habrían podido hacer frente a uno de los dos hombres que acababan de caer sobre Doc—, sino una pareja de hombres desconocidos.

Y, levantando los puños, los dejaron caer sobre Savage, con una fuerza de manos de hierro.

La muchacha rubia, mientras tanto, escapó, desapareciendo protegida por las sombras.

Débilmente, por encima del rumor de su propia lucha, Doc Savage podía oír a los cuatro árabes. Estos también huían de la vecindad del muelle.

Doc encontró en la obscuridad el cuello de uno de sus enemigos, calculó dónde debía estar la mandíbula inferior, y descargó a ciegas un puñetazo demoledor contra el hombre que le sujetaba.

El puñetazo, al hacer blanco, produjo casi el ruido de un tiro. Y las maderas del muelle gimieron, al venirse sobre ellas el cuerpo gigantesco de un hombre de estatura colosal.

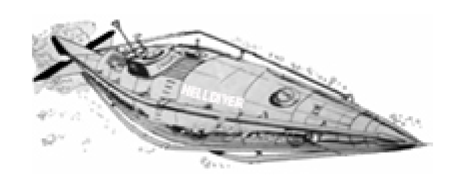
El segundo atacante, vacilando, se acercó a su colega caído. Aparentemente, se inclinó para ver lo que le había ocurrido a su compañero, que estaba sin sentido.

—¡Por el Buey Apis! —murmuró con un tono de voz dura y bronca, que recordaba el mugido de un animal gigantesco—. ¿Es verdad que el individuo este te ha hecho caer al suelo, Monk?…

El compañero caído no contestó.

—¡Pellízcale y mira a ver si es que está fingiéndose privado de sentido! —dijo Doc, seca y brevemente.

III
El príncipe árabe



Durante quince o veinte segundos, hubo un silencio absoluto.

El ruido de la fuga de la muchacha rubia y de los cuatro árabes, había cesado por completo.

—¡Por el Buey Apis! —repitió el asaltante de Doc, que aún se mantenía en pie.

—¿Es que nos hemos tirado una plancha?

—¿Pues quién os creíais que era yo?, preguntó Doc, muy divertido.

—¿Y cómo diablos íbamos a saberlo? ¿Cómo íbamos imaginarnos que eras tú? Oímos gritar a la muchacha, y pensamos que alguien la retenía a la fuerza, pero no podíamos ver quién era. Vinimos creyendo aclarar el misterio. Y como te oímos hablar árabe, acabamos de desorientarnos. ¿Comprendes?

—Pero ¿vosotros habíais visto a la muchacha esa antes?

—¡Y claro que sí! La vimos enseguida que llegamos a la calle aquella, después de oírte decir que te habían asaltado cuatro pájaros nocturnos. Pero oye: ¿cómo diablos te las arreglaste para hablar a través del transmisor de la radio de tu coche, sin que se enteraran tus cuatro enemigos?

—Es que las ventanas de cristal del auto, estaban cerradas herméticamente —repuso Doc.

Los cuatro árabes se habrían asombrado si hubieran podido oír estas palabras. No estaban enterados de la breve descripción que de

ellos había hecho, a media voz, Doc Savage, al verlos aparecer ante su coche, ya que, como sabemos, Doc había hablado sin mover siquiera los labios.

Como tampoco podían haber supuesto los árabes, ni remotamente, que en el auto de Doc, este llevaba una estación emisora, de radio completa, de onda corta, y cuyas ondas eran recogidas por una estación receptora instalada en las habitaciones que Doc tenía en el rascacielos donde vivía en Nueva York.

—Pero ¿vosotros habéis seguido hasta aquí a esa muchacha? —preguntó Doc.

—En efecto. Ella iba, siguiendo a su vez a alguien… a un hombre. No pudimos verle bien… estaba muy oscuro. Yo creo que ese individuo te iba espiando a ti y a tus cuatro captores…

—Me parece que vamos a estar de acuerdo… ¡A ver: enciende una cerilla, y veamos si podemos hacer volver en sí a Monk!

El hombre de la voz fuerte y ruda encendió una cerilla. La luz vacilante, reveló un personaje extraordinario. Era un verdadero gigante y, sin embargo, sus manos eran tan enormes que el resto de su persona parecía desproporcionado y mezquino.

Su rostro era alargado, de puritana, y seria expresión; su boca, fina y de gesto duro. Su expresión habitual era la de un hombre que encuentra pocas cosas en el mundo que le satisfagan y alegren verdaderamente.

Este hombre era Renny. El coronel John Renwick, conocidísimo entre los ingenieros, y uno de los tres o cuatro más grandes ingenieros de los Estados Unidos.

Había hecho una gran fortuna ejerciendo tal profesión. Su única diversión ahora era derribar marcos de puertas con sus grandes puños.

Un segundo miembro del grupo, estaba caído sobre las sucias tablas del muelle, roncando levemente, sumido en hondo sopor inconsciente.

Peludo, tosco y ordinario, con los brazos más largos que las piernas y un rostro de horrible e increíble fealdad… este hombre era Monk.

Pesaba sus buenas doscientas setenta libras, y era casi tan ancho como alto.

Si se hubiera juzgado por las apariencias, se habría podido creer

que en la estrecha frente de este hombre, apenas cabía una cucharada de cerebro; pero la verdad era que este hombre, el teniente coronel Andrew Blodget Mayfair —pues así se llamaba— era una persona conocida en todo el mundo y, sobre todo, en los Estados Unidos, como un químico verdaderamente portentoso.

Despertaron a Monk empleando el sencillo procedimiento de agarrarlo entre los dos y zambullirlo en las frías aguas del río.

Se despertó gimiendo y quejándose, y se llevó enseguida ambas manos a la mandíbula inferior.

Amargamente, miró a Doc, y dijo en tono plañidero:

—¡No tienes qua decirme nada! Ha sido a ti a quien hemos atacado… ¡Sufrimos una equivocación lamentable!…

Su voz tenía una nota dulce, como la de un niño.

—¿Tenéis linternas? —preguntó Doc Savage.

—¡Claro que sí!

Renny sacó una de un bolsillo. Era pequeña, pero muy potente. La corriente no era suministrada por una batería o una pila, como suele ocurrir en la mayoría de los modelos conocidos, sino por un pequeño generador accionado por un motor de muelle, que giraba al torcer sobre su eje la culata de la linterna.

Distraídamente, Monk sacó otra linterna idéntica. Luego dijo, rascándose la barbilla, en tono prudente y avisado:

—La verdad: cuando se me presente ocasión de nuevo de atacar a alguien en la obscuridad, me cuidaré muy bien de encender la linterna y enterarme quién es primero.

—Vamos a dar una vuelta por aquí —dijo Doc Savage—. Hay que registrar este muelle.

Renny protestó ruidosamente:

—¡Pero si todos se han marchado… Todos han huido!…

—¡Oh, sí, la muchacha rubia y los cuatro árabes, sí! —repuso Doc Savage—. Pero es que por aquí había otro individuo. ¡Quizás más de uno!… Vamos a dar una vuelta y a ver.

Empezaron a registrar cerca de la orilla del muelle, siguiendo luego adelante.

—Si oís un chirrido extraño… ¡echarse enseguida, al suelo! —aconsejó Doc Savage.

—¡Escucha! —murmuró Monk—. Nosotros oímos unos ruidos extraños, al final del muelle, poco antes de caer sobre ti. ¿Qué era

eso?

—Una especie de proyectiles, que eran dirigidos contra mí.

—¡Pero no oímos ruido de disparos! —protestó airadamente Renny—. ¡Ni siquiera el leve chirrido de un arma de fuego cuando está, provista de un aparato silenciador!

—Ya lo sé.

—Entonces… ¿qué es lo que ha disparado los proyectiles esos? No puede haber sido un rifle de aire, porque este hace ruido.

—Un rifle de aire, provisto de un aparato silencioso —dijo Monk con su vocecilla atiplada.

—¡Tú, *dandy* peludo, calla! —dijo Renny, en tono desabrido—. ¡Tú no podrías hacer que un rifle de aire se convirtiera en una arma tan silenciosa que no oyéramos un leve rumor al ser disparada!

Doc intervino, sonriendo:

—¡Bueno, muchachos, cuando acabéis de discutir daremos una vuelta por aquí!

Renny restregó uno contra otro sus enormes puños, haciendo un ruido como si rozara dos piedras entre sí. Luego dijo:

—¡Muy bien!, ¡vamos!…

Se pusieron a buscar, mirando debajo de cada bala de mercancías, debajo de cada fardo, entre las grandes piezas de la maquinaria del puerto, cerciorándose al mismo tiempo de que las tapas de todas las cajas y cajones que se veían por allí estaban sólidamente clavadas.

—Bien —exclamó Monk, cuando hubieron terminado las pesquisas sin resultado alguno—; ¿tú tienes idea, Doc, a dónde diablos haya ido a parar el que hizo los disparos contra ti?

—¡Yo; lo único que puedo decir es que debe haberse escabullido al mismo tiempo que desaparecían la muchacha rubia y los cuatro árabes esos! —repuso Savage.

—De todos modos, no hemos podido encontrar la cápsula vacía de proyectil alguno por aquí —dijo Monk, con aquella vocecita atiplada que resultaba ridícula en un hombre de su estatura.

—Es que yo creo que acabaremos por poner en claro que esos proyectiles no han sido disparados utilizando pólvora —dijo Doc Savage.

Renny volvió a restregar sus puños uno contra otro, y exclamó:

—¡Oye: mira lo que estaba pensando! Ya te dije antes, Doc, que

cuando nosotros vinimos hasta aquí siguiendo a la muchacha rubia, ella iba espiando a alguien a su vez, ¿te acuerdas? Bueno, pues verás: nosotros no pudimos descubrir más que confusamente dos veces, al individuo a quien ella seguía; pero yo podría jurar que llevaba encima, algo así como un gran caja-funda de violín o de violonchelo.

—Yo podría jurarlo también —asintió a su vez Monk.

—En ese caso, ya no cabe la más pequeña duda de que fue ese individuo el que disparó contra mí los proyectiles —dijo Doc.

Una nueva búsqueda hizo a Doc encontrar bien pronto el fardo cubierto de arpillera junto al cual había hecho caer en montón a los cuatro árabes enemigos, antes de proceder a su gracioso interrogatorio. Con sus dedos de hierro desgarró fácilmente la arpillera, descubriendo un fardo de cuentas.

Eran unas cuerdas gruesas, de más de dos pulgadas de diámetro. Al otro lado del fardo, los dedos de Doc encontraron bien pronto incrustado el extraño proyectil.

Monk y Renny se acercaron más a examinarlo.

—¡Por el Buey Apis! —exclamó Renny—. Es la primera bala que veo de esta clase en mi vida.

La bala, en efecto, era muy extraña. Recordaba una bomba en miniatura, una bomba de las que usan los aeroplanos, y tenía media pulgada de diámetro por unas cuatro de longitud.

Hasta tenía unas aletas diminutas en la cola terminada en punta. Además, el proyectil era de sólido acero y no de plomo.

Monk cogió el extraño proyectil, se lo llevó a la nariz lo olfateó y luego dijo, moviendo la cabeza negativamente:

—¡No, no huele a pólvora!

Doc asintió.

Ya de antemano estaba seguro de eso.

Monk le preguntó:

—¿Tienes alguna idea de cómo ha sido disparado este proyectil?

—No tengo una idea exacta para poder decir nada todavía.

Monk y Renny cambiaron una mirada a la luz de las linternas. Para una persona extraña y que no hubiera conocido a Doc Savage, la respuesta de este podría haber supuesto que se encontraba profundamente intrigado por el misterio; mas para Renny y Monk, que conocían a este notable hombre de bronce y su carácter tanto

como él mismo, la respuesta de Savage significaba que tenía una idea acertada de la manera cómo se había disparado el proyectil.

Pero habría sido una contradicción con su carácter y su modo de ser si hubiera comunicado su idea y su opinión a sus camaradas.

Renny, cambiando de tema, preguntó:

—¿Tienes alguna idea de lo que les hacia buscar el submarino, Doc?

—En absoluto —repuso Savage—. Pero ya podéis pensar que no seria para nada bueno.

—¡Desde luego! —añadió Monk, sonriendo—. ¡Oye, Doc, no sé cómo describirte el aspecto de la muchacha rubia esa! ¡Era una cosa maravillosa! ¿Qué te pareció a ti?

—¡Oh, iba vestida como si acabara de salir del harem de un príncipe turco! —dijo Renny, sonriendo.

—¿Cómo? —preguntó entonces vivamente Monk—. ¿Quieres decir que esa chica estaba casada?

Renny miró duramente a Monk y volviéndose luego hacia Doc, le preguntó:

—¿Tú pudiste ver bastante bien a esa muchacha para decir si su traje era algo de teatro, Doc?

—¡Oh, sí, la vi muy bien! —repuso Savage—. Y puedo aseguraros que no se trataba de una actriz. Su traje era propio de ella, quiero decir, el que usa la muchacha corrientemente. Algunas de las prendas que llevaba encima eran del tejido peculiar que usan algunas tribus de la parte Sur de las costas de Arabia. ¡No se trataba de una actriz en modo alguno!

—Me parece muy extraño —murmuró Monk—. Porque la verdad es que los mismos árabes no van vestidos así cuando vienen a los Estados Unidos.

Una rociada de gotas de agua, semejante a una lluvia menuda, surgió del río cayendo sobre los hombres y el muelle.

Doc y sus dos camaradas se dirigieron entonces hacia la parte de tierra, llegando pronto a la primera calle, donde no tardaron en encontrar un taxi vacío.

El coche les llevó pronto hasta la callejuela oscura donde se encontraba el rascacielos en que Doc Savage tenía sus habitaciones.

Había empezado a llover débilmente, y en la oscuridad relucía la hermosa limosina de Doc, donde él la había dejado junto a la acera.

Savage entró en su coche, llevándolo hacía la gran puerta de hierro.

Un montacargas especial bajó el auto hasta el garaje subterráneo del rascacielos, donde había otros varios coches, todos pertenecientes al hombre de bronce.

Eran *coupés*, faetones, y una serie varia de camiones de carga. Todos ellos coches magníficos, de potentes motores.

Un ascensor subió poco después a los tres amigos al piso ochenta y seis.

—AL salir, dejamos a Ham en el despacho —dijo Monk.

Avanzando por el corredor, pronto encontraron una puerta que tenía una placa con letras diminutas y discretas, donde podía leerse:

«Clark Savage (hijo)»

Los tres amigos, deteniéndose ante aquella puerta, penetraron en ella.

Un hombre estaba sentado en una silla al otro extremo del despacho ricamente amueblado, en el que acababan de penetrar Doc y sus amigos.

Como estaba de espaldas, solo le veían la copa de un sombrero nuevo y elegante, algo torcido sobre la cabeza.

—¡Ham debe haberse dormido trabajando, el muy necio! —murmuró Monk, con la peor de las intenciones, sonriendo.

El hombre que estaba sentado en la silla se puso entonces de pie vivamente.

—¡Oh! —murmuró Monk—. ¡Usted no es Ham ni mucho menos!

El desconocido era un árabe, delgado y elegantemente vestido.

Era un individuo alto, ancho de hombros y grandes músculos que sobresalían de una piel suave y reluciente como seda de color moreno.

El ojo derecho del extraño personaje se movía, mientras examinaba a Doc y a sus compañeros, al tiempo que el izquierdo permanecía extrañamente fijo.

Al sonreír mostraba casi todos sus dientes en una larguísima sonrisa; pero los dientes eran postizos, de platino, y en el centro de cada uno de ellos brillaba un claro diamante de regular tamaño.

La combinación de aquella dentadura postiza llena de pedrería y aquel ojo izquierdo fijo, resultaba en extremo extraña.

El desconocido parecía un payaso de carnaval.

—¡Yo soy Mohallet! —dijo, al fin, en correcto inglés.

Monk parpadeó varias veces con sus ojillos diminutos, que parecían hundidos entre pozos de grasa.

Luego preguntó, muy intrigado:

—¿Pero dónde está Ham?

El árabe frunció el ceño, y pareció intrigado. Luego contestó:

—Si se refiere usted al señor que se presentó ante mí como el brigadier general Teodoro Marley Brooks, hace un momento penetró en la estancia inmediata.

—¡A ese me refiero! —dijo Monk.

Y, cruzando la estancia, se dirigió hacía una puerta lateral, pasando a una gran pieza cuyos muros casi desaparecían por completo, tapados por estantes de libros.

Era la biblioteca de Doc Savage, una de las más completas y notables que existían, en cuanto a libros científicos y curiosos se refería.

Más allá había otra estancia, incluso más grande que la biblioteca, con ser esta enorme. Grandes mostradores y tableros, cajas y cajones e infinidad de mesas llenas de aparatos científicos se veían por doquier.

Un hombre delgado, con rostro de mal genio, estaba sentado ante una de las mesas del laboratorio. Estaba vestido con elegancia impecable.

Su traje tenía un aspecto verdaderamente regio.

Estaba afilando cuidadosamente un estoque largo y puntiagudo en una pequeña muela. Era un estoque de bastón.

—¿Quién es ese amigo tuyo que está ahí fuera, en el despacho, Ham? —preguntó Monk.

Antes de contestar a su amigo, Ham siguió afilando unos momentos el estoque y luego lo envainó. El objeto aquel se convirtió entonces en un inofensivo bastón negro. Luego Ham, para retardar todavía más el contestar a Monk, agitó el bastón varias veces en el aire, como satisfecho de su obra.

Ham, uno de los cinco ayudantes de Doc Savage, era tal vez uno de los abogados más astutos, inteligentes y sagaces que habían salido de la Universidad de Harvard.

Y no se le veía jamás en sitio alguno sin su bastón de estoque.

Él y Monk estaban rara vez juntos, sin discutir o pelearse, aunque amable y bondadosamente en el fondo.

Monk se indignó al ver que Ham tardaba en contestarle.

—¡Bueno, te advierto —dijo, en tono irritado—, que el día menos pensado te voy a romper la cara bonita que tienes!, ¿eh?

Ham frunció el ceño, mirando torvamente a su amigo, antes de contestar:

—¡Y yo a ti, el día menos pensado, voy a desollarte, dejándote los huesos al aire!

Monk se echó a reír bondadosamente, preguntando otra vez:

—Pero, bueno… Dime, ¿quién es ese árabe que tiene la boca llena de pedrería?

—A mí me ha dicho que era míster Mohallet —repuso Ham—. Vino hace un momento, preguntando por Doc.

Los dos amigos cambiaron una larga mirada en silencio, y luego se dirigieron hacia el despacho donde estaban los otros.

Mohallet seguía sonriendo, luciendo su maravillosa dentadura enjoyada, y preguntaba en este momento a Doc:

—¿Es usted Doc Savage?

Doc asintió, mirando fijamente el ojo izquierdo e inmóvil del árabe; era un ojo artificial, con la órbita de cristal, lo cual explicaba su inmovilidad.

Mohallet continuó al cabo de un instante:

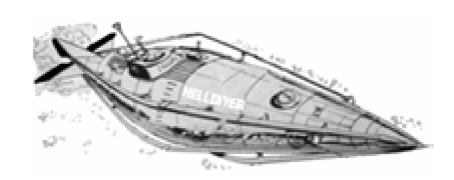
—Hace algunos meses, toda la prensa del mundo se ocupó de una expedición que había hecho usted al Polo, utilizando un submarino. ¿Me permite usted que le pregunte si tiene todavía ese submarino?

—Sí, señor. Ese submarino era el *Helldiver*. Y, en efecto, todavía lo tengo.

Mohallet sonrió más largamente todavía, y añadió:

—Perfectamente, señor. Pues yo soy un agente que envía desde Arabia el Príncipe Abdul Rajah. Y mi misión es entrevistarme con usted y ver si quiere alquilarnos ese submarino.

IV
El ataque



Doc oyó las palabras del árabe sin que su rostro expresara el más pequeño cambio.

Pero esto no quería decir que no le interesara el asunto. Lo que ocurría era que Doc tenía tal dominio sobre sí mismo y sobre sus nervios, que solo mostraba su emoción y sus sentimientos cuando le convenía hacerlo.

Monk y Ham olvidaron de cambiar entre sí las miradas torvas y agresivas de costumbre al oír aquellas palabras del árabe. Y el rostro largo y serio de Renny tomó una expresión todavía más austera y sombría.

—¿Quién es el Príncipe Abdul Rajah? —preguntó por último Doc, en tono muy sereno.

—El jefe de una rica tribu del Sur de Arabia —explicó Mohallet —. Es un hombre inmensamente rico. Y me ha autorizado a pagar a usted una suma razonable por el alquiler del submarino.

—¿Y para qué lo quiere?

Mohallet se encogió de hombros, con un gesto de excusa, y repuso:

—Siento mucho no poder decírselo a usted, señor. Yo mismo lo ignoro.

—En ese caso, está usted perdiendo el tiempo, amigo mío —dijo Doc, en tono breve y conciso.

Mohallet se irguió, mostrando su brillante dentadura en una

larga sonrisa.

Y se apresuró a añadir:

—El Príncipe Abdul Rajah es un ilustre explorador. Y lo más probable es que necesite el submarino para hacer alguna expedición, quizá para llegar a alguno de los polos por debajo del hielo. De todos modos, puesto que usted desea saber el uso a que él va a destinar el submarino, antes, de acceder a alquilárnoslo, lo que yo puedo hacer es enviar al Príncipe un cable rogándole me informe detalladamente. Y creo que ello le bastará a usted, ¿no es así?

—Quizá sea una manera de que lleguemos a entendernos —repuso Doc.

Mohallet esperó a que Savage añadiera algo más. Luego, viendo que guardaba silencio preguntó a su vez:

—Así, pues, usted nos alquilaría el submarino, ¿no es eso?

Doc no hizo caso de la pregunta, y preguntó a su vez al árabe, a boca de jarro:

—¿Quién es esa muchacha rubia tan linda?

Mohallet parpadeó con su único ojo sano. Su ojo izquierdo, como es lógico, no se movía, y tampoco parpadeaba, quedando en una estática fijeza extraña.

Y Doc continuó, al cabo de un momento:

—¿Y quiénes eran asimismo los cuatro árabes que llevaban espadas envenenadas, y que me asaltaron pretendiendo averiguar el paradero del submarino?

Mohallet se quedó boquiabierto.

—¿Y quién era el hombre misterioso que intentó asesinarme con un arma silenciosa, que disparaba proyectiles en forma de pequeñas bombas de acero? —siguió preguntando Doc Savage.

Los diamantes de los dientes de Mohallet se eclipsaron un instante, mientras el árabe pasaba sobre ellos su lengua. Luego dijo:

—¡No comprendo…!

—¿No está usted enterado de ninguna de estas cosas?

—¡Créame usted que no, señor! ¿*Wa-asafat sahih*? ¿Es verdad? ¿Es cierto que algún compatriota mío ha intentado averiguar el paradero del submarino?

—En efecto, así es. Y cuando envía usted el cable al Príncipe, su jefe, puede usted añadir eso también.

—¡*Wa-asafah, aklakh*! —exclamó Mohallet, sin darse cuenta, en

su aturdimiento, que hablaba el árabe—. ¡Oh, no puedo comprenderlo!… Y espero que esos incidentes no inclinen ahora su ánimo a no querer alquilarnos el submarino, ¿eh?

—¡No, no! —repuso vivamente Doc Savage—. A condición de que mi buque no sea destinado más que a una noble y honrada misión.

—¡Tengo la seguridad de que usted estará conforme con el uso a que va a ser destinado el submarino! Voy a cablegrafiar al Príncipe, mi señor.

—¡Inmediatamente! —dijo Doc Savage, ejecutivo. Mohallet vaciló.

Luego, pasándose los dedos por encima de sus dientes maravillosos, dijo:

—¡Bien, verá! Antes de llevar adelante las negociaciones, a mí me gustaría que me enseñara Usted el submarino. Quisiera tener le certeza de que se encuentra en buen estado. Y entonces cablegrafiaré a mi Príncipe y señor.

Las facciones de bronce de Doc Savage permanecieron inmutables ahora.

Y dijo:

—Bien. Yo le enseñaré a usted el *Helldiver*. ¡Venga para acá!

Salieron al corredor y entraron en uno de los ascensores del rascacielos.

Los tres ayudantes de Doc Savage, a una leve seña de su jefe, salieron detrás de este y del árabe.

Una vez abajo, en el amplio y regio vestíbulo que daba acceso al inmenso edificio, Doc exclamó:

—¡Ah, demonio! ¡He olvidado arriba las llaves! Voy por ellas.

***

Un enorme cofre-fuerte se veía en un rincón del regio despacho de Doc Savage, en el piso 86.

Doc abrió el cofre fuerte y agarró varios llaveros conteniendo numerosas llaves planas y raras.

Pero no volvió a salir inmediatamente. En vez de ello, pasó al laboratorio y moviéndose vivamente, volvió a salir en pocos segundos, luego de recoger un largo frasco de cristal, lleno de un

líquido blanquecino.

Doc, agachándose, vertió parte del líquido misterioso sobre la rica alfombra que cubría el suelo, precisamente encima de los sitios por donde había estado pisando él y los otros hombres que había habido en el despacho momentos antes.

Inmediatamente, las huellas de sus propias pisadas, así como las de Monk, Renny y Mohallet, se tornaron de un color amarillento.

En cambio, las huellas de las pisadas de Ham, que no había salido del despacho, no se hicieron visibles en la alfombra.

Doc se dirigió vivamente hacia el teléfono.

Enseguida pidió comunicación con el más famoso de los hoteles de Nueva York.

—¡Póngame en comunicación con el salón de fiestas y comedor donde se celebra el banquete de la Sociedad Americana de Ciencias, haga el favor!…

Esperó un instante, y cuando estuvo en comunicación con el comedor del gran hotel, rogó también:

—¡Oiga! ¡Tenga, la bondad de decir que se pongan al aparato el Mayor Thomas J. Roberts y *mister* Willlam Harper Litlejohn!

—¡Lo siento, señor! —repuso una voz, en tono indiferente—. Pero no puedo llamar a esos dos señores. Son los dos oradores más importantes en el banquete de esta noche.

—Escuche. Aquí es Doc Savage.

—¡Ah! —se oyó decir a la misma voz, en tono muy distinto—. Espere un momento. Voy a llamarles.

Apenas había transcurrido un minuto cuando una voz, dijo, a través del aparato, en tono ansioso y vivo:

—¡Aquí es Long Tom Roberts! Y Johnny está aquí, a mi lado. ¿Qué hay, Doc?

—¡Parece que tenemos que lanzarnos de nuevo a las aventuras, amigos míos! —repuso la voz de Doc Savage—. ¡Se nos presenta una cosa muy extraña e inexplicable!

—¡Bravo, bravo! —repuso la voz de Long Tom—. Johnny y yo vamos a acabar pronto con el banquete. No hacíamos nada aquí, en realidad, sino hablar…

Nada en las breves palabras de Long Tom podría haberle delatado como uno de los más notables magos de la electricidad de los Estados Unidos.

El hombre que estaba con él —Johnny— era un arqueólogo y geólogo cuyos trabajos le habían hecho famoso en todo el mundo. Los dos eran los que, con los tres que ya conocemos, formaban el pequeño grupo de cinco ayudantes de Doc Savage.

—¡Venid inmediatamente aquí a mi despacho! —siguió diciendo Doc—. Encontraréis las órdenes en el sitio de costumbre.

—¡Muy bien, muy bien!

Terminada la conversación por teléfono, Long Tom y Johnny volvieron al gran comedor, explicando al ilustre concurso de hombres de ciencia que asuntos particulares y de gran interés les obligaban a ausentarse inmediatamente.

Cualquier aviso o llamada por parte de Doc, significaba siempre emoción, hazañas y aventuras. Y esto era precisamente para lo que ellos vivían.

Doc apagó las luces de su despacho.

Luego se acercó a una ventana. De un bolsillo extrajo un objeto pequeño… un lápiz de una substancia especial.

Con ayuda de este lápiz se puso a escribir vivamente sobre uno de los cristales.

Terminada la tarea, retrocedió, dirigiéndose al sitio donde estaba la llave de la luz, y la giró, iluminando la estancia un momento otra vez.

Miró al cristal. No se veía nada en él de lo que acababa de escribir.

Es más: ni siquiera examinando el cristal con un microscopio de regular potencia se habría, podido descubrir tampoco nada.

Long Tom y Johnny, al llegar aquí, se acercarían a la ventana, encendiendo una pequeña linterna de rayos ultravioleta, y dirigiendo la luz sobre el vidrio; de este modo podrían leer las órdenes que Doc Savage, su jefe, dejaba para ellos en este sitio.

Y bajo la influencia de los rayos ultravioleta, las letras aparecían fosforescentes, como ocurre con la vaselina y otras materias, tratadas por el mismo procedimiento.

Era costumbre de Doc Savage comunicar a sus ayudantes órdenes de esta manera secreta.

La vida de este grupo de hombres y de Doc en particular, dedicada en absoluto a perseguir y castigar a los malhechores y ayudar a los hombres de bien, había hecho que todos los criminales

y los bandidos y malvados del mundo fueran enemigos de Doc y de sus camaradas.

Por eso, el descubrimiento de la más pequeña de las órdenes de Doc Savage podría, suponer y suponía con frecuencia un asunto de vida o muerte.

***

Cuando Doc bajó de nuevo al vestíbulo del rascacielos, le estaban esperando sus tres camaradas y el árabe Mohallet.

Ham estaba arreglando su traje impecable en uno de los muchos espejos del vestíbulo, mientras Monk le contemplaba, con un gesto de enojo en su rostro peludo de orangután.

La elegancia de Ham era proverbial en todo Nueva York. Los sastres más famosos de la capital le seguían a veces.

Mohallet y los otros subieron al interior de un taxi. Doc se sentó junto al *baquet* del chofer, costumbre que tenía siempre en caso de peligro.

Pocas cosas escapaban a las agudas pupilas del hombre de bronce.

Seguía lloviendo.

Doc iba descubierto. En su pelo, tan rubio, rígido y fuerte, el agua resbalaba como sobre las plumas de un pato y las gotas de agua parecían no mojar tampoco su piel de aspecto metálico.

Mohallet miraba a menudo con su único ojo a Doc Savage, mientras el auto corría en dirección al Hudson. El árabe parecía verdaderamente fascinado por el hombre de bronce.

El taxi pasó por el muelle donde Doc había tenido la lucha con los cuatro árabes y continuó adelante, hasta detenerse ante el almacén donde se leía:

«HIDALGO Y COMPAÑÍA»

La firma Hidalgo y Compañía, como habría podido averiguar cualquier curioso, a poco que investigara, no era otra empresa que Doc Savage mismo.

Pero Doc, no hacia negocio alguno, limitándose a tener a su disposición este gran almacén cerca del río.

Despidieron el taxi.

Doc sacó uno de los llaveros e insertando una de las llaves en la cerradura, abrió, dejando entrar a sus acompañantes.

Luego giró la llave de la luz eléctrica.

—¡*Ana mut'ajjih*! —murmuró Mohallet, en su idioma—. ¡Estoy asombrado!

Al fondo del inmenso almacén, el piso descendía en pendiente hacia el río.

Allí se veían numerosos aeroplanos, desde un gigantesco trimotor hasta pequeños autogiros, que podían ascender y descender verticalmente. Todos los aeroplanos eran anfibios, es decir, que lo mismo aterrizaban en tierra, que amaraban en el agua.

Doc guio a sus acompañantes hacia la derecha, abrió otra puerta y pasaron a otra sección del gigantesco almacén.

—¡Aquí está! —dijo Savage brevemente.

***

Esta parte del almacén era en realidad, un verdadero estuario del río, que quedaba cerrado por las paredes del edificio, una especie de dique seco. Porque en el lecho donde se encontraba el submarino, *Helldiver*, no había, agua. El buque estaba, pues, en seco.

De popa, a proa, iban por debajo y por encima del extraño submarino grandes y fuertes listones de acero que le permitían patinar y deslizarse por encima o por debajo del hielo de las regiones polares.

Doc dijo de pronto, dirigiéndose al árabe:

—¡Suba con nosotros a bordo, amigo mío! Así usted mismo podrá ver con sus propios ojos si el buque está o no en buen estado.

Mohallet no llevó muy lejos su inspección de la nave.

—¡Ya me hago cargo de que el submarino se encuentra en excelente estado! —dijo—. Volvamos a tierra y veamos de ponernos de acuerdo, continuando las negociaciones.

Salieron del extraño submarino, cruzaron en sentido inverso el gran hangar donde estaban los aeroplanos y se encontraron nuevamente en el muelle, bajo la lluvia.

—¡Manteneos todos muy juntos! —aconsejó Doc—. No tardaremos en encontrar un taxi.

Atravesando la ancha avenida que corría paralela al muelle, buscaron el abrigo de altos edificios en una gran arteria de la urbe.

De pronto se oyó un ruido de pasos. Y aparecieron una serie de hombres al fondo. Serían muy bien una docena.

Doc encendió su poderosa linterna. A la manga de luz pudieron verse unos rostros morenos, atezados, con expresión demoníaca. Entre ellos estaban los cuatro árabes que habían atacado previamente a Doc esta misma noche.

Todos llevaban armas.

—¡*Wallah*! —murmuró Mohallet—. ¿Qué significa esto?

—¡Ssss!…

Se oyó un leve silbido que rasgaba el aire, pasando por encima de las cabezas de Doc y sus acompañantes. Y un proyectil en forma de pequeña bomba de acero fue a estrellarse contra el muro de ladrillos, levantando una lluvia de añicos.

—¡Mejor será que nos pongamos al abrigo de algo! —ordenó Doc, brevemente.

—¡Vamos para arriba!

—¡Los bandidos esos! —rugió Mohallet—. Si yo tuviera un arma…

—¡Calle arriba, señores! —repitió Doc, dando un empujón al árabe que le hizo adelantar muchos pies.

Los tres ayudantes de Doc siguieron al árabe. Por un momento perdieron de vista a su jefe, a causa de la oscuridad.

De pronto se oyó un crujir de madera.

Era que Doc se había adelantado al grupo, con la velocidad de que era capaz, y había forzado una puerta.

—¡Vamos pronto! —animó Monk, jadeando.

Un instante después, Doc, a media voz, les guio hacia la puerta que acababa de forzar.

Los hombres atravesaron el umbral, lleno de astillas y trozos de madera.

—¡Hay una escalera! —les advirtió Doc—. Subid para allá y nos haremos fuertes arriba. ¿Dónde está Mohallet?

Un grito a lo lejos contestó a las palabras, de Doc Savage.

Enseguida se oyeron golpes, maldiciones, murmullos extraños…

—¡Quizá no podía, correr mucho el infeliz! —dijo Renny, con voz fuerte—. Y le han agarrado.

La voz de Mohallet gritó ahora, desde el fondo de la calle, con acento de terror y desesperación.

—¡Oh, me han hecho prisionero!… ¡Socorro! ¡Socorro…!

Pero la voz se ahogó de repente, y se hizo un silencio trágico.

***

Renny y los otros retrocedieron hacia la puerta. Nada les atraía ni entusiasmaba tanto a aquellos hombres como la perspectiva de una lucha, de una batalla.

Doc les cerró el paso, diciendo con voz fuerte:

—¡Arriba, hombres, arriba!

Y todos subieron las escaleras sin más tardanza, no porque temieran a Doc, o porque hubieran de obedecer a ojos cerrados sus órdenes, sino porque sabían que seguir la opinión y las órdenes de Doc era siempre lo mejor que podían hacer.

Doc no subió con ellos.

Se dieron cuenta de esto antes de llegar al rellano de la vieja y crujiente escalera.

Savage, en efecto, había vuelto a salir furtivamente a la calle, al amparo de las sombras.

Silencioso como las gotas de lluvia, Doc Savage evolucionó hacia la derecha.

Pensaba dar un rodeo, cruzar luego la calle y caer sobre la horda de hombres morenos por la espalda.

Un hombre apareció por una acera, a la izquierda. Doc se volvió hacia él.

El desconocido apretó el botón de una linterna y la manga de luz, semejante a una pluma blanca y colosal, fue a posarse en el rostro de Doc Savage.

El que sostenía la linterna lanzó una exclamación de asombro:

—¡Oh!… ¡*U'a*!… ¡Mirad!… ¡Aquí está!

Doc se lanzó hacia adelante.

La luz le cegaba de tal modo que no podía distinguir al hombre

que había detrás de la linterna.

Pero al levantar la diestra, que sostenía una espada, el movimiento de la luz hizo comprender a Doc el arma que empuñaba su enemigo y sus propósitos, así como la dirección del mandoble.

Juzgando con maravillosa precisión, Doc adivinó que la espada o el sable describía un semicírculo sobre la cabeza de su enemigo.

Así, pues, se apartó vivamente a un lado. El acero pasó silbando a pocos milímetros de su cabeza, y la fuerza del mandoble era tal que el sable chocó violentamente contra el suelo. Y la hoja se partió por la mitad.

Doc agarró entonces con viveza la mano izquierda de su enemigo, o sea la que sostenía la linterna, y la retorció implacablemente.

El desconocido lanzó un agudo grito de dolor y la linterna cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

Doc retorció más la mano y el brazo de su enemigo y la víctima volvió a lanzar un gemido ahogado.

Tal era su dolor que soltó también el pedazo de sable roto que aún empuñaba su diestra.

De pronto se oyó un fuerte rumor de pasos que se acercaban.

—¡Esperad! —gritó ahora una voz, en árabe—. ¡No vengáis todavía! ¡Yo me las arreglaré con el demonio este de bronce!…

Como contestando a estas palabras, silbó en el aire un proyectil invisible.

Enseguida se repitió el silbido… seguido aún de otro… y otro y otro… hasta que las balas formaron como un débil y continuo murmullo de torrente.

El hombre al que Doc acababa de desarmar lanzó un rugido de dolor al sentirse atravesado por una de las balas de acero que silbaban en las sombras.

Y otras balas vinieron a incrustarse también en sus carnes…

No se oía el más leve ruido del arma que disparaba aquellos proyectiles, sino el horrible silbido de estos al atravesar el aire.

Al fin se hizo el silencio.

—¡Está muerto! —dijo la misma voz ronca de antes, en árabe también—. ¡He barrido materialmente la calle, a la altura del pecho de un hombre, hasta el nivel del suelo! ¡Una luz, pronto, hijos de

camellos!

Una linterna se encendió, trazando en las sombras una manga de luz.

La luz vaciló de acá para allá, hasta caer en el individuo con el que había luchado Doc Savage.

El infeliz había sido materialmente acribillado por las balas, hasta el punto de que apenas conservaba su forma, humana.

—¡El imbécil! —rugió la misma voz de antes—. ¡Lo hemos matado, cuando intentaba apoderarse del hombre de bronce! Pero él ha tenido la culpa, por dejarse atrapar tan fácilmente.

La manga de luz continuó explorando ahora los alrededores unos momentos.

Y, poco a poco, la verdad se abrió paso…

¡Doc Savage, ni vivo ni muerto, aparecía por ninguna parte!

—¡Debe haberse escondido en algún sitio! —murmuró al fin el que sostenía la linterna encendida—. En esa misma puerta, donde han entrado sus compañeros.

Una serie de hombres morenos se precipitaron por la puerta rota.

Un momento después la vetusta escalera de tablas resonaba bajo los pasos fuertes de aquellos hombres morenos.

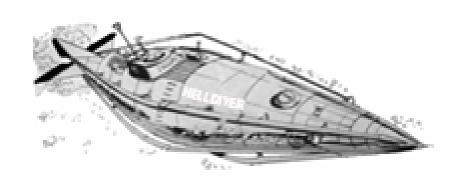
Pero de repente se oyó una serie de gritos y de maldiciones, y el alud retrocedió, escaleras abajo, en completo desorden, al tiempo quo sonaban golpes y porrazos.

—¡Se ve que han encontrado cajas y cajones muy pesados, y nos los tiran escaleras abajo! —explicó uno a gritos.

Se oyeron luego maldiciones y blasfemias.

Y el ataque terminó recogiendo el *gang* sus heridos y emprendiendo una huida precipitada.

V
La visita de la muchacha rubia



El *gang* fugitivo no había salido todavía de la calle estrecha cuando Monk bajó las escaleras con un ruido infernal de su corpachón de gigante, y dando torpes saltos. Renny y Ham iban pisándole los talones a su camarada.

—¡Doc! —llamó Monk ansiosa y vivamente. Y encendió su linterna eléctrica.

La manga de luz de la linterna recorrió parte del muro de un gran almacén, precisamente en el momento en que un hombre se dejaba caer a tierra desde una ventana bastante alta.

Este hombre era Doc Savage.

Gracias a un salto prodigioso, Savage había logrado encaramarse a aquel abrigo, librándose de esta forma de la lluvia de balas que sus enemigos le disparaban con sus misteriosas armas silenciosas.

Monk enfocó con la linterna el rostro y el busto del muerto. Luego dijo, volviéndose ligeramente hacia Doc:

—¡Pues las dichosas balas esas que disparan estos proyectiles, son algo infernales, amigo mío!

Renny y Ham habían echado a correr en persecución de sus últimos atacantes.

—¡Mejor será dejarlos ir! —dijo Doc, encogiéndose ligeramente de hombros.

Y añadió, a gritos, dirigiéndose a sus dos camaradas que corrían:

—¡Dejadlos!…

Renny y Ham se detuvieron en seco. Y Renny gritó:

—¡Pero podíamos seguirlos hasta descubrir su madriguera!

—¡Oh, ya se encargará, de eso Long Tom!

—¡Hum!… ¡Yo tenía entendido que estaba en un banquete de hombres de ciencia esta noche!…

—Sí, pero yo lo he telefoneado… —explicó Doc Savage—. Y luego le he dejado ciertas órdenes en uno de los cristales de la ventana de mi despacho, para que viniera en busca nuestra, y estuviera por aquí, espiando, y siguiera a cualquier hombre de rostro atezado o moreno que le infundiera sospechas. Y le añadía que no tomara, parte en lucha alguna, a menos que fuera absolutamente necesario.

—¿Y de Johnny, qué?

—Le ordenaba que permaneciera en mi despacho, encargándose de enviarnos los mensajes que le transmitiera Long Tom.

Unas pocas manzanas más allá, se oyó de pronto el ruido de varios autos que se ponían en marcha.

El ruido se perdió pronto en la distancia.

—¡Quizá tenían dispuesto autos que les esperaban! —comentó Monk con su vocecilla atiplada—. ¡Espero que Long Tom pueda seguirlos!

Doc hizo un ligero registro de las ropas del muerto.

Por los bolsillos, encontró varias monedas italianas de media lira, algunos níqueles de diez y otras monedas de veinte piastras, pero no monedas ni billetes americanos.

Había también un paquete de cigarrillos árabes, destrozado por una de las balas. Pero no encontró nada que hubiera podido servirle para identificar al muerto.

—¿Pudiste ver algo del arma misteriosa que disparaba esos proyectiles, Doc? —preguntó luego Ham con cierta ansiedad en la voz.

—¡Oh!, estaba demasiado oscuro para ver nada —repuso Savage —. ¡Bueno, vamos! Buscaremos un teléfono, y allí esperaremos a ver si Long Tom nos envía alguna noticia.

Se pusieron en marcha, en dirección al Este, pegándose a las paredes cuanto podían para evitar la lluvia. Cuatro o cinco manzanas más abajo, encontraron un bar de los que no cierran en toda la noche.

Una serie de cabinas del teléfono se alineaban al fondo, como centinelas de guardia. Doc penetró en una de ellas, y giró el disco, pidiendo el número de su despacho.

Casi instantáneamente, la voz de Johnny se dejó oír diciendo:

—¡Aún no sé nada de Long Tom, Doc!

Johnny tenía un lenguaje claro y preciso, conciso y breve que recordaba el de los catedráticos. Esto provenía, sin duda, del tiempo que Johnny había pasado al frente de uno de los departamentos de Ciencias Naturales en una famosa universidad del extranjero.

Doc quedó con el auricular junto al oído esperando.

A la puerta de la cabina, apoyado contra el marco, Renny restregaba sus grandes puños uno contra otro, de un modo distraído.

Estaba pensando cómo diablos les habían podido seguir hasta el muelle los hombres morenos aquellos que les habían atacado.

Porque para llegar al almacén de Doc, habían ido en un taxi, y Doc había ido junto al chofer todo el tiempo, guiándolo y vigilándolo al mismo tiempo.

Renny estaba seguro de que era casi imposible que nadie pudiera haberles seguido sin que el hombre de bronce se hubiera dado cuenta de ello.

Al fin se decidió a expresar su asombro en voz alta, y preguntó:

—Oye Doc: ¿cómo diablos pudieron descubrirnos los bandidos esos de tez morena?

—Muy sencillo: siguiéndonos desde mi despacho —repuso Savage.

—¡Hum!: —exclamó, como en tono de duda Renny, frotando sus puños con más fuerza—. Entonces… tú los viste seguramente, ¿no es así?

—¡Naturalmente!

—¡Por el Buey Apis!… En eso caso… ¿quién te decía a ti que los bandidos no iban a caer sobre nosotros al salir de tu almacén, donde están los aeroplanos y el submarino? ¡Allí sí que tuvieron una ocasión magnifica, de acabar con nosotros!

—¡No! —opuso vivamente Doc Savage—. Recuerda que yo os dije que os mantuvierais todos muy juntos, cuando salimos del almacén. Y yo lo ordené así porque sabía muy bien que no podían haber disparado sin exponerse a herir o matar a Mohallet.

—¿Cómo? ¿Es que tú crees que esa gente tenía, interés en no hacer daño a Mohallet?

—¡Y claro que sí! Estoy cierto de ello, hombre. Mohallet es uno de ellos… ¡Lo más probablemente su jefe!

Monk y Ham, con el ceño fruncido y duro, como dos gatos cuando van a pelearse, y luego de cambiar miradas torvas, se acercaron a sus dos amigos, para escuchar mejor la conversación.

Un asombro sin límites se había pintado en el rostro del puritano Renny, que exclamó, al cabo de unos instantes:

—¿Qué dices? ¿Que Mohallet es… uno de los *gangsters* del grupo de árabes… quizá su jefe mismo? ¿Es posible eso? ¿Cómo puedes pensarlo?

Doc contestó, sonriendo levemente:

—¡Veréis! ¿Recordáis algún detalle del muelle aquel, de piso de tablas, donde tuvimos el primer encuentro y refriega con el *gang* de los árabes?

El rostro feísimo de Monk tomó una expresión de ansiedad, al contestar:

—¡Si, yo sí recuerdo un detalle: que las tablas estaban muy sucias, cubiertas de una capa de grasa!

—¡Exactamente! —asintió Doc—. Pues bien: una vez en mi despacho, yo he vertido cierto líquido sobre las huellas de nuestros pies y los de Mohallet; ese líquido hace volverse amarillo a cualquier cuerpo que haya tenido grasa o suciedad, incluso cuando es en proporciones pequeñísimas. Y las huellas de las pisadas de Mohallet se volvieron amarillas, lo mismo que las nuestras.

En otras palabras: Mohallet había estado también a todas luces en el muelle, como nosotros, poco antes de ir a mí despacho. ¿Lo comprendéis ahora?

—¿Así… Mohallet había estado también en el muelle? —murmuró Renny en el colmo del asombro—. ¡Ahora soy yo el que pone en duda el que no fuera él mismo el que disparara el arma silenciosa, contra ti, Doc!

—Es muy posible.

Ham, dándole vueltas a su famoso bastón de estoque, murmuró a su vez:

—Ahora me doy cuenta del juego que llevabas entre manos con esos individuos, Doc. ¿Qué te proponías, vamos a ver?

—Es que tengo mucha curiosidad por saber qué pretenden y qué es lo que llevan ellos entre manos, a su vez. Yo creo que pudiéramos enterarnos de cosas muy interesantes, si lográramos echarle la vista encima a la muchacha rubia esa.

—¡Ya! —asintió fuertemente el feísimo Monk, siempre dispuesto a echarle de nuevo el ojo encima a la hermosísima muchacha—. ¡Esa chica es algo que merece mucho nuestra atención y el que hablemos de ella!

Doc habló unas palabras por el teléfono, para cerciorarse de que todavía estaba en comunicación con Johnny.

En el despacho de Doc había otro teléfono, a través del cual podía comunicar con Johnny, Long Tom.

—Esos pájaros pudieran intentar dar un golpe contra el submarino, ahora que conocen su paradero —murmuró Renny.

—¡No irán tan lejos! —repuso Doc, sin apartar de su oído el auricular del teléfono—. Sabéis que hay timbres de alarma en todo el almacén, que conectan con mi despacho. E incluso si llegaran a apoderarse del *Helldiver*, no podrían sacarlo a alta mar. Le faltan partes esenciales del mecanismo de navegación e inmersión, como todos sabéis. Mohallet no tenía experiencia alguna acerca de los submarinos, en vista de que no se dio cuenta de ello.

Ham murmuró, en tono reflexivo:

—Yo hasta llego a pensar si toda esa historia que nos ha contado de que era, el agente del Príncipe Abdul Rajah, no fuera una mentira como una casa.

—¡Desde luego!

En este momento se oyó la voz clara y precisa de Johnny a través del teléfono, que decía:

—Long Tom acaba de llamarme; me ha dicho que ha visto lo bastante para cerciorarse de que Mohallet es el jefe del *gang* de los árabes.

—¿Y dónde están? —preguntó Doc.

—¡Espiando tu despacho, por aquí cerca!

—¿Qué dices?

—Sí. Long Tom me ha hablado desde un despacho de tabacos, dos manzanas más abajo de tu casa. Dice que todos ellos andan paseándose para arriba y para abajo frente al rascacielos o por aquí. Por lo visto están esperando a dar un golpe definitivo… ¡Ah!…

La voz de Johnny había lanzado ahora una honda exclamación de sorpresa.

Y se hizo un profundo silencio.

—¡Johnny! —llamó Doc con voz fuerte. Un momento después, la voz de Johnny decía, en un tono lleno de ansiedad y de asombro:

—¡Mejor será que vengas enseguida, Doc! ¡No entiendo una palabra de lo que me dice esta mujer!…

—¿Cómo? ¿Quién hay ahí?

—¡Una muchacha rubia que acaba de entrar en el despacho!… ¡Diablo, te juro que es linda como un melocotón maduro!…

De repente, las palabras de Johnny se vieron como ahogadas por un gran estrépito. Varias voces de hombres hablaban en árabe, a gritos. Enseguida sonaron tiros.

Una voz femenina lanzó un chillido, más bien de cólera que de miedo.

Un golpe rudo y seco… y se hizo un silencio completo. El teléfono debía haber sido roto.

***

Doc se lanzó fuera del cuartito del teléfono, gritando:

—¡A mi despacho!…

Salió a la calle, seguido de sus hombres.

No se veía ningún taxi. Aquel barrio era pobre, y los vecinos no les utilizaban. Entonces, Doc se decidió a emprender a pie el camino de su casa.

Los otros iban detrás, pero Doc, no tardó en adelantarse, dada la velocidad de su marcha, que los demás no podían igualar.

Al llegar a las cercanías de su casa, Doc no pudo descubrir a ningún hombre de tez morena.

Tampoco los vio delante del rascacielos. Una rápida mirada de los ojos de oro de Doc, le hicieron convencerse de ello. Savage no se sorprendió de ello lo más mínimo.

Los ruidos que había oído a través del teléfono, habían provenido de los árabes que atacaban el despacho de su casa.

Doc penetró en el rascacielos por una de las puertas laterales, que conducía a su garaje particular.

Desde allí, un ascensor de gran velocidad y un sistema especial,

le subió hacia su piso. Era un modelo que marchaba a mucha más velocidad que los sistemas más rápidos conocidos.

El mecanismo del aparato había sido inventado y realizado por Doc mismo.

Poco después desembocaba en el rellano del piso 86.

En cuanto embocó el pasillo, pudo darse perfecta cuenta de que la puerta de su despacho estaba abierta.

La cerradura aparecía violentada. En el aire flotaba un intenso olor de pólvora. Por el suelo se veían innumerables cápsulas vacías, señales de un intenso tiroteo.

Doc recorrió todas las estancias desde la biblioteca al laboratorio sin hallar a nadie.

Retrocedió, observando entonces que la puerta que comunicaba el laboratorio con la biblioteca, tenía también las señales de varios balazos.

Como la puerta era de acero, las balas solo habían conseguido desconchar en ciertos sitios la pintura.

Saliendo de nuevo al pasillo y al rellano, Doc Savage apretó un dedo febrilmente en el botón de uno de los ascensores.

Esperó treinta segundos… un minuto.

¡Pero el ascensor no subió!

Pegando entonces un oído a la puerta de hierro de la verja de la escalera, pudo oír, llegando hasta él a través de aquel hueco que parecía una altísima chimenea, un lejano rumor de gritos.

Savage corrió entonces a su ascensor particular, penetró en él y el aparato descendió a una velocidad pasmosa. Por fin se detuvo con un leve balanceo.

Doc se acercó a examinar el cuadro de mando principal, que accionaba los ascensores de la casa. Entonces pudo darse cuenta de que el interruptor estaba abierto. Él lo cerró.

Seguidamente salió, dirigiéndose al gran vestíbulo del rascacielos.

Ya estaba aquí cuando empezaron a bajar los innumerables ascensores de la casa, que habían quedado detenidos en los pisos altos.

Del primero que llegó, salieron precipitadamente Johnny y Long Tom.

***

Johnny llevaba sus gafas en la mano cuando desembocaron del ascensor.

—¡Se han llevado a la muchacha! —dijo con voz fuerte y colérica—. ¡Y cuándo nosotros intentamos perseguir a los forajidos esos, se ve que cortaron la corriente de los ascensores, dejándolos atascados arriba!

Long Tom hizo unos gestos de cólera con sus manos pálidas, y dijo a su vez:

—¡Yo seguí a los *gangsters* esos hasta aquí, y luego subí a tu despacho, intentando atacarlos por la espalda! ¡Pero eran muchos!

Johnny, que se había puesto las gafas, se las volvió a quitar. No tenía en realidad necesidad de ellas, desde el momento en que el ojo derecho era perfectamente normal.

—¡Los granujas esos de tez morena nos han atacado exclusivamente para llevarse a la muchacha rubia! —dijo.

—¿Y no tuvo tiempo de hablarte, de decirse nada? —preguntó Doc.

—¡Sí, poca cosa! —replicó Johnny, recogiendo sus hombros delgadísimos—. ¡Pero… qué rabia, Doc!… ¡No he podido entender una sola de sus palabras!

En los ojos de oro de Doc Savage aparecieron ahora unas lucecitas pequeñas, pensativas. De pronto se oyó un gran estrépito que venía de la puerta de la calle, y pronto aparecieron Renny y Monk, los dos gigantescos camaradas de Doc. Ham, con su inseparable bastón de estoque debajo del brazo, les seguía.

Monk se encaró con Doc, y dijo:

—¡Así…! ¿Quiere decirse que hemos llegado tarde, eh?

—¡Oh! —repuso Doc, encogiéndose levemente de hombros—; ¡eso está por verse todavía!

***

Todos penetraron entonces en el ascensor privado de Doc, que les llevó hasta el piso 86.

—¡Aquella muchacha… y el idioma en que hablaba!… —murmuró Johnny pensativamente, como si hablara consigo mismo.

—¡Me tiene intrigado de veras!… Por la manera cómo hizo irrupción en el despacho, tengo que pensar que quería decirnos algo de interés.

—Pero, la verdad, no pude entenderle ni una palabra.

—¡Oye! —preguntó Monk, sintiendo que su corazón se abría a la esperanza—; ¿era tan guapa esa chica? Porque, la verdad, yo apenas pude distinguirla en la oscuridad y desde lejos…

—¡Era una muchacha bellísima, de exquisita belleza! —repuso con calor Johnny.

Doc no prestaba atención a esta conversación. Se dirigió hacia el inmenso laboratorio y pronto volvió de allí, trayendo una especie de aparato que parecía, por su forma y aspecto, un pulverizador de los que se usan en los jardines y los campos para librar a las plantas de parásitos.

Sus cinco ayudantes miraron él extraño objeto que llevaba en la mano.

Todos sabían para lo que servía, ya que lo habían vista utilizar antes por Doc.

Salieron al pasillo, y todos los ojos quedaron fijos en los mosaicos del piso.

Doc Savage esparció sobre los ladrillos, por medio de su aparato, una ligera capa de líquido blanquecino, apenas visible.

Era un compuesto químico, inventado y hecho por él mismo Doc Savage en su laboratorio. De ordinario era un líquido inodoro.

Doc tenía siempre una gran provisión de él en su laboratorio, a todo evento.

Pero el pulverizador contenía ahora otra sustancia química. Esta segunda sustancia, cuando iba en combinación con la primera, originaba un olor intenso y característico.

La pequeña capa de líquido invisible que había quedado esparcido ante la puerta, se adhería a las suelas de los zapatos de cualquiera que pasara por allí. De este modo el rastro de una persona, invisible a simple vista, se conservaba durante algún tiempo.

Y cuando un poco del polvo líquido que esparcía el pulverizador tocaba aquella especie de película blanquecina que cubría el suelo, se producía el olor intenso y característico.

Bajando al gran vestíbulo del rascacielos, Doc se dispuso a seguir

las huellas de los captores de la muchacha rubia por aquel procedimiento.

No empleaba el pulverizador de un modo seguido, sino a intervalos de una vara, poco más o menos.

Su tarea hacia recordar la de un perro de caza que va siguiendo la pieza perdida.

El rastro se dirigía hacia el Este. Los transeúntes, divertidos y asombrados a la vista, de aquel gigante de bronce que parecía entretenerse rociando con un líquido misterioso las aceras, se detenían, absortos o contemplaban la escena con los ojos muy abiertos.

Pero Doc continuaba su camino y su tarea, impasible, ajeno a cuanto le rodeaba.

El rastro penetró poco después en una calle lateral.

Cruzó Park Avénue, y seguía hacia el East River, atravesando una serie de callejuelas lóbregas y desiertas, con edificios miserables.

—¡Me extraña, que no hayan utilizado sus autos! —dijo Renny con su vozarrón de gigante.

—Quizás han temido que tomáramos el número de su matrícula —opinó Johnny.

Long Tom, el mago de la electricidad, apuntó a su vez otra teoría.

—Quizá —dijo—, los *gangsters* han metido a la chica en un auto, y han ordenado al chofer que se la lleve lejos.

Como iban siguiendo al *gangster* solamente por el olor del producto químico de Doc Savage, no podían decir si la muchacha rubia iba o no con ellos todavía.

Pero Doc Savage, poniéndose al habla con el dependiente de un almacén de tabacos por el que pasaron, pudo poner en claro aquel importante detalle.

El dependiente había visto al *gang* de hombres de rostro atezado, y la hermosa, muchacha rubia, iba con ellos, en efecto. No se había podido dar cuenta el dependiente de que la muchacha fuera cautiva; pero, desde luego le había llamado la atención la gran belleza de la joven.

Conforme avanzaban, las calles iban estando más obscuras y desiertas.

De pronto terminó el rastro de los *gangsters*.

—¡Por el Buey Apis! —exclamó Renny, con su voz de trueno—. ¡Estamos vencidos!…

El sitio donde terminaba el olor peculiar que iban siguiendo, era cerca de un gran almacén oscuro, que aparecía sin puerta ni ventanas a un lado de la calle.

Doc, cuyo olfato estaba, más desarrollado y era más fino que el de sus compañeros, continuó esparciendo todavía el misterioso liquido con su pulverizador.

Al mismo tiempo, se inclinó sobre el piso de la calle, que no tenía nada de limpio.

—Esas gentes han encerrado aquí uno o quizá varios autos —dijo Doc Savage al cabo de un momento.

Examinó más detenidamente la calle.

El asfalto lavado por la lluvia, no tenía marcas ni huellas de los neumáticos de los coches, que permitieran seguir a vehículo alguno.

Los seis amigos quedaron ahora en la acera, formando un grupo indeciso y compacto. Como Renny había dicho, parecía que el enemigo les había, burlado y vencido.

De pronto apareció un auto por una esquina próxima.

Era un viejo coche de turismo, muy grande. Llevaba las cortinillas levantadas, de modo que todos pudieron ver que solo iba en él el chofer.

Este, al ver a Doc y a su grupo, se quedó mirándolos con insistencia.

De repente, el chofer, como si tomara una decisión súbita, detuvo el coche, y luego dio marcha atrás. Enseguida, echó pie a tierra.

Era un individuo grueso, con grandes orejas y una barbita, y sus ojos eran tan claros y como acuosos, que parecían ir empapados por la lluvia.

El cuello de su camisa aparecía sucio y tan arrugado que más bien parecía un simple pañuelo enroscado a su cuello.

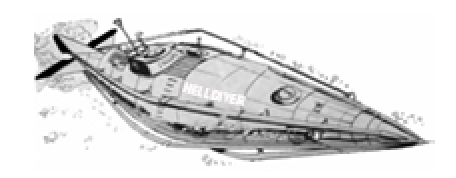
—¡Buenas noches! —dijo el chofer nerviosamente—. ¿Estaban ustedes, por casualidad… buscando a alguien, señores?

—Si, en efecto —repuso Doc por todos—; buscábamos a varios hombres de tez muy oscura y a una linda muchacha rubia.

—¡Oh, en ese caso… esos son los individuos que me han

obligado, a mí a llevarlos por la fuerza de aquí hace unos momentos! —murmuró el chofer, sonriendo débilmente.

VI
La muerte que acecha



Renny frotó sus grandes puños, uno contra el otro, y rugió con su terrible vozarrón:

—Vaya un principio para nosotros…

—¿Esos señores le han alquilado a usted el coche? —preguntó Doc Savage.

El chofer asintió, un tanto turbado, repuso:

—¡Si, señor! Me han dado cinco dólares. Pero ya me preguntaba por qué no habían alquilado un taxi; así es que, en cuanto los dejé, volví aquí para ver si podía descubrir algo extraño en este asunto y sobre esos señores, con el propósito de que, si resultaba así en efecto, dar cuenta a la policía de lo que ocurría, y del sitio adonde les he llevado.

Doc se volvió entonces vivamente hacia el coche, al tiempo que preguntaba:

—¿No nos podría usted llevar a nosotros a ese sitio?

El chofer vaciló, muy turbado esta vez. Su labio inferior se dilató, moviéndose como el de un conejo. Parecía asustado.

Al fin murmuró, en tono vacilante y tímido:

—El caso, señor, es que yo no sé de lo que se trata en realidad, y…

—Pregunte usted a un policía cualquiera, y le dirá quién soy yo —sugirió Doc Savage—. Nada más sencillo.

El chofer se secó sus ojos húmedos de la lluvia, y repuso, como

convencido:

—¡Bien, no hay necesidad, señor! Ya se ve que es Usted un hombre honrado. ¡Pueden subir!

Doc subió al estribo, según su costumbre, mientras que sus cinco amigos penetraban en el interior del coche. Y este partió.

El auto corrió en dirección al Sur y luego al Este, atravesando barrios más pobres todavía que los que habían recorrido poco antes Doc y sus camaradas.

Por aquí vivía el elemento más miserable de la urbe, donde no era extraño encontrar a dos o tres familias ocupando una misma habitación.

La lluvia llenaba de gotas como de roció los cristales y las cortinillas del coche. No llevaba limpiador mecánico el parabrisas, y el chofer tenía que pasar de vez en cuando la palma de su mano regordeta sobre el cristal, para poder ver. El techo del coche, viejo y carcomido, dejaba pasar gotas de lluvia.

Doc Savage parecía tan impermeable a la lluvia y la humedad como si fuera en efecto la estatua de bronce que parecía ser su cuerpo de atleta admirable.

Mientras el coche marchaba, Doc vigilaba muy alerta. Pero no pudo ver nada extraño ni alarmante en todo el camino.

El amable y humilde chofer gordo, pisó al fin los dos pedales de los frenos, deteniendo el carruaje. Luego dijo, señalando a una casa pequeña que se veía a un lado de la calle:

—Aquí ha sido donde he traído a esos hombres.

Era una casita vieja, de piedra ennegrecida por el tiempo. Las ventanas aparecían sucias y abandonadas. La casa era estrecha y solo tenía dos pisos.

No sé veía en ella luz alguna.

Doc bajó del estribo, y se acercó a la casa. Las ventanas aparecían veladas par cortinas, que estaban corridas. Eran unas cortinas sucias, lamentables, como todo lo de esta casa.

Volvió junto al coche, y preguntó al chofer:

—Escuche: ¿no vio usted un cartel que dijera «se alquila» en alguna de las ventanas de la casa, cuando ha traído usted aquí a esos señores?

—No, señor, la verdad. No vi nada.

—¿Y entraron esos hombres en la casa pronto, como si

dispusieran de una llave de la puerta?

—Sí, señor, sí. Enseguida.

Doc volvió entonces junto a la casa.

Encendida su linterna se acercó a la puerta y se inclinó enfocando con la manga de luz la cerradura.

La placa metálica de la cerradura, aparecía llena de arañazos y rozamientos.

Grandes líneas de rozaduras aparecían en ella.

Hasta los ojos menos expertos, habrían podido darse cuenta enseguida de lo que había ocurrido allí: la cerradura había sido mordida, rozada y arañada hacía poco tiempo con un instrumento cortante.

Doc miró hacia arriba.

Las junturas entre las piedras de la fachada, ofrecían sitio y facilidad para que una persona hábil y conocedora de eso que se llama «el vuelo humano», o sea el trepar por una fachada, pudiera ponerse en práctica aquí.

Muy pocas personas poseían en realidad la habilidad de Doc Savage en este aspecto.

Doc Savage trepó, pues, por la fachada de la casa, con la misma facilidad y la misma prontitud con que otro habría trepado por una escalera.

Sus camaradas y el chofer, que habían quedado en el coche, le vieron llegar al techo de la casa.

Luego, Savage se perdió en la lluvia y la obscuridad.

***

A bordo de un buque anclado en uno de los muelles del río, la campana de señales empezó a tañer lúgubremente, anunciando tiempo tormentoso.

Pronto, otras muchas campanas de barcos, hicieron coro a la primera, para anunciar cada cual la situación de la nave y evitar colisiones, a causa de la lluvia y la niebla.

Y los pitos que suenan en tiempo tormentoso y de niebla, resonaron también a lo lejos, como gritos fúnebres.

En las casas, se oía la radio. Un niño empezó a llorar no se sabía dónde.

Por el armazón metálico del elevado, cruzó un tren con gran estrépito, en dirección al Sur. Riachuelos de lluvia, caían de las canales, con un largo gemido. EL tiempo iba corriendo, minuto tras minuto.

Renny dijo, de pronto, en voz baja, con su tono de voz bronca:

—¡No me gusta esto, señores!

Y echó pie a tierra.

Los otros le imitaron, excepto el chofer, que estaba inclinado sobre el volante y un poco pálido.

Doc no aparecía.

El tintineo de las campanas de los barcos había cesado.

La radio dejó también de oírse, al acabarse la emisión o ser desconectada.

Monk miró a su lujoso reloj de pulsera, que casi desaparecía en el vello rubio y espeso que cubría sus manos y sus brazos y gruñó:

—¡Ya han pasado cinco minutos!… Si pasa un minuto más, y Doc no aparece, entraré en la casa sea como sea.

En el puerto, por la parte sur, la sirena de un trasatlántico, lanzó un terrible y prolongado gemido, como el canto fúnebre de un monstruo asustado.

Doc apareció al fin en el techo de la casa, bajó por la fachada con tanta rapidez y agilidad como había subido, y se acercó al coche, diciendo en voz baja:

—No se oye ruido ni voz alguna detrás de la casa. Vamos a hacer saltar la cerradura y a entrar por aquí.

El chofer no dijo nada. Quizá no había oído las palabras de Doc Savage.

Doc extrajo de un bolsillo un pequeño objeto alargado, con una curva en un extremo, y lo introdujo en el ojo de la cerradura.

Enseguida, los tambores o rodetes de esta, crujieron, al girar la cerradura.

Y la puerta se abrió, con un leve ruido de los goznes.

—¡Muy bien! —exclamó Doc satisfecho y en tono que fuese oído por sus cinco amigos—. ¡Podemos entrar!

Entraron, en efecto, empezando a avanzar por un corredor muy oscuro, donde olía a ratas y a humedad.

¡SSSSSSSSSS!…

El terrible silbido de una bala, cruzó junto a los intrusos, como

un aviso de peligro.

Y pronto fue seguido de otros y otros, con tal profusión que formaban un fúnebre concierto.

Al fondo del oscuro corredor, se oyeron gritos, lamentos, ayes… y luego se hizo un profundo silencio.

Una de las balas fue a estrellarse contra la pared de una casa de enfrente, rebotó y vino a caer en la calle, ante la luz de los faros del coche.

Inclinándose hacia adelante, el chofer miró la bala delgada. Entonces pudo darse cuenta que la punta, algo roma, iba impregnada de un líquido viscoso: era veneno.

El chofer se echó a reír.

Era una risita nerviosa, que producía un sonido gutural en su garganta.

Enseguida, empuñando el volante, puso el auto en marcha.

Al llegar a la esquina volvió la cabeza. El terrible silbido de las balas había cesado. Y en la vieja casa de piedra se había hecho un silencio de muerte.

—¡Ya está! —murmuró el chofer, con una larga sonrisa—. ¡Ha sido un plan admirable! ¡Ya los tenemos!…

Siguió adelante, hasta que llegó al animado y brillante distrito de los teatros, cerca de Times Square.

Después volvió por una callejuela nada limpia y muy estrecha, algo más arriba de Times Square, deteniendo el vehículo junto a la acera frente a un pequeño hotel. Enseguida se dispuso a echar pie a tierra.

Un hombre de tez muy morena, estaba de centinela junto a la puerta. Al ver el coche, se adelantó vivamente, a pesar de la lluvia.

Aquel hombre era, Mohallet.

Al ver acercarse a Mohallet, el chofer volvió a instalarse detrás del volante, y esperó a que el otro llegara.

Mohallet se acercó y preguntó en un inglés que hacía adrede incorrecto y difícil:

—¿Qué, cómo ha ido la cosa?…

—¡Maravillosamente! —repuso el chofer, con una risita acentuada y complacida—. ¡No han sospechado lo más mínimo!… ¡Y les he dejado dentro de la casa!

—¡Oh, qué bien! —murmuró Mohallet.

—¡Me ha salido a pedir de boca! —añadió el chofer, vanagloriándose de su hazaña.

Mohallet asintió, diciendo a su vez:

—Sí, ha sido un gran acierto por mi parte cuando le tomé a usted a mi servicio para este asunto, teniéndole dispuesto para lo que pudiera ocurrir, aprovechando la ocasión que pudiera presentársenos. Mis hombres no habrían sido capaces de imaginar un golpe así.

—Bien —sugirió el otro—; entonces, ¿ahora me pagará usted mis servicios, no es eso?

—Sí, desde luego. Pero antes, lleve usted el coche unos pocos metros más arriba. Es mejor que no, me vea nadie entregarle a usted el dinero en este sitio.

Obedeciendo a lo que se le mandaba, el chofer puso el coche en marcha nuevamente, llevándolo una manzana más arriba.

Mohallet, que había subido al auto, sentándose junto al chofer, buscó algo en uno de sus bolsillos, en el lado mismo del chofer.

Este se estremeció vivamente, diciendo:

—¡Oh, me ha pinchado usted con algo!…

—¡Oh, mil perdones! —murmuró Mohallet bajando del coche vivamente—. Debe haber sido con un alfiler que llevo en la ropa.

El chofer permaneció inmóvil durante unos momentos. Luego, con un esfuerzo terrible intentó mover sus miembros y sus músculos. Parecían paralizados súbitamente.

Su faz empezaba a amoratarse con rapidez… Sus labios, se abrieron, torciéndose luego dolorosamente. Pero ni una sola palabra salió de su boca.

El desdichado continuó sus terribles movimientos durante unos treinta segundos, hasta que al fin se desplomó, quedando inmóvil.

Mohallet cogió una mano del chofer y le tomó el pulso en la muñeca.

—¡Muy bien! —dijo luego sonriendo—: ¡Ya te he pagado, amigo mío!

El chofer estaba muerto.

Mohallet sacó luego del bolsillo de su americana que había quedado junto al chofer, una larga y delgadísima aguja, la punta de la cual estaba manchada de veneno.

Enseguida la tapó con una cápsula que tenía una tuerca de

tornillo, y la metió en una cajita metálica.

Hecho lo cual, miró en torno suyo, para cerciorarse que nadie le había visto.

Pero al mirar al otro lado del coche, vio algo que le hizo estremecerse violentamente, obligándole a lanzar un agudo grito de terror y sorpresa.

***

Mientras tanto, allá… en la vieja casa de piedra del barrio miserable de Nueva York, Doc Savage y sus cinco amigos examinaban una cosa, muy interesante, llena de aparatos.

Era una especie de máquina, que recordaba una ametralladora, cuyo cañón aparecía retorcido en forma de espiral.

Montado en una potente cureña, estaba equipado con una rueda, dentada que le permitía moverse a uno y otro lado por sí mismo. Además iba provisto de un gatillo.

Al gatillo estaba atada una cuerda, que luego iba, sostenida por anillas, a lo largo del *hall* y del corrector de la casa. Al entrar en la casa Doc y sus compañeros habían tocado esta cuerda, naturalmente.

—¡Esto era una trampa! —murmuró Doc, luego de examinar el infernal aparato—. Yo he entrado por una ventana de atrás y lo he podido descubrir.

—De modo que no tuve más que colocar el aparato de manera que, al disparar, las balas pasaran por encima de nuestras cabezas. Esto lo hice para engañar al chofer del auto que nos ha traído.

—¿Cómo? —preguntó vivamente Monk a su jefe—; pero ¿tú crees que el chofer era uno de ellos?

—Al menos, había sido alquilado por ellos —repuso Savage—. Y yo apostaría cualquier cosa, seguro de ganar, a que el chofer ese se pondrá de acuerdo con ellos para decirles que hemos caído en la trampa y que estamos perdidos.

—Pero ¿cómo diablos vamos a saber a adónde ha ido? —preguntó Monk.

—¡He avisado a la policía, rogándole que me envíen un auto para seguir a ese individuo! —explicó Doc—. Ahora hacemos tiempo para que llegue el coche aquí. Por eso he estado ausente

tanto rato.

Monk, recordando la espera angustiosa en la calle, sonrió con expresión de alivio.

Long Tom había estado examinando la extraña arma en el suelo. El hombre mostraba el natural interés de un experto electricista por algo que se relacionaba con su profesión.

Al fin se le oyó exclamar, en tono de inmenso asombro:

—¡Diablo!… ¿Sabéis lo que es esto, amigos míos?

Doc repuso vivamente:

—Yo sí, pero, bueno díselo a estos.

—Pues esto —explicó Long Tom— es nada menos que un cañón magnético. Yo he hecho ciertos experimentos con modelos pequeños, pero nunca con uno tan grande y poderoso como este. Existen en él una poderosa serie de baterías, algo semejantes a las de una linterna eléctrica, unidas por un cable a un electro-magneto. Los proyectiles van en una especie de culata del arma, y por un sistema muy ingenioso de contactos, el magnetismo los lanza por el cañón violentamente. La corriente se cierra en el momento preciso, saliendo entonces los proyectiles.

—Eso es la idea general del aparato —asintió Doc—. Y el arma esta, es el único tipo de ametralladora o pistola automática verdaderamente silenciosa que existe en la actualidad.

Long Tom siguió tocando y examinando el arma con creciente curiosidad.

Y Doc murmuró:

—¡Mirad: las balas están envenenadas!

Doc se dirigió hacia la puerta, murmurando:

—Vamos a ponernos al habla con la policía.

—Pero ¿no vamos a registrar esta casa? —preguntó muy extrañado Monk.

—Ya lo hice en mi primera visita —repuso Savage—. Y no he encontrado nada.

—Los *gangsters* habían escogido esta casa, que estaba vacía, para tendernos la trampa.

Tres manzanas más allá encontraron una farmacia de las que no cierran en toda la noche. Doc pasó a la cabina del teléfono y se puso al habla con el cuartel general de la policía.

Al poco rato, luego de hablar unos instantes con la policía, colgó

el auricular y dijo, volviéndose hacia sus amigos:

—¡Tenemos mala suerte, amigos míos! En este asunto hemos tenido un mal principio.

Se dirigió vivamente hacia la puerta, seguido de sus camaradas.

En la esquina de la calle se veía un taxi, y todos corrieron hacia él.

—¿Qué has querido decirnos con eso de que hemos tenido un mal principio, Doc? —preguntó Renny, con su voz de gigante.

—Muy sencillo —repuso Doc Savage—. El coche que yo había pedido a la policía siguió al del chofer que nos llevó a nosotros a aquella casa, tal como yo lo había pedido por teléfono; pero Mohallet se encontró con el chofer y lo ha matado. La policía ha visto el cadáver. Y ahora andan persiguiendo a Mohallet.

—¿Pero ha podido escapar? —rugió Renny.

—No, exactamente. Mohallet se ha refugiado en su hotel, donde lo tiene sitiado la policía. Y alrededor del hotel creo que hay una verdadera batalla en estos momentos.

Todos entraron en el taxi, Doc se colocó de pie en el estribo. Y sin dejar de sonar la sirena, a una velocidad vertiginosa, el coche partió en dirección a Broadway.

Un coche de los bomberos no habría corrido más a través del enorme tráfico de las calles neoyorquinas.

Los policías fruncían el ceño, adelantándose o poniéndose en la punta de los pies para ver quién iba en el estribo de aquel coche; luego, al reconocer a Doc Savage, tocaban sus pitos fuertemente, deteniendo el tráfico en seco y haciendo paso para el coche que conducía el conocido personaje.

Alrededor del hotel de Mohallet, en el distrito de Times Square, reinaba una gran confusión. La policía tenía acordonado el hotel.

Las patrullas provistas de radio, los coches de los detectives, autos blindados y motos también blindadas, se veían por doquier, ensombrando las calles inmediatas.

Sonaban tiros. Se veía a los policías correr alrededor de la casa esgrimiendo las pistolas.

Cerca había paradas algunas ambulancias, entre el trepidar de los motores.

Monk salió del auto, sonriendo con una sonrisa que aún hacia más horrible su feísimo y monstruoso rostro.

¡Esto era lo que a él le gustaba: lucha, emoción!

Los otros bajaron detrás y se acercaron al cordón de la policía.

—¡Eh, no pueden pasar ustedes! —gritó un sargento, que era un individuo de gran estatura. Pero al ver a Doc Savage se detuvo, sonrojándose.

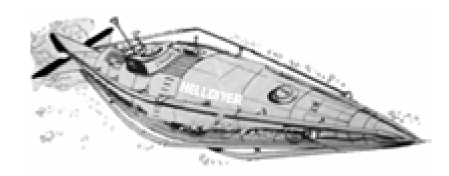
Enseguida, como deseoso de atenuar su falta, se acercó a Savage, diciéndole:

—Si necesitan ustedes algunas armas nosotros tenemos de sobra, señor.

—No, muchas gracias —repuso Doc—. Nosotros tenemos también las suficientes.

Y esto a pesar de que Doc no llevaba encima, armas de fuego. Ya hemos dicho que rara vez las llevaba, a pesar de que su habilidad como tirador estaba en consonancia con sus otras habilidades, pero casi siempre Doc lo fiaba todo a sus puños, aparte de algunos aparatos y utensilios científicos.

VII
Los pájaros huyen



Los hombres morenos de Mohallet estaban en las ventanas del hotel. Este era un edificio de ladrillo, situado entre otros edificios destinados a oficinas.

El hotel tenía una fachada alta y ornamental, a la moda de veinte años atrás.

Monk contó los pisos del hotel. Eran diez. Los edificios de ambos lados, en cambio, tenían catorce pisos.

Esto quería decir que los *gangsters* encerrados en el hotel no podrían escapar saltando a los tejados de las casas contiguas.

Monk se acercó a un policía, preguntándole:

—¿Tienen ustedes la espalda de la casa guardada?

—¡Oh sí, señor! Hay allí cuarenta policías.

¡SSSSSSSS!… Un fino proyectil de acero vino silbando por el aire, hasta dar contra el auto tras el cual estaban ellos resguardados, y fue rebotando por la calle.

—¡Eso es lo que nos tiene intrigadísimos, señor!… —comentó el policía—. No acabamos de comprender qué clase de armas usan esos hombres. No producen fogonazos ni hacen el más pequeño ruido al disparar. Y, por tanto, no podemos descubrir dónde se ocultan los enemigos.

—Son ametralladoras magnéticas —explicó Long Tom al policía —. Una especie de pistolas ametralladoras. Nosotros hemos podido descubrir y apoderarnos de una de ellas.

Doc, de un brinco, salió al arroyo y recogió el misterioso proyectil. Luego se puso a examinarlo con toda atención, sobre todo la punta del mismo.

Èl había creído que en la punta llevaba veneno; pero no había tal cosa.

Savage fue después en busca del capitán que mandaba las fuerzas que sitiaban el hotel, y le dijo:

—Ordene usted a sus hombres que se pongan al abrigo de algo, que se escondan. Los proyectiles que están disparando con estas armas silenciosas, no están envenenados, a lo que parece; pero los individuos esos de tez morena que hay ahí dentro, tienen espadas y balas envenenadas. ¿No ha habido entre sus hombres o entre el público algún herido grave?

—Todavía no ha habido ni el más leve herido —repuso el capitán—. Hasta ahora todo se ha reducido a mucho ruido. ¿Es que tiene usted alguna idea?

—¡Apaguen la luz de la calle! —ordenó Doc Savage—. Quiero decir que la calle debe quedar completamente a obscuras. Será preciso que se ordene apagar también los grandes anuncios luminosos aquellos de Broadway, que mandarían aquí sus reflejos. ¿Comprende?

El capitán pareció intrigado, pero no quiso insistir, preguntando nada a Doc para que le aclarara sus palabras. Pero Doc Savage no era hombre que daba explicaciones.

El capitán estaba perfectamente enterado del poder y la influencia de este hombre de bronce, que empezaba por gozar de la estima y la consideración de los más altos jefes de la policía neoyorkina.

Todo el mundo sabía en la gran ciudad que la maravillosa habilidad de Doc Savage, había salvado en una ocasión la vida del mismo Comisario General de la policía de Nueva York.

Doc miró a Long Tom.

—¡Muy bien! —se apresuró a decir este, que solo necesitaba una mirada para comprender—; ¡ya comprendo lo que proyectas! Yo llevaré la cosa conmigo…

Long Tom partió velozmente en dirección al rascacielos donde vivía Doc Savage. Sabido es que allí tenía Doc su magnífico laboratorio.

La orden de apagar todas las luces de la calle, le había dicho a Long Tom el método que Doc pensaba utilizar en el asalto del hotel.

Varios policías habían partido para transmitir la orden. A los pocos momentos, las luces empezaron a apagarse.

Y los grandes anuncios luminosos de Broadway, las mismas monstruosidades de iluminación que han valido a cierta parte del Broadway su denominación de la Calle Blanca, fueron también apagándose uno por uno.

Un verdadero abismo de sombras y obscuridad, se esparció por todas aquellas calles y avenidas que momentos antes eran torrentes de luces y animación.

Los reflectores de la policía enfocaron entonces al hotel sitiado.

Los *gangsters* intentaron apagar aquellos focos que les ponían en evidencia, consiguiéndolo con algunos, tres o cuatro; pero inmediatamente eran encendidos otros.

Los sitiados intentaron encender luces en ciertas partes del hotel; pero los tiros de la policía, convenientemente apostada, iban apagando una por una las bombillas eléctricas.

Muchos *cameraman* de periódicos y casas de películas, acudieron, ignorando y despreciando el peligro, encendiendo a su vez reflectores para tomar vistas.

Las mangas de luz alumbraban las calles hasta muchas manzanas más allá.

En las nubes, se reflejaban las luces, tomando un aspecto fantástico, como si fueran relámpagos de colores.

Long Tom volvió presuroso, abriéndose febrilmente paso entre la multitud.

Traía dos grandes maletines consigo.

Doc Savage los abrió y de uno de ellos extrajo un aparato que parecía una linterna mágica.

Luego pareció como si girara unas llaves misteriosas en un lado del aparato.

Pero no ocurrió nada, aparentemente al menos.

Pero en realidad la linterna había empezado a emitir rayos de luz de una onda demasiado corta para ser percibida por el ojo humano.

Mientras tanto, Long Tom sacaba de la otra maletilla unos lentes especiales muy largos. Eran fluoroscópicos, perfeccionados por Doc

Savage. Utilizando estos gemelos, era posible distinguir las cosas bajo los rayos proyectados por la extraña linterna.

Todas las luces habían sido ya apagadas.

A los fotógrafos y *cameraman* se les advirtió que no encendieran más reflectores so pena de detención.

Doc y sus hombres se adaptaron los extraños lentes.

Para los curiosos que presenciaban el espectáculo, Doc Savage y sus hombres avanzaron hacia el hotel en medio de una completa obscuridad.

Pero para Doc y sus camaradas, en realidad, la fachada del hotel era perfectamente visible, aunque a sus ojos aparecía bajo una extraña luz, debido a los rayos infra-violeta.

Long Tom llevaba la linterna proyector.

Uno de los hombres morenos, se asomó por una ventana. La ventana estaba sumida en la más completa obscuridad, y el árabe creía de buena fe que nadie podía verle. Tomando puntería lentamente, Monk hirió a su enemigo en un hombro de un balazo.

El árabe pareció quedarse dormido de repente, caído de bruces sobre el alféizar de la ventana.

No tardaría en despertar, de todos modos, sin haber sufrido una herida grave ni mucho menos.

Otro de los árabes sufrió la misma suerte de un modo casi idéntico.

—¡Ya he quitado a dos de las filas enemigas! —murmuró alegremente Monk.

Un centinela árabe estaba sentado junto a la puerta del hotel.

Parecía mirar fijamente a Doc, mientras el hombre de bronce se acercaba.

Sin embargo, en medio de la absoluta obscuridad que reinaba, el hombre no veía nada absolutamente.

Doc propinó al centinela un rotundo puñetazo en la barbilla, y el árabe se desplomó al suelo inerte, como si fuera manteca caída en una sartén al rojo.

Doc y su *gang* empezaron a subir las escaleras.

Monk murmuró:

—¡Espero que no hayan hecho daño alguno a la muchacha rubia!

En el corredor del segundo piso, no encontraron a nadie

tampoco.

En el tercer piso, por la parte de atrás había otro árabe de centinela junto a una ventana.

Tenía en la diestra una pequeña pistola ametralladora, y una linterna eléctrica en la mano izquierda.

De vez en cuando, encendía la linterna, dirigiendo una manga de luz hacia el corredor.

En una de las veces que encendía la linterna, acertó a dirigir la manga de luz sobre Doc Savage y su *gang*, que llegaban.

El centinela lanzó un grito, al tiempo que levantaba su automática, apuntando a Doc Savage.

Renny estaba junto a Doc en aquel momento. Y solo un segundo después, se dio cuenta de lo que había ocurrido.

Porque en aquel instante solo sintió un tirón en la mano. Poco después comprendió que Doc Savage le había arrebatado vivamente la pistola ametralladora.

El disparo de Doc hizo estremecer el corredor.

Esta vez no se trataba de una de aquellas balas casi inofensivas sino que era un proyectil mortal.

La bala disparada con maravillosa precisión, fue a dar contra el cristal de la linterna.

Sonó un chasquido de cristal roto y la linterna fue rodando por el suelo, hecha pedazos.

El árabe empezó a gritar, extendiendo las manos lleno de terror. Para él, todo cuanto le rodeaba había quedado sumido en una obscuridad completa.

Se volvió, se cogió al alféizar de la ventana, y se subió encima.

De la ventana bajaba una larga escalera de los bomberos.

El árabe era un hombre hábil y astuto.

Golpeó con los pies varias veces el alféizar, para imitar a un hombre que se lanza al vacío; y luego, lenta y sigilosamente, retrocedió pegado a la pared.

Lo que ocurrió después fue una cosa risible y graciosa. El árabe había quedado de nuevo sumido en las tinieblas, como un hombre que se quedara ciego de repente; pero él pensaba que otro tanto les ocurría a sus enemigos.

Estos, imposibilitados de ver según el árabe, no podían percibirle.

Así es que continuó hacia adelante, moviéndose con inmenso sigilo.

Sigilosamente, extrajo de su espalda, de una vaina atada a su espina dorsal, una larga espada plana, cuya punta envenenada iba pronta para ser hundida en un pecho enemigo.

De haber sido la batalla en plena oscuridad, aquel hombre habría resultado un enemigo peligroso.

Pero, dadas las condiciones en que luchaban Doc y sus amigos, la cosa variaba mucho.

Monk tomó puntería despacio, y le disparó una de las balas romas destinadas a privar de sentido a la víctima por cosa de una hora.

El hombre vaciló sobre sus pies, intentó atacar en la obscuridad a su enemigo misterioso y para él invisible, pero enseguida se desplomó, quedando inmóvil, come si hubiera quedado dormido repentinamente.

Doc y su *gang* siguieron entonces escaleras arriba.

De algunas habitaciones salían gemidos plañideros, lamentos de terror; otras puertas cerradas parecían puertas de sepulcros, a juzgar por el silencio que reinaba en aquellas habitaciones.

Algunos huéspedes del hotel, en fin, saliendo con luces al encuentro de Doc y sus camaradas, hacían ciertas preguntas a Savage.

Pero este les aconsejaba a todos que se encerraran de nuevo en sus habitaciones y esperasen.

De pronto oyeron a un hombre, que gritaba:

—¡Están en la habitación inmediata a la mía!… ¡Les oigo aquí dar golpes!…

Doc corrió hacia la puerta de la que salían las voces aquellas.

Empujó la puerta para ver si estaba abierta o cerrada.

Estaba echada la llave por dentro. Doc se decidió a llamar, pero nadie la contestó.

—¡Espera! —dijo Renny con su voz ronca—; ¡yo los arreglaré enseguida!

Levantó en el aire uno de sus puños enormes, descargando un formidable puñetazo contra la puerta, que con un ruido de explosión, se vino abajo.

Renny, luego de sacarse algunas astillas de la mano, apartó la

puerta y entraron.

En el muro de enfrente se veía un agujero de unos dos pies de diámetro. El suelo aparecía cubierto de escombros y cascotes, procedentes del boquete.

Dos hachas de bombero se veían apoyadas en el muro. Una tercera, con el pico roto, yacía por el suelo, donde había sido arrojada sin duda al romperse mientras se ejecuta la operación.

La abertura parecía pequeña para permitir el paso de Doc Savage.

Pero este con una agilidad verdaderamente elástica de felino, pasó a través del boquete.

Renny y Monk, mucho menos hábiles que su jefe, y gigantescos como Savage, no pudieron conseguirlo.

Ham pinchando con fuerza a Monk con la punta de su famoso bastón de estoque, gritó:

—¡Quítate de delante, y deja pasar a los hombres que tienen figura de persona!

Se escabulló a su vez por el agujero, en pos de Doc Savage. Long Tom y Johnny pasaron enseguida, detrás de Ham. Se encontraron en una especie de despachito sucio.

La puerta del fondo tenía rotos sus cristales, como si hubiera sido forzada también para dar paso a alguien.

En el *hall* encontraron un portero del hotel privado de sentido. Y en el techo, se veía un tragaluz abierto.

Desde el tejado de este alto edificio, era muy fácil seguir recorriendo todos los tejados de la manzana.

Así lo hicieron Doc y sus compañeros.

En el último edificio, descubrieron otro tragaluz entreabierto.

—¡Han logrado huir, llevándose a la muchacha rubia! —dijo Long Tom con rabia contenida. Y los pobres cuatro diablos a los que nosotros hemos puesto fuera de combate, habían sido dejados como retaguardia para dar tiempo a estos, a que escaparan.

Mohallet había conseguido escapar limpiamente.

Una investigación más detenida lo probó sin duda alguna.

Un golfillo, vendedor de periódicos en el Broadway, había visto a los hombres morenos pasar con la hermosa muchacha rubia, aunque el chico no le dio mayor importancia a la cosa.

Doc fue de nuevo en busca del capitán que mandaba las fuerzas

de los sitiadores, y le habló un momento.

Los cuatro árabes, ligeramente heridos, fueron llevados a una habitación del hotel, antes de permitir que entraran los reporteros de los periódicos.

Y cuando al fin se les permitió a estos entrar, no se hizo la más ligera mención del cuarteto escondido. Se hizo creer a todos ellos que el *gang* entero de Mohallet había conseguido escapar.

Pero todos se hubieran asombrado de haber podido averiguar, el destino que de momento había decidido Doc Savage dar a sus cuatro prisioneros.

Iban a ser enviados a una institución especial que Doc sostenía al Norte del Estado de Nueva York. Muy pocas personas conocían aquella institución.

En el remoto establecimiento, los cuatro árabes iban a sufrir una delicada y extraña operación en el cerebro, que les haría olvidar por completo toda su vida pasada.

Tanto es así que ni siquiera iban a conocer su propia personalidad cuando volvieran en sí después de operados.

Antes de proceder al interrogatorio, Savage hizo una completa inspección de la estancia donde se había abierto el agujero en la pared.

Numerosas puntas de cigarros árabes, demostraban que los hombres de Mohallet habían utilizado esta estancia para algo más que para abrir el agujero que les sirvió de escape.

Monk y Renny fueron enviados, provistos del aparato pulverizador, a ver si conseguían encontrar el rastro del *gang* de Mohallet por medio de los procedimientos químicos que ponían en evidencia las huellas de las pisadas.

Cuando se hubieron marchado, Doc continuó su investigación.

Examinó detenidamente las paredes, levantó la alfombra del piso, miró los muebles uno por uno con toda atención…

Luego pensó que debía examinar también el cuarto de baño, y pasó a él.

Dos o tres minutos después, Doc volvió al despachito, cogiendo una de las hachas con pico de los bomberos.

Volvió a entrar en el cuarto de baño. Y se oyó un gran golpe.

Johnny, Ham y Long Tom corrieron a la puerta a ver lo que ocurría.

Cuando llegaban al umbral pudieron ver a Doc que envolvía un voluminoso objeto en una toalla.

Miraron al baño.

Era una de esas bañeras de hierro esmaltado que ahora son tan frecuentes.

Un gran trozo había sido arrancado de un golpe, de uno de sus lados.

Evidentemente aquel pedazo del baño era lo que Doc estaba envolviendo tan cuidadosamente en la toalla.

Renny y Monk, como dos montañas de duda y de asombro, volvieron poco después diciendo que Mohallet y sus hombres parecía que habían subido á un taxi poco después de salir a la calle.

Al menos, el famoso rastro de olor debido al aparato que pulverizaba, iba a terminar junto a la acera.

—Otras dos o tres personas han visto también a la muchacha rubia —añadió luego Monk—. ¡Diablo, la verdad es que debe ser una hermosura, para atraer la atención de este modo!

—¿Y lleva la muchacha todavía sus pantalones bombacho a la moda turca? —preguntó Ham.

—¡Desde luego!

—Entonces, ya está todo explicado: el traje ese de odalisca del harén, es lo que causa el asombro de las gentes.

Todas las miradas se posaron ahora en aquel bulto envuelto en la toalla, que Doc sostenía cuidadosamente.

Porque a todos les intrigaba mucho el hecho de que Doc Savage hubiera arrancado un pedazo de la bañera de este cuarto del hotel, y se lo llevara como el que se lleva un objeto precioso.

En vista de que el interrogatorio al que pensaba someter a los cuatro prisioneros habría de durar cierto tiempo, Savage optó por atar y amordazar a los árabes, colocándolos luego en grandes canastas de las dedicadas a recoger la ropa sucia en los lavaderos del hotel.

Esta última medida era para burlar a los reporteros.

Las grandes canastas fueron cargadas en un camión del lavadero, en el cual subieron también Doc y sus amigos, llevando el primero el trozo de la bañera.

Los prisioneros fueron subidos al piso ochenta y seis, en el ascensor rapidísimo de Doc Savage.

Renny examinó a los cuatro heridos con su ojo experto. Luego comentó:

—¡Son bandidos de marca!, ¿sabéis? Y me parece que nos va a costar Dios y ayuda para sacarles nada del cuerpo…

Doc se acercó también a examinarlos. Y dijo, al cabo de un instante:

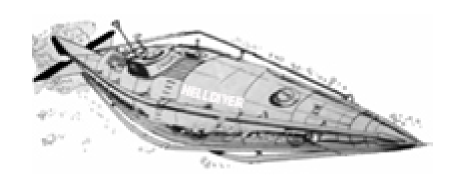
—¡Aún tardaran algún tiempo en volver en sí! ¡Vamos a jugarles una buena pasada!

Enseguida, hablando rápidamente, bosquejó su plan.

Los otros le escuchaban atentamente y sonriendo…

Luego, con movimientos rápidos, todos pusieron manos a la obra.

VIII
La voz del infierno



Balid era uno de los cuatro prisioneros. Como había sido el enemigo al que primero abatió Savage, de un puñetazo formidable en la mandíbula inferior, fue también el primero en volver en sí. Los otros habían sido heridos por las balas que privaban del sentido, y por tanto tardaron más tiempo en despertar.

Al despertar, los brazos y las piernas de Balid intentaron hacer los movimientos naturales de un durmiente que se despereza. Pero, con gran asombro del árabe, no podían moverse.

Balid comprendió que estaba en un sitio donde hacía mucho calor.

Y abrió los ojos.

Entonces lanzó un breve grito ahogado de inmensa sorpresa.

Una espantosa aparición surgió ante sus pupilas dilatadas por el espanto, a pocos metros de donde él estaba: era nada menos que un horrible esqueleto de ocho pies de altura, que lanzaba unos extraños destellos de luz verdosa.

El horrible esqueleto de fuego, extendió de pronto uno de sus brazos y luego el otro. A los ojos muy dilatados de Balid le parecieren que aquellos brazos tenían lo menos veinte pies de largo.

El pavoroso esqueleto abrió luego su boca descarnada, por la que salió una llama corta y cegadora. Enseguida surgió un leve chorro de humo blanquecino.

El árabe intentó gritar, pero su terror era tan grande que las

palabras y los sonidos se ahogaban en su garganta.

Era que la voluta aquella de humo acababa de tomar la forma del busto del amo de Balid, es decir, de Mohallet. La cabeza de Mohallet aparecía cortada limpiamente, de un tajo que cercenaba su cuello de oreja a oreja.

Y de aquel cuello cortado de un solo tajo, iban cayendo riachuelos de una sangre muy roja…

La espantosa aparición se desvaneció de repente.

Uno de los brazos luminosos del esqueleto, se alargó y tocó a Balid. Hubo un leve susurro misterioso. Y el árabe sintió un dolor intolerable de agonía, un dolor que se le hacía insoportable y le cogía de pies a cabeza.

Intentó moverse, levantarse y huir; pero no podía moverse. Sus miembros volvían a darle la sensación de estar paralizados, se sentía arder, arder como si fuera de fuego.

—¡Ya estás aquí! —dijo el esqueleto con una voz ronca de ultratumba.

Esto no era una novedad para el pobre Balid. Sabía que estaba presente, que había recobrado sus sentidos… ¡y de qué modo!… ¡jamás pudo haber imaginado su mente supersticiosa, un sitio más tétrico ni más aterrador!

—¡Estás a medio camino de la larga y terrible jornada, entre la esfera terrestre y el más allá eterno! —siguió diciendo la voz de ultratumba—. ¡Y precisamente aquí es donde vuelve a la vida tu parte material y se despide tu futuro eterno!

Balid intentó temblar, aunque su cuerpo no podía moverse en lo más mínimo. ¡Estaba muerto!… ¡Estaba seguro de esto! No había otra explicación posible de este fenómeno.

Ante los ojos de Balid surgió ahora en la obscuridad un libro. En la cubierta, con letras luminosas, se leían estas palabras, escritas en árabe:

«HECHOS Y HAZAÑAS DE BALID»

El volumen desapareció antes de que Balid pudiera leer nada más.

La voz de ultratumba siguió diciendo entonces:

—Esto es un resumen de los hechos y hazañas de tu vida. ¡Aquí está todo, absolutamente todo! Y, por cierto que es un relato poco

edificante. Quizá, quizá te sitúa en el mismo puesto del demonio. Pero hay otra cosa que tal vez pudiera salvarte. Confesar los hechos más íntimos y secretos de tu vida terrenal. Si dices la verdad pudieras salvarte. Si mientes ten la seguridad de que yo lo conoceré enseguida.

Balid intentó hablar lanzando algunos sonidos guturales. Al fin pudo decir en voz baja y penosa:

—Yo era uno de los hombres que trajo Mohallet a los Estados Unidos con la muchacha rubia…

Pero la voz de ultratumba le interrumpió:

—¡No, no! ¡Es preciso que empieces tu historia mucho antes de todo eso!

Balid casi sollozaba ahora a causa del terror. Y dijo con voz temblorosa:

—¿Quieres que empiece la historia desde el primer momento en que vi a la muchacha rubia?, ¡oh. Todopoderoso!…

—¡No, no, más lejos que todo eso, antes, mucho antes! Empieza con algo que se refiera a Mohallet.

—Mohallet —gimió Balid entonces—, es el jefe de una tribu de ladrones que opera en las costas del Sur de Arabia. Mohallet tiene muchos prosélitos…

—¿Qué sabes del Príncipe Abdul Rajab?

—No existe tal persona. Ese es uno de los nombres que Mohallet usa a veces.

—Di la verdad, gusano inmundo, —rugió la voz de ultratumba entre sus dientes apretados—; ¡porque si mientes, yo lo conoceré, y te condenaré al fuego eterno!

—Mohallet la encontró en una de sus excursiones por las costas de Arabia, —siguió gimiendo Balid—. Iba vestida de un modo extraño, y en una muñeca llevaba un brazalete muy lindo de plata. Mohallet se lo quitó. Esa muchacha habla una lengua que nos es completamente desconocida, ya que ignoramos qué pueblo o qué tribu sea el que la hable. La retuvimos prisionera, y al cabo de varias semanas, Mohallet había aprendido el idioma que habla la muchacha —Balid hizo una pausa—. Pero cuando el brazo luminoso del espectro se alargó y unos dedos de hierro le empuñaron, produciéndole un nuevo dolor agudísimo, continuó en tono más vivo y ligero:

—Yo no sé lo que Mohallet logró averiguar cuando, al aprender el idioma de la muchacha, pudo hablar largamente con ella. Pero lo único que puedo decir es que, fuera lo que fuera, Mohallet pareció muy contento y excitado. Y una noche, hizo entrar en una lancha con él a la muchacha rubia y a seis hombres, y se fueron. No sé dónde fueron. Pero cuando volvieron, Mohallet venía furioso, y los seis hombres ya no le acompañaban. Solo venía él con la muchacha rubia.

»Más tarde encontramos los cadáveres de los seis hombres, en la playa. Y nos guardamos muy bien de decir nada, porque todos tenían heridas producidas por las balas envenenadas de las pistolas de Mohallet, cuyos proyectiles conocemos nosotros.

La voz le ultratumba preguntó entonces:

—¿Quieres decir que Mohallet los mató para que no pudieran decir adónde habían ido?

—No puedo asegurarlo, pero me parece que fue así, quiero decir, que yo lo pienso así.

—Continúa.

—Luego, al frente de un pequeño ejército, Mohallet intentó penetrar en el gran desierto de Rub' Al Khali, donde no había penetrado jamás ningún hombre del mundo. En las costas de este desierto viven tribus salvajes y feroces. Y las tribus nos rechazaron, causándonos numerosas bajas.

—¿Cómo? Mohallet intentó penetrar en el gran desierto, y no pudo conseguirlo, ¿no es eso?

—En efecto. Y entonces vino a los Estados Unidos en su yate.

—¿En su yate, dices?

Balid intentó rectificar, tomando la tangente, y dijo:

—¡Bueno, quizá, oh, Todopoderoso!, no se trata de un yate de propiedad de Mohallet. El yate se lo robó Mohallet a un inglés, hace unos meses.

La voz de ultratumba preguntó ahora:

—¡Bien! Y dime, ¿Mohallet vino en busca del submarino que pertenece a Doc Savage, no es así?

—En efecto.

—¿Y para qué quiere el submarino?

—¡Oh, no sé! Solo tengo sospechas… Quizá pretende llegar con el submarino a algún punto de que le hablara la muchacha rubia…,

un sitio quizá situado en el gran desierto de Rub' Al Khali.

—¡Di la verdad, gusano!… ¿Qué es lo que busca Mohallet?

—¡Oh, estoy diciendo la verdad!… Y la verdad es que yo no sé lo que busca.

—¿Dónde está anclado el yate de Mohallet, quiero decir en qué muelle de Nueva York?

—En un sitio que los americanos llaman el río Hudson, en las cercanías de la calle número cien.

—¡Muy bien! —dijo ahora la voz de ultratumba—. Has hablado bien. Has dicho la verdad.

De pronto, se oyó una espantosa carcajada de Monk, al tiempo que su vozarrón de gigante decía:

—¡Y tanto que ha hablado bien!… Y para recompensarle de alguna manera, vamos a volverle a la vida.

Se oyó entonces un chasquido de la llave de la luz al ser girada… y la estancia se llenó de claridad.

Balid miró en torno, con una expresión de susto infinito en sus ojos muy abiertos.

Estaba en el gran laboratorio de Doc Savage.

Volvió sus ojos junto a sí, y se vio metido en un cajón que le llegaba al cuello, un cajón que parecía lleno de arena. La arena estaba calentada, hasta un grado desagradable, por medio de unos hilos eléctricos.

El esqueleto que le había producido tanto terror, no era otra cosa que un simple maniquí de madera, frotada con fósforo. Las articulaciones eran cintas o trapos, lo cual había permitido al fantoche alargar los brazos.

Del brazo derecho del esqueleto, pendía un hilo eléctrico también, desnudo.

Al tocar a Balid, este cable había producido al desdichado fuertes descargas.

El libro en el que Balid había visto escritas las terroríficas palabras referente a sus hechos y hazañas, era, sencillamente, un libro viejo, en el que se habían escrito con fósforo algunas palabras.

En uno de los bolsillos de Balid, se había encontrado un monedero, con el nombre del árabe grabado, y esto permitió a Doc y a sus camaradas averiguar el nombre del infeliz.

En el libro habíase escrito también una breve historia relatando

lo sucedido en el hotel del distrito de Times Square, aunque Balid no había tenido tiempo de leerla.

Linternas hábilmente disimuladas, habían servido para comunicar al esqueleto la llama que parecía surgir de su boca. Un poco de guata blanca, había servido para imitar el humo. Y la cabeza de Mohallet y su cuello cortado de un tajo y sangrante, había sido sencillamente un dibujo pintado por Doc Savage de dos pinceladas y ejecutado de memoria.

Porque hay que añadir que Doc poseía una gran habilidad como artista.

Balid lanzó un gemido plañidero, y luego cerró sus ojos fuertemente.

Empezaba a desear estar verdaderamente muerto. Había dicho cuanto sabía acerca de Mohallet y de la muchacha rubia. Si Mohallet llegaba a enterarse de esto, le sometería a una serie de suplicios poco agradables antes de darle muerte de un modo terrible.

Doc, hablando ahora con su voz normal, dijo:

—¡Bien! Vamos a ir a echar una ojeada a ese yate de Mohallet.

Con una aguja hipodérmica, administró sendas inyecciones a los cuatro prisioneros. Esto mantendría privados de sentido a los cuatro hombres, hasta que se les suministrara otra inyección de una mezcla que los reviviría.

De momento, Doc no necesitaba para nada a los prisioneros.

Dentro de pocas horas, una misteriosa ambulancia vendría a la ciudad, y conduciría al ilustre cuarteto árabe a la institución de Doc Savage, donde se les sometería al maravilloso tratamiento del hombre de bronce.

El ascensor velocísimo de Doc, bajó ahora al pequeño grupo de hombres a los subterráneos del rascacielos, donde estaba el garaje.

Entraron en uno de los coches más grandes de Doc, precisamente la misma limosina que Savage conducía cuando fue asaltado horas antes por los árabes.

Quince minutos más tarde, detenían el coche en el extremo de la calle número cien.

Empleando gemelos de noche, empezaron a examinar las orillas del Hudson.

Al fin, Monk encendió una luz química de su propia invención.

Esta luz esparcía un resplandor muy intenso. Por cierto que este invento había valido a Monk, al feísimo y maravilloso químico, una medalla del ministerio de la Guerra, que había adquirido su secreto.

La luz intensísima no mostró yate alguno.

—Balid debe habernos mentido, —sugirió Renny en tono amenazador y terrible.

—Yo no lo creo así, —repuso Doc pensativamente—. Aunque era un granuja, era también muy supersticioso, y creía de buena fe el camino del infierno.

—En ese caso Mohallet se ha perdido para siempre, ¿verdad?

—Es muy probable, —asintió Doc—. El asunto ese del hotel, le ha llenado de terror. El pobre diablo pensó que el clima de Nueva York ya no le convendría en adelante… ¿comprendéis? ¡Y el infeliz ha desplegado las velas de su barca! —¡Venid conmigo!

Volvieron á la limosina.

Una sirena de la policía, gimió a lo lejos, en la noche, al tiempo que el coche de Doc y sus camaradas partía en dirección al Sur.

Savage llevó el auto directamente hacia el muelle donde estaba su famoso almacén.

Cada uno de los hombres se dirigió ahora vivamente hacia un aeroplano.

Las ruedecillas de goma de los aparatos estaban perfectamente engrasadas, y los aparatos, anfibios, como ya sabemos, empezaron a descender por la rampa que bajaba hacia el río por la misma fuerza de las hélices al ponerse en marcha.

Elevándose en el aire, y empleando luego de vez en cuando los poderosos cohetes luminosos de Monk, Doc y sus cinco ayudantes exploraron a conciencia todos los muelles y los estuarios del Hudson, buscando el yate de su enemigo.

El capitán de un *ferry-boat* les dio las señas y una exacta descripción de un barco que había estado anclado al pie del muelle donde terminaba la calle número cien.

—Era un buque de regular tamaño, —les explicó—. Un yate magnífico, que no les costará trabajo alguno reconocer. Va pintado todo negro, con franjas doradas en las chimeneas.

Como los aeroplanos de Savage iban todos provistos de estaciones emisoras y receptoras de radio, Doc dio una completa descripción del yate a sus amigos.

Luego, volando por encima del río, yendo de aquí para allí sobre la isla de Manhattan, buscaron sin cansarse el yate negro.

Los cinco ayudantes de Doc Savage eran todos excelentes pilotos aviadores.

Al llegar a la boca del puerto, uno de los oficiales de la aduana de guardia, le dijo a Doc que recordaba haber visto pasar, camino del mar un yate negro que marchaba a una velocidad fantástica.

Doc Savage informó enseguida por radio a sus cinco amigos:

—¡El enemigo intenta escapar!… Es preciso que intentemos alcanzarles y cortarles la retirada.

Al volar sobre el Atlántico, Doc y sus cinco camaradas se encontraron una espesa niebla que hacía invisibles las aguas. Además, había empezado a llover, y la niebla y la lluvia los cegaban por completo impidiéndoles ver los buques y el mar.

Los aeroplanos volaban de acá para allá, aunque inútilmente.

Varias veces Doc amaró con su aparato sobre las aguas, y, sacando un pequeño aparato introducía en el mar un tubo de goma, aplicando el otro extremo a un oído.

Este aparato, muy usado durante la Gran Guerra, delataba la presencia de un buque que navegara en muchas millas a la redonda.

El aparato descubría y revelaba el ruido de las hélices de la nave.

Doc oyó el rumor de numerosas hélices de buques. La boca del puerto de Nueva York, es un sitio frecuentadísimo por todas las naves de la Tierra.

Así, pues, era imposible descubrir el ruido de las hélices del yate qué ellos iban buscando.

Ni siquiera los cohetes y las luces de Monk, a pesar de ser tan intensos, podían disipar la espesa niebla.

Y durante varias horas, los aeroplanos recorrieron el mar en una búsqueda infructuosa.

—¡Es inútil! —dijo al fin Doc por radio—. La niebla nos ha vencido. Los transmisores y receptores de las radios estaban sincronizados precisamente con la misma longitud de onda. El efecto era muy parecido al de una línea telefónica.

Cualquiera de los miembros del *gang* de Doc, podía ponerse al habla con sus compañeros cuando quería.

—¿Quieres que volvamos a Nueva York? —preguntó luego la

voz del elegante Ham.

Monk repuso, con la peor intención del mundo en un tono burlón en sus palabras:

—¡El *dandy* está impaciente por volver a ver a su esposa y a sus trece hijitos!…

—¡Ah! ¿Está el aparato el mono con alas? —repuso Ham, riendo a través del aparato.

—¡Pero oíd, idiotas! ¿No estáis ya cansados de pelearos siempre? —rabió el vozarrón de Renny—. ¡Cuando tropezamos con obstáculos infranqueables en este asunto tan serio, vosotros seguís con vuestras bromas!…

De pronto, la voz aguda de Johnny, preguntó:

—Oye, Doc: ¿tú te llevaste un pedazo de la bañadera de un cuarto del hotel a tu casa, no es así?

—En efecto —repuso Doc.

—¿Y por qué hiciste eso?

—Muy sencillo —repuso Doc de nuevo—; porque parece ser que Mohallet tuvo sujetada o atada en esa bañadera a la muchacha rubia mientras la retenía prisionera en el hotel.

—Bueno, ¿y qué?

—Que la muchacha había escrito una especie de mensaje en uno de los lados de la bañadera.

—¿Y qué clase de tinta empleó para ello la muchacha?

—Una pastilla de jabón.

—¿Y qué dice ese mensaje?

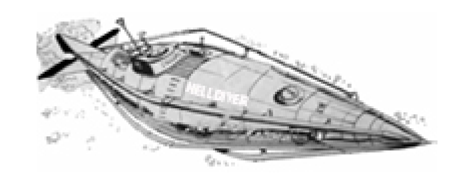
—¡Oh, no sé! —repuso Doc—. Las palabras no me recuerdan ninguna lengua conocida.

—¿Queréis que regresemos a Nueva York e intentemos descifrar ese mensaje? —dijo ahora Long Tom, tomando parte por primera vez en la conversación aérea.

Doc Savage contestó vivamente:

—¡Muy bien! —Volvamos hacia Nueva York.

IX
La ciudad misteriosa



Era la hora del amanecer.

Unos cuantos camiones de transporte se oían en las calles, con un ruido sordo, en las calles llenas de niebla que se prendía a los muros de los rascacielos.

En las habitaciones de Doc Savage, situadas, como ya hemos dicho, en el piso 86, cinco hombres observaban pacientemente al sexto, que era su jefe, el dueño del piso, entregado a un trabajo misterioso.

Doc Savage estaba trabajando con el trozo arrancado del baño del hotel.

Había extendido sobre el trozo de hierro del baño, una ligera capa de polvos negros, de los que usaba para obtener huellas dactilares; luego calentó el hierro, y sopló el polvo restante.

El calor hizo que los polvos se quedaran adheridos a las letras trazadas con jabón por la muchacha rubia, de modo que se podían leer las palabras escritas por ella.

Pero el caso es que la escritura aquella resultaba un verdadero jeroglífico de difícil traducción.

Para el mismo Johnny, tan conocedor de las lenguas muertas y antiguas, la escritura de la muchacha rubia resultaba un misterio.

Precisamente en estos instantes, Johnny estaba esforzándose por encontrar entre su vasta erudición, datos y detalles acerca del gran desierto misterioso de Rub' Al Khali, que cubría la mayor parte del

Sur de la Arabia.

Como geólogo y arqueólogo eminente, este era el punto fuerte de Johnny.

Doc había emborronado ya numerosos papeles, al intentar traducir el mensaje de la muchacha rubia.

Ahora estaba uniendo letras y palabras, caracteres y signos de lenguas antiguas de los tiempos bíblicos, con los varios vocabularios de la moderna Siria, y cotejándolas con la escritura de la muchacha en el baño.

Pero no encontraba semejanza alguna.

—¡Esto parece las huellas de las patas de unos pollitos, como suele decirse! —comentó Monk, sonriendo.

La verdad era que los signos aquellos de la escritura misteriosa de la muchacha rubia parecían la huella que deja en el suelo un pájaro que tuviera cinco dedos.

A veces no había más que un solo trazo; pero nunca había más de cinco juntos.

Doc se echó hacia atrás, de repente, y dijo:

—¡Al fin he conseguido lo que me proponía, al intentar descifrar el jeroglífico terrible este!

—¿Cómo? —dijo Renny, mientras todos miraban a Savage, extrañados—; ¿quieres decir que lo has conseguido descifrar por completo, Doc?

—¡Oh, sí! ¡Y ahora, cualquiera de vosotros podrá leerlo con toda facilidad! —repuso Doc brevemente.

—¡Por el Buey Apis! —exclamó Renny, acercándose vacilante a examinar el jeroglífico—. ¡De todos modos, yo no entiendo nada!

—Pues yo os digo que cualquiera de vosotros puede leerlo ahora fácilmente —repitió Doc Savage—. ¡A ver si adivináis cómo!… Mientras tanto, oigamos al amigo Johnny, que va a leernos algo muy interesante acerca del desierto misterioso de Rub' Al Khali.

Johnny se afirmó sus grandes gafas, donde iba, ante el ojo izquierdo, el magnífico lente de aumento.

—La Enciclopedia contiene uno de los más notables datos acerca de este desierto —empezó diciendo Johnny con su voz clara y nítida de catedrático—; la mayoría de las gentes cree que las regiones del Polo Norte y el Polo Sur son las partes, de la tierra más grandes de las regiones que están inexploradas.

Pero la realidad no es esta. La realidad es que la región inexplorada más grande del globo es esta región del desierto de Rub’ Al Khali, en la Arabia.

La mitad Sur del desierto es completamente desconocida e inexplorada. Se dice que contiene ruinas de una antiquísima civilización, así como grandes marismas y pantanos de agua salada.

—¿Y qué dice la Enciclopedia acerca de los habitantes de ese desierto? —preguntó Monk.

—Dice que los habitantes son unas pocas tribus salvajes, según se cree —repuso Johnny—. No hay agua potable, sino el agua salada de las marismas. Se dice también que en el país existe una especie de camello capaz de vivir bebiendo ese agua salada, y que los indígenas del desierto a su vez viven de la leche de camello.

—¿Qué más se sabe sobre el desierto ese? —insistió Monk.

—Muy poco. Un inglés hizo la más seria tentativa de exploración que pueda haberse hecho jamás en este desierto, hace unos años, dirigiendo una expedición a través de esta región tan ignorada. Pero otros exploradores han penetrado en el desierto… y han desaparecido sin dejar rastro.

Monk arrugó, con un gesto horrible, su feísima faz, y preguntó, muy extrañado:

—¿Y cómo es que no se ha pensado en explorar ese desierto por medio de aeroplanos?

—Muy sencillo: porque un vuelo sobre este desierto resultaría más peligroso que sobre las regiones polares. No hay agua dulce, como os he dicho antes, en un área enorme; y en estas circunstancias, un aterrizaje forzoso, supondría una muerte cierta, a causa de la sed. Además, en las costas viven algunas tribus salvajes y feroces.

Doc Savage intervino, diciendo:

—Hay otros detalles que podría explicar también el hecho de no haber sido explorado hasta ahora este desierto; es un detalle de psicología humana.

Fijaos bien: vosotros sois personas muy cultas y educadas; y, sin embargo, ¿cuántos de vosotros sabíais que este desierto de Rub’ Al Khali era la más grande parte del globo que permanecía inexplorada?

Todos tuvieron que admitir que no tenían la más leve noticia de

ello.

Y Doc continuó entonces:

—Pues bien; los exploradores, aunque la mayoría del público cree lo contrario, realizan sus exploraciones y sus hazañas buscando fama y provecho económico a su regreso, por medio de libros y lecturas bien pagadas. Una exploración en aeroplano sobre cualquiera de los polos, es siempre un gran suceso que ocupa las primeras páginas y se anuncia con grandes caracteres en todos los periódicos del mundo; en cambio, un vuelo sobre el ignorado desierto de Rub' Al Khali, solo merecería cuatro líneas insignificantes y olvidadas en un rincón del periódico, y esto suponiendo que aquel día no hubiera ocurrido un crimen sensacional o una hazaña de unos *gangsters* en cualquier capital, que atraería la atención del mundo entero.

—Esa es, tal vez, la verdadera razón por qué el desierto ese permanece tan ignorado y desconocido —medió Ham, haciendo gala de su gran conocimiento de la humana psicología, adquirido en su larga práctica de abogacía—; porque si este desierto fuera tan famoso como el Polo Norte, por ejemplo, podéis tener la seguridad de que habría estado llena de exploradores desde hace tiempo.

Renny había estado examinando el pedazo de la bañadera, mientras los otros hablaban, y de pronto murmuró, con tono impaciente:

—¡No puedo descifrar esto! ¡Me es imposible!

Doc opuso, en tono persuasivo:

—¡Pero oye, Renny, vamos a ver! ¿No conoces tú el lenguaje de los sordomudos?

Renny asintió. No solamente lo conocía perfectamente, sino que Doc y sus cinco camaradas y ayudantes podían conversar con este lenguaje de un modo perfecto. Lo hacían a menudo, cuando tenían necesidad de entenderse sin hablar.

—¡Mira! —siguió diciendo entonces Doc—. ¡Mira esto!

Formó con sus dedos una letra del lenguaje de los sordomudos, y luego la colocó al lado de uno de los misteriosos signos del jeroglífico escrito por la muchacha rubia en el trozo del baño.

Renny estalló:

—¡Diablo! ¡Eso es la letra eme!

—Exacto —asintió Doc Savage—. El mensaje de la muchacha

rubia está escrito en inglés, aunque apenas se entiende cuando se traduce en un principio.

¡Esperad, que voy a escribirlo, tal como está!

Doc empezó a escribir palabras en un papel. Y cuando hubo terminado, lo alargó a sus compañeros, para que lo leyeran y examinaran a su antojo.

—¡Hum! —exclamó Monk, con disgusto—. ¡Vaya un lío!…

El mensaje escrito por la muchacha rubia decía así:

> «Mi hombe aterrado, sal para su país un barco. Leva muchacha prinera. Mi hombe su pais Crying Rock, Sur la costa. Socor, favor. Muchacha levará cida fantasma…».

El extraño mensaje parecía acabar bruscamente, quedando interrumpido.

—Sí, lo más probable es que la muchacha se viera interrumpida en su tarea —asintió Doc.

Monk lanzó una exclamación de impaciencia y de cólera:

—¡Diablo! ¡Pues aún no lo entiendo!

—¿Cómo que no? ¡Mira, hombre! —dijo Doc, al tiempo que escribía otra vez, faltaban muchas palabras. Y escribió lo del mensaje, añadiéndole las letras siguientes:

> «Mal hombre aterrado, sale para su país en un barco. Lleva a la muchacha prisionera. Mal hombre, en su país, Crying Rock, en la costa Sur. ¡Socorro, por favor! La muchacha os llevará a la ciudad fantasma…».

Este mal hombre es Mohallet —explicó a los otros Doc Savage—. Y la muchacha de que ella habla, es ella misma.

—¡Ahora lo comprendo! —exclamó Monk, con una larga sonrisa satisfecha—. ¡Quiere decir que Mohallet va a dirigirse a un sitio de la costa Sur de la Arabia, llamado Crying Rock!, ¿verdad? Pero, bueno, ¿qué es esto de la ciudad fantasma?

—Pues esto —repuso Doc— quizá es la explicación de todo este misterio.

Ham señaló el papel con la punta de su bastón de estoque, golpeándolo ligeramente, al tiempo que decía:

—Pero, bueno: eso está escrito en Inglés, si a eso se le puede llamar inglés; sin embargo, la muchacha rubia seguramente no hablaba inglés. ¿Cómo se explica eso, Doc?

Doc reflexionó unos instantes, antes de contestar y al fin repuso:

—Verás: imagínate que tú te pones en contacto con un sordomudo, de no importa qué raza árabe, por ejemplo; ese sordomudo no sabe leer ni escribir, y tú quieres enseñarle a hablar por medio de sus dedos. ¿No podrías conseguirlo fácilmente, enseñándole los signos y las letras en inglés, al tiempo que le señalabas las cosas y los objetos a que te fueras refiriendo?

—Indudablemente —admitió Ham.

—Muy bien. Entonces, luego de transcurrir muchos años, o en el caso de que esa persona aprendiera el lenguaje de los sordomudos de otra persona de raza distinta, muchas de las letras serían omitidas al hablar o al pretender escribirlas. ¿No es esto también posible y verosímil?

Ham se apresuró a asentir vivamente, diciendo:

—Eso ya explica el fenómeno: la muchacha rubia quizá puede hablar inglés, un inglés especial por medio de sus dedos, aunque sea incapaz de hablar de viva voz nuestra lengua.

—Algo por el estilo. La lengua que habla esa muchacha es algún dialecto del interior de la Arabia, estoy seguro. Yo no le oí más que tres palabras que pronunciaba, cuando la detuve, pero me recordaban el árabe, aunque vagamente.

—Eso es una cosa muy extraña —intervino Johnny.

Quizá pronto le encontremos a todo una explicación muy sencilla —repuso Doc Savage—. Esto, claro está, a condición de que vosotros, muchachos, queráis que llevemos este asunto adelante.

Monk sonrió, con una larguísima sonrisa que dio a su feísimo rostro una expresión horrible y graciosa a un tiempo, y repuso el primero:

—Por nada del mundo conseguirías tú hacerme a mí desistir de llevar adelante, este asunto, Doc.

Renny dijo, con voz fuerte:

—¡Una linda muchacha en apuros haría a Monk realizar cualquier hazaña, por difícil que sea!

—Lo que me intriga verdaderamente, es eso de la ciudad fantasma —dijo Johnny a su vez, con voz clara de profesor—. El

desierto ese de Rub' Al Khali se dice que contiene las ruinas y vestigios de una antiquísima y muy interesante civilización.

***

Con un gran martillo, Doc Savage rompió en mil pedazos el trozo de la bañadera donde iba escrito el jeroglífico.

Luego quemó los pápeles en que había escrito la traducción inglesa del mensaje. Era preciso evitar que nadie más que ellos pudiera descifrar el mensaje en cuestión. Su contenido quedaba grabado para siempre en la prodigiosa memoria de Doc.

—Quizá —dijo luego a sus compañeros—, detrás de todo esto haya un asunto financiero de gran envergadura. Según todas las apariencias, este individuo, Mohallet, es el jefe de un *gang* que vive del robo y de hazañas por el estilo. Y así hay que pensar que Mohallet no ha venido hasta Nueva York y se ha jugado la cabeza solo para robar mi submarino; debe haber mucho dinero en juego.

Monk intervino con su voz de trueno:

—¡Oye, Doc: todavía no hemos puesto en claro para qué quería Mohallet el submarino!

Doc no contestó.

Si tenía alguna opinión sobre ello, la reservaba para sí.

Miró a sus cinco ayudantes, y pudo darse cuenta de que todos estaban ansiosos y anhelantes por salir en pos de Mohallet.

Doc no había esperado otra cosa. Esta empresa sonaba a algo extraordinario y lleno de peligro, precisamente lo que más ansiaban estos hombres y lo que constituía el más alto ideal de sus vidas: una gran aventura exótica, en un país extranjero.

—Bien —anunció al fin Doc—; vamos a partir hacia Arabia en el submarino. En vista de que Mohallet ha venido a Nueva York en busca de nuestro submarino, ello es señal de que lo necesita con gran interés. Quizá nos sea de gran utilidad.

Monk se lamentó:

—¡Muy bien! Pero la verdad es que no me agradará mucho cruzar el Atlántico en el submarino. ¡Grasa y aceite, suciedad y un cabeceo y un vaivén de mil diablos!… Y el submarino no está engrasado ni dispuesto siquiera… Al menos, no lo estaba cuando hicimos el famoso viaje al Polo.

El elegante Ham sonrió con una larga sonrisa. Acababa de recordar que los vaivenes y balanceos del submarino habían hecho a Monk pasar una travesía angustiadora, entre mareos horribles.

Y Ham confesó, con una sonrisa diabólica:

—¡Pues a mí me encantará ese viaje!

La ambulancia de la extraña institución de Doc Savage, llegó en este momento. Doc la había mandado llamar en las primeras horas de la noche.

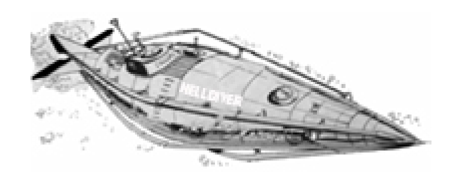
Sin llamar la atención de los escasos transeúntes a causa de lo temprano de la hora, los cuatro prisioneros árabes todavía dormidos, fueron bajados por el ascensor particular de Doc a su garaje.

Dentro de pocas horas, todos los recuerdos de su vida pasada estarían borrados de sus mentes. Y antes de un año, cuatro honrados ciudadanos, convertidos además en obreros hábiles, saldrían del establecimiento.

—Lo mejor que podemos hacer —falló Doc Savage—, es disponer el submarino y dejarlo listo para la marcha.

Monk, Ham y Renny fueron enviados por su jefe para ocuparse de aquella tarea, dejando listo el *Helldiver*.

X
Un guía peligroso



El cielo parecía una cúpula de horno puesta al rojo. Y la boca de aquel horno encendido del cielo, una especie de agujero más rojo en el cielo inflamado, era el sol, semejante a un ascua viva y brillante.

El *Helldiver* avanzaba por el Mar de Arabia, como si surcara un mar de aceite hirviendo, dejando en pos un rastro blanquecino que se esfumaba sobre las aguas.

La proa levantaba un torrente de espumas que se deshacían enseguida al tocar la cubierta de acero o las bordas de hierro, abrasadas por el sol.

Monk, cubriendo solamente con unos pantalones su cuerpo peludo de orangután, iba sentado en la cubierta del submarino, teniendo entre sus manos un rifle de largo alcance, espiando a los escualos y pequeños tiburones que osaban a veces asomar la cabeza a la superficie, para ejercitar en ellos su puntería.

De pronto, haciendo un gesto lento y torpe con un brazo, murmuró:

—¿Qué me dais por mi parte en la Arabia y en este océano ardiente, hermanos? —Su voz tenía una nota de tristeza, y añadió —: ¿Me haréis alguna oferta? ¡Vamos a ver!… ¡Por treinta centavos cedo mi parte!

Ham, vestido impecablemente de dril blanco y llevando sobre la cabeza un casco de corcho blanco también como la nieve, sonrió con una sonrisa beatífica. Monk había tenido una travesía

terriblemente penosa. Había tenido un tiempo pésimo.

Habían tardado muchos días en atravesar el Atlántico, el Mediterráneo, el Canal de Suez y, por fin, el Mar Rojo.

El viaje solo les había ofrecido monotonía y mucho trabajo. El *Helldiver* iba provisto de una maquinaria maravillosa, controlada desde una sala central, lo que permitía a la pequeña tripulación de cinco hombres manejar el barco.

No habían visto rastro de Mohallet ni de su famoso yate negro con franjas doradas.

—El *Helldiver* es muy veloz, para ser un submarino —dijo ahora Doc Savage, surgiendo por la escotilla principal de la nave—. De todos modos, es lo más probable que el yate de Mohallet sea mucho más rápido qué nuestro submarino. Y teniendo en cuenta los pocos días que perdimos preparando la marcha en Nueva York, Mohallet nos lleva en estos momentos una ventaja aproximada de un día; dos cuando más.

—Quizá ni siquiera ha venido a esta especie de cuello del océano —dijo Monk tristemente—. Su yate ni siquiera ha pasado por el Canal de Suez.

—Pero recordad que uno de los prisioneros nos dijo que el yate de Mohallet era un yate robado. Mohallet, no atreviéndose a atravesar el Canal de Suez, debe haber hecho rumbo para costear África, bajando hasta el Cabo de Buena Esperanza. Yo he estado calculando su marcha máxima, y la nuestra media también, y por eso os decía antes que en estos momentos no nos deben llevar más que un par de días a lo sumo de ventaja.

Johnny y Long Tom estaban de guardia abajo, en la sala de máquinas.

De pronto, los dorados ojos de Doc Savage se fijaron en el horizonte, en dirección a la proa de la nave, y gritó:

—¡Arabia, señores, Arabia!

Monk levantó vivamente la cabeza y luego comentó:

—¡Me parece un montón enorme de arena! Yo he visto en mi vida parajes y sitios yermos, pero eran bosques frondosos comparados con esto.

La costa se veía a unas siete u ocho millas de distancia.

Era una costa baja, casi completamente formada por rocas y arena. Al fondo, cerrando el horizonte en abanico, se veían unas

montañas desnudas, envueltas en una bruma producida por el calor intenso.

El *Helldiver* continuaba adelante, bajo el impulso rugiente de sus grandes motores sistema Diésel.

Unas manchitas diminutas aparecieron en la costa, y fueron aumentando de tamaño poco a poco.

Los viajeros acabaron por distinguir a simple vista que se trataba de casitas, agrupadas sin orden ni concierto, y formando calles. Era un pueblo, pequeño, calcinado por el sol tórrido del desierto.

—La ciudad de Bustan —anunció Doc Savage—. Su nombre, en árabe, significa jardín.

Monk lanzó un resoplido de cólera, y Doc continuó diciendo:

—Esto es la última avanzada de esta costa desolada de Arabia. Aquí desembarcaremos, y veremos a ver si podemos descubrir algo de un lugar conocido por Crying Rock. Los mejores mapas no señalan ese sitio.

***

Desde la orilla, muchos ojos negros observaban al *Helldiver*, que se aproximaba.

Bustan era una ciudad pequeña y pobre. No había puerto alguno, y las embarcaciones que se veían obligadas a anclar aquí, lo hacían cerca de una playa rocosa, que en tiempos de borrasca tornábase peligrosa en extremo. De aquí que los buques visitaban muy rara vez la ciudad.

Las autoridades gobernaban Bustan con mano férrea.

De todos modos, la ciudad estaba infestada de malhechores, pero todos ellos se disimulaban bajo la capa de mercaderes e individuos pertenecientes a las tribus nómadas.

Uno de estos últimos estaba entre la multitud que observaba acercarse el extraño *Helldiver*.

Era un individuo grueso. Su rostro parecía una bola de tocino rancio, adornada con grandes barbas negrísimas.

Este hombre permaneció cerca de la orilla solamente el tiempo necesario para cerciorarse de que el *Helldiver* iba a echar el ancla cerca de la playa rocosa.

Entonces, volviéndose vivamente, empezó a andar a grandes

zancadas en dirección a una calle, estrecha infestada de hombres con grandes chilabas blancas, los rostros graves y barbudos, alguna mujer con el rostro tapado, asnos parados en las puertas, esos camellos de una sola joroba que tanto abundan en Arabia y se llaman dromedarios, y un número infinito de perros.

Este individuo grueso penetró poco después en una morada grande, de no poco atractivo aspecto.

En el interior, se veía una gran antena de radio. Los aparatos receptores de radio no eran desconocidos ni mucho menos en Bustan. La antena esta iba a terminar en uno de ellos.

Pero era solo aparentemente. Porque, en realidad, el fin de esta antena era transmitir la energía de una estación que era a la vez transmisora y receptora en onda corta.

La estación estaba oculta bajo una losa, en unas de las habitaciones de la casa, y la losa a su vez se disimulaba bajo una rica alfombra.

Mohallet era un jefe de partida de bandidos, que tenía ideas modernas. De vez en cuando, los gobiernos de algunas naciones enviaban un cañonero o un buque de guerra pequeño en busca de Mohallet, con la orden de que recorriera la costa. Por eso, Mohallet tenía varias estaciones de radio a lo largo de las costas de Arabia, para que le avisaran cuando aparecía alguno de aquellos barcos tan peligrosos para él.

Y esta estación era una de ellas.

El hombre grueso de rostro de tocino, estuvo pronto en comunicación con el yate de su jefe.

El aparato emitía sonidos cuando se hablaba junto a él, como un simple teléfono, y la voz áspera y ruda de Mohallet se dejó pronto oír en los receptores.

—¿Qué hay? —preguntó en árabe.

—Un extraño submarino acaba de aparecer frente a la costa.

—Dame una descripción completa de él.

—Es un submarino largo y estrecho, sin torre de observación —repuso el hombre grueso, que se hacía pasar ante las autoridades de Bustan por un mercader—. Tiene largos listones de acero que van de popa a proa. Y el nombre que aparece en la proa del submarino es *Helldiver*.

Entonces, una catarata de maldiciones y denuestos, surgieron de

los receptores.

Mohallet, en su juventud, había sido un camellero. Y de aquellos sus tiempos de lucha y de miseria, había retenido una colección completa de epítetos para todos los gustos.

—¡*Wallah*! —terminó—. ¡Fue un día maldito y aciago para mí cuando me decidí a ir a Nueva York! No me cabe la menor duda de que el diabólico hombre de bronce está a bordo de ese submarino. Sea como sea, ese hombre ha conseguido averiguar por qué intentaba yo apoderarme del submarino y para qué lo necesitaba. No sé cómo habrá logrado averiguarlo. Ese hombre debe ser un brujo, un mago.

—Toda magia es trampa y habilidad —repuso el grueso personaje, con intención—. Quizá, ¡oh, amo!, sería conveniente echar mano de alguna de nuestras propias estratagemas…

—¿Tienes tú alguna idea? —preguntó Mohallet.

Sonriendo beatíficamente, el grueso personaje habló ahora rápidamente y en voz baja, con sus negras barbas pegadas al micrófono.

Este hombre era uno de los más astutos y hábiles secuaces de Mohallet, y se hacía pasar por un mercader. Por su mediación, gran parte del botín que Mohallet obtenía de las tribus del interior de la Arabia y de los barcos que se aventuraban por aquellas costas, era vendido.

En una habitación secreta, situada en un subterráneo de la casa; estaba almacenado en estos momentos gran parte del botín de Mohallet, en espera de tener salida.

Mohallet sonrió con salvaje alegría cuando hubo oído todo el plan de su secuaz.

—¡Magnífico! —repuso—. ¡Ponlo en ejecución inmediatamente!

Después de ocultar convenientemente el equipo de la emisora de radio, el rollizo personaje corrió a la terraza de su casa.

Desde allí pudo ver cómo era echado al agua un bote del *Helldiver*.

Era un diminuto bote plegable de acero, que iba adaptado debajo de una de las escotillas del submarino.

Doc Savage y Johnny iban en el pequeño bote.

Los dos vestían trajes viejos y raídos, como los que llevan los marineros auténticos.

La información que iban buscando —el paradero del misterioso sitio llamado Crying Rock— se podría obtener mejor mezclándose con las gentes del país.

Doc y sus hombres querían atraer la menor atención posible.

La poderosa aunque pequeña lancha motora les llevó pronto hacia la playa.

Varios oficiales y agentes vinieron al encuentro de los recién llegados.

Pero Ham, que era el que se encargaba siempre de arreglar los papeles y las formalidades legales de los viajes, había arreglado los documentos, esta vez como las otras, haciendo el desembarco y la arribada a cualquier puerto perfectamente fácil y legal.

Doc y Johnny se separaron.

Ambos hablaban correctamente el árabe. Y los dos conocían asimismo las costumbres del país.

—Ten cuidado de que nadie pueda sospechar que venimos en busca de Mohallet —aconsejó Doc a Johnny antes de separarse—. Pero ve en guardia para informarte de cualquier dato o detalle que pueda referirse a él o a ese sitio misterioso de Crying Rock.

—¡Muy bien! —repuso Johnny.

El delgado arqueólogo se marchó con grandes zancadas, visitando, como un turista curioso, varios bazares y establecimientos de bebidas.

Una especie de beduino, deteniendo su dromedario ante la puerta de una taberna, desmontó y penetró en la tienda vivamente, esparciendo a su alrededor una nube de polvo a cada paso que daba. El individuo en cuestión tenía el aspecto de un hombre que llegara del desierto.

Johnny le siguió, penetró también en la taberna y, abordando al beduino, le dijo:

—Escucha: tengo el propósito de dirigirme al sitio conocido por Crying Rock. ¿No te interesaría llevarme a él?

—¡*Wallah*! —repuso el beduino, asombrado—. En mi vida he oído ese nombre.

Desilusionado, Johnny siguió su camino. Decidió visitar el barrio donde vivían los pescadores. Si el sitio llamado Crying Rock estaba situado en las costas de Arabia, era más probable que estas gentes lo conocieran que no otras.

Continuando adelante, pronto se encontró Johnny en un barrio de calles estrechas y sucias, formadas por casuchas miserables.

Una mujer, envuelta en amplias túnicas, vino al encuentro del americano, llevando una gran cesta de frutas secas y de cocos. El rostro iba velado por el inevitable trapo con que las musulmanas tapan su cara. Johnny, no le dio más importancia, pensando que se trataba de una musulmana como tantas.

Un momento después se produjo un incidente: la mujer mora chocó contra el americano, y todo el contenido de la cesta se volcó sobre Johnny. Y hombre y mujer se tropezaron fuertemente, faltando poco para que cayeran al suelo.

—¡Usted se ha echado encima de mí! —exclamó Johnny en árabe, un tanto enfadado.

Pero, empujado por su innata cortesía, se agachó, empezando a ayudar a la mujer a recoger su mercancía.

De pronto, tres árabes enjutos, de tez casi negra, surgieron de un portal inmediatamente y cayeron sobre el arqueólogo. Se habían despojado de sus albornoces, y solo llevaban una ligera prenda interior.

Las ropas que cubrían a la mujer de la cesta de fruta, fueron volando por el aire… No era una mujer: era otro hombre, otro árabe de tez morena y miembros enjutos y nerviosos.

EL cuerpo huesudo de Johnny tenía la apariencia de ser ligero y frágil como un montón de pelos que el viento pudiera llevar a su antojo.

Pero ahora se le vio reaccionar y retroceder vivísimamente, con una maravillosa agilidad.

Lo primero que hizo fue quitarse sus famosas gafas, donde iba el notabilísimo lente de aumento.

Enseguida dirigió un formidable puñetazo al rostro de uno de sus enemigos, alcanzándole en el mentón. El árabe saltó hacía atrás como movido por un resorte.

Los otros tres se movían de acá para allá, intentando caer sobre su enemigo.

Habían sacado a relucir largas espadas, cuyas puntas iban impregnadas de un activo veneno.

Johnny se llevó la mano diestra al sobaco donde llevaba siempre la pistola ametralladora en miniatura.

Pero con gran sorpresa de su parte, vio que la pistola no estaba ya allí.

La pretendida mujer de la cesta de frutas, se la había arrebatado al darse aquel encontrón tan sospechoso con el arqueólogo.

Johnny entonces retrocedió más, llegando hasta la pared de una casa inmediata.

Las espadas envenenadas le amenazaban de frente y por ambos lados. El arqueólogo escabullía el cuerpo con toda la agilidad y viveza de que era capaz.

No llevaba encima ninguna otra arma, y solo sí un cargador de proyectiles para la pistola ametralladora desaparecida.

Johnny sacó el cargador de la pistola, que era redondo, en forma de tambor, y lo arrojó con todas sus fuerzas a la cabeza de uno de sus enemigos.

Pero el árabe se agachó vivísimamente, esquivando el golpe y delatando una larga práctica de lidiar con los dromedarios rabiosos del desierto, que muerden con frecuencia a los beduinos, irritados por la sed, la fatiga y los palos.

El cargador circular fue rebotando por la calle en cuesta. Uno de los perros vagabundos, de que parecía infestado el pueblo, fue ladrando furiosamente detrás del cargador.

Esto pareció una señal para los otros perros que pululaban por la calle, los cuales se acercaron, rodeando a los hombres y ladrando furiosos, intentando morder, y moviendo un estrépito ensordecedor.

Los árabes empezaron a maldecir a los perros y a su enemigo el americano, yendo y viniendo de acá para allá, con las espadas prontas para herir con la punta envenenada del arma.

Johnny estaba alerta, dispuesto a defender su vida. El muro que tenía a sus espaldas era demasiado alto para poder asaltarlo.

Y él estaba completamente seguro de que el más leve toque de una punta de las espadas significaba una muerte cierta.

Y en este momento surgió el salvador. Apareció por una esquina, corriendo con todas sus fuerzas. Era un hombre bajito y rechoncho, vestido con notable nitidez y elegancia.

—¡*Imshi*! —gritó en árabe a los asaltantes de Johnny—. ¡Eh, granujas, largo!…

Se detuvo violentamente, resbalando un poco, y enseguida, sacando un revólver, apuntó a los árabes y disparó.

Uno de los asaltantes morenos de Johnny lanzó un grito de dolor, soltó la espada y se llevó ambas manos a la cintura.

Enseguida, girando sobre sus talones, echó a correr calle abajo.

Los otros asaltantes siguieron pronto su ejemplo. Johnny se precipitó sobre la espada caída en el suelo y se lanzó en pos de los fugitivos. Pero el grueso personaje que le había salvado le detuvo, diciéndole en correcto inglés:

—¡Mejor será dejarlos marchar, señor! La policía no tardará en venir, y nos encarcelaría a nosotros también. Tienen la costumbre de meter en la cárcel a todo el que interviene en un tumulto, sea culpable o no.

—Quizá tenga usted razón —aceptó Johnny filosóficamente.

Y se quedó mirando a su salvador, mientras los dos se ponían en marcha.

Atravesaron varias callejas estrechas, alejándose de aquellos lugares.

Johnny iba intrigado por la elegancia y pulcritud de su salvador y por su rostro perfectamente afeitado. En esta parte del mundo son raros los hombres que se afeitan con frecuencia y regularidad.

—Mi nombre es Karl Zad —dijo, de pronto, el grueso personaje.

—Y el mío, William Harper Littlejohn, Johnny para mis amigos —repuso Johnny, estrechando la mano de su nuevo amigo—. Y desde el momento en que me ha sacado usted de este atolladero, le considero desde ahora como un verdadero camarada.

Karl Zad volvió la cabeza, para ver si les seguía alguien, al parecer, aunque en realidad había sido para sonreír de un modo leve y diabólico.

Karl Zad se dijo que el plan había tenido éxito. Este estúpido saco de huesos que debía ser el americano, no sospechaba que el asalto de los árabes había estado preparado adrede, para que él apareciera como el salvador providencial del atacado.

Volviendo a alcanzar a Johnny, del que se había retrasado unos pasos, recibió en recompensa una larga y amable sonrisa del delgado arqueólogo.

Johnny naturalmente, no podía saber que Karl Zad era el mismo individuo de rostro atocinado y grandes patillas negras que se hacía pasar por mercader y que había estado en comunicación por radio poco antes con el archivillano Mohallet.

***

—Yo soy un mercader, un comerciante de estas costas —siguió diciendo luego Karl Zad—. Los indígenas, del país son gente infernal. Me han robado las caravanas infinidad de veces, hasta el punto de reducirme poco menos que a la ruina.

—¿Usted no es del país, señor? —preguntó Johnny, interesado.

—No. Yo soy de La Meca. Y me arrepiento de haber salido de allá. No he visto en mi vida más ladrones de los que hay en estas costas. Forman una inmensa cuadrilla, cuyo jefe es un individuo llamado Mohallet.

Johnny por poco se cae al suelo de la sorpresa. Por lo visto aquí había una soberbia pista que le serviría de punto de partida para su información.

Entonces preguntó vivamente:

—¡Escuche! ¿Ha oído usted nombrar alguna vez un sitio llamado Crying Rock?

Karl Zad tardó unos momentos en contestar, y al fin dijo:

—Sí; recuerdo haber oído ese nombre… Es un acantilado imponente, que dicen que en tiempos de tormenta o de borrasca produce a veces un ruido colosal, semejante a los lamentos de un ser monstruoso. ¡Sí, recuerdo haberlo oído decir!

—Y dígame: ¿no podría usted decirme el sitio exacto donde está ese acantilado?

Karl Zad hizo algunos viajes y se llevó una mano a la frente, como si se esforzara en recordar y en ocultar al mismo tiempo cierto embarazo o violencia. Y al fin dijo:

—Verá usted: quizá no sea muy discreto por mi parte pretender aprovecharme de su gratitud; pero la verdad es que para mí sería muy agradable y conveniente servir a usted de guía si quiere ir a ese sitio.

»Francamente, señor, estoy arruinado, y…

Johnny sonrió con una abierta sonrisa, al tiempo que decía:

—¡Muy bien, muy bien!… ¡Convenidos! Y le agradezco a usted esa franqueza.

Los detalles se convinieron en pocos momentos: Karl Zad recibiría una suma razonable por conducir a Johnny y a sus camaradas a Crying Rock.

Johnny sabía de antemano que Doc aprobaría la idea, sobre todo cuando se enterara de que Karl Zad había salvado la vida del buen camarada.

—Bien —exclamó Karl al cabo de un momento—; voy a saldar algunas cuentas pequeñas, a recoger mis bártulos… y nos encontraremos en la playa.

—¿Necesita usted algún dinero? —ofreció noble y generosamente Johnny.

—No, no. Y muchas gracias, señor.

Los dos hombres se separaron.

Johnny encontró a Doc Savage en el pequeño bote plegable a motor. Un círculo de árabes boquiabiertos, rodeaba al hombre de bronce. Jamás habían visto estas gentes un hombre dotado de músculos tan poderosos.

—Ninguno de estos individuos parece haber oído hablar nunca de Crying Rock —dijo Doc Savage a su amigo—. ¿Qué has podido averiguar tú?

—¡Todo! —repuso Johnny en tono de triunfo. Y, en tono vivo y animado, contó a su jefe y amigo su aventura, el asalto de que le habían hecho objeto los cuatro árabes, y la presencia providencial de su salvador, extendiéndose en detalles acerca de la noble y digna apariencia de Karl Zad y de su gran inteligencia.

—Cuéntame otra vez la parte de la pelea, del asalto —rogó Doc a su amigo.

Johnny obedeció.

—¿Y dices que ese Karl Zad disparó e hirió a uno de tus asaltantes? —insistió Doc.

—Sí; le hirió en el estómago. La bala le hizo doblarse y llevarse penosamente las dos manos al vientre, y luego echó a correr loco de terror.

Johnny siguió hablando todavía acerca de los méritos de Karl Zad, y luego, formando pantalla con una mano, miró al submarino.

Entonces pudo descubrir a los gigantescos Renny y Monk en la cubierta de la nave.

Cuando se volvió Johnny, Doc Savage había desaparecido. El hombre de bronce se había marchado silenciosamente. Johnny no mostró sorpresa alguna: Doc Savage solía marcharse de este modo cuando pensaba realizar algo importante o tenía algún plan de

interés que realizar.

Durante los minutos que siguieron, hubo un gran escándalo en las calles de la parte vieja de Bustan.

Era un estrépito semejante al que se produce en un gallinero cuando las aves ven a un milano cruzar por el aire.

En este caso, sin embargo, el tumulto era causado por la figura reluciente de un hombre de bronce que cruzaba las calles corriendo a una velocidad fantástica.

Doc se dirigió directamente el sitio en que había tenido lugar el asalto a Johnny por los árabes.

Encontró allí una gran multitud congregada, y se confundió entre las gente.

Sus ojos de oro recorrieron pronto todo el pavimento guijarroso de la calle.

Estaba buscando algún rastro o mancha de sangre del hombre que había sido herido en el estómago.

Pero no pudo encontrar rastro de nada.

De pronto, sin embargo, se estremeció.

Acababa de descubrir algo en el suelo, que atrajo sus pupilas y su atención.

Enseguida se agachó recogiéndolo.

Era un cartoncito redondo y pequeño, ennegrecido, con un pequeño reborde.

Doc se alejó enseguida de aquellos parajes.

El trocito de cartón redondo que acababa de recoger del suelo era el taco de un cartucho de revólver, gastado.

Doc fue de nuevo en busca de Johnny.

No le dijo una palabra del sitio donde había estado, ni Johnny se lo preguntó tampoco. Conocía de antiguo la costumbre de Doc de no decir nada más que aquello que él creía oportuno y prudente, nada más.

De pronto apareció Karl Zad.

Traía consigo dos grandes maletas de cuero excelente. Las dos eran nuevas.

Ambas; parecían muy pesadas.

Luego de haber sido presentado a Doc por Johnny, Savage le dijo cortésmente al recién llegado:

—¡Nos congratulamos mucho de contar con su ayuda, señor!

Johnny estaba entusiasmado, contentísimo. El arqueólogo no era un hombre simple ni fácil de engañar, de todos modos: lo que ocurría era que Karl Zad poseía una astucia y una habilidad como diplomático taimado, que no podía encontrarse en ningún otro individuo de las costas de Arabia.

Los tres hombres se dirigieron hacia el submarino.

Karl Zad pareció asombrarse inmensamente ante las maravillas mecánicas y técnicas que encerraba el submarino, admirando sobre todo las salas de máquinas y los aparatos del buque, que permitían a tan escasa tripulación controlar el barco.

Se le condujo a un lindo camarote, donde pudo dejar su equipaje.

—Deje usted aquí su equipaje, y Johnny le seguirá acompañando a que visite detenidamente el submarino —dijo Doc Savage.

Karl Zad no pareció alegrarse mucho ante le perspectiva de aquella visita.

De todos modos, dejó sus maletas en el camarote, como se le indicaba, y luego siguió a Johnny a diversas partes del buque, oyendo con atención y examinando con fingida curiosidad cuanto le iba mostrando y diciendo su cicerone.

Así pudieron ver el magnífico aparato automático que medía y marcaba la profundidad del submarino, por medio de un ingenioso mecanismo que utilizaba los sonidos enviados desde el barco hacia el fondo del mar, y cuyo eco era luego recogido y registrado por el aparato.

Un oído eléctrico medía el intervalo necesario al sonido para llegar al fondo del mar y volver a la nave; de modo que, como la velocidad del sonido a través de las ondas de agua salada era cosa conocida, podía hacerse el cálculo de la profundidad con relativa facilidad.

Doc estuvo ausente de la cubierta durante cierto tiempo. Luego, surgiendo del interior de la nave, fue a tierra en el pequeño bote de acero plegable, acompañado de Ham. Doc llevaba con él una gran caja.

—Ahora vuelve tú al submarino —ordenó Doc—. Alguno de los camaradas pudiera querer venir a tierra antes de que zarpemos.

Doc se puso entonces la gran caja bajo el brazo y se alejó rápidamente.

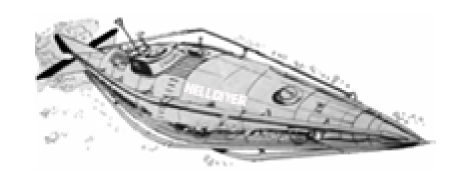
Ham volvió al *Helldiver*.

Y no había transcurrido mucho tiempo, desde que regresara Ham al submarino, cuando Karl Zad apareció en la cubierta, todo apurado y diciendo:

—¡Oh, señor!…, ¡he olvidado mi reloj! Lo dejé en una relojería para que me lo arreglaran y… ¿No podría volver a tierra a recogerlo?

—¡Y claro que sí! —repuso Ham, ofreciendo sus servicios como remero del pequeño bote plegable.

XI
Doc Savage vence a un enemigo



Una vez en tierra, Karl Zad se dirigió rápidamente hacia cierto sitio.

Fue directamente hacia el *zabit*, encargado de la policía del pueblo.

—Yo soy Karl Zad, un honrado mercader de esta ciudad, —empezó diciendo—. A bordo de aquel submarino, el *Helldiver*, hay parte del botín de una caravana del desierto que fue robada hace unas seis semanas, cerca de aquí.

—Al menos, hay dos maletas nuevas, conteniendo parte del botín. Y seguramente debe haber más.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —le preguntaron.

—Porque esas gentes han pretendido venderme a mí parte del botín. Yo he ido al submarino a ver las mercancías que me ofrecían, ignorando, naturalmente, que se trataba de ladrones. Cuando me enteré de la verdad, les dije que tenía que volver a tierra para buscar el dinero. ¡Y he venido enseguida a avisarle a usted de lo que ocurre!

El *zabit* se tragó toda esta andanada de mentiras.

Se puso el turbante agarró su rifle y llamó a una escolta de hombres armados, de tez muy obscura.

El grupo, perfectamente armado, se dirigió a buen paso hacia la playa, para trasladarse al submarino.

Karl Zad, mientras tanto, se dirigía en dirección opuesta a la que había tomado la policía de la ciudad.

Volvió rápidamente hacia su casa, sin volver la cabeza ni mostrar interés alguno hacia las gentes con las que se cruzaba.

Uno vez en su casa, fue hacia la habitación subterránea donde tenía escondida la estación emisora de radio, y destapó esta.

A los pocos momentos se había puesto en comunicación con Mohallet.

—¡Nuestro plan marcha perfectamente, oh, amo! —le dijo—. He llevado todo aquello a bordo… parte de las mercancías que guardaba aquí, en mi casa.

—Espero que no hayas llevado nada de valor verdaderamente —refunfuñó el avaro Mohallet.

—Claro que no. Se trata solamente de objetos y artículos que pueden identificarse como pertenecientes al botín tomado a las caravanas del desierto. Joyas con detalles y señales evidentes, amén de papeles y documentos sin valor, de las carteras de los mercaderes robados.

—¡Ah, muy bien! —aprobó Mohallet—. Ahora, una vez que Doc Savage y sus hombres estén en la cárcel, nosotros robaremos el submarino.

—¡Oh, yo también lo espero así, oh, amo mío!

—¿Tú no les has hablado de algo de valor que pudieran encontrar en su viaje?

—No, no; —Ellos me han preguntado por un paraje conocido por el nombre de Crying Rock. Yo les dije que sabía dónde estaba.

—Has mentido, entonces, ¿no es así?

—¡Y claro que sí! Yo tenía que decirles que lo sabía en efecto. Naturalmente, yo no había oído hablar jamás ni nombrar siquiera semejante sitio.

—¡Muy bien, muy bien! —se oyó exclamar ahora a la voz de Mohallet, en un tono que revelaba lo mal que lo pasaría Karl Zad si era cierto que él sabía dónde estaba el paraje llamado Crying Rock.

Karl Zad preguntó después:

—¿Y qué se oculta detrás de toda esta aventura, mi amo?

—¡Una cosa, que a ti no te importa! —repuso Mohallet en tono agrio y duro.

El rostro de Karl tomó una expresión de cólera infinita; pero su voz siguió siendo dulce y suave, cuando repuso, humildemente:

—¡Muy bien, mi amo, muy bien!

En ese instante las cortinas que tapaban una puerta, en la parte opuesta de la estancia, se abrieron silenciosamente. Y un gran gigante de bronce, atravesó silenciosa y velozmente la habitación.

Una mano de hierro se abatió en el aire y volvió a caer, silenciosa y sutil como una pluma, con una fuerza demoledora…

Karl Zad no llegó a ver, siquiera a Doc Savage. Quedó dormido instantáneamente. Y tal había sido la fuerza del golpe, que la víctima estaría privada de sentido lo menos una hora.

Doc Savage se acercó entonces al micrófono de la radio, y se inclinó sobre el aparato.

Enseguida empezó a hablar con una imitación perfecta de la voz de Karl Zad:

—¡Espera un momento, oh, amo mío, y veré a ver si la policía ha detenido ya a Doc Savage y a sus cinco ayudantes, y los ha traído a tierra!

Sí; la voz era imitación perfecta de la de Karl Zad. Un espía, escondido en la habitación contigua no habría podido apenas apreciar la diferencia.

Doc Savage no salió de la casa enseguida.

Lejos de ello, pasó a la estancia inmediata, agarró la caja que había traído con él desde el submarino y regresó a la habitación donde estaba la radio y Karl privado de sentido.

Abrió la caja y extrajo un receptor de radio muy sensible.

Cortó la comunicación del transmisor de Karl Zad.

Luego afinó y adaptó su propio aparato, hasta encontrar la onda —señalada por un largo silbido del aparato— del transmisor de Mohallet, y acabó de ajustar el aparato hasta que la onda estuvo perfectamente captada y el sonido adquirió fuerza y consistencia.

Esto le permitió averiguar la dirección de que venían las ondas.

Luego hizo un cálculo de la orientación de la brújula. Más tarde, cuando estuviera en el submarino, podría trazar una línea en un mapa, utilizando aquel cálculo y aquella dirección. En algún sitio de aquella línea, tenía que estar Mohallet actualmente.

Doc restableció luego la comunicación con el transmisor de Karl Zad.

—¡No, no hay noticias! —dijo al fin, imitando la voz de Karl de modo maravilloso.

—Muy bien. Avísame cuando las haya —dijo la voz de Mohallet

—. Y aquí termina nuestra conversación. ¡*Naltarack salid*!

La onda de Mohallet quedó cortada.

Luego, Doc destrozó por completo la emisora de Karl Zad.

Y cuando terminó su tarea, el aparato era incapaz de poder enviar mensaje alguno nunca más.

Doc salió de la casa.

Cuando llegó a la playa, el *zabit* árabe y su escuadrón de policías, volvían del submarino. Doc les esperó.

Los vio llegar muy coléricos.

Y el *zabit* le dijo furioso:

—¡Nos han llamado para que registráramos el submarino de usted! Pero, por lo visto, ha sido una broma yanqui, porque no hemos podido encontrar nada de particular a bordo.

Para cerciorarse de que no se equivocaban, registraron incluso la caja donde Doc llevaba su aparato de radio.

Savage les dijo:

—Yo puedo probarles a ustedes que hemos venido aquí directamente desde Nueva York.

Los policías le creyeron enseguida, a todas luces.

—¡No lo entiendo! —acabó por murmurar el jefe, disgustado.

Doc intervino de nuevo, para decir:

—Yo les aconsejaría que fueran a registrar la casa de ese hombre que me ha denunciado… ese Karl Zad, el mercader.

—¡*Wallah*! —gritó el *zabit*, aceptando con entusiasmo la idea—. ¡Así vamos a hacerlo!

Doc alquiló uno de los innumerables botes de los remeros indígenas que pululaban en la playa, y regresó al submarino.

Encontró a sus hombres intrigados y furiosos. Johnny, sobre todo, hervía materialmente de cólera.

—¡Todo esto ha sido una emboscada! —decía Johnny a gritos, agitando sus brazos delgados como cañas—. ¡Pero os juro que cuando agarre a ese Karl Zad, lo voy a pelar vivo!

—Yo creo que la policía va a encargarse de ello, querido —le repuso Doc Savage—. Ahora han ido a registrar su casa. Y yo tengo entendido, por lo que he podido colegir, que tiene la casa llena de botín y cosas que le comprometen.

Doc explicó luego a sus amigos cómo el hallazgo del taco ennegrecido de un cartucho ya disparado, le había puesto sobre la

pista de Karl Zad.

Sus cinco amigos, cuando terminó el relato Doc, se echaron a reír de buena gana.

—¿De modo que cuanto ha hecho Mohallet solo le ha servido para darnos una idea de su paradero, no es eso? —preguntó luego, radiante de alegría, Renny, con su vozarrón de gigante.

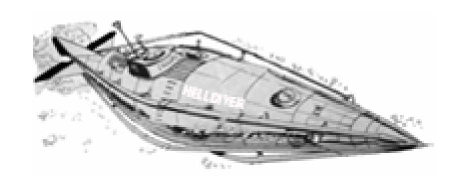
Johnny jugando con sus gafas enormes, donde iba, en el círculo izquierdo, la gran lente de aumento dijo:

—Y creo que Karl Zad debe haber traído a bordo, en sus dos maletas, algo que nos comprometiera. ¿Qué ha sido de ello, Doc?

Doc Savage era un hombre que sonreía muy rara vez, pero ahora lo hizo de buena gana, al tiempo que contestaba:

—Muy sencillo: yo lo agarré todo, lo subí a la cubierta del submarino, y luego lo arrojé al agua por la borda.

XII
La emboscada



El sol no había salido todavía. Estaba, de todos modos, ya muy cerca del horizonte para inundar el cielo de una luz tan radiante, que parecía que la atmósfera se inflamara, ocultando la luna y las estrellas.

Poco a poco, el resplandor rojizo fue en aumento hasta invadir por completo la superficie de aquel mar indolente de la Arabia.

Renny, en la sala de los mapas del *Helldiver* posó su enorme mano derecha sobre un mapa de las costas extendido ante él, sobre una gran mesa.

En el mapa se veía señalada una gran línea roja que partía de la ciudad de Bustan.

La línea roja atravesaba el mapa de parte a parte. Esta línea marcaba la dirección en que había venido hasta el aparato de radio de Doc Savage, la onda lanzada por el de Mohallet.

Levantando cuidadosamente del mapa un gran alfiler de cabeza roja, Renny consultó unos números trazados en un papel, y luego clavó el alfiler un poco más atrás en la línea roja, quizá cosa de un cuarto de pulgada apenas.

Luego dijo, levantando la cabeza y con un tono de voz que vibraba en la estancia de acero.

—¡Unas treinta millas! Claro está que nosotros no podemos saber dónde estaba Mohallet, a lo largo de esta línea roja; incluso en aquel momento podía estar en tierra.

Renny, siendo un ingeniero maravilloso, no tenía igual tampoco como navegante. Bajo este título, estaba dirigiendo la marcha del submarino.

—Yo dudo que Mohallet esté siquiera en las inmediaciones de ese sitio llamado Crying Rock —comentó Johnny, limpiando sus gafas.

—No tardaremos mucho en saberlo, amigo mío —repuso Doc Savage.

El hombre de bronce se dirigió ahora a la cubierta del submarino.

EL mar estaba en calma, pero la velocidad del submarino hacía caer en la cubierta de este, una lluvia constante y menuda, como de polvo de agua.

Llevando solamente un ligero slip sobre la cintura, Doc procedió ahora a efectuar sus ejercicios gimnásticos que verificaba a diario durante dos horas, hábito que tenía desde la niñez.

Cuando Doc acababa sus ejercicios, apareció en la cubierta Long Tom.

El mago de la electricidad parecía fatigado.

Había estado en la cámara de la radio durante varias horas, sin cesar desde que salieron de Bustan.

—¡Ni el más leve indicio de la estación emisora de Mohallet! —dijo a Doc Savage—. En cambio, he podido captar otra onda, también muy interesante.

—¿Ah, sí? —preguntó vivamente Doc Savage—. ¿De qué se trata?

—Verás: las autoridades árabes de Bustan tienen comunicación por radio con la capital del país…

Diciendo esto, Long Tom se limpiaba el polvo de agua que caía sobre su rostro amarillo y poco saludable. Luego continuó:

—He estado escuchando mensajes que se han cambiado durante la noche.

Las palabras no iban en código alguno. Por ello he podido enterarme de que la policía ha encontrado en la casa de Karl Zad bastante botín. Luego atemorizaron a Karl hasta tal punto, que le obligaron a que dijera cuanto sabía acerca de Mohallet.

—Lo cual no sería gran cosa, ¿no es así? —preguntó vivamente Doc.

—En efecto, no era gran cosa. De todos modos, la policía ha estado radiando toda la historia a la capital del país, incluso los detalles de haber encontrado a Karl Zad privado de sentido en su propia casa. Pero no sabían quién le había atacado.

—¿Dijeron algo de haber encontrado la estación emisora de Karl Zad destrozada?

—¡Y claro que sí!

—Pues eso ya no es tan bueno para nosotros —comentó Doc Savage—. Porque si Mohallet ha oído eso, es lo suficientemente astuto para adivinar que he sido yo el que he cometido la hazaña. No hay duda que Mohallet conoce todo lo concerniente a la ciencia de averiguar la dirección de las ondas en la radio. Eso aparte de que seguramente tendrá espías en las estaciones y emisoras oficiales, para averiguar todos los buques y expediciones que pueden enviarse con él.

Long Tom asintió, y después de una breve pausa, añadió:

—¡Ah, y otra cosa: Karl Zad ha muerto!

***

El rostro de Doc, permaneció impasible.

Luego, el hombre de bronce preguntó:

—¿Cómo ha sido eso?

—Intentó escapar de las manos de la policía, y mató a un agente. Luego se suicidó, al verse acorralado y perdido.

—Una ventaja para Mohallet —comentó Savage.

—Sí; porque si llegan a agarrar algún día a Mohallet, no podrán utilizar a Karl Zad como testigo de cargo contra su antiguo jefe.

Un rugido extraño llegó ahora hasta ellos, viniendo del interior del submarino.

Enseguida se oyó un ruido de pasos precipitados, pasos fortísimos, como de un gigante que corriera.

Un momento después, Monk surgió por una escotilla, como un monstruo peludo vomitado por un volcán en erupción.

Bajo un brazo, Monk traía un cerdito. El cochinillo era un ejemplar tan feo y monstruoso dentro de su especie, como Monk lo era dentro de la especie humana. Tenía la espalda muy fina y pulida, unas patas largas como las de un perro, y unas orejas

grandes que más bien parecían alas.

Ham apareció pisándole los talones a su eterno amigo Monk, pegándole a este con su inseparable bastón de estoque.

Ham llegaba ciego de rabia.

—¡Tú, monstruo peludo! —gritaba. ¡Voy a pelarte vivo!… ¡Voy a sacarte las entrañas, hasta que el cochinillo este pueda dormir en tu barriga vacía!… Voy a…

—¿Qué pasa? —preguntó Doc Savage.

Con una expresión de inocencia en su rostro feísimo, Monk se puso a rascar cariñosamente una de las enormes orejas del cochinillo, y contestó:

—¡El *dandy* este, que no quiere que venga a bordo el *Habeas Corpus*!…

Ham gritó, furioso.

—¡Le has puesto al gorrinillo mi mejor corbata, so imbécil!

Monk desplegó una cínica sonrisa, y dijo:

—¡Caramba!: *Habeas Corpus* gusta del maíz, como todos sabemos, y la corbata era de un color amarillo, que recordaba perfectamente el del maíz; el cochiníllo iba algo mareado, y la corbata le ha abierto el apetito…

—¡Ya te arreglaré yo! —gritó Ham.

Renny lanzó una carcajada, preguntando:

—¿De dónde diablos has sacado ese cochinillo tan monstruoso, Monk?

—Lo he encontrado en Bustan —repuso Monk—. Os advierto que es como un cerdo grande ya, ¿eh?, y que es muy notable. Cuando lo encontré, estaba persiguiendo a un perrazo enorme que habría hecho frente a un león.

—Y tú lo robaste, ¿no es así? —dijo Ham con sonrisa de sarcasmo.

—¡Nada de eso! Le pagué a su dueño árabe en buen dinero. Una cantidad equivalente a cuatro centavos americanos. El dueño me explicó que el cochinillo este había tomado la costumbre de escapársele al cercano desierto y perseguir a las hienas…

Monk miró ahora significativamente a Ham, y continuó:

—Y decía que le había llegado a llevar a su casa tal cantidad de hienas muertas, que eran un peligro para la salud, así es que decidió desembarazarse de él, y…

—¿Cómo? —intervino vivamente Renny—; ¿pero hay hienas en el desierto de Arabia?

—Se me olvidó preguntárselo al árabe —repuso Monk, con una sonrisa de ironía.

Doc penetró por una escotilla, yendo en busca de unos gemelos de gran alcance.

De nuevo vuelto a la cubierta, Doc Savage se llevó los gemelos a los ojos, mirando por encima de la proa.

El sol había salido ya.

Doc Savage graduó sus gemelos.

Enseguida se le oyó gritar:

—¡Coged vuestros gemelos, amigos míos! Veréis algo digno de verse.

Monk y Ham olvidaron su eterna disputa, y todos corrieron en busca de sus respectivos gemelos.

Pronto miraban todos en la dirección que Doc les había indicado.

—¡Oh, el yate de Mohallet! —gritó Renny el primero, con voz de trueno.

La orilla estaba formada por una línea de montañas bajas, que surgían del mismo borde del mar.

No se veía vegetación alguna. Todo el terreno parecía de roca viva, sin que hubiera un palmo de tierra donde pudiese crecer una planta.

Precisamente enfrente del submarino, se abría una pequeña abertura en la costa, y en ella se veía una playa arenosa. En toda la extensión que podía abarcarse a simple vista, no existía otra playa.

En el interior del abra, se veía un lindo yate negro, con franjas doradas en su casco y en la borda. El barco tendría unos cien pies de largo. Sus líneas le delataban como un navío muy ligero. No llevaba bandera, gallardetes ni insignia de ninguna clase.

A bordo del yate no se veía rastro de vida ni movimiento alguno.

EL huesudo Johnny se dirigió a grandes zancadas hacia el timón, dirigiendo la nave hacia la cala donde estaba el yate.

—¡Id despacio! —aconsejó Doc Savage—. El enemigo podría echar mano aquí del viejo truco de guerra de tener ahí escondido algún cañón. Y, la verdad, una bomba algo grande que diera en el casco de nuestro submarino… y tendríamos que sentir de veras.

El hombre de bronce no apartaba sus gemelos del buque enemigo. Así pudo observar que en el casco del yate no aparecía nombre alguno.

—Apostaría cualquier cosa a que no hay un alma a bordo —dijo Renny, cuya vista era casi tan aguda como la de Doc.

El mar estaba tranquilo, transparente. El *Helldiver*, muy lentamente, iba avanzando hacia la costa.

Parecía un pescado de acero, que fuera persiguiendo y acechando a un insecto negro y flotante. Pero el insecto aquí estaba muerto. Nada se movía en él.

Se acercaba hasta llegar a situarse al lado del mismo yate enemigo.

La mano experta de Johnny llevó la proa del *Helldiver* a pocos pies de la cadena del ancla del yate.

Con un salto maravilloso, que puso en, evidencia una vez más la agilidad y la fuerza de Doc Savage, este saltó del submarino, quedando cogido a la enorme cadena del ancla.

Luego trepó hacia arriba, semejante a una araña que subiera por el hilo de su tela.

La cubierta quizá había estado en algún tiempo limpia y aseada; ahora, en cambio, aparecía sucia, abandonada, lamentable.

Por doquier se veían trozos de sal de mar, botellas vacías, botes y latas de conservas, de mendrugos de pan. Por lo visto, la tripulación que llevaba Mohallet, era un hatajo de gente sucia y abandonada.

Doc Savage tendió el oído, y escuchó atentamente.

Pero solo pudo oír el lejano rumor de los motores del submarino.

Al fin se decidió a seguir adelante, penetrando en los camarotes, salones y salas de la tripulación, en la sala de máquinas y en las cocinas.

No encontró alma viviente.

En cambio, había multitud de detalles que indicaban que había habido gente hacía muy poco tiempo: círculos húmedos sobre las mesas, indicaban que se habían puesto vasos allí minutos antes; las planchas de las cocinas quemaban; las literas y las camas, estaban aún calientes y húmedas del sudor de los cuerpos que habían dormido en ellas.

En un gran camarote, Doc Savage descubrió un verdadero laboratorio, que demostraba que Mohallet era un verdadero hombre de ciencia. Había muchos aparatos, herramientas y objetos extraños, llenos de ruedas y mecanismos misteriosos.

Allí se veían también varios fusiles magnéticos, de aquellos que disparaban silenciosamente, y otros estaban en diferentes fases de construcción por las máquinas y herramientas que llenaban la estancia.

También había un equipo completo para hacer el veneno de las espadas y los puñales.

En una estancia contigua, descubrió Doc Savage una colección horrible y repugnante de reptiles de muchas clases, animales procedentes de todos los climas del orbe, y que servían seguramente para obtener el famoso y horrible veneno.

En el camarote privado de Mohallet —delatado por el lujo pródigo en cortinajes y muebles ostentosos—, había un gran cofre-fuerte.

Doc se acercó, arrodillándose ante él.

Un apache de profesión se habría interesado de veras por las maniobras de Doc Savage… La combinación del cofre funcionó, y la pesadísima puerta de acero, giró sobre sus goznes silenciosamente, al cabo de unos cuantos segundos.

En el interior, alineados en varias planchas, se veían fajos de billetes, hasta hacer una suma importante. Eran billetes americanos e ingleses. También había gran cantidad de monedas de oro árabes.

Doc lo contó todo. La suma era muy considerable.

Siguiendo la rebusca, Doc encontró todavía unas pocas joyas, desarmadas en su mayoría, y que estaban allí esperando que las engastaran o compusieran.

En un estuche de terciopelo, como en un lecho de honor, aparecía una especie de brazalete o pulsera, de un metal blanquecino, que parecía plomo.

Pero el metal no era plomo en modo alguno.

Doc Savage lo cogió, y al apretarlo pudo ver que cedía y se abollaba. El brazalete tenía señales de mordeduras de la lima y otras herramientas, el martillo, etc., etc., con las que había sido construido.

Los trozos de joyas aparecían muy usados. Las piedras y otros

adornos, si habían existido alguna vez, habían desaparecido por el uso.

Doc Savage recordó ahora que el secuaz aquel de Mohallet que cogieron en Nueva York, Balid, le había hablado de un brazalete blanco que la muchacha rubia llevaba puesto cuando ellos la encontraron.

Este brazalete debía ser el que tenía ahora ante sus ojos. Seguramente, le ajustaba en la muñeca a la linda muchacha rubia.

Doc volvió a colocarlo todo donde estaba, cerró de nuevo el cofre-fuerte y subió a la cubierta.

Se puso a examinar algo que le llenó de asombro y de sorpresa.

¡La muchacha rubia, medio oculta detrás de una gran roca, aparecía ante sus ojos, haciendo señales y gesticulando locamente en dirección al negro yate!…

Su cabello, extraño e intensamente rubio, flotaba, deshecho al viento, como un trozo suelto de turbante moro.

Doc corrió hacia la proa del barco, saltó la borda y empezó a bajar por la cadena del ancla.

Un salto de acróbata, le llevó a la cubierta del submarino, cayendo entre dos de los tirantes de acero, semejantes a los que llevan los trineos.

Renny y Long Tom habían maniobrado ya junto a la escotilla, preparando el bote plegable de acero.

Doc les echó una mano en la maniobra. Entre él y Renny echaron al agua el bote.

—Johnny y Long Tom se quedarán a bordo del submarino —ordenó luego Doc Savage—; el resto de nosotros iremos a tierra.

La pareja escogida por Savage para que se quedara en el submarino, puso cara de disgusto; pero ninguno de los dos quiso protestar ni decir nada.

Los otros saltaron al bote plegable.

Renny puso en marcha el motor con una de sus manazas enormes, con la misma facilidad con que hubiera hecho bailar una peonza. Los cilindros gemelos se pusieron en marcha instantáneamente.

El pequeño bote partió, levantando la proa fuera del agua y trazando un abanico de semicírculos en la superficie, que se alejaban en dirección a tierra.

Monk llevaba su cochinillo, *Habeas Corpus*, entre las rodillas. Con una de sus manos peludas, sacó de un bolsillo una pistola ametralladora. Ham sacó otra idéntica a la de su eterno enemigo.

—Para el motor a unos cien metros de la orilla —ordenó Doc Savage.

—Renny obedeció, dirigiendo luego el bote reciamente hacia el centro de la playa; al llegar cerca de la orilla, le hizo virar, poniéndolo de lado.

Doc Savage, con el ceño fruncido, escudriñó la playa, mirando atentamente a todos lados.

Luego se llevó los magníficos gemelos a los ojos.

Monk exclamó, como si hablara consigo mismo:

—¡Ese yate desierto…, esta playa donde no hay tampoco nadie más que esa muchacha rubia…, todo esto me escama mucho! Lo encuentro muy extraño, en verdad… Y a todo esto, ¿qué habrá sido de Mohallet?

Doc levantó una mano en el aire, y lenta y cuidadosamente, empezó a formar las letras del abecedario de los sordomudos.

La muchacha, como se recordará, había dejado escrito un mensaje en su lengua vernácula, en el baño de aquella habitación del hotel, allá en Nueva York.

Y como sus letras y signos eran muy parecidos al lenguaje de los sordomudos, seguramente entendería este lenguaje.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Doc Savage con sus dedos.

Ahora estaba muy cerca de la chica. Esta, que tenía la vista aguda de las gentes educadas en plena naturaleza, comprendió enseguida lo que Doc le decía.

Su mano derecha se alzó en el aire, y empezó a hablar con los dedos a su vez.

—¡Socorro! —dijo en aquel lenguaje.

—¿Está sola? —preguntó Doc por el mismo procedimiento.

Las palabras de la muchacha, resultaban casi indescifrables, porque a casi todas ellas les faltaban más o menos letras.

—Sss —repuso la chica, queriendo decir que sí estaba sola—. ¡Hombres malos, locos de pánico!

—Dice que sí, que está sola, y que los hombres malos, los árabes, han huido locos de miedo.

Monk llevando el cochinillo bajo un brazo, se puso en pie, y

dijo:

—Si esa muchacha es capaz de expresarse en inglés por medio de los dedos, será también capaz de hablar nuestra lengua, qué caramba. ¡Voy a darle un grito!

Entonces gritó, con todas sus fuerzas:

—¡Eh!… ¿Está usted segura de estar sola en la playa?

—Pregúntale más bien, si anda por aquí su marido —dijo Ham, riendo con perversa intención.

Pero la linda muchacha rubia no pareció dar muestras de entender el inglés de viva voz, a pesar de poder expresarse en ese idioma por medio de los dedos.

Siguió, pues, hablando con el lenguaje de los sordomudos.

Doc dijo a sus amigos, a los pocos instantes:

—Dice que no entiende el inglés. Y dice también que dejemos de hablar de este modo y vayamos a tierra, a salvarla. ¡Vamos para allá, Renny!

Renny puso de nuevo el motor en marcha, y el bote se dirigió hacia la playa.

Poco después hundía su panzuda proa en un lecho de guijarros, pues la arena de esta playa estaba mezclada con gran cantidad de cantos rodados más o menos grandes.

Monk, siempre con *Habeas Corpus* bajo el brazo, fue el primero que saltó a tierra.

Y se acercó hacia la muchacha rubia, sonriendo con una larguísima sonrisa.

Pero entonces ocurrió una cosa sorprendente, incomprensible: la chica, frunciendo el ceño, contempló unos momentos, con suma atención, la figura peluda de orangután de Monk.

La espesa capa de vello larguísimo que cubría el cuerpo de este hombre por doquier, pareció espantarla; y, de pronto, echó a correr como una exhalación.

Monk se detuvo en seco.

Y murmuró, entre indignado y divertido:

—¡Diablo!… ¿huye porque se asusta de mí o del cochinillo?

Doc avanzó y se vio que la muchacha vacilaba en su huida.

Savage se puso a hablar nuevamente con los dedos. La muchacha contestó del mismo modo. Esta era la primera vez que le veían plenamente y con luz del día.

Y tenían que reconocer que su belleza resultaba todavía más perfecta y arrebatadora de lo que habían creído en un principio.

Doc se volvió hacia sus amigos, y les dijo, con una leve sonrisa:

—Dice que quiere que atemos a Monk con una cadena antes que ella se acerque a nosotros. Dice que le atemos o que le demos un trastazo en la cabeza y le matemos.

Monk pareció desolado, al oír estas palabras, al tiempo que el elegante Ham se echaba a reír.

—¿Por qué? —preguntó al fin Monk.

Doc habló de nuevo con los dedos a la muchacha, que le contestó de la misma manera.

Luego, Savage tradujo a sus amigos:

—La chica está disgustada con nosotros. Me ha preguntado si no sabemos que Monk es una de las bestias blancas, solamente que este tiene un espeso vello negro por encima.

Ham soltó una carcajada espantosa, que le doblaba, sin poder contenerse. Y entre accesos de risa frenética, decía:

—¡Le ha tomado el número!… ¡Lo ha conocido!…

—¡Tú, imbécil, calla! —rugió al fin Monk. Y luego, volviéndose hacia Doc, le preguntó en otro tono:

—¿Qué diablos es eso que dice la muchacha de las bestias blancas?

La muchacha miraba ahora a Ham fijamente como si se preguntara, a causa de las carcajadas de este hombre, si no estaría algo loco.

Presentaba en realidad una figura atractiva y exótica, ya que iba vestida todavía en parte con las mismas ropas que llevaba en Nueva York.

Era vista de que la muchacha parecía no querer acercarse a causa del peludo Monk, los hombres optaron por avanzar lentamente hacia ella.

Ahora estaban a pocos metros de su bote motor.

De nuevo Doc se dirigió a la muchacha, empleando el lenguaje de los sordomudos.

La contestación de la chica fue esta vez muy larga y como penosa.

Las palabras inglesas estaban tan cortadas e incompletas, que únicamente Doc hubiera podido seguirlas y descifrarlas.

—Dice —tradujo Doc Savage al fin—, que Monk debe ser un individuo perteneciente a una raza de salvajes de piel peluda blanca, que le causan mucho miedo y pavor. Esto resulta una cosa muy misteriosa. Es, incluso, lo más extraño de todo cuanto he podido ver en mi vida…

La muchacha rubia extendió, de pronto sus brazos hacia adelante, y lanzó un grito agudo.

—¡Ah! —rugió Monk, lleno de alegría—. Así, esta mujer puede hablar… ¡No es muda!…

Ham se volvió vivamente, diciendo por su cuenta:

—¡Yo había dicho siempre que no era muda! ¡Mirad allí!…

Todos se volvieron.

Un grupo de hombres morenos, cubiertos con albornoces que flotaban al viento, avanzaban a lo largo de la playa.

Parecían haber surgido de la arena propiamente. En realidad, habían estado maravillosamente disimulados y escondidos en hoyos y detrás de los peñascos.

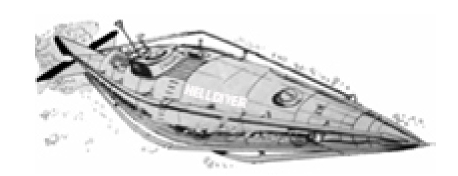
Entre las enormes rocas, empezó a crepitar una ametralladora.

Pero la lluvia de balas no iba dirigida contra Doc Savage y su pequeño grupo, sino contra el submarino de los expedicionarios. Las balas daban contra la leve cubierta del submarino, abriendo agujeros y abolladuras.

El submarino acabó por doblarse de un modo extraño, como algo cuyo vientre se rompe de golpe.

El *Helldiver* podía decirse que habíase partido en dos; quedando completamente inútil.

XIII
Demonios morenos



—¡A las rocas! ¡Pronto! —gritó Doc a sus amigos.

La pistola ametralladora de Monk empezó a vomitar una lluvia de balas.

El ruido recordaba el de un contrabajo que tocara en la lejanía. Ham y Renny también sacaron a relucir sus pistolas.

Varios árabes, cuatro a cinco, cargaron contra los americanos.

Doc gritó a sus camaradas:

—¡No matar sino en último extremo!

—¡No! —repuso Monk—. emplearemos balas de las que no producen la muerte, sino que privan solamente del sentido, dejando a la víctima dormida.

Entonces corrieron a buscar los abrigos más cercanos en los peñascos enormes caídos de las montañas en épocas remotas.

La muchacha rubia parecía asombrada y desconcertada por la rapidez de los sucesos.

Al fin, como si despertara, se volvió rápidamente y corrió delante de ellos, a buscar también refugio detrás de una roca.

—¡Maldita muchacha! —gritó Ham, colérico—. ¡Ella ha sido la que nos ha hecho caer en esta emboscada!

—¡De ninguna manera! —protestó Monk vivamente—. Ella estaba tan sorprendida de ver aparecer a esos pájaros como nosotros.

Una ametralladora dirigió en esta dirección una lluvia de balas,

pero lo hizo unos segundos tarde. Las balas fueron a estrellarse todas contra el gran peñasco.

De una de las rocas, situada a unos cuarenta metros, surgió de pronto un árabe, semejante a un diablo moreno envuelto en albornoz sucio.

El hombre se llevó el rifle a la cara.

La pistola ametralladora de Ham vomitó fuego en este instante, y el árabe se desplomó al pie mismo de la roca contra la cual se apoyaba.

Y en este instante se presentó una magnífica ocasión a Monk para hacer que la muchacha rubia, cambiara la opinión que había formado de él.

Dos árabes, con albornoces flotantes al viento, cargaron contra el hombre de bronce.

Muy cerca, la voz de Mohallet gritó desde detrás de un peñasco:

—¡Agarrad a la muchacha!… ¡Lleváosla lejos, de modo que podamos matar al hombre de bronce y a sus compañeros!

Uno de los árabes tomó a la muchacha, sujetándola, mientras el otro, levantando una pistola en el aire, intentó golpearle la cabeza con la culata.

La infeliz muchacha pudo esquivar el golpe apartando vivamente la cabeza.

Monk lanzó un verdadero rugido que resultaba muy extraño en un hombre que tenía la voz atiplada, a pesar de su enorme volumen.

Monk avanzó vivamente, cogiendo al paso una gran piedra. Y tan largos eran los brazos de este hombre, que casi no se había tenido qué agachar para coger el canto del suelo.

EL árabe que había intentado descargar el culatazo a la pobre muchacha, intentó ahora volver la pistola, para disparar sobre la joven.

Pero Monk arrojó la piedra en este instante, y el terrible proyectil fue a dar de lleno en la cara del cobarde, con un ruido siniestro…

Y el rostro de la víctima se transformó como por ensalmo.

De este modo, Monk pudo vengar el intento del árabe de golpear con la culata de su pistola a la pobre muchacha.

Monk podía haber herido y dejado fuera de combate al árabe de

un tiro de su pistola ametralladora, cosa que habría resultado infinitamente más fácil; pero ello habría hecho sufrir mucho menos a su enemigo.

Soltando a la muchacha, el otro árabe intentó huir. Pero de dos brincos, Monk le alcanzó, cogiéndole con una manaza de oso y levantándole en vilo.

Uno de los brazos del árabe se rompió, pues la fuerza de Monk era una cosa terrible.

Monk arrojó al suelo a su víctima, descargándole al mismo tiempo, con la otra mano tan terrible bofetada, que el infeliz perdió el conocimiento.

Entonces, la muchacha rubia dirigió a Monk una encantadora sonrisa, y el feísimo químico sonrió de oreja a oreja.

—¡Escóndete! —gritó la voz de Doc Savage dirigiéndose a Monk.

—¡Déjalo ahí, haciéndole visajes y carantoñas a la muchacha hasta que le larguen un tiro! —repuso Ham.

Monk, llamando por señas a la muchacha para que le siguiera, fue a esconderse detrás de un peñasco.

Casi todas las cabezas morenas que se atrevían a asomarse por un lado del peñasco que servía al árabe de abrigo, recibían una bala que dejaba al hombre privado del sentido, como dormido de modo instantáneo.

Era una puntería maravillosa, una puntería como jamás habían podido ver los hombres de Mohallet en toda su larga vida de peligros y aventuras.

Al fin las cabezas cesaron de aparecer.

Doc Savage se dirigió en voz baja a la muchacha rubia, hablándole en varios dialectos árabes, de los que usan diferentes tribus.

Al fin, la muchacha hizo un gesto de sorpresa y contento, y empezó a hablar a su vez con gran rapidez.

Doc escuchó atentamente, y luego dijo, denegando levemente con la cabeza:

—Esta muchacha habla el árabe antiguo, pero tan retorcido y tergiversado, que serán precisas varias horas de práctica para entenderse con ella un poco.

Echó mano de nuevo del lenguaje de los sordomudos, aunque tenía que avanzar lentamente, haciendo gran espacio entre palabra

y palabra.

Era como un telegrafista que empieza a transmitir despachos con un principiante al que enseña.

La contestación fue larga y lenta.

Luego, Doc Savage tradujo y explicó a los otros:

—Se ve que la han engañado. Los árabes la trajeron a tierra durante la noche. Pero ella dice que no había visto a estos hombres por aquí, escondidos. A ella la custodiaba un pequeño grupo. Al ver nuestro submarino que se acercaba, se apoderó de los que la custodiaban un pánico terrible. Y la muchacha, aprovechándose de la confusión, intentó escaparse, consiguiéndolo. Pero la muchacha ignoraba que los árabes lo habían dispuesto todo así para que ella pudiera escapar.

—¡Ya sabía yo que la chica no había intervenido en la emboscada contra nosotros! —murmuró Monk, en tono satisfecho.

—Bien, esperadme aquí, amigos —dijo Doc Savage.

Doc se dirigió directamente hacia el sitio de donde había salido poco antes la voz de Mohallet.

Si era posible, él quería atrapar con sus propias manos al villano.

El tal Mohallet era un asesino, el prototipo del bandido que constituye un peligro para la sociedad mientras está libre y es dueño de sus actos.

Pero Mohallet, por otra parte, estaba en el secreto de lo que aquí ocurría.

Era indudable que conocía la explicación de por qué estaba aquí la hermosa muchacha rubia, la muchacha que podía hablar el inglés en el lenguaje de los sordomudos, sin poder hablarlo de viva voz, y que tanto temía a aquellos misteriosos salvajes que ella llamaba las bestias blancas.

Una vez que Doc Savage hubiera echado mano a Mohallet, no había miedo que el siniestro personaje dejara de hablar y decir todo cuanto supiera.

Doc poseía muchos procedimientos para hacer hablar a las gentes.

Mohallet, de todos modos, se había retirado prudentemente.

Doc cayó de pronto sobre uno de los árabes detrás de una piedra.

El enemigo llevaba un rifle. El hombre tuvo apenas tiempo de lanzar un grito terrible, antes de recibir el puñetazo demoledor de Doc, que le dejó privado de sentido instantáneamente.

Otro de los secuaces de Mohallet vio, desde lejos, al hombre de bronce, y echándose el fusil a la cara, disparó. Pero la bala fue a estrellarse contra la roca tras la cual se había escondido Savage con la velocidad del rayo y el proyectil levantó una nubecilla de añicos que se vieron contra el cielo que empezaba a tornarse rojo, a causa del intensísimo calor.

Los hombres de Mohallet huían de la vecindad, aterrados por la maravillosa puntería de los hombres a quienes habían atacado, y acobardados y temerosos ante la fuerza irresistible del jefe del pequeño grupo.

De pronto, una descarga cerrada que sonó por la parte del submarino, llamó la atención de Doc Savage.

Corrió hacia la pequeña altura próxima y miró hacia el mar.

Entonces vio algo que le disgustó profundamente.

Johnny y Long Tom, habían traído el submarino junto a la misma orilla, sin duda perfectamente reparado de las averías que sufriera recientemente, y que, contra lo que pareció, no habían sido graves ni mucho menos.

Seguramente habían acercado la nave a la orilla, con la sana intención de ayudar a sus camaradas.

Pero, aunque claro está, que sus intenciones habían sido excelentes, su maniobra había resultado algo fatal, a causa de los acontecimientos que se habían producido después.

A alguna distancia del submarino, los hombres de Mohallet habían llevado botes, provistos de motores.

De pronto, se les vio subir a las pequeñas embarcaciones, y dirigirse hacia el *Helldiver*.

Todos los árabes iban perfectamente armados.

Se abrió fuego graneado contra el submarino, en cuya coraza rebotaban las balas, de los asaltantes.

Johnny y Long Tom, aplastados por el número de sus enemigos, tuvieron que refugiarse en el interior del submarino. Mohallet iba en persona en uno de los botes motores. Y pronto la horda salvaje se lanzó al abordaje del buque enemigo, como un enjambre de insectos que asaltaran una presa.

Mohallet corrió hacia una de las escotillas del submarino, y gritó, inclinándose hacia adelante, y en correcto inglés:

—¡Rendíos!… ¡O de otro modo, echaremos una bomba al interior del submarino!

Durante unos instantes reinó un profundo silencio.

No se sabía si los dos hombres que estaban dentro de la nave, habían oído las palabras de Mohallet.

Este repitió, al cabo de un momento:

—¡Rendíos!… ¡Rendíos, si no queréis que matemos también a vuestros compañeros que están en tierra!

Johnny y Long Tom debían tener la puerta de la escotilla un poco entornada, para poder oír las palabras de sus enemigos.

Hubo una corta conversación en voz baja, sostenida en tono tan débil que Doc no pudo percibir las palabras. Y entonces se abrió la escotilla.

Mohallet y sus secuaces se precipitaron al interior del *Helldiver*.

Manteniéndose oculto detrás de los grandes peñascos, Doc Savage volvió junto a sus amigos y la linda muchacha rubia.

—¡Me parece que nos hemos metido en un mal paso! —dijo Renny, el de los grandes puños.

—¡Sí! —asintió Monk, en tono pesimista—; ¡hemos dado con una veta de mala suerte!

Doc asintió lentamente.

Aunque sus facciones de acero no delataban sus pensamientos, se sentía disgustado.

Era muy raras veces cuando Savage caía en una emboscada como esta, tan burdamente urdida. Debía haber adivinado, se decía a sí mismo, debía haber previsto que los enemigos estarían escondidos en esta playa de grandes rocas, por bien disimulados que estuvieran.

Su atención había sido distraída hacia la muchacha rubia y la conversación por el sistema de los sordomudos.

—¡Salid del escondite! —gritó luego en voz alta a sus amigos—. Esto era una emboscada que se veía venir, la verdad.

Monk había estado procurando hablar a la muchacha rubia por medio de los dedos. Pero resultaba que le era imposible descifrar lo que ella le decía a su vez.

—¡Diablo! —murmuró, disgustado—. ¡Me es imposible entender

esta clase de taquigrafía que ella emplea!

—¡Déjame probar a mí! —repuso Doc Savage entonces—. Estoy ansioso de saber la historia de esta muchacha. Pero no hubo manera de sostener esta vez la conversación con la chica. Porque apenas había formado Doc una docena de letras con sus dedos, cuando oyó un gran grito que venía de la dirección del *Helldiver*.

—¡Eh, Doc Savage!…

Era la voz de Mohallet.

Doc no quiso contestar, fiel a su principio de que el silencio, en casos como este, empuja siempre al enemigo a ser más explícito y a ampliar sus confidencias y declaraciones.

—¡Eh, Doc Savage! —volvió a gritar Mohallet—. Quisiera hacer un trato contigo.

—¿Qué clase de trato? —preguntó Doc en un tono de voz que era fuerte sin exageración.

—Un trato que os permitirá salvar vuestras vidas —repuso Mohallet.

—En ese caso, ¿quieres tener la amabilidad de explicarnos qué clase de peligro nos amenaza en estos momentos? —preguntó Doc —. Porque este atajo de perros que tú llanas tus secuaces, no ofrece peligro alguno.

Mohallet lanzó un juramento terrible.

—¡*Wallah*! —gritó luego—. ¡Pues os juro que no lograréis salir nunca de este sitio y volver a la civilización!

Doc rompió en una carcajada. Y su risa fue franca y clara, reveladora de la gran confianza que sentía en sus propias fuerzas y en las de sus camaradas para regresar cuando quisieran a Bustan, que era el pueblo más cercano.

—¡Si no aceptas mi trato, mataremos a tus dos hombres que tenemos a bordo del submarino, prisioneros! —amenazó ahora Mohallet intentando una nueva táctica.

—Bien: ¿qué trato es el tuyo, vamos a ver? —inquirió Doc Savage.

—Que vengáis a bordo del submarino, trayendo las piezas vitales de la maquinaria que permiten sumergir y poner en marcha el buque, y que ahora faltan en la sala de máquinas. A cambio de esto, os perdonaremos la vida, y os llevaremos con nosotros en el submarino, una vez que estéis desarmados.

—¡Hum! —explotó Monk ingenuamente—. ¿Qué diablo dice que le pasa a las máquinas? ¿Que faltan piezas? ¿Quién puede haber…?

—¡No hemos nacido ayer, amigo mío! —gritó Doc, sonriendo.

—¿Y qué tiene que ver el día de vuestro nacimiento con este asunto? —gritó Mohallet a su vez, rojo de cólera, y dando pruebas evidentes de no comprender el argot de Nueva York.

—Quiero decir —explicó Savage pacientemente—, que no somos niños para creer que vas a cumplir tu palabra.

Mohallet lanzó un nuevo juramento. Luego dijo:

—¿Qué condiciones pones tú para hacer lo que te pido?

—Que abandones el submarino, con todos tus hombres. ¡Salid todos!

—¡*La*! —rugió Mohallet, furioso. ¡No!

Doc dijo entonces, transigiendo un poco.

—Bien, hagamos otra cosa: dinos todos tus planes, empezando por lo que proyectas y el por qué de esta emboscada que nos habéis tendido, y luego nos permitirás que quedemos en el submarino, controlándolo y dirigiéndolo, y llevándoos luego a donde tú indiques.

—¡*Wallah*! —repuso Mohallet en otro tono, ya más calmado—. Eso es una cosa aceptable.

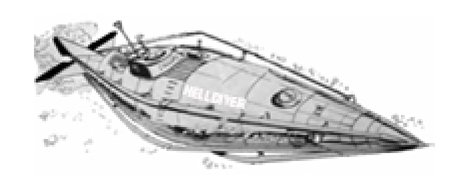
Pero la verdad era que Mohallet había aceptado con demasiada viveza la proposición de su enemigo.

Renny frotó uno contra otro sus enormes puños, y dijo entre dientes:

—¡El bandido!… ¡El piojo!… ¡No piensa cumplir el trato, el muy canalla!…

—¡Ni nosotros tampoco! —repuso Doc, sonriendo y en el mismo tono bajo y breve—. No se ha hablado una palabra de que si se nos presenta ocasión para ello, saltemos al cuello de Mohallet y demos cuenta, de él y de todos.

XIV
El beso del cochinillo



Doc, sus tres hombres y la bella muchacha rubia, pudieron avanzar, pues, hacia la playa sin que hicieran fuego sobre ellos. Todos conservaban sus armas.

—¡Oye, Doc! —preguntó Monk de pronto, en voz apenas perceptible—. ¡Tú no te has traído ninguna pieza de la maquinaria del submarino! ¿Dónde las has escondido?

—¡Yo no he quitado pieza ninguna! —repuso Doc Savage también en tono confidencial.

Monk parpadeó, mirando con sus ojillos diminutos a su jefe y amigo, y siguió diciendo, con su eterna ingenuidad:

—En ese caso, deben haber sido Johnny y Long Tom los que…

—¡No seas tonto, hombre! —le atajó Doc, impaciente—. Todo debe reducirse a alguna artimaña de Johnny y Long Tom. Habrán quitado alguna pieza o maniobrado en las máquinas para dar la sensación de que faltan piezas en realidad. ¿Comprendes?

Desde el submarino enviaron ahora varios botes a recoger a los americanos y a la muchacha. En cada uno de los botes venía un solo hombre.

—Finjamos que creemos a pies juntillas en la buena fe de Mohallet y sus promesas, ¿sabéis? —dijo Renny. Un grupo de árabes negruzcos aparecieron entre las rocas, a espaldas de los americanos y la muchacha rubia.

Todos empuñaban sus rifles, dispuestos a hacer fuego, aunque se

mantuvieron a la expectativa. No se acercaron siquiera. Se habían acostumbrado a respetar a estos poderosos enemigos.

Doc y sus camaradas subieron a los botes. De mala gana, la muchacha rubia les siguió a su vez. Su lindo rostro aparecía contraído con una expresión penosa.

—¡Se siente apenada por habernos metido en este atolladero! —murmuró Monk.

Doc, comprendiéndolo así también, se dirigió a la joven, por medio de los dedos, diciéndole:

—¡No se atormente usted por nosotros!

La muchacha sonrió amargamente.

—¡Es una muchacha valiente! —comentó Ham jugando distraídamente con su bastón de estoque—. Me habría gustado que nos hubiera contado su historia.

—Tendremos que esperar hasta que hayamos salido de este atolladero —dijo Doc Savage—. Os advierto que si sabemos ganar tiempo, ese pájaro de Mohallet empleará el intervalo para planear un complot endiablado y pretender hundirnos.

Cuando Doc y sus compañeros llegaron al submarino, Mohallet y los hombres que les esperaban en la cubierta, no llevaban arma alguna, a la vista al menos.

—¡Ya veis cómo sostengo mi palabra! —le dijo a Doc Savage—. Ahora, tú tendrás la bondad de colocar en su sitio las piezas que faltan de la maquinaria del submarino.

Y se quedó mirando a Doc, como si se preguntara interiormente dónde diablos podían estar escondidas las piezas que faltaban en las máquinas.

—¿Dónde están mis otros dos hombres? —preguntó Doc Savage.

Johnny y Long Tom fueron traídos ante Doc y sus compañeros. Venían desarmados a pesar de que tenían sus brazos atados.

—¡Suéltenlos! —ordenó Doc con voz ruda y firme.

Se le obedeció seguidamente.

—Bien —siguió diciendo Doc Savage—; ahora vamos a la sala de máquinas, y colocaré las piezas que faltan en la maquinaria.

—Todos en un grupo, hagan el favor —ordenó Mohallet a los prisioneros.

Monk había conservado con él su famoso cochinillo durante toda la aventura. No quería desprenderse de tan potente y eficaz

instrumento de tortura contra Ham.

Y llevó el cochinillo de aspecto tan extraño y horrible, bajo el brazo, cuando bajaba la escotilla, mientras las orejas del cerdito se agitaban como enormes abanicos abiertos.

Avanzaban uno a uno, muy juntos. La muchacha rubia y Mohallet, cerraban la marcha.

—¿Qué le habéis quitado a la maquinaria del submarino, tú?

—Nada —repuso Long Tom en el mismo tono—. He cortado algunos circuitos en los cables eléctricos que gobiernan el timón de inmersión. Eso es todo.

Mohallet, que ya hemos dicho que iba en la retaguardia, no oyó esta breve conversación.

Ahora se adelantó, reflejando en su rostro una falsa sonrisa, que dejaba al descubierto toda su dentadura brillante y llena de pedrería. No estaba dispuesto a dejar a sus enemigos que tramaran ningún complot contra él.

—Yo tengo que intervenir en todas las conversaciones que sostengáis, como es natural —le dijo a Doc y a sus amigos.

Doc Savage estaba muy sereno. Pero ahora habló rápidamente, en voz muy baja. Las palabras, eran una extraña mezcla de sonidos guturales y chasquidos bizarros.

El único ojo de Mohallet contempló ahora fijamente a Doc Savage. El otro permaneció inmóvil y fijo, como la pupila de un muerto.

Mohallet no había comprendido una sola palabra de lo que acababa de decir Doc Savage.

En realidad, solo Monk y Mohallet habían podido oír aquellas palabras.

Mohallet no había entendido aquel lenguaje, que muy pocos entendían.

Era la lengua nativa y pura de los antiguos Mayas, el legendario pueblo de Centro América que en épocas remotas tuvo una civilización que recordaba la de los egipcios, y que rivalizó con ellos.

Doc y sus hombres habían aprendido correctamente aquel idioma, en una visita que hicieron al país, visita que fue la base de la fabulosa riqueza que poseía Doc Savage en la actualidad.

En un valle perdido de una República de Centro América, existía

una mina de oro de fantástica riqueza.

Un puñado de supervivientes de la antigua raza de los Mayas vivían allí todavía, ignorados por el resto del mundo, y explotando aquella mina maravillosa.

Doc instaló en el país una poderosa estación de radio. Y al mediodía, en ciertos días de la semana, Doc transmitía algunas palabras en la misteriosa lengua de los Mayas por medio de aquel aparato.

A los pocos días de estar allí Doc y sus camaradas, los Mayas organizaban una larga caravana de asnos portadores de un inmenso tesoro. Cada uno de los animales llevaba sobre su lomo una verdadera fortuna de muchos millones.

Era el pago de la tribu al poderoso mago que les había llevado la radio. Y aquella riqueza, como fácilmente se comprenderá, iba a ser empleada en adelante por Doc Savage para deshacer entuertos e injusticias, premiando a los buenos y castigando a los malvados, en toda la superficie del Globo.

Mohallet había quedado desconcertado y absorto al oír las extrañas palabras pronunciadas por Doc Savage.

—¡Es preciso que habléis en idioma que yo entienda! —rugió en tono amenazador, mostrando sus dientes llenos de brillantes, en un gesto furioso.

Doc no le hizo el menor caso, mientras Monk, sonriendo con una sonrisa horrible en su faz monstruosa rascaba al cochinillo detrás de una oreja.

—¡Bien! —dijo este al fin, en tono dulce y amable—, yo voy a llevar a mi cerdito a mi camarote.

—¡Tú te estarás aquí con nosotros! —gritó Mohallet, cada vez más irritado.

Pero Monk fingió que no le oía o que ignoraba que se dirigía a él, y se marchó lentamente de la estancia.

Por los ojos de Mohallet pasaron dos relámpagos de ira infinita; pero no dijo nada.

Doc y los otros continuaron hacia adelante. Varios secuaces de Mohallet vinieron a unirse a su amo y jefe. Era evidente que temían alguna traición por parte de sus enemigos.

Doc, al llegar al compartimiento donde estaban los timones de inmersión, hizo tiempo, disimuladamente.

A los pocos instantes, Monk apareció de nuevo, esta vez sin el famoso cerdito.

—¡Muy bien! —murmuró Doc en voz alta—. Ahora vamos a arreglar las máquinas.

Long Tom le dijo a Doc, en tono bajísimo de susurro:

—¡Ten cuidado! ¡Mohallet piensa jugarnos alguna mala partida, en cuanto hayamos arreglado los motores!

—¡Déjalo! —repuso Doc Savage en el mismo tono—. Déjalo que lleve adelante su plan y así nos descubrirá su juego. En el fondo de todo este asunto, debe haber algo muy importante, y yo estoy impaciente por averiguarlo.

—¡A ver: arregla las máquinas! —ordenó Mohallet en tono imperioso e impaciente.

Doc repuso, antes de hacer nada:

—Pero habíamos convenido que tú nos dirías previamente el uso que pensabas hacer del submarino.

—Ya os lo diré… cuando estén hechas las reparaciones en los motores —dijo Mohallet en tono brutal.

Long Tom se adelantó, a una seña de Doc, y volvió a abrir los circuitos que había cerrado en los cuadros de mando de los timones de inmersión.

Fue cosa de un momento.

Enseguida se volvió a Mohallet, y le dijo con una sonrisa burlona:

—¡De haber conocido tú o tus hombres algo de los submarinos, os habría bastado con hacer lo que yo acabo de hacer!

—¡Hijo de un camello! —rugió Mohallet, desencajado y furioso al tiempo que de sus dientes cubiertos de piedras preciosas salían vivísimos destellos.

De pronto ocurrió algo terrible e inesperado.

Mohallet, de un vivísimo impulso, saltó hacia atrás, empujando a la muchacha rubia, que fue dando traspiés hasta pasar por la puertecilla que comunicaba esta sala de máquinas con la estancia contigua.

Y, con sorprendente e increíble rapidez, corrió detrás de la muchacha, la levantó en vilo, y huyó con ella en dirección a la popa de la nave.

La muchacha intentó defenderse pero, naturalmente, no podía

nada contra la fuerza del gigante árabe. Mohallet, llevando entre sus brazos su preciosa carga, atravesó ahora, varios compartimientos, donde no se veía ya maquinaria alguna, sino las literas de los tripulantes. Eran los pequeños camarotes de la tripulación.

Doc echó a correr detrás del fugitivo, sin cuidarse del grupo de árabes que, a sus espaldas, intentaban detenerle el paso; no se dieron cuenta que Doc Savage no intentaba defenderse con la acometividad y la fuerza en él habituales.

Doc y sus cinco amigos se encontraron en la sección de camarotes, formando un pequeño grupo, vacilante, dando traspiés al avanzar entre las literas.

De repente, las puertas que comunicaban estos departamentos hacia popa y hacia proa, se cerraron de golpe. Enseguida se oyó un gran ruido de cerrojos y fallebas que eran corridos.

Renny se lanzó furioso contra una de las puertas, con toda su enorme humanidad; luego descargó varios puñetazos contra la puerta con sus puños de hierro. Pero la puerta era de acero y resistió bravamente la acometida.

Doc, mientras tanto, luchaba contra la puerta del otro extremo. Pero las planchas de acero de las puertas estaban hechas a prueba de violencias, y solo saltarían bajo la ametralla de una explosión que volara el buque.

—¡Estamos cogidos en una ratonera! —rugió al fin Monk, desolado y furioso.

—¡Y los bandidos esos se han llevado a la muchacha!…

Muy emocionados, los cinco ayudantes de Doc miraron a su jefe con una expresión interrogante.

Pero este se mostraba muy sereno… sin dar la más leve muestra de inquietud.

Luego, buscando una litera confortable, se echó cuan largo era.

Ham volvió a envainar su bastón de estoque, y miró a Doc fijamente.

Luego sonrió, arreglándose su americana impecable.

—¡Dime la verdad, Doc! —dijo sonriendo—; tú esperabas algo por el estilo, ¿no es así?

—¡Algo por el estilo, no! —opuso Doc, sonriendo también un poco—. ¡Yo esperaba esto precisamente!

—¡Pero, diablo, ahora estamos en peor situación que…!

—¡Calla, hombre, calla! —le interrumpió Doc Savage—. Nosotros vamos a jugar la misma pasada a estos pajaritos. No son tan listos como parece.

—¿Qué quieres decir? ¿Que el submarino no va a marchar todavía, a pesar de lo que le hemos hecho?

—No, no; no quiero decir eso. El submarino marchará, si esta gente lleva alguien que sea experto a bordo y entienda la maquinaria.

—¡Pero seguramente, no llevan ningún perito a bordo! Lo prueba el hecho de que no hayan podido descubrir que lo que le pasaba a la maquinaria era que estaban cerrados los circuitos de los motores, sencillamente.

—Eso no prueba nada, amigos míos. Este submarino no es de los sistemas más corrientes. Un experto en submarinos, puede haber ignorado esto de los motores y encontrarse ante un dilema en un caso así…

Pronto la teoría de Doc Savage se vio confirmada por los hechos.

El *Helldiver* se puso en marcha, probando de este modo que entre los secuaces de Mohallet había alguno o algunos que entendían el mecanismo de los sumergibles.

Doc y sus camaradas oyeron cómo se cerraba de golpe una escotilla por la parte de la proa, y comprendieron que los que iban en aquella parte se unían a Mohallet y los otros en las salas de máquinas.

Durante dos horas, el *Helldiver* navegó con velocidades distintas. Varias veces, una mayor o menor inclinación del piso de la estancia, indicó a Doc y sus camaradas que el buque viraba cambiando de rumbo.

—¿Qué diablos significa este viaje, Doc? —preguntó Monk muy intrigado.

—¡Quizás —repuso Savage al azar—, los del *gang* de Mohallet se están familiarizando con el manejo y dirección del submarino!

El viaje, aquella marcha sin rumbo aparente, continuó durante algún tiempo todavía.

Luego, el submarino hizo tres inmersiones, casi consecutivas, muy cortas, desde luego. La primera de ellas fue francamente lamentable pues el sumergible casi cayó perpendicularmente al

fondo del mar; la segunda fue mejor; la tercera exacta y correcta, como hecha por unas manos de experto.

—Están haciendo pruebas para adiestrarse —comentó Ham.

Monk dijo a su vez, mirando a su eterno enemigo con el ceño fruncido:

—Yo preferiría que siguieran adelante, y se dejaran de estos pasteles de cerdo, la verdad…

Pronto vio cumplirse sus deseos. El submarino volvió a la superficie y pronto reemprendió una buena marcha. Luego viró y empezó a sumergirse lentamente.

—Mohallet y los suyos han ido bordeando la costa con el submarino durante algún tiempo —dijo Doc Savage—. Y ahora se acercan a la orilla directamente, quiero decir, en línea recta.

Los otros parecieron sorprendidos. Doc Savage, gracias a sus agudas facultades y a sus más desarrollados sentidos, había podido seguir con cierta exactitud la marcha del submarino.

Los otros no tenían la más pequeña idea del sitio a donde pudieran haberse dirigido.

Doc se acercó a una de las paredes de acero de la estancia, y aplicó el oído a ellas.

Durante largo rato solo percibió el lejano rumor adormecido de los motores.

De pronto el barco experimentó una ligera sacudida. Se sintió un leve golpe, dado adrede con el casco del buque. Este había tocado el fondo del mar.

Los motores se detuvieron, aparentemente mientras los hombres de Mohallet se cercioraban de que la nave no había sufrido averías ni daño alguno.

Estas gentes ignoraban que el submarino estaba hecho a prueba de golpes mucho más importantes.

—¡Callad! —dijo de pronto Doc—. ¡Escuchad ahora!

Sus camaradas aplicaron también, un oído a las planchas de acero humedecidas de la estancia.

Y todos pudieron percibir ahora un ruido extraño, mezcla de murmullo lejano, de gorgoteo inexplicable y de silbido leve. Débil como fantástico, aquel ruido continuaba sin interrumpirse ni un momento.

Monk buscó durante unos instantes una frase que definiera sus

impresiones.

Al fin pareció encontrarla y dijo:

—¡Parece un monstruo que gritara!…

—¡Esto debe ser Crying Rock! —repuso Doc, recordando, de pronto, las palabras de la muchacha.

Un momento después los motores del submarino se ponían de nuevo en marcha.

El *Helldiver* avanzó ahora lentísimamente, mientras su casco, provisto, como sabemos, de listones de acero por todas partes rozaba de vez en cuando en un fondo rocoso.

—¡Diablo! —murmuró Johnny quitándose las gafas para limpiarlas—. A mí, la verdad, me gustaría saber a dónde nos llevan…

Pasaron cinco minutos…, diez…, quince. La quietud y el silencio casi absoluto continuaba. Los motores marchaban apenas. El *Helldiver* debía estar haciendo escasamente tres millas por hora.

¡Un choque!… Esta vez parecía que el submarino había recibido un golpe en la parte superior. Pero fue un choque blando, poco violento.

—¿Qué diablos ocurre? —murmuró Johnny, guardándose sus famosas gafas en un estuche de forma especial para alojar también el magnífico lente de aumento—. ¡Esta vez los listones de la tapa del submarino han rozado con algo!

—Seguramente estas gentes están, llevando el submarino a algún lugar donde van a anclarlo —dijo Doc. Una aguda inclinación del submarino, que subía, y un ruido sordo de los depósitos de aire que soltaban lastre, indicaron que la nave volvía a la superficie.

Los motores cesaron de funcionar. El *Helldiver* retrocedió levemente, y al fin se detuvo con una ligera sacudida. La nave había sido anclada.

—Parece que estamos en un río, señores —dijo Doc a sus camaradas.

Las voces de los hombres de Mohallet se oían ahora perfectamente, aunque no se entendían las palabras a causa del espesor de las paredes metálicas del buque. De todos modos, el tono de las palabras parecía agudo y excitado.

Ham, luego de tender el oído unos instantes, dijo, golpeando el muro metálico con su bastón de estoque:

—¡Dijérase que esas gentes están muy asustadas!… ¿Qué diablo puede ocurrirles?

Monk sonrió, dando a su rostro feísimo una expresión aún más horrible.

Luego dijo:

—¡*Habeas Corpus* debe haber empezado a surtir sus efectos!

Ham se irguió, todo crispado, y dijo con una expresión terriblemente triste y furiosa:

—¡No me nombres el cerdo ese, vaya!… ¡Cuando hayamos salido de este mal paso, lo primero que voy a hacer es sacarle los jamones a tu animalito y comérmelos!

Monk miró a su enemigo con ironía e intención, y murmuró:

—¡Yo he prometido darle un gran beso al dulce y pequeño ser que nos va a sacar de este atolladero!

Ham debía haber sido más cauto y astuto; pero estaba loco de furia y de celos. Pensó que Doc y Monk debían haber conspirado con la bella muchacha rubia para que fuera ella la que los libertara.

—¡Y yo también!… —gritó entonces Ham—. Y también prometo besar a quien nos liberte de este mal paso.

—¿Qué quieres decir, vamos a ver? —preguntó astutamente Monk.

—¡Lo juro por mi vida! —dijo Ham, mirando fijamente al feo rostro de Monk—. ¡Y tengo la seguridad de que la muchacha recibirá mi beso con alegría y agrado!

—¡Bueno, camaradas, ya habéis oído el juramento de Ham! —dijo solemnemente Monk, volviéndose hacia sus amigos—. ¡Ham acaba de jurar y prometer solemnemente que dará un beso a mi cochinillo *Habeas Corpus*!

—¿Qué dices? —exclamó Ham, asombradísimo.

—Sí, hombre, el cerdito! —explicó Monk dulcemente—. Es que yo le he puesto al cochinillo unos polvos especiales entre las cerdas. Son unos polvos que producen un picor vivísimo, como esos que usan a veces para jugar los chicos, pero muchísimo más activos y enérgicos. Uno de los *gangsters* de Mohallet debe haber tocado al cochinillo y enseguida ha enloquecido de comezón y ardor en la piel; a su vez, los otros deben haberse acercado a su camarada, y les ha ocurrido otro tanto. ¿Lo comprendes ahora?

Y Monk se quedó mirando a su eterno enemigo con una

expresión y una sonrisa burlonas.

Luego añadió radiante:

—De modo y manera, querido Ham, que no tendrás más remedio que besar al cochinillo. Porque los hombres de Mohallet se apresurarán a sacarnos de aquí para que les demos algo que calme su enloquecedora comezón y el picor que les atormenta.

Ham frunció el ceño dando, a su rostro una expresión terriblemente triste y colérica, pero no dijo nada.

El rescate y la libertad del grupo, habían perdido de golpe todos sus encantos.

XV
El mundo de las tinieblas



La voz de Mohallet se dejó oír de pronto, a través de la puerta de la estancia que comunicaba con la parte de popa.

Era una voz temblorosa a causa del pánico o quizá de la ira.

—¡*Wallah*! —rugió—. ¡Cuando hablasteis en esa lengua que yo no entendía, tramasteis un complot contra mí!… ¡Ese diablo de kanzir… el cerdo!… ¿Qué les ha hecho a mis hombres? ¡Uh, y a mí también!…

Doc se acercó a la puerta y preguntó:

—¿Están atacados todos tus hombres?

—¡Los idiotas… sí, todos! —repuso Mohallet—. Como los perros que cuando empiezan a rascarse les pegan la picores y la sarna a los otros perros, así mis hombres se han ido contaminando unos a otros el terrible mal.

—¡Oh, eso es muy grave! —dijo Doc con sarcasmo.

—¡Será muy grave para ti también, hombre de bronce! —amenazó Mohallet—. Porque vamos a poner una bomba a bordo del submarino y a marcharnos, a dejaros aquí, si no nos dices con qué se nos puede quitar la comezón y el picor horribles.

—¡Oh, lavaros! —contestó Doc—; así se os quitará tal vez.

—¡Oh, maldito seas! Eso solo aumenta nuestra agonía. ¿Qué es lo que nos habéis dado, hombre de bronce?

—¡Oh, eso que os hemos dado puede o no ser grave, según los casos! Si veis que, al cabo de algunas horas de sufrir ese dolor, se os

pone la carne blanca, entonces es muy grave, porque la carne se cae a pedazos.

Mohallet lanzó un juramento a gritos, y dijo:

—Estás intentando asustarnos, ¿no es eso?

Al fondo de la estancia, Monk le dijo en tono de susurro a su enemigo Ham, que seguía triste y enfurruñado:

—Doc los ha reventado, ¿sabes? Porque eso que le acaba de decir a Mohallet es verdad en parte: los polvos esos producen al cabo de cierto tiempo unas ampollas que hacen caer pedazos de piel.

—Y cuando las vean, se van a morir de miedo.

Doc, mientras tanto, continuaba atormentando a Mohallet:

—No te divertirás, ni mucho menos, si ves caérsete la piel a pedazos, amigo mío. Luego se te caerá la carne… Pero no morirás enseguida, sino que la agonía se prolonga, hasta que puedas ver tus propios huesos. ¿Muy bonito, verdad?

Mohallet lanzó ahora una retahíla de sus maldiciones y juramentos más escogidos.

Johnny, el huesudo arqueólogo, le dijo en voz muy baja a Long Tom:

—¡Todo eso es una fantasía de Doc!… Esos polvos no deben producir ese efecto que él dice.

—Ni Doc lo afirma de modo rotundo; lo deja entender —repuso Long Tom.

Mohallet gritó ahora:

—¡Bien: vamos a marcharnos y a dejar a bordo una bomba encendida!…

—¡Muy bien: ya podéis marcharos! —repuso Doc Savage en tono desafiador—. ¡Largaos y moríos!…

Mohallet se alejó, sin duda para aterrar a sus prisioneros; pero volvió casi enseguida, sin duda empujado por el picor y el dolor agudísimo de los famosos polvos.

—¡Estamos dispuestos a devolveros la libertad, hombre de bronce, si aceptáis!…

—¡No aceptamos nada! —le interrumpió Doc Savage en tono seco y breve.

Los juramentos y maldiciones de Mohallet, hicieran palidecer a los anteriores. Esta vez echó fuera todo su horrible repertorio, que

le llevó maldiciendo y jurando lo menos tres minutos sin tomar aliento.

—¿Qué condiciones son las tuyas? —preguntó al fin.

—La primera, que sea esa muchacha rubia la que nos devuelva la libertad —repuso Doc Savage—. Después, que tú y todos tus hombres os adelantéis, uno a uno, y nos entreguéis las armas; y, por último que, una vez desarmados os reunáis todos en la cubierta.

—¿Y después?

—Después, os daremos un antídoto para los polvos esos que os atormentan tanto. No podemos prometer nada más.

Mohallet se marchó otra vez.

Hubo una larga pausa, durante la cual se oían a lo lejos gritos y carreras.

Luego se oyeron ruidos de cajas y cajones, que eran movidos en salas y camarotes de la nave.

—¡Estas gentes nos están preparando alguna jugada! —dijo Monk inquieto.

El rumor de agua corriente contra el casco del submarino, continuaba oyéndose.

—No entiendo dónde estamos —dijo Renny, el de los grandes puños—; Porque el caso es que en todas estas costas no hay río ninguno.

Mohallet se acercó de nuevo a la puerta y gritó furioso:

—¡Bien, escuchad: aceptamos vuestras condiciones!

Cumpliendo las mismas, fue la muchacha rubia, en efecto, la que vino a descorrer los enormes cerrojos y a levantar las barras de hierro que afirmaban las puertas.

Los ojos de la hermosa muchacha relucían de alegría y de contento. Y dijo algo dichosa y animada en su lengua ininteligible.

—¡Arrojad las armas! —gritó entonces Doc Savage a los diablos morenos aquellos, agrupados en la cámara de popa.

Una pistola fue rebotando por el suelo de acero, y luego siguieron otras muchas. Enseguida empezaron a caer también rifles.

—¡No olvidad las espadas y puñales envenenados! —gritó Doc luego.

Entonces, reluciendo bajo la luz eléctrica que alumbraba las salas, una serie de espadas, de cuchillos y puñales, fueron cayendo también al suelo. Al fin hubo un gran montón de armas que se

esparcían por toda la estancia.

—¡Por el Buey Apis! —murmuró Renny—. Estas gentes llevaban armas suficientes para un ejército.

Por último, Mohallet rugió:

—¡Bien: ya están ahí todas las armas! ¡Ahora, la cura!…

Doc permaneció unos momentos inmóvil, contemplando a los árabes.

Todos parecían atormentados por la picazón y el dolor agudísimo. Se rascaban como desesperados por todo el cuerpo.

Pero sus esfuerzos por calmar la comezón, solo les servían para aumentarla, ya que sus dedos esparcían más y más los polvos fatales.

—¡Bien: ahora, a cubierta! —ordenó Doc en tono seco y breve.

Los árabes retrocedieron, obedeciendo la orden.

Poco después resonaban en las escaleras de una toldilla los pasos rudos de los demonios morenos.

—Ve preparando el antídoto de los polvos, Monk —siguió diciendo luego Doc Savage.

Monk corrió a su pequeño camarote.

En todos sus viajes, Monk llevaba consigo una serie de frascos y de botes, de redomas y cajitas que eran, en realidad, un laboratorio en miniatura.

Ahora todo aparecía en desorden, pero ninguno de los frascos o botellas apareció roto.

Monk maniobró hábil y rápidamente, preparando un producto que calmaría instantáneamente la picazón y el dolor de sus enemigos. A un hombre que conocía tanto la química como Monk, esto era un verdadero juego de niños.

El cerdo *Habeas Corpus* apareció. El feísimo animalucho no parecía molestado apenas por los famosos polvos.

—Esto es una ventaja del cochinillo, que tiene seguramente la piel endurecida por los picotazos de las pulgas y los piojos de Arabia —comentó divertidamente Monk, sonriendo. Luego frotó vigorosamente al animal con el antídoto, al tiempo que murmuraba con una larga sonrisa burlona—. ¡Te has de poner bien guapo… que te va a dar un beso Ham!…

Monk vino a unirse a Doc. El grupo se dirigió hacia la cubierta, pero con grandes precauciones y muy alerta, temerosos de caer en

una nueva emboscada.

—¡Por el Buey Apis! —murmuró Renny al asomar la cabeza por la escotilla.

Estaban rodeados por la más completa oscuridad. Cuando bajaron al interior del submarino un sol de oro brillaba en el cielo radiante.

Era por la mañana. No había podido caer la noche, por tanto, tan pronto ni con tanta rapidez. Además, no había noche, por oscura que fuese, tan lóbrega y terrorífica como estas tinieblas espantosas que les rodeaban.

Se oía un rumor de agua corriente, continuo, como un ronco suspiro. El aire vibraba incesantemente con el rumor del agua, pero un rumor distinto al de la corriente, que recordaba un silbido grave, de aire o de agua, que se absorbe y luego se precipita en el vacío: era el estrépito de una catarata.

Doc y sus hombres no habían percibido el ruido de la catarata hasta ahora; solo oyeron el rumor del agua corriente y chocando contra las paredes del buque.

Era evidente que el submarino había sido anclado.

La voz de Mohallet se dejó oír ahora, en tono duro y autoritario, viniendo del abismo y por la parte de la derecha:

—¡*Wallah*! ¡El remedio… pronto!…

Un coro de voces de agonía contestó a estas palabras de Mohallet. Eran los *gansters* de este, que pedían a gritos que los curasen.

Doc Savage comprobaba ahora que, como él había sospechado al principio, había sido la insistencia y presión de los hombres de Mohallet sobre este lo que hizo al bandido rendirse y aceptar las condiciones de Savage.

Doc, al oír las voces, apretó el botón de su linterna eléctrica. Entonces pudo ver, como sus compañeros, una especie de inmenso túnel de paredes de roca, pulidas y brillantes a causa de la corriente de agua durante siglos y siglos.

—¡Un río subterráneo! —murmuró Renny a voces. Estamos en una enorme corriente de agua subterránea.

La voz del ingeniero resonó a lo lejos chocando en las paredes de granito el sonido y retumbando, saltando y rebotando con el eco que parecía luego devolver las palabras hacia el buque.

De pronto, casi inmediatamente de los ruidos y rumores del eco, se oyó un estrépito horripilante, un estallido de cataclismo.

Fue como si las dos mitades del Globo se hubieran separado y luego volvieran a juntarse con un fragor de palmada gigantesca.

***

Después del fragor espantoso de la explosión, que parecía iba a aplastar los cráneos de Doc y sus camaradas, y que fue seguida de otros ruidos menores, que recordaban el que produce un puñado de perdigones encerrados en una caja metálica, aunque de muchísimo mayor volumen, se hizo un silencio relativo.

El vozarrón de Renny gritó luego, llegando de la parte de popa:

—¿Todos sin novedad, amigos míos?

Long Tom le contestó, a gritos también:

—¡Más te valía callarte! ¡Mira lo que nos has traído con tus gritos de antes!

Doc se puso en pie. Luego llevó a la muchacha rubia con él hacia una de las escotillas de una sola portezuela. Abajo no había gritado siquiera cuando sobrevinieron las explosiones, limitándose a lanzar sendas exclamaciones ahogadas.

Ahora permanecía silenciosa. Era evidente que, sabiendo de antemano que sus palabras no eran entendidas por sus salvadores, prefería guardar silencio.

Por fortuna solo había sido abierta la escotilla de una sola portezuela. Abajo había agua, pero también por suerte no la suficiente para poner en peligro la flotabilidad del submarino.

Doc puso en movimiento las bombas de achique antes de descender a la sala de máquinas.

Doc hizo girar el mecanismo quo ponía en marcha automáticamente los motores de la nave.

Pero ninguno de ellos se puso en movimiento.

Entonces abrió los conmutadores eléctricos para poner en marcha estos motores, pero fue con el mismo resultado negativo.

Bajó a la sala de motores.

A la primera ojeada se hizo cargo de lo que ocurría.

Mohallet había tenido la suficiente astucia esta vez para hacer lo que él mismo había supuesto que hicieron antes Doc y sus hombres,

es decir: llevarse algunas piezas esenciales de la maquinaria, piezas ligeras, en realidad, que podían ser transportadas fácilmente a mano.

Doc regresó a la cubierta, pasando junto a la muchacha rubia, que se esforzaba en sonreír, como queriendo demostrar su gratitud y simpatía hacia su salvador.

Doc había intentado poner en marcha los motores del submarino para ir en busca de sus hombres, en caso de que alguno de ellos hubiera desaparecido de a bordo a consecuencia de las explosiones.

Por suerte, al llegar a la cubierta, se los encontró a los cinco sanos y salvos, aunque mojados y con una expresión interrogante en los rostros.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Johnny.

Doc no contestó enseguida.

En lugar de ello volvió a penetrar en el interior del submarino, cogió una botella vacía, echó dentro un poco de fósforo y luego la tapó cuidadosamente.

Vuelto a la cubierta, arrojó la botella al agua.

Inmediatamente el fósforo se inflamó, produciendo una luz vivísima en medio de aquella profunda oscuridad.

La luz brillante del fósforo vacilaba, lanzando destellos de acá para allá, pero no se movía gran cosa. Así, pues, Doc Savage se decidió a encender su poderosa linterna eléctrica.

Dirigiendo la manga de luz hacia, uno de los lados de la caverna, pudo comprobar que el submarino no se movía.

—Una explosión que ha cegado la boca del río —dijo Savage al fin—. Mohallet debe haber hecho colocar dinamita o nitroglicerina allá…, pues ya sabéis que llevábamos bastante a bordo, marcadas con las correspondientes etiquetas.

Sin duda envió allá a uno de sus hombres para provocar la explosión a una señal suya. El individuo ese, puesto de guardia, oyó la voz de Renny, y a causa de la distancia no distinguió bien las palabras, creyendo que el que gritaba era Mohallet. Entonces pegó fuego a la mecha.

—Y el río, a consecuencia de las explosiones, está ahora cegado y bloqueado. Nuestro buque no se mueve. Quizá estas gentes han querido cegar el río para evitar que nosotros podamos huir o salir de este infierno.

Permanecieron unos momentos en silencio, observando la corriente y el submarino, para cerciorarse de que no se movía nada.

Y al hacer esto pudieron comprobar un hecho de interés innegable.

—¡El río sube! —gritó Johnny—. Muchas rocas que antes sobresalían del agua, no se ven ahora.

De pronto se oyeron gritos en la orilla. ¡Eran los hombres de Mohallet! Y las condiciones acústicas de la inmensa caverna hacían que aquellas voces y gritos, agrandados enormemente, recordara a los ladridos furiosos de una manada de coyotes o de lobos furiosos en la noche.

—Ellos mismos se han metido en un mal paso —contentó Monk, sonriendo.

—Y a nosotros también —añadió Doc—. Porque esas gentes se han llevado partes esenciales de los motores de nuestro barco; y luego han cegado la boca del río, para evitar que podamos huir, desde luego.

Doc se dirigió a una escotilla y, abriéndola, extrajo un bote plegable, de los que había varios a bordo. Luego lo echó al agua.

Long Tom trajo, de su magnífico equipo eléctrico, un poderoso reflector portátil, que se atornillaba en la proa del bote plegable.

Doc pasó al bote, él solo, y se dirigió al encuentro de Mohallet, para ver si se ponía de acuerdo con el jefe del *gang* enemigo.

Encontró al bandido y sus secuaces —un grupo inquieto de gentes, que se rascaban sin cesar, en la orilla.

Entre rascarse incesantemente y observar, con los ojos muy abiertos y saltones, las aguas, que crecían sin tregua, todos aparecían excitados e inquietos.

A la vista de Doc, no maldijeron ni juraron esta vez.

Antes al contrario: el más empedernido de los pecadores no habría visto aparecer durante el Diluvio Universal a Noé y su Arca con una emoción mayor y unas miradas más ansiosas que estos hombres. Mohallet intentó llegar a un acuerdo con su enemigo, y dijo:

—Bien: tú debes prometernos que cuando lleguemos a la Ciudad Fantasma, nos repartiremos las riquezas y el botín contigo por partes iguales.

—¿La Ciudad Fantasma? —preguntó Doc Savage, sin

comprender—. ¿Qué es eso?

—Ya te lo diré cuando nos toméis a bordo del submarino. Debes también devolvernos nuestras armas y dejar que seamos nosotros los que gobernemos y dirijamos la nave.

—¡Qué gracioso! —repuso Doc, con una sonrisa de sarcasmo.

—Piensa que tenemos en nuestro poder partes esenciales de la maquinaria del submarino, que os son indispensables si queréis escapar de aquí antes de que las aguas llenen esta caverna.

—Pero ¿sabes tú el tiempo que el *Helldiver* puede permanecer bajo el agua?

—¿Y eso qué tiene que…?

—¡Pues mi buque —interrumpió Doc Savage— puede permanecer con una *panne*, en un aprieto, quiero decir, durante varios días, sin resentirse lo más mínimo!

—Pero no os podríais marchar de aquí nunca…

—De todos modos, podríamos esperar hasta que vosotros os hubierais ahogado —repuso Doc, breve y secamente—. Además, llevamos a bordo trajes de buzo especiales, de esa clase que no necesita mangueras, de aire y respiración, sino que tienen depósitos de aire para muchas horas. En el submarino existen compuertas especiales, que cierran por fuera y por dentro automáticamente y permiten a los tripulantes, una vez vestidos con el traje de buzo, abandonar el barco, ir y venir bajo las aguas mientras el submarino está sumergido. De modo que no tendremos más que esperar, y cuando os hayáis ahogado, venir y recoger las piezas de la maquinaria que retenéis en vuestro poder.

—¿Y quién te dice a ti que encontraríais nuestros cadáveres? —preguntó Mohallet, en tono desesperado.

—Aunque así fuera —opuso Doc, convencido y sereno—, puestos en un apuro, tendríamos tiempo de sobra para reparar la maquinaria del submarino y ponerlo en marcha.

Doc cambió ahora el inglés por el árabe, a fin de que pudieran entenderle también aquellos de los secuaces de Mohallet que no entendían el inglés, y repitió sus palabras de antes. Esto produjo el efecto que él esperaba: los árabes empezaron a pedir a gritos, casi violentamente, una completa sumisión al enemigo.

Y la cosa terminó siendo traídas las piezas que faltaban al submarino y echadas en el pequeño bote de Doc Savage.

Este, inmediatamente, puso en marcha el motor, alejándose de la orilla.

Sonaron mil gritos salvajes… Muchos de los árabes habrían preferido marcharse con él.

Doc dejó el trabajo de reparar el submarino a sus cinco ayudantes.

Aún no había tenido tiempo de interrogar a sus anchas a la muchacha, rubia; de todos modos, aún había de diferir aquello un poco más.

Savage quería primeramente inspeccionar por sí mismo el lugar de la explosión.

Así, pues, llevando encendido el reflector en la proa, que trazaba un rayo de luz blanca en las tinieblas de la cueva, Savage se dirigió río abajo.

Reflexionaba, y empezó a olfatear intensamente el aire con su agudo sentido del olfato.

El aire era fétido y maloliente, como el de una bodega. Si había alguna ventilación en el techo o las paredes de la caverna debían ser ranuras insignificantes.

Dirigió la manga de luz hacia arriba. El techo de la caverna tendría seguramente una altura de trescientos pies. El muro de enfrente estaba seguramente a dos veces esta distancia.

El sitio era vastísimo, enorme, pero no dejaba de tener precedentes en la geografía del Globo. Las cavernas famosísimas de Carlsbad, en Nueva Méjico, tenían mayor anchura y altura que esta.

Esto, desde luego, no restaba grandeza y majestad al lugar. La oscuridad era grandiosa, increíble. La manga de luz del reflector parecía una raya blanca que atravesara una masa de ébano.

Si esto era un río, pensó Doc, el agua debía de ser dulce, como es lógico.

Para salir de dudas, hundió un dedo en el agua y luego se lo llevó a la boca.

Pero pudo comprobar que el agua era extremadamente salada.

Al fin apareció ante sus ojos la escena de la explosión.

Era una especie de gran agujero, donde las aguas del río se precipitaban, formando un leve salto o catarata, en el mar.

En la boca misma, a causa de las mareas altas, existían una especie de ribetes o cornisas en las paredes de granito, y allí había

sido donde Mohallet mandó colocar la dinamita que produjo la explosión.

El río, por lo que podía colegir al menos Doc Savage, estaba completamente cegado. Se puso a examinar la superficie de las rocas amontonadas en la boca.

Luego, acercando el bote a los mismos pedruscos derrumbados, estuvo escarbando y haciendo tanteos, a ver si podía deducir el espesor de la masa de piedras y tierra que obstruía la salida.

En esta tarea empleó su buena media hora.

Al volver al submarino pudo comprobar que sus ayudantes lo habían reparado todo durante su ausencia y que la nave estaba en condiciones de reanudar la marcha.

Doc puso el submarino en marcha, pues, dirigiéndolo hacia el lugar de la orilla donde estaban Mohallet y sus secuaces.

Entre la comezón insoportable y el agua que subía sin cesar y que ahora les llevaba a las rodillas, los árabes parecían enloquecidos de terror.

Varios, impacientes por subir a bordo del submarino, se echaron al agua.

Los otros, en su inmensa mayoría, excitados con el ejemplo, les imitaron. Y los que no sabían nadar, que eran muchos, se agolparon en la orilla, temerosos de quedarse en tierra.

Agitando los brazos, gritando de un modo salvaje, se dirigían al submarino.

Aquí y allí, algunos se hundían, desapareciendo de la superficie.

Y los que conseguían mantener su cabeza a flote, gritaban con gritos agudos. Todo esto producía un estrépito enloquecedor, que ensordecía.

Doc, Renny y Monk se echaron al agua para auxiliar a los infelices.

La tarea no era nimia, ya que en cuanto se acercaban a un árabe, este intentaba, por instinto y empujado por el miedo, subírsele encima. Y tenían que defenderse de ellos dejándolos privados de conocimiento a puñetazos, para poder salvarlos.

Los otros tres hombres de Doc, esgrimiendo sus pistolas ametralladoras, estaban en la cubierta y en la sala de máquinas del submarino, y fueron llevando hacia dentro el tropel sucio de hombres morenos.

Mohallet fue uno de los primeros que vinieron a bordo.

Bajó las escaleras de la toldilla con un gran ruido de pasos fuertes, llevando ahora, ocultos sus dientes llenos de pedrería por sus labios muy apretados.

Los otros miembros del enjambre moreno fueron al fin recogidos y subidos penosamente al submarino.

Inmediatamente, un griterío terrible se elevó en el aire, pidiendo el remedio que calmara la picazón que enloquecía a aquellos hombres.

Monk se dirigió a su camarote y se puso a preparar un nuevo frasco del antídoto de la picacera, pues el primero había sido arrastrado por las aguas al producirse la explosión que cegó la boca del río.

Los prisioneros habían sido llevados al sitio convenido de antemano por Doc y sus camaradas, esto es, al gran camarote del *Helldiver*. Esta estancia, preparada para alojar una tripulación bastante numerosa, era la mayor que había a bordo. Allí se acomodaron, aunque con cierta dificultad, Mohallet y sus hombres, que eran unos treinta en total.

Mohallet había dejado seguramente el resto de su *gang* a bordo de su yate negro de las franjas de oro.

Johnny y Long Tom acompañaron a Monk, protegiéndole con sus pistolas ametralladoras, cuando Monk fue al camarote grande donde estaban los prisioneros, a entregarles el frasco de la loción de antídoto.

Monk abrió la puerta, alargó el frasco a un prisionero y al mismo tiempo se asomó. Intentaba decir a los prisioneros que una simple aplicación de aquel líquido seria suficiente para calmar la picacera insoportable.

—¡Eh! —gritó para llamar la atención de todos.

E intentó penetrar en la estancia.

Pero una lluvia de puñetazos, una verdadera avalancha de cuerpos oscuros, le cerraron el paso.

Monk retrocedió, gritando y protestando. Los puños de Monk eran algo terrible y ruidoso; pero ahora eran muchos enemigos contra él.

Y se vio obligado a retirarse. Enseguida se cerró la puerta de acero y se oyó el ruido de los cerrojos y las barras de hierro que

eran echados por dentro.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Johnny.

—¡La muchacha rubia, que la tienen allí dentro, con ellos, prisionera! —repuso Monk—. Durante el desorden y la confusión al recoger a bordo a esas gentes, se ve que se han apoderado de ella y la han llevado con ellos al gran camarote.

Acercando entonces su rostro feísimo a la plancha de acero de la puerta, Monk ordenó a gritos a los árabes que libertaran a la muchacha.

Y dijo a gritos que arrancaría las orejas, los brazos y las piernas de todos si no le obedecían.

Pero dentro sonó un gran coro de carcajadas soeces.

Monk golpeó repetidamente la puerta, aun teniendo la certeza de que le sería imposible penetrar por allí en la estancia inmediata.

De pronto se le vio partir.

A bordo llevaban un hacha cortante, y Monk pensaba que quizá con aquella herramienta podría romper la puerta metálica.

Doc salió al encuentro de Monk, deteniéndole, al tiempo que le decía:

—¡Déjalos! El agua está subiendo rápidamente. Lo mejor que podemos hacer es remontar el río hacia arriba, a ver si encontramos la salida. Y si no la encontramos, podemos decir que estamos enterrados en vida.

—Pero la muchacha, hombre…

—Verás: podemos hacer unos agujeros en la puerta y de este modo ver que no le hagan daño alguno a la muchacha.

—¡Muy bien! —aceptó entonces Monk, partiendo hacia la sala de máquinas.

XVI
Viaje de terror



En el casco del submarino iban colocados en sitios especiales poderosos y enormes reflectores eléctricos.

Espesos lentes protegían cada uno de ellos. Cerca de cada uno de estos reflectores había un ventano, un pequeño ventanillo, protegido por un cristal de enorme espesor, también capaz de resistir miles y miles de toneladas de presión de agua.

Esto había sido hecho para permitir a los tripulantes del submarino observar el fondo del mar polar en la famosa aventura de Doc y sus camaradas cuando hicieron la excursión al Polo.

Los reflectores se encendieron ahora.

Una claridad radiante se esparció por los alrededores del submarino. Las paredes de la caverna parecieron surgir de aquel abismo negro por el que corrían las aguas, lentamente ahora y cada vez más altas.

No había estalactitas, esas formaciones cristalinas que suelen encontrarse en los techos de la mayoría de las cavernas, porque las estalactitas se forman de la filtración de las aguas de la lluvia, y en este país abrasado de la Arabia, apenas llovía nunca para producir las filtraciones del suelo.

—¡Nunca, me gustaron las cuevas ni las cavernas! —dijo, de pronto, Monk, echando mano rápidamente al cochinillo, *Habeas Corpus*, que daba evidentes muestras de quererse arrojar al agua a tomar un baño.

Long Tom, en el departamento de control de la sala de máquinas, se inclinaba, sobre los aparatos acústicos, gracias a los cuales se podía medir la profundidad del agua.

EL mago de la electricidad había, construido este modelo con sus propias manos. Era mucho más sensible que el «sondeador» que, utilizando los mismos principios, se emplea en la mayoría de los trasatlánticos, y buques de alto porte.

Además de esto, el aparato de Long Tom servía, no solo para sondear la profundidad de las aguas, sino también para medir con matemática exactitud la distancia entre el *Helldiver* y una masa de hielo o de roca que pudiera haber encima o a los lados del buque.

Y esta última propiedad sería de valor incalculable si el submarino tenía que hundirse al navegar por el río, ya que el mecanismo de Long Tom registraba automáticamente una distancia de pocos pies que supusiera un peligro para la nave.

Pronto tuvieron que efectuar aquella inmersión, en efecto.

La caverna se estrechaba conforme avanzaban, río arriba.

Doc y sus camaradas penetraron en el submarino, cerrando las escotillas automáticas, que ajustaban herméticamente. Doc disminuyó la velocidad de la nave y abrió el control de los timones de inmersión.

Los reflectores seguían encendidos. Ham se puso junto a uno de los ventanos-vigías de la proa, mientras Renny y Monk lo hacían en otros de babor y estribor.

Y los tres quedaron mirando atenta y ansiosamente hacia afuera.

Doc, manejando los aparatos de mando del submarino, dirigió este hacia adelante, con velocidad cada vez más moderada, y el *Helldiver* empezó a hundirse en las aguas.

Micrófonos y altavoces llenaban las paredes de la sala de máquinas donde estaba Doc en este instante. Estos aparatos recogían cualquier palabra de los vigías con velocidad eléctrica.

Doc continuó hundiendo el submarino lentamente, hasta que la quilla de la nave, protegida por grandes listones de acero, estuvo solamente a ocho o diez pies del fondo del río. Y pronto se produjo una ligera y extraña sacudida.

La voz de Monk se dejó oír ahora en la sala de máquinas, por medio de uno de los altavoces, diciendo:

—Hay un cortado en el lecho del río… de unos treinta pies… Es

una especie de catarata… Haz subir la proa del submarino con lentitud y cuidado, y podremos pasar.

—¡Esto es peor que navegar por debajo de los Hielos de los mares polares! —dijo Monk, malhumorado—. Porque allí, en un apuro, siempre teníamos el recurso de abrir los tanques que contenían substancias químicas y fundían rápidamente el hielo…, mientras que aquí…

—¡Cállate! —gritó Ham, que tenía puestos los auriculares y escuchaba, por ende, todas las palabras de su enemigo. ¡Me mareas, me vuelves loco!…

En el mismo instante, los ojos de Ham casi se salieron de las órbitas, y su boca se entreabrió en un gesto terrible de inmenso asombro.

Y dejó caer su bastón de estoque, cosa rarísima en él y que solo le había ocurrido en contadas ocasiones de su vida.

Girando lentamente, a causa de la corriente casi muerta del río, una horrible aparición había surgido ante la manga de luz vivísima, de uno de los reflectores del submarino.

Era el cadáver monstruoso y peludo de una bestia apocalíptica y extraña.

El asombroso espectro tenía casi seis pies de largo. Los brazos, rígidos y estirados en *rigor mortis*, tenían un palmo más de longitud que el resto del cadáver.

El rostro era una mezcla monstruosa de cara humana y faz de bestia apocalíptica.

La boca era enorme y provista de unos dientes colosales de jabalí; la nariz chata y deprimida y las ventanas de la nariz parecían mirar hacia arriba en vez de hacia abajo.

El ser monstruoso aquel tenía el cuerpo cubierto completamente de vello, como el de un oso. Y es te vello o pelo era por completo blanco, como si el monstruo hubiera ido envuelto en una capa de algodón.

La onda de agua producida por la proa del *Helldiver* hizo al monstruo subir hacía la superficie del agua y apartarse un tanto. Y, sin cesar de voltear de un modo fúnebre, primero de lado, luego de cabeza abajo, desapareció.

Doc, acercándose vivamente a uno de los ventanos de la sala de máquinas, consiguió descubrir también el monstruo durante breves

momentos.

—¡Eh! —se oyó gritar a Monk—. ¿Era eso un ser humano?

—Sí —dijo Doc—; ese cadáver era el de un ser humano.

—Pero, —¿cómo es que tenía el vello blanco?— preguntó Renny, con su vozarrón de gigante.

Doc repuso vivamente:

—El pelo de la muchacha esa es también casi blanco de tan rubio.

Monk salió en defensa de su adorada, diciendo:

—¡No vayáis a decir ahora que la chica esa y el monstruo pertenecen a la misma raza! ¡Por Dios!… ¡No hay tal cosa!… El cadáver ese era el de un salvaje. Todos lo habéis visto…

—No es eso lo que yo he querido decir —opuso al fin Doc—; he querido decir quo, teniendo la muchacha esa y el monstruo que acabarnos de ver el pelo casi igual, ello indica o parece indicar que los dos son oriundos de un mismo país o de países cercanos.

Monk dijo, entre resoplidos de furor:

—¡Pues os juro, queridos, que lo que es a mí no me van a gustar nada esos países… si es que llegamos a ellos!

De pronto sonó un ruido seco, seguido de un choque extraño y un chirrido de los listones de acero al resbalar contra el fondo granítico del río.

Y el submarino se detuvo de golpe.

—¡Por el Buey Apis! —exclamó Renny, todo estremecido—. ¡La corriente nos ha empujado sin duda a una de las trincheras labradas por las aguas en el fondo del río!

***

Doc empezó a moverse con agilidad, aunque sin azorarse ni turbarse.

Iba tocando botones y resortes, palancas y llaves de los aparatos. El aire comprimido silbaba, el agua rugía y murmuraba, los tanques del lastre parecían gritar y silbar al vaciarse soplando con fuerza gigantesca; que formaba burbujas y remolinos en la corriente. El *Helldiver* llevaba dos hélices acorazadas y protegidas, una a babor y otra a estribor.

Incidentalmente, también llevaba a veces otra hélice, en el

centro, completamente encerrada en una caja metálica de planchas de acero, la cual tenía bisagras y podía abrirse, subirse o bajarse, para atornillar la hélice en un árbol de rosca.

Esta hélice no se había usado nunca en el submarino, sino en pruebas.

Con un chirrido más agudo de los listones de acero contra las piedras, el submarino quedó libre.

Doc hizo girar las palancas que llenaban los tanques de agua y equilibró el submarino para que no chocara con las rocas.

Entonces se sintió como la nave proseguía hacia adelante.

Diez minutos después volvían a la superficie.

El techo de la caverna, formando bóveda, bajaba o subía, estando a veces a pocos pies del submarino y a veces a muchos metros. Una oscuridad que se hacía casi palpable se extendía hacia adelante interminablemente.

Ahora que la navegación no era ya tan difícil, Doc entregó los aparatos de control y el gobierno del buque al huesudo Johnny.

Una vez en la cubierta, Doc aspiró el aire con fuerza varias veces.

—¡Por suerte hay algo que debe de servirnos de consuelo y de esperanza! —murmuró.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Renny.

—Que huele a aire fresco.

Todos los que no estaban ocupadlos en la dirección del submarino subieron a cubierta.

La creciente pureza del aire, que se iba notando más respirable, aunque aún olía a cueva y a lugar cerrado, indicaba que se acercaban a una abertura del terreno.

Los reflectores del submarino eran potentísimos. Así, iluminaban la caverna hasta gran distancia, viéndose las paredes y el techo con gran limpieza y claridad.

Lo más notable de todo eran los numerosos depósitos de sal, trozos como pedruscos, que semejaban pedazos de escarcha y que se veían en las paredes y a veces en el techo de la caverna.

El agua, en cambio, parecía tinta de tan negra.

Renny lanzó una voz para probar el eco de la caverna. Su voz sonora creció y retumbó con el eco, siendo devuelta con gran sonoridad.

Luego el eco mismo repitió la voz, escalonadamente, cada vez más débil, hasta que se perdió en la lejanía.

Los motores Diésel que funcionaban en la superficie fueron puestos en marcha. Su rumor, que en alta mar pasaba inadvertido casi en absoluto, tomaba aquí resonancias y caracteres monstruosos en esta caverna subterránea.

Doc y sus hombres discutieron ahora la situación.

Doc había estado observando poco antes la indicación del barómetro y altímetro muy sensible y su lenta ascensión conforme avanzaban.

Esto le daba la altura a que había llegado el río, que no era muy grande.

—Es un río lento —dijo ahora Doc—, y ya hemos subido bastante para cerciorarnos de que las partes bajas del río, que son las que hemos dejado atrás, son navegables.

—Es muy extraño que no se haya descubierto este río por nadie, ¿eh, Doc?

—La boca, la desembocadura, debe estar bajo el nivel del mar, aunque cerca del nivel de la marea baja —repuso Savage—. Y las fuerzas de las aguas al salir, unida al aire caliente de la caverna al ponerse en contacto con el aire más frío del exterior, es lo que debe producir ese sonido combinado que da a la boca de la caverna su nombre de Crying Rock.

Johnny, que por sus vastos conocimientos geológicos, comprendía mejor que ninguno este fenómeno, abundó en la misma opinión de Doc Savage.

—¡Pero este río es salado, amigos míos! —intervino Monk.

—Es que no debemos olvidar que encima está el desierto de Rub' Al Khali —le contestó Doc Savage—. Recuerda la discusión que tuvimos en Nueva York acerca de estos parajes; Circulan muchos rumores y opiniones acerca de la configuración y naturaleza de este país, y unos dicen que existen aquí grandes marismas y lagos salados, otros que numerosas ruinas de una viejísima civilización, etc., etc. Las marismas y lagos salados explicarían el que este río sea también salado. Este río sirve, quizá, de desagüe a todas esas marismas y pantanos.

Antes de que hubieran transcurrirlo muchas horas, Mohallet y sus hombres, encerrados y prisioneros dentro del submarino,

empezaron a gritar como locos. Dijeron que estaban hambrientos.

Doc ofreció a los prisioneros alimentos, a cambio de que pusieran en libertad a la muchacha. Pero los árabes rehusaron.

—En tal caso, pensad que estáis a dieta —les contestó Doc Savage—. Si no nos entregáis la muchacha, no hay comida. Y si a la muchacha le ocurre algo, podéis consideraros todos muertos.

Mohallet intentó discutir. Y luego pretendió que le informaran acerca de la marcha del submarino.

—¿Cuánto hemos adelantado hasta ahora? —preguntó.

—¿Por qué lo quieres saber? —preguntó a su vez Doc Savage.

—¡Hombre de bronce: tú ignoras a dónde nos dirigimos remontando este río!

—Acepta nuestra ayuda, la mía y la de mis hombres, consideradnos como camaradas y nosotros haremos otro tanto con vosotros. Piensa que vas a necesitar nuestra ayuda, bien pronto.

—¿Quieres decir que nos acecha algún peligro?

—¡Un gran peligro! Un peligro mucho mayor del que tú puedes imaginarte.

—Y, además, de ese gran peligro que nos espera, ¿qué más hay allí?

—Yo te lo diré todo, sí me devuelves la libertad.

—En tal caso, no hay nada que hablar. ¿Todo eso que me dices te lo ha dicho a ti la muchacha a su vez, no es cierto?

—¡*Wallah*! —gritó, furioso, Mohallet—. ¡Yo lo sé! ¿Qué importa quién me lo haya dicho?

—Pero ¿cómo pudo salir de este país hacía el que nosotros vamos ahora, esa muchacha?

Mohallet, por toda respuesta, lanzó un gruñido de impaciencia.

Doc Savage insistió, no obstante, diciendo:

—Tú querías mi submarino para remontar este río subterráneo precisamente; para eso fuiste a Nueva York en busca de mi buque. Pero dime, ¿por qué no probaste a llegar a este país misterioso por medio de aeroplanos?

—¡Oh, desgraciadamente, ya lo intenté!

Esto era una noticia nueva y sorprendente para Doc. Este no había sospechado hasta ahora que Mohallet hubiera intentado llegar al desierto misterioso por medio de aeroplanos.

—¿Y no obtuviste éxito con los aeroplanos?

—El desierto no es sitio para los aeroplanos, hombre de bronce —repuso Mohallet, en tono de disgusto—; el país es tan áspero y rudo, que no hay un solo sitio donde aterrizar los aparatos. Además, las tormentas de arena, que son muy frecuentes y terribles, destrozan o estropean los motores. Y aún hay otra cosa: que la muchacha rubia no sabe qué dirección lleva este río.

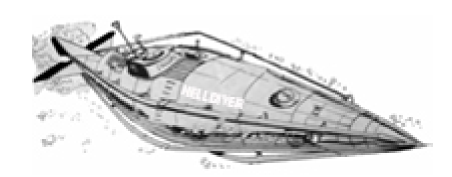
Nosotros intentamos descubrirlo por el aire… pero nos fue imposible averiguarlo, como tampoco pudimos descubrir la Ciudad Fantasma. Ni encontramos rastro de las Bestias Blancas.

—¿De modo que todos estos datos y esa información la debes a la muchacha rubia, no es así? —preguntó Doc, divertido e irónico —. ¡Vamos a ver!

—Cuéntanos algo más, acerca de esa Ciudad Fantasma, y de estas Bestias Blancas.

Pero Mohallet se encerró en un silencio absoluto, y no quiso seguir hablando.

XVII
Las bestias blancas



—¡Luz! —dijo alguien, de pronto. La palabra sonó como cosa de magia—. ¡Luz del día!

Renny, que iba sentado en uno de los listones protectores de acero del submarino, cerca de la proa, fue el primero que hizo el maravilloso y consolador descubrimiento.

Habían ido avanzando río arriba durante muchísimo tiempo. Tanto, que el cronómetro de la sala de máquinas había registrado el paso de varios días.

Cada veinticuatro horas, Doc Savage había realizado sus ejercicios cotidianos que le llevaban dos horas al amanecer.

Y ahora acababa precisamente de hacerlos, cuando se oyó la voz de Renny, anunciando que se veía luz del día a lo lejos.

Doc se dirigió a la sala de máquinas, y aumentó un tanto la velocidad del submarino.

Era como una aurora lejana aquel leve resplandor de la luz del día.

Poco a poco, fue aumentando en intensidad, hasta dañar sus ojos.

Y quince minutos más tarde, el submarino salía a la luz de un sol ofuscante y abrasador, surgiendo gallardamente de aquel mundo de las tinieblas por donde habían navegado tantos días.

Durante algún tiempo, el buque navegó entre altos acantilados graníticos, que formaban un cañón estrecho y profundo. Aunque las

paredes del talud no eran de una altura exagerada, la acción de las aguas y del tiempo las había pulido y alisado hasta hacer imposible su escalamiento.

A lo lejos apareció poco después una isla rocosa.

Era semejante a una lengua que sobresaliera en la boca misma del río. Su aspecto, raso y redondo en absoluto, recordaba la forma de un huevo, y aparecía en el centro mismo de la corriente.

Poco después, los acantilados se ensanchaban, haciéndose más bajos. Una segunda isla, también situada en el centro de la corriente, surgió ante los ojos de los expedicionarios. Esta isla, mucho mayor que la primera, aparecía menos lamida y pulida por las aguas, y en ella existían ya piedras y cantos de gran tamaño.

De pronto, los acantilados descendieron hasta desaparecer, y entonces surgió ante los ojos de Doc y sus compañeros, en la llanura, una especie de inmenso espejo, el espejo de un gran lago salado.

—Este es uno de los grandes lagos salados del interior de Arabia —dijo Doc—. Como yo pensaba, este río que vamos remontando debe ser el desagüe natural de todos estos lagos y marismas, que hay por aquí.

—¡Oh! —murmuró Monk, desilusionado y disgustado—; por aquí no hay más que arena, roca, agua salada y un sol abrasador.

—¿Pues qué esperabas encontrar?

—¡La Ciudad Fantasma!

Ham, que por cierto no había cumplido todavía su promesa de dar el beso al cochinillo *Habeas Corpus*, lanzó un fuerte resoplido y dijo, a su vez:

—Me parece a mí que eso de la Ciudad Fantasma, es un verdadero fantasma.

En el interior del submarino, Mohallet y sus hombres empezaron a gritar locamente. Últimamente habían hecho esto muy a menudo. Esta vez el hambre les atormentaba.

Doc y sus hombres habían hecho varios agujeros en la puerta de acero del gran camarote, y de este modo habían podido observar el interior del recinto donde iban los prisioneros, cerciorándose de que a la muchacha rubia no le pasaba nada.

Mohallet había tratado a la muchacha sorprendentemente bien, sobre todo desde que Doc había demostrado que el cañón de una

pistola ametralladora podía entrar perfectamente por los agujeros practicados en la puerta.

A través de aquellos agujeros, la muchacha había podido recibir alimentos líquidos.

Varios albornoces viejos habían servido para hacer a la muchacha, en un rincón de la estancia, una especie de cuartito apartado para su uso exclusivo.

Doc, descendiendo ahora las escaleras de una escotilla, fue a hablar brevemente con Mohallet.

El jefe de los bandidos árabes se negó a hacer nada, a menos que se le devolviera previamente la libertad.

Doc se marchó sin añadir palabra, seguro de que el hambre rendiría a su enemigo.

El *Helldiver* se inclinaba un poco hacia babor, cuando Doc volvió a la cubierta.

—Hubiera jurado que he visto algo moverse en la orilla —dijo Monk, que iba al timón de la nave—. ¡Allí!

Y señaló a un bulto que se veía cerca de la orilla, por la parte de la proa.

Al fondo se veía una línea de colinas desnudas, calcinadas por el terrible sol del desierto. Apenas se veían en ellas algunos matorrales enanos y raquíticos.

Maniobraron de forma, que pudieron acercar el submarino hasta colocarlo lo suficientemente cerca de la orilla para poder saltar hasta ella.

—No tengáis miedo —dijo Johnny, que había ajustado a sus gafas cristales de color, contra el sol—; incluso si encalláramos, el submarino sería luego levantado y sacado del atolladero por el agua, que ha de ir subiendo de nivel más tarde, pues el lago comunica con el río.

—Renny quedará a bordo —falló Doc Savage.

Los otros saltaron a tierra.

Todos se habían puesto cascos blancos de corcho contra el sol, y guardado en los bolsillos numerosas municiones para sus pistolas ametralladoras.

No llevaban, en cambio, provisiones ninguna. Pensaba estar ausente del buque cosa de una hora aproximadamente, lo suficiente a su juicio para comprobar si Monk había visto en realidad moverse

algo en la orilla, y trepar a una colina y contemplar el país.

El sitio donde Monk había creído ver moverse algo, estaba cerca de la más grande de las dos islas que había a la entrada del río.

—¡Quizá era un animal! —explicó Monk a sus compañeros—. No estoy seguro.

—¡Quizá ha sido un efecto óptico a causa del calor! —bromeó Ham.

—¡Oh! ¡También pudiera haber sido un cerdo salvaje... un jabalí! —repuso Monk, con perversa intención.

Avanzaron por una especie de promontorio estrecho y bajo. Doc, que iba delante, se detuvo de pronto, y dijo en tono breve y seco:

—¡Pues el amigo Monk no se ha engañado en modo alguno!

Era que, en el suelo, extendidos y guardando entre ellos distancias simétricas, aparecían una serie de cadáveres monstruosos.

Eran ocho; siete eran largos, grandes, grotescos; el octavo era más pequeño, de líneas más simétricas. Y todos aparecían rígidos, con la trágica inmovilidad de la muerte.

—¡Siete de las Bestias Blancas... y el cadáver de un hombre albino! —explicó Johnny, quitándose las gafas y el casco de corcho.

Doc examinó los alrededores y luego avanzó corriendo.

Se acercó a los cadáveres, y estuvo examinándolos detenidamente. Eran hombres-mono, una especie de hombres primitivos. Sobre los cuerpos, llevaban una especie de pantalón corto, hecho de piel de camello.

El octavo cadáver tenía, en cambio, un aspecto humano y normal, con un rostro regular e inteligente. Tenía la piel curtida por el sol y el aire del desierto, el cabello casi blanco, de tan rubio, y una gran barba, muy rubia también.

Su traje era muy interesante.

—¡Mirad sus vestidos! —exclamó el elegante Ham, al que naturalmente, le intrigaban siempre estas cosas.

El tal traje consistía en una túnica corta, unos pantalones, cortos también, y una especie de capuchón. Pero todo ello estaba hecho de piezas metálicas, no más grandes que un dólar, y semejantes a las escamas del pescado, unidas unas a otras por unos ganchillos flojos, de modo que el extraño tejido fuera flexible. El trabajo era cosa excelente.

El color de la extraña malla, parecía un blanco de plata, pero mucho más brillante que el de este metal.

Agachándose vivamente, Doc se puso a examinar la malla.

Luego la tocó, aplastando entre sus dedos de acero una de las placas metálicas que formaban el notable tejido.

—¿De qué está hecho eso, Doc? —preguntó Ham.

—Ya lo veremos más despacio, para cerciorarnos —repuso Savage.

La voz del gigante temía ahora una nota extraña, como sí Doc estuviera intrigado.

Levantándose, Doc empezó a recorrer los alrededores a paso vivo. Trazaba un círculo, abarcando una gran extensión. La arena se veía entre las rocas y los pedruscos.

De pronto frunció el ceño, porque acababa de descubrir huellas de pisadas… los pies de los hombres peludos aquellos. Doc siguió el rastro hasta algo más allá.

Las pisadas aquellas fueron diciéndole a Doc Savage algo muy interesante, una verdadera historia, que le empezaba a explicar muchas cosas.

Luego volvió junto a sus camaradas.

—Por lo visto hemos interrumpido una ceremonia de estos salvajes —les dijo, señalando a los ocho cadáveres—. Todos esos hombres, si observáis bien, han sido asesinados con armas blancas y puntiagudas, lo más probable con lanzas; pero el caso es que hace muy poco tiempo, había aquí muchos más individuos de esta misma raza.

»Lo digo porque partículas de arena están cayendo todavía en el interior de unas huellas que he podido descubrir ahí cerca. Y lo más grave no es esto, amigos míos; lo más grave es que las huellas de las pisadas de esos hombres, trazaban un gran círculo, rodeando el sitio donde nosotros nos encontramos, y se dirigían hacia el *Helldiver*.

—¡Oh! —rugió Monk, el primero, y, girando en torno, partió como un rayo hacia el submarino.

Los otros le siguieron bien pronto.

Con la cabeza baja, silenciosa, avanzaban vivamente hacia el sitio donde habían dejado el submarino.

El sudor empezó bien pronto a correr por sus rostros y sus cuerpos, en pequeños regueros, porque el calor era asfixiante.

Mucho antes de llegar junto al submarino, oyeron voces de Renny. Y, casi enseguida, el tableteo de su ametralladora al ser disparada.

Las Bestias Blancas habían atacado el *Helldiver*.

Doc y sus camaradas pudieron ver bien pronto que era un grupo numerosísimo el que había atacado el submarino; lo menos ciento. Pululaban sobre la cubierta de la nave, semejantes a un enjambre de moscas pálidas.

Renny, subido en la torre acorazada, del buque, era el centro de aquella multitud furiosa de monstruos.

—Emplead los proyectiles leves, los que producen el sueño instantáneo —ordenó Doc Savage a sus hombres.

Y dejó que se adelantaran sus cuatro ayudantes.

Se acercaron al submarino y rompieron el fuego. Previamente todos habían arreglado las pistolas ametralladoras, poniéndolas a tiro sencillo, para conservar por más tiempo las municiones.

A la primera descarga, los hombres monstruosos y peludos se volvieron, lanzando agudos gritos de cólera, contra estos nuevos enemigos que les atacaban por la espalda.

Y, sin cesar de hablar en un idioma que resultaba gutural y extraño, cargaron contra los ayudantes de Doc Savage, que seguían avanzando hacia el submarino.

Vistos en vida, estos hombres-mono, tenían aspecto más humano que los cadáveres que habían encontrado poco antes los expedicionarios.

En realidad, no resultaban mucho más monstruosos que el mismo Monk.

El cabello y el vello que cubría el cuerpo de muchos, no era precisamente rubio o albino, sino de un color rojizo o amarillento de pelo de maíz, e incluso en algunos individuos tirando a un tono oscuro y amorenado.

Todos iban armados con largas lanzas, terminadas en primitivas piedras de pedernal o de granito. En las muñecas, llevaban pendientes porras cortas.

Caían como moscas bajo el fuego de las ametralladoras, cuyas balas eran ahora pequeñas capsulillas, impregnadas y conteniendo además una extraña droga, que producía un sueño instantáneo, largo y profundo, Renny, sin dejar de luchar como un león, cayó

desde la torre acorazada al agua, lo mismo que un enorme peñasco, produciendo al caer un ruido espantoso.

Desapareció de la superficie, pero volvió a aparecer enseguida, descargando un fortísimo puñetazo a uno de sus enemigos que había caído también al agua, persiguiéndole.

Y su puño de acero fue, como siempre, más efectivo y rotundo que un mazo de herrería.

Los otros empezaban a saltar y a retroceder ante Doc y los otros cuatro. Las ametralladoras parecían producirles un gran terror.

De repente, pareció recorrerles un estremecimiento de heroísmo, como si les invadiera una ráfaga de valor nuevo.

Rugiendo, barbotando en su extraño y bárbaro lenguaje, se dispusieron a cargar de nuevo contra sus enemigos, y algunos iniciaron la acometida.

A espaldas de Doc y de sus camaradas resonó un terrible rumor de gritos y alaridos. Era el estrépito producido por millares de Bestias Blancas, que gritaban todos a un tiempo; y el estrépito que llenó el aire ahora recordaba el de un inmenso ganado, cuando emprende la fuga.

Doc y sus cuatro camaradas se volvieron contra estos enemigos que amenazaban su retaguardia.

—¡Diablo! —murmuró Monk—. ¡Son tantos, que parecen una nevada!…

Era verdad: colinas y llanuras, aparecían hirvientes de hombres peludos, semejantes a un inmenso hormiguero. Por lo visto, se habían concentrado a espaldas de Doc y sus hombres.

—Estos individuos —dijo ahora Doc Savage a sus colegas—, no son completamente ignorantes y bárbaros; han sabido tendernos una emboscada, y nosotros hemos caído en la trampa como niños. ¡Nos han cortado la retirada!… Ahora no hay más remedio que intentar llegar al submarino.

Pero esto era, en realidad, una tarea hercúlea. Los acontecimientos se habían precipitado con rapidez increíble: era imposible para Doc y sus camaradas llegar a bordo de su nave.

Los enemigos que estaban en el *Helldiver* y en la orilla, redoblaron su cólera, iniciando un furioso ataque, esgrimiendo lanzas y cachiporras.

Y atacaban con una rapidez que vencía a la misma velocidad de

los disparos de las ametralladoras.

Johnny se vino al suelo, bajo una lluvia de cachiporrazos que le molieron su cuerpo huesudo.

Monk, gritando y rugiendo con tal fuerza que sus gritos y alaridos sobresalían sobre el tumulto de sus enemigos, se arrojó a levantar a Johnny; pero enseguida los dos desaparecieron, bajo una verdadera avalancha de los monstruos blancos.

Doc se lanzó en ayuda de sus dos colegas, puestos en tan terrible trance.

Pero pronto se vio rodeado también de un espeso círculo de enemigos. Las Bestias Blancas parecían adivinar que este hombre de bronce era el jefe del grupo de enemigos.

Y se concentraban alrededor de él, intentando abatirlo y despedazarlo. Mas pronto llevaron una enorme, una terrible sorpresa.

Los lanzazos que se dirigían contra Doc Savage solo encontraban el vacío, lo mismo que los cachiporrazos. Porque la velocidad con que Doc se apartaba o se agachaba, esquivando todos los golpes, era verdaderamente maravillosa.

Los monstruos lanzaban gritos de cólera y de sorpresa infinita, balidos y gemidos, que recordaban los lloros de los niños cuando se ven engañados o frustrados en sus deseos o sus caprichos.

***

El horrible hormiguero de monstruos que habían surgido por las colinas, al fondo del paisaje, atacó a Doc y sus camaradas.

Formando una verdadera ola blanca e irresistible; pronto vencieron la resistencia que Doc y sus hombres podían ofrecerles.

Doc Savage, escurriéndose, girando y volviéndose con rapidez eléctrica, abatiendo de vez en cuando a algún corpulento enemigo con golpes mortales propinados con tal velocidad que no eran vistos, intentaba abrirse paso en el centro de aquella batahola.

De pronto, uno de los enemigos albinos, echándose al suelo vivamente, asió a Doc por las rodillas. Los brazos del hombre primitivo tenían una fuerza irresistible.

Otro de los monstruos, cayó sobre Doc, asiéndole por los hombros. Y unos brazos con una fuerza de cables de acero, le

sujetaron por el cuello.

Tan fuerte era Doc Savage, que rarísima vez encontraba una fuerza capaz de oponérsele con ventaja; pero esta vez la había encontrado.

El pequeño grupo se vino abajo, revolcándose en la arena, golpeándose, vapuleándose, intentando cada cual dominar a su enemigo. Pero Doc Savage, doblándose, agarró al monstruo que le sujetaba por las rodillas, y sus hábiles dedos buscaron y encontraron pronto los nervios vitales del enemigo.

El monstruo lanzó un gemido dolorosísimo, semejante a un balido de bestia herida, y rodó por el suelo, quedando al fin inmóvil.

Luego Doc concentró todos sus esfuerzos en encontrar la cabeza del enemigo que le sujetaba por el cuello. La encontró, y asiéndola con sus manos de acero, tiró de ella, retorciéndola simultáneamente.

El monstruo saltó como tocado por un resorte; describió varias vueltas en el aire y fue a caer al agua como una piedra.

Media docena de monstruos atacaron entonces a Doc Savage.

Y era verdaderamente fantástico, como cosa de magia, la manera como Doc se escurría y escapaba siempre de entre las manos y las armas de sus enemigos, dejando solo en las garras peludas pedazos de sus ropas destrozadas.

De todos modos, uno de los hombres albinos logró apoderarse de la pistola ametralladora de Savage. El salvaje adivinaba que el instrumento aquel negro era un arma.

Y empezó a manipularlo, aunque careciendo del conocimiento y la astucia necesarios para utilizarlo.

Doc miró en torno.

Lo que vio ahora no era nada agradable para él.

Todos sus hombres habían sucumbido.

Apaleados, magullados, con la piel desgarrada en muchos sitios, estaban en poder de sus captores. Por fortuna, ninguno de ellos parecía herido de gravedad.

Doc se dio cuenta que ya era cuestión de momentos, el que cayera él mismo en poder de sus enemigos.

La desproporción, la superioridad, resultaban aplastantes para Savage y sus camaradas.

Escapar corriendo a campo traviesa, era una locura nada más que pensarlo.

Los monstruos albinos eran tan numerosos y abundantes por todo el paisaje, que semejaban un inmenso rebaño de ovejas.

Entonces Savage tuvo una idea genial y salvadora.

Volviéndose vivísimamente, dio un salto terrible y se lanzó al agua. Llenó sus pulmones de aire, y se precipitó hacia el fondo, intentando pasar por debajo de la quilla del submarino.

Tuvo que permanecer nadando largo rato bajo el agua, para que no le vieran sus enemigos.

Por suerte, se encontraba ligero como un corcho. Esto le indicaba que el agua estaba intensamente saturada de sal.

Al fin, sus manos tropezaron con el casco del *Helldiver*, y se aferró a los listones de acero que lo protegían, pasando por debajo con gran facilidad.

Una vez en el otro lado, salió a la superficie.

Los monstruos peludos no estaban por este lado del río. Así es que Doc Savage pudo trepar pronto a la cubierta del submarino, y sus enemigos solo le descubrieron en el instante en que Doc se dejaba caer dentro de la nave por la escotilla, que comunicaba directamente con la sala de máquinas.

Lanzando un clamoreo espantoso, los monstruos se precipitaron hacia el submarino.

Doc corrió hacia la gran cámara donde Mohallet y sus compañeros estaban encerrados.

Los árabes gritaban, golpeando furiosamente la puerta de acero, deseando saber lo que ocurría en el exterior.

Doc descorrió los pesados cerrojos y quitó las barras de hierro que sujetaban la puerta; pero antes de que esta se abriera al impulso brutal de mil manos que empujaban desde dentro, Doc Savage, de un brinco, había alcanzado otra puerta, encerrándose en un pequeño camarote.

Los hombres morenos luchaban entre ellos, pretendiendo cada cual ser el primero en salir del encierro.

Naturalmente, ni uno solo quedó en la estancia que les había servido de cárcel durante varios días.

¡La muchacha rubia no apareció, de todos modos!

Doc corrió al gran camarote donde habían estado los

prisioneros.

Al verle, la muchacha rubia empezó a gritar y a hablar en su extraña lengua.

Su voz y sus gestos denotaban una gran alegría.

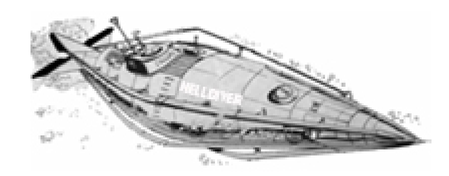
Estaba acurrucada en un rincón de la estancia. A pesar del largo encarcelamiento, habíase dado maña para conservar sus pintorescos vestidos casi intactos y notablemente limpios.

Empezó a hablar rápidamente, acercándose a Doc, pero luego, al recordar que el hombre no podía entenderla, calló, y empezó a hablarle con los dedos, en el lenguaje de los sordomudos. Quería saber lo que había ocurrido.

—¡Las Bestias Blancas! —le dijo Doc en el mismo lenguaje de los dedos.

La muchacha se estremeció. Y la alegría y el contento parecieron abandonarla.

XVIII
Viaje de placer



La batalla se había entablado ahora en la cubierta del submarino.

Mohallet y sus secuaces que llevaban varios días sin hacer el más pequeño ejercicio se desquitaban ahora batallando. Por los ruidos y los gritos no parecían portarse mal.

—¡Luchen como luchen, si obtienen algún éxito, bienvenido sea! —pensó Doc Savage con ironía.

Pero Doc estaba cierto que de todos modos, él había enviado a los árabes a la misma suerte que les hubiera cabido de no haberles devuelto la libertad.

Si les hubiera dejado prisioneros, habrían sido capturados por los monstruos albinos sin falta alguna.

Uno de los árabes, sangrando de una herida en la cabeza, cayó por la escotilla de la sala de máquinas, y luego echó a correr a lo largo de un corredor de paredes de acero.

Media docena de aquellos monstruos de pantalones cortos y pelo albino, se precipitaron en persecución del fugitivo. Enseguida entró un enorme tropel de enemigos.

Doc empujó la muchacha hacia fuera.

Ya no volvieron a hablar por medio de los dedos. No tenían tiempo.

Intentar sumergir el submarino sería cosa inútil. El buque estaba unido a tierra por medio de un fuerte cable de acero, que se ataba a una roca, cable que no podrían romper los esfuerzos de las

máquinas, aun siendo estas muy poderosas.

Empujando a la muchacha luego hacia un pequeño saloncillo del submarino, Doc cogió dos pequeños pulmones artificiales.

Estos consistían en pequeñas cápsulas de acero, de las que salían mangas que conducían el oxigeno y el aire purificado contenido en aquellas, y que iban provistas de unas correas para poder adaptarse a la espalda de una persona.

En otro departamento, había equipos de inmersión completos, trajes de amianto y de tejidos especiales, fabricados de modo que podían resistir las grandes presiones del agua a gran profundidad.

En un estante se veían también rodillas artificiales de plomo, de las que se ponen en su equipo los buzos cuando bajan al fondo del mar, y que serian muy útiles ahora para lo que Doc proyectaba.

Savage sacó también varias de estas rodillas y equipos de trajes de inmersión completos.

Todo esto sería utilísimo en estas aguas tan saturadas de sal.

La llamada cámara de inmersión era una estancia adonde, naturalmente, se podía entrar y salir bajo el agua, y estaba provista de unas cerraduras especiales, que afirmaban las compuertas herméticamente.

Esta cámara se encontraba cerca de la proa.

Doc Savage se encaminó hacia allí, cerrando a sus espaldas las compuertas herméticas.

Cinco minutos bastaron para que Doc y la muchacha, se pusieran los trajes de inmersión y se adaptaran los pulmones artificiales y las rodilleras de plomo.

Doc dio a la muchacha las instrucciones necesarias para el facilísimo manejo de los aparatos, repitiendo sus instrucciones varias veces.

Enseguida abrió la compuerta hermética que comunicaba con el agua, y esta penetró torrencialmente en la estancia.

La sal del agua hizo que Doc y la muchacha fueran levantados, flotando; pero las rodillas de plomo los volvieron a hacer descender.

Doc se lanzó fuera del submarino.

Bajó unes diez pies.

Por suerte, le era posible mantener sus ojos abiertos dentro del agua, que era clarísima a consecuencia de la sal que contenía, en disolución.

La muchacha bajó poco después, cayendo al lado de Savage.

El pelo de la joven que no quedaba encerrado en los accesorios de los pulmones artificiales, ya que estos carecían de caperuza, parecía aquí, bajo el agua, incluso más blanco que fuera.

Doc agarró a la chica de la mano.

Se alejaron, teniendo que inclinarse mucho hacia delante, para avanzar contra la masa y el peso del agua.

Doc, que conservaba su sentido de la orientación, tan notabilísimo, guio a la muchacha siguiendo una línea paralela a la orilla, apartándose ligeramente en los parajes que se hacían más profundos.

Así lograban conservarse a unos veinte pies de profundidad, con lo que la presión del agua no les estorbaba en lo más mínimo.

La luz del sol, penetrando hasta el fondo del río, parecía liquidar y hacer invisibles sus cuerpos.

Era como si estuvieran haciendo un viaje a través de un aire sólido y extraño. Las pocas burbujas que se formaban a su paso, muy pocas por fortuna, parecían joyas flotantes.

La experiencia pasada de aventuras semejantes, le había enseñado a Doc a calcular lo que podrían avanzar en un tiempo dado.

Bajo el agua, la distancia que se recorría era relativamente muy pequeña en cierto tiempo, ya que había que ir venciendo la fuerza y la oposición del agua, y los pesos eran muy cortos.

Quince minutos más tarde, Doc torció en ángulo recto, encontró una parte baja de la costa, que salía luego a la superficie formando una especie de barranco, y salió del agua, llevando siempre a la muchacha rubia de la mano.

Estaban en una especie de hoya, de laderas suaves, bañadas por el sol.

Doc hizo salir a la muchacha para que se detuviera en cierto sitio. Enseguida, quitándose los pulmones, artificiales y las rodillas de plomo, empezó a trepar ladera arriba.

Los acontecimientos a bordo del submarino habían tomado un giro muy distinto del que Doc esperaba.

***

Mohallet estaba hablando con los monstruos blancos.

El jefe árabe estaba agitando sus brazos y hablando con gran vehemencia.

Sus secuaces le rodeaban. Parecían haber tenido pocas bajas.

Doc pudo ver a sus cinco amigos y ayudantes. Estaban atados fuertemente y echados en el suelo, montando la guardia alrededor de los prisioneros numerosos enemigos.

Volviéndose, Doc Savage hizo una seña a la muchacha rubia, que comprendiendo y obediente siempre, empezó a subir la ladera, llegando pronto junto a Savage.

Entonces Doc se puso a hablarla en un dialecto peculiar de ciertas tribus nómadas de Arabia.

Era evidente que la muchacha comprendía muchas palabras, pero no bastantes para entender lo que Savage le decía.

Esto probaba lo que Doc había imaginado desde un principio, es decir, que la lengua de la muchacha debía ser uno de los numerosos dialectos que se hablaban en el interior de la Arabia.

Al fin, Doc, viendo inútiles sus esfuerzos, recurrió nuevamente al lenguaje de los sordomudos, y preguntó a la joven:

—¿Es que habla Mohallet el lenguaje de las Bestias Blancas?

La muchacha contestó, hablando con sus dedos:

—Mi idioma y el de las Bestias Blancas es casi el mismo. Mohallet lo aprendió hablando conmigo, de modo que puede comunicarse fácilmente con los monstruos.

Doc decidió preguntar ahora a la muchacha una cosa que le había intrigado grandemente desde un principio:

—¿Cómo es que tú puedes hablar inglés con los dedos, y en cambio no lo hablas de viva voz?

La muchacha sonrió ligeramente, demostrando que era valerosa en vista de las circunstancias en que se hallaban, y luego explicó a Doc:

—Hace unos cuarenta años, un hombre de tu raza vino hasta mi tribu, al otro lado del desierto. Había tenido la desgracia de ser capturado por las Bestias Blancas, y nosotros le rescatamos durante un raid que hicimos a la aldea donde le tenían prisionero.

Doc asintió, comprendiendo. El vagabundo que había llegado hasta la tribu de la muchacha, debía haber sido algún explorador desgraciado.

—Las Bestias Blancas —continuó la muchacha, moviendo sus dedos con creciente rapidez—, habían torturado a aquel hombre, cortándole la lengua antes de llegar nosotros a rescatarlo, y pinchando con horrible crueldad sus oídos, hasta dejarlo completamente sordo.

Doc asintió nuevamente. El pobre explorador había quedado en la misma situación que un sordomudo. Y ahora comprendió, sin dejar de mirar a los ágiles dedos de la muchacha, que continuaban cada vez más veloces, que seguía comunicándole:

—Incapaz de poder oír nuestra lengua, aquel hombre empezó a estudiar en un libro que llevaba en su impedimenta, y gracias a aquel libro nos enseñó a entendernos con él por medio de los dedos. Vivió ya con nosotros por todo el resto de su vida. Yo le recuerdo, de cuando era una niña. Él fue quien me enseñó, y agradecido a mí por mis bondades, cuando ya era muy viejo, me hizo muchos pequeños regalos.

Su niñez no estaba muy lejana, según cálculos de Doc, que pensaba que esta muchacha no tendría arriba de veinte años.

Savage miró al submarino.

No se había producido ningún cambio de importancia.

Mohallet seguía hablando animadamente. Así, pues, Doc volvió su atención hacia la muchacha, ansioso por saber su historia.

—¿Cómo fue que pudiste salir de aquí? —preguntó a la chica.

—Las Bestias Blancas me capturaron —repuso la muchacha, como si esto lo explicara todo.

—No comprendo —insistió Doc Savage.

—Las Bestias Blancas —explicó la muchacha—, acostumbran a arrojar sus prisioneros, lo mismo los muertos que los vivos, en la boca del túnel del río, como sacrificios. Pero dio la casualidad de que las aguas estaban muy bajas cuando a mí me arrojaron, porque las lluvias de la estación no habían empezado todavía y el calor del sol había secado mucho el río, haciendo que bajaran las aguas. Y yo pude salir, llevada por las aguas.

Doc comprendió lo verosímil de esto. La salinidad de estas aguas lo hacía muy posible, ya que los cuerpos flotaban en ellas con una facilidad perfecta.

Y como las aguas estaban tan bajas, la boca del río, llamada Crying Rock, estaría abierta.

—¿Cómo pudiste alimentarte? —preguntó Doc Savage.

—No comí nada en todo el tiempo. Por eso, cuando salí iba muy débil, tanto, que apenas podía moverme. Y así me encontró una banda de los hombres de Mohallet, que andaba por allí.

Doc iba entendiendo las palabras de la muchacha rubia cada vez más fácilmente pues había descubierto que modulándolas con los labios, en voz baja, ayudaba a la joven a expresarse.

Claro está que una persona podía ir río abajo mucho más velozmente que el submarino había venido río arriba. De todos modos, el viaje por aquel río subterráneo, debía haber sido una dura prueba para la infeliz muchacha.

—¿Por qué tiene Mohallet tanto interés en llegar a la Ciudad Fantasma? —preguntó luego Doc.

—No sé.

—¿Hay platino acaso en esa ciudad?

—Yo no sé lo que es platino.

***

Doc reflexionó unos instantes, y al fin decidió continuar hablando del asunto aquel del platino.

—Es un metal gris, muy brillante.

—¡Oh, sí, hay mucho! —repuso entonces la muchacha.

—Bien, verás. Ahí, cerca de la orilla, había un hombre muerto.

—A todas luces, era un hombre de tu tribu. Llevaba una malla hecha de un metal muy brillante ¿Es ese el metal que tú dices que abunda mucho en tu país?

La muchacha puso ahora cara de tristeza, y contestó:

—Las Bestias Humanas mataron a muchos hombres de mi país, y así llevan muchísimos años, hasta que han diezmado nuestra población. ¡Sí, ese es el metal de que yo hablaba!

Doc se rascó la cabeza pensativamente.

Era cosa rara en él cuando demostraba con algún gesto o movimiento sus pensamientos o sensaciones íntimas.

—¿Llevabas tú un traje hecho de este metal cuando te encontró Mohallet? —preguntó Doc Savage.

—No. Me pesaba mucho y me lo quité.

—¿Pero tú le hablaste de ese metal a Mohallet, verdad?

—Sí. Yo le dije que en mi país abundaba mucho. Eso fue antes de descubrir yo que ese hombre era un forajido. Y mis palabras parecieron emocionarle y exaltarle mucho.

De todos modos, Savage parecía muy intrigado.

Así es que pronto siguió preguntando a la muchacha con el lenguaje de los dedos:

—¿No llevabas brazaletes o sortijas de ese metal blanco?

—Sí. Llevaba un brazalete, una pulsera. Era una cosa a la que yo tenía mucho cariño, porque…

—¡Espera! —dijo de pronto Doc. Y enseguida levantó una mano en el aire, haciendo un expresivo gesto para que la muchacha le entendiera.

***

La conversación de Mohallet con las Bestias Blancas había terminado.

Y, por lo visto, el resultado había sido favorable a Mohallet.

Debían haber llegado a un acuerdo ambas partes.

Las Bestias Blancas, como resultaba evidente por lo que ocurrió ahora, debían haber aceptado la alianza de Mohallet y su partida de hombres morenos, temporalmente al menos.

Los cinco amigos de Doc fueron levantados y conducidos al submarino.

No se les entró, sino que se les descargó en la misma cubierta, como si fueran fardos.

Muchos de los monstruos subieron también al submarino, trepando como podían, y no pocos de ellos penetraron en el interior de la nave.

Y por el estrépito que hacían, riendo y gritando en su lenguaje gutural, abriendo y cerrando puertas y escotillas, manejando y tocándolo todo, podía deducirse claramente que estaban encantados con esta especie de enorme juguete de acero.

El cable de amarre fue quitado y traído a bordo. Y pronto pudo oírse el rumor de los motores Diésel que accionaban el buque cuando navegaba en la superficie.

El submarino empezó a moverse lentamente.

—¡Me extraña que estas gentes no se acuerden de nosotros! —le

dijo Doc Savage a la muchacha, por medio del lenguaje de los dedos —. ¿Qué pensarán?

Y al mismo tiempo sonrió a la muchacha, como para darle una sensación de tranquilidad y de confianza.

***

El *Helldiver* navegó algún tiempo cerca de la orilla, y luego salió a un espacio más libre y despejado, emprendiendo una buena marcha.

Los salvajes gritaban y hablaban sin cesar en su jerga infernal, saltando y brincando enardecidos.

Iban bajando en grupos al interior del submarino, para recrearse en la contemplación de las maravillas que encerraba para ellos el barco fantástico.

Pero llegó un momento en que había tantos en el interior de la nave, que los que querían entrar a su vez, ya no podían hacerlo.

De pronto ocurrió algo inesperado.

El submarino viró de repente en dirección a la orilla.

Marchaba a gran velocidad, levantando con la proa una gran montaña de espuma. El terror parecía haber invadido a las gentes de a bordo.

Los hombres de Mohallet se agolparon en la cubierta, particularmente en la proa, como si intentaran acercarse todo lo posible a tierra.

Esto hizo comprender a Doc la verdad de lo que ocurría en la nave.

El submarino se hundía. Empezaba a hundirse poco a poco, y todo el mundo se agolpaba en la proa de la nave.

Además, la presencia en la cubierta de los hombres de Mohallet indicaba que el hundimiento del submarino no era una cosa deliberada y voluntaria, sino consecuencia de un accidente o una avería.

¡Sí, algún accidente había ocurrido en el interior del barco!

—Alguien ha abierto la compuerta del compartimiento de inmersión, sin saber lo que era aquello, y ahora no pueden cerrarla —dijo Doc a la muchacha por medio del lenguaje de los dedos—. Y el agua está entrando en el submarino y anegándolo.

La escena que siguió ahora habría causado las delicias de un

director de películas: era el terror invadiendo una multitud, el pánico adueñándose de una turba y enloqueciéndola completamente.

Mucho antes de que el *Helldiver* se hubiera acercado a la orilla, los hombres empezaron a saltar al agua.

No tenían necesidad de nadar siquiera: el agua aquella, saturada de sal hasta la exageración, les hacia flotar como corchos.

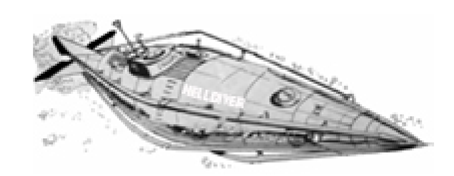
—¡Eh! —gritó Doc Savage con todas sus fuerzas, intentando salvar el submarino—. ¡Eh! ¡A bordo hay unas máquinas que permiten cerrar automáticamente la compuerta de inmersión!

Para gritar así, Doc había salido de su escondite, mostrándose plenamente a sus enemigos. Y su voz sonora y varonil dominó el tumulto y resonó con fuerza insospechada sobre las aguas del río.

De todos modos, el tumulto y el pánico de gentes de a bordo impidieron que nadie escuchara sus palabras.

Y el *Helldiver* desapareció en las aguas, a unos cien metros de la orilla.

XIX
La ciudad roja



Doc permaneció inmóvil largo rato en el mismo sitio hasta donde se había adelantado para gritar a los tripulantes del desgraciado submarino como podía cerrarse la compuerta de inmersión.

Y aunque Mohallet y los otros no habían llegado a oír sus palabras, todos le habían visto. Así, pues, hubiera sido inútil retroceder para esconderse de nuevo.

Doc pudo distinguir a sus cinco amigos, todavía atados, agitándose sobre la superficie del agua saladísima. Había sido una suerte que estuvieran los infelices sobre cubierta en el momento de producirse la catástrofe; así, pues, pudieron ser recogidos, como otros tantos maderos flotantes, y llevados a tierra.

Por grande y terrible que hubiera sido la confusión a bordo del *Helldiver*, Doc dedujo que todos los que iban en el submarino habían logrado salvar la vida.

Savage descubrió a Mohallet chapoteando en el agua detrás de un salvaje peludo que parecía ser el jefe de las Bestias Blancas.

Durante varios minutos, aparecieron en la superficie del agua monstruosas burbujas del submarino, que estallaban, produciendo un ruido sordo y ronco.

Luego apareció en la superficie una mancha de aceite, no muy grande, quizá, de los recipientes excesivamente saturados de grasa o tal vez de alguna lata que se hubiera roto. Era imposible calcular desde esta distancia a la profundidad que el submarino había

bajado hasta encontrar fondo.

Los primeros salvajes que saltaron a la orilla, saltaban y brincaban de aquí para allí, sin cesar de gritar de un modo ensordecedor.

Saltaban, trazando pequeños círculos, haciendo gestos que querían significar que estaban dispuestos a despedazar al culpable de catástrofe y dando a sus rostros feísimos un aspecto aun más feroz y brutal.

Y todos hacían sus gestos amenazadores en la dirección de Mohallet.

Pero el marrullero jefe de los bandidos árabes, en cuanto llegó a tierra hizo a su vez un gesto de cólera y sarcasmo, que iba a salvarlo ante los salvajes; agitó sus brazos extendidos en dirección de Doc y de la muchacha rubia, como queriendo decir que ellos eran los culpables de la catástrofe.

Lanzando rugidos de furor, los monstruos se precipitaron hacia Doc y la joven.

Doc se volvió vivamente.

La muchacha rubia se estaba colocando otra vez los pulmones artificiales a la espalda.

—¡No! —le dijo Doc Savage, empleando el lenguaje de los dedos —. Nos sería muy difícil ahora llegar al río… Además, si entráramos en el agua, habríamos de dejar desamparados del todo a mis cinco amigos y camaradas.

Su camisa, destrozada durante la lucha contra los monstruos, era solo unos cuantos pingajos, Doc se la quitó así como la camiseta, también desgarrada por completo.

El sol por fuerte y terrible que fuera en el desierto arábigo, no podía quemar ni formar ampollas en la piel curtida, del hombre de bronce, acostumbrado a sufrir el rigor del sol de los trópicos.

Doc ató los dos pulmones artificiales a su cintura. En cuanto a las rodillas de plomo las tiró, pensando que, si llegaba el caso, podrían suplirlas con grandes pedruscos.

—¿Tú conoces este país? —preguntó a la muchacha, siempre hablando en el lenguaje de los sordomudos.

La muchacha, asintió, moviendo la cabeza con energía y la decisión pronta, de un verdadero americano.

—Entonces, ¿cuál es la dirección mejor que podemos seguir para

escapar?

La muchacha apuntó hacia el Norte.

Se pusieron en marcha inmediatamente, trepando por la ladera opuesta de un pequeño barranco.

Rugiendo como animales, los salvajes peludos aparecieron a lo lejos persiguiendo a la pareja fugitiva.

Apenas habían avanzado Doc y la muchacha unos doscientos metros, cuando la chica empezó a dar grandes señales de fatiga.

Durante el largo tiempo que permanecieron encerrados en el submarino, la muchacha rubia no había tomado otro alimento que el líquido que le proporcionaron Savage y sus camaradas a través de los agujeros practicados en la puerta de acero.

Naturalmente, ahora se resentía de aquellas privaciones y se daba cuenta de su debilidad.

—Mejor sería que tú siguieras solo…

Pero Doc movió negativamente la cabeza, contestando:

—¡No!

—O quizá yo pudiera entrar en el agua mientras tú sigas adelante…

Entonces Doc Savage tomó en brazos la muchacha, manejándola fácilmente, y colocándola sobre uno de sus hombros. Con una mano la sostenía firmemente, y la muchacha no se sentía incómoda.

Ahora bien; si la muchacha rubia había pensado antes que corrían muy ligeros, ahora se llevó una sorpresa. Porque el hombre de bronce emprendió una carrera que excedía en varias veces la de sus enemigos y perseguidores.

A veces saltaba por encima de rocas y peñascos enormes, haciendo a la muchacha lanzar gritos ahogados de terror; pero, poco a poco, su confianza en el hombre de bronce fue en aumento, hasta que dejó de lanzar grito alguno.

Los monstruos peludos y las gentes de Mohallet continuaban la persecución con creciente furia y rapidez.

De pronto, Doc se detuvo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a la muchacha por medio de los dedos.

—Ja —repuso ella.

Èl la dejó en el suelo y le dijo:

—Muy bien, Ja. Pues vas a quedarte aquí y a esperarme. Volveré

muy pronto. Voy a enseñar a algunos de nuestros perseguidores a que sean más cautos y prudentes.

Dejó a la muchacha al abrigo de una gran roca y volvió sobre sus pasos.

Ahora, su velocidad era mayor que la de antes. Solo empezó a aminorar la marcha cuando oyó el jadear de sus perseguidores, que se acercaban.

Luego, escondiéndose detrás de un peñasco, asomó un poco la cabeza y pudo distinguirlos.

Cuatro de los hombres-mono se habían adelantado a sus camaradas. Eran, a todas luces, los más fuertes y ágiles de entre las Bestias Blancas.

Por lo visto, habían perdido sus armas en la catástrofe del submarino, porque no llevaban ninguna a la vista ni podían llevarlas escondidas en sus escasos vestidos de cuero de camello.

Doc les dejó acercarse y de pronto, surgió de su escondite.

De dos puñetazos demoledores, echó por tierra al salvaje que estaba más cerca de él, dejándolo inerte y medio muerto.

Los otros lanzaron rugidos de furor, pero eran valientes y no huyeron.

De todos modos, antes de lanzarse contra su enemigo, se agacharon intentando agarrar peñascos para hacer de ellos armas terribles.

Esto les perdió.

Uno de ellos rodó por el suelo, con la mandíbula inferior destrozada, en el momento en que intentaba agacharse para agarrar una piedra.

La pareja restante empezó a saltar y a brincar alrededor de Doc zafia y groseramente, intentando imitar la táctica de Doc, de luchar y defenderse con sus puños.

Pero esto fue para ellos incluso más desgraciado que su pausa y su intento de agarrar piedras.

Savage les atacó, librándose con gracia y agilidad de los desmañados golpes que le dirigían sus enemigos, y acribillándolos a puñetazos y a golpes.

Poco después, los cuatro salvajes estaban tendidos sobre la arena del desierto, privados de sentido.

Entonces volvió junto a la muchacha rubia. A pesar de su

esfuerzo y del terrible ejercicio que acababa de realizar, apenas se notaba un leve jadeo en su respiración.

La muchacha, tuvo ahora una sugerencia feliz, y le dijo a Doc, empleando el lenguaje de sus dedos:

—¿Por qué no vas a mi pueblo y les pides ayuda?

Doc reflexionó brevemente y luego preguntó:

—¿Está muy lejos?

—Mi pueblo vive en la Ciudad Fantasma. Está a media jornada de aquí, aproximadamente. Pero tú —añadió sabiendo ya la gran velocidad a que marchaba su noble amigo y protector—, podrías hacer el recorrido en dos horas.

Doc asintió y dijo:

—Muy bien, Ja. Vamos a ir a tu pueblo. Pero Doc no quiso añadir que su propósito al ir a la Ciudad Fantasma era, antes que nada, para poner a la muchacha rubia en lugar seguro, pudiendo luego él lanzarse a la lucha o moverse con más libertad.

Enseguida reanudaron la marcha en dirección al Norte.

***

Era una ciudad excavada en la roca viva, una montaña de piedra, labrada y trabajada hasta formar muros, calles y casas. La roca era de un color rojo pálido.

Doc Savage, de una distancia de una milla aproximadamente, se quedó contemplando la extraña ciudad.

En las dos horas que habían tardado en llegar hasta aquí, Doc había podido observar numerosas rocas rojas en el camino. La piedra roja era poderosa, fácilmente moldeable.

De todos modos, la construcción de aquella Ciudad Fantasma suponía un esfuerzo y un trabajo de siglos, verdaderamente fabuloso.

Una vegetación alegre bordeaba, el curso del torrente. En el llano, debajo de la montaña donde estaba la Ciudad Fantasma, se veían campos verdes, a todas luces cultivados y regados.

Doc se quedó contemplando aquellos campos con sumo interés. El verde de las mieses y las plantas, era de un tono blanquecino, semejante al de los cabellos de los habitantes del país.

—¿Es potable el agua de ese terreno? —preguntó Doc a la

muchacha, por medio de sus dedos.

—Sí —repuso ella—. Es la única potable que existe en muchísimas millas a la redonda. Las Bestias Blancas también beben de esta agua y la emplean en todo los usos domésticos.

Doc permaneció silencioso durante unos instantes.

El brillo del sol parecía encender chispas de luz en sus ojos de oro, señal evidente en él de que algo le intrigaba o le interesaba. Ahora estaba pensando en lo extraño de estos habitantes del país, con sus cabelleras rubias hasta parecer casi blancas o albinas, y en la vegetación verde-blanquecina, de estas mieses y plantas.

Al fin lo comprendió.

—¿Verdad que estas aguas llevan algo en ellas que comunica, a vuestros cabellos este color rubio blanquecino, Ja?

—Así debe ser —repuso la muchacha—. Porque el extranjero que nos enseñó el lenguaje de los dedos tenía la cabeza blanca cuando llegó a nuestro país; pero al cabo de vivir aquí algún tiempo sus cabellos se habían tornado rubios blanquecinos, como los nuestros.

La muchacha caminaba junto a Savage, mientras los dos se iban acercando a la Ciudad Fantasma. El camino por aquí era bastante más suave y fácil.

En las dos horas que había durado el viaje Doc había logrado aprender no poco del lenguaje de la muchacha. El conocimiento que Doc tenía del idioma árabe y de sus raíces le hacía la tarea muy fácil en realidad.

Para ello no había tenido sino que ir preguntando a la muchacha, cómo era la palabra equivalente en su idioma a la que él formulaba con los dedos, en inglés.

La muchacha no tenía que repetir nunca sus palabras. La memoria prodigiosa de Doc Savage retenía para siempre cualquier voz o vocablo que ella, le decía.

Ahora aparecieron, ya muy cercanas, las murallas rojas de la extraña ciudad.

Y el hecho de que muros y murallas estuvieran formados de bloques de piedra labrada, sin argamasa alguna entre ellos, daba a la población un aspecto de cosa moderna.

No se veía, de todos modos, muestra alguna de vida.

Pero la muchacha rubia no se alarmó por ello.

—No saben si somos amigos o enemigos —explicó a Doc, sonriendo dulcemente y hablando con lentitud y empleando palabras que Doc acababa de aprender en su idioma natal—. Y permanecerán escondidos hasta que se cercioren de quiénes somos.

Las murallas tenían una gran puerta maciza. Al acercarse, Doc examinó aquellas puertas con marcado interés. Eran de metal.

Este aparecía usado y desgastado. En algunos sitios la capa metálica exterior había sido arrancada o saltada, y otro metal aparecía en la parte interna de las puertas: este segundo metal era blanco, de un color de plata, aunque más mortecino y bajo.

***

Cuando se acercaron, Ja extendió una de sus lindas y breves manitas hacia aquella puerta, y dijo:

—Este es el metal de que yo te hablé… el metal que tú llamas platino.

Doc mostró ahora su sorpresa, cosa rarísima en él. Porque aquellas puertas eran sólidas, macizas. Debían pesar muchas toneladas.

Savage se acercó más, examinándolas con creciente interés. Luego agarró una piedra, rascando con ella en la capa verde-gris de herrumbre que cubría el rico metal.

Al fin se volvió hacia la muchacha rubia, diciendo:

—Escúchame, Ja: ¿aquella pulsera que tú llevabas puesta cuando Mohallet te encontró, era de…?

Pero Doc no terminó la frase.

Con un fuerte chirrido, las monstruosas puertas de metal se entreabrieron.

Al otro lado de ellas no se había oído el más leve ruido, ni nadie apareció a los ojos de los recién llegados.

Un silencio profundo reinó ahora. No se veía a nadie. Las puertas se habían abierto solas, manejadas por algún simple pero eficiente mecanismo que estuviera disimulado entre las murallas.

El efecto de ello resultaba verdaderamente fantástico, misterioso, justificando el nombre de esta capital de la Ciudad Fantasma.

—¡Ven! —dijo ahora la muchacha, empezando a avanzar y

pasando delante de Doc.

—¡Espera! —repuso Doc, en la lengua de la muchacha, vivamente—. ¡No! ¡No me acaba de gustar esto!

La joven vaciló, pero al fin empezó a retroceder, volviendo junto a su protector.

—Es extraño que no nos hayan gritado ya —dijo la joven.

Doc, aunque no comprendió algunas de sus palabras, adivinó por completo su significado. Entonces le dijo:

—¡Llámales tú a voces!

La muchacha obedeció.

Al gritar, la voz de la joven seguía siendo encantadora y dulce.

Durante unos momentos, después de su grito, no se oyó nada.

Pero, al fin, un hombre surgió a poca distancia de la puerta. Era un hombre alto, fornido, de gran belleza varonil. También tenía los cabellos del mismo color rubio-blanquecino que Ja.

Este individuo empezó a hablar con tal rapidez que Doc no pudo entender ninguna de sus palabras a causa de lo poco familiarizado que estaba con el idioma de este país.

—Dice —tradujo la muchacha a Doc, lentamente—, que ha habido una gran batalla con las Bestias Blancas; que hay muchos heridos en la ciudad y que él solo está para atender las puertas. Y me ruega que entremos pronto para que pueda cerrar, por temor a que los monstruos blancos esos vuelvan.

Entonces, indiferentemente, Doc miró las puertas y reflexionó. Quizá otros hombres, fatigados del combate contra las Bestias Blancas dormían cerca, para ser llamados en caso de necesidad.

Así, pues, entró en la Ciudad Fantasma, al lado de Ja.

Una calle se abría ante ellos, una verdadera hendidura hecha en la roca, mostrando puertas a ambos lados, todas las cuales tenían absolutamente el mismo tamaño.

La calle estaba llena de cadáveres del reciente combate, muchos eran compatriotas de Ja; pero la mayoría eran de Bestias Blancas.

La muchacha y Doc se acercaron al hombre que había salido a su encuentro y que les contempló con curiosidad, con un aire extraño.

De pronto el desconocido empezó a gritar en su idioma.

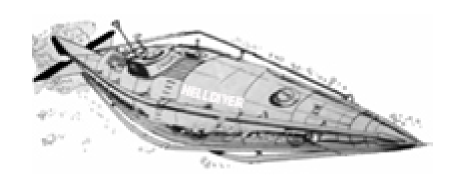
La muchacha rubia se volvió rápidamente.

—¡Una emboscada! —gritó—. ¡Le habían prometido perdonarle

la vida si nos hacía entrar en la ciudad, haciéndonos caer en una trampa!…

Al otro lado de la puerta, las Bestias Blancas surgieron, rumorosas y terribles, como una colmena irritada. La salida por allí quedaba impedida de un modo absoluto.

XX
Fantasma



La súbita aparición de los salvajes de vello blanco explicó muchas cosas a Doc Savage.

Esto era prueba evidente de que las Bestias Blancas se habían apoderado de la Ciudad Fantasma, capturando o matando a sus habitantes.

Esto explicaba también por qué no había aparecido nadie en las murallas al acercarse Doc y la muchacha. Las Bestias Blancas habían esperado, y luego, con una astucia de felino, habían ideado la emboscada.

El compatriota de Ja se había arrepentido demasiado tarde, al advertir a la muchacha y a Doc, del peligro que les amenazaba. Su aviso a los dos jóvenes no le sirvió para nada más que para firmar su propia sentencia de muerte.

Porque, de pronto, con un terrible rugido, uno de los monstruos peludos se abalanzó sobre el compatriota de la muchacha esgrimiendo una terrible porra, con la que propinó tal golpe al otro en la cabeza que el infeliz cayó a tierra como herido por un rayo. Estaba muerto.

Una lanza, con la punta terminada en un agudo pedernal, vino ahora por los aires, dirigida a la cabeza de Ja.

Solo la rapidez y agilidad de Doc Savage, que dio un fortísimo tirón de Ja, haciéndola caer de rodillas, le salvó la vida. Y la lanza, girando en el aire, fue a chocar contra un muro vecino, donde su

punta de pedernal se rompió en mil añicos.

Era urgente y necesario, pues, que huyeran de esta calle.

—¡A la derecha! —gritó Doc—. ¡Vamos a esta casa!

Luchando contra sus enemigos silenciosa y eficazmente, Doc se abrió paso hacia la casa.

Pero había muchísimos salvajes de aquellos peludos, y un grupo numeroso de ellos rodeó a la muchacha, arrebatándola y huyendo con ella calle arriba.

Doc Savage se lanzó en socorro de la muchacha, repartiendo golpes y puñetazos con la velocidad de aspas de molino. Pero todo era inútil.

Hasta la fuerza inmensa del hombre de bronce tenía un límite natural y humano. Las Bestias Blancas eran tan numerosas que incluso saltaban unas sobre otras en su afán de caer sobre el enemigo odioso.

A pesar de sus esfuerzos de gigante, Doc se vio empujado lejos de la muchacha.

Por suerte, consiguió, de todos modos, acercarse a un muro y, agachándose, dio un brinco de gimnasta que le llevó hasta el techo de una de las casas, donde quedó colgado, sujeto al alero.

Un momento después había trepado al techo de la casa.

De pronto, un garrote, lanzado con fuerza brutal, fue a chocar contra uno de los brazos de Doc Savage; pero rebotó como si hubiera dado contra cables de acero extendidos.

Doc corrió por encima del techo de la casa, que era plano como al lado de una losa enorme de piedra.

Algo más allá había otra calle, más estrecha. Doc la saltó con un brinco prodigioso, que habría parecido algo fantástico en otro hombre cualquiera.

Doc se miró ahora el brazo donde había recibido el golpe del garrote.

Le dolía mucho. La piel aparecía ligeramente amoratada y había saltado un poco de ella. Pero los músculos del gigante no habían sufrido gran daño.

Ahora empezó una especie de juego del galgo y la liebre. Pero los salvajes, que no poseían la habilidad de Doc para saltar las calles, eran batidos con ventaja por su maravilloso enemigo. Y la caza empezaba una y otra vez.

Desde los techos de las casas Doc dominaba una gran extensión del paisaje, que se extendía en los alrededores de la ciudad.

Hacia el Este se extendían las marismas saladas, en una distancia tan enorme que parecían un verdadero mar.

Doc acabó por bajar y entrar en una de las casas talladas en la roca viva de la montaña.

Pronto descubrió pasajes y corredores que se encontraban y formaban un verdadero laberinto. Muchos de ellos se dirigían hacia abajo. Doc penetró en aquel laberinto de corredores que recorrían, por lo visto, toda la ciudad.

Los monstruos peludos desconocían este laberinto de pasajes subterráneos en absoluto, igual que le pasaba a Doc.

Este pudo, pues, esconderse fácilmente y burlar así a sus perseguidores, que bien pronto no tenían la menor idea de dónde pudiera haberse refugiado Savage.

Y cuando llegó la noche no habían conseguido descubrir tampoco el paradero del hombre de bronce.

La claridad y el calor del desierto hacían que las noches fueran aquí de un brillante y majestuoso esplendor.

La luna parecía estar a miles de millas más cerca de la tierra que en otros países; las estrellas y los luceros brillaban en aquel cielo nítido con una fuerza de luces eléctricas algo distantes.

Doc Savage salió de una cámara subterránea donde había estado escondido largo tiempo y se encaminó hacia las murallas de la ciudad. Las murallas no eran muy altas, de modo, que esperaba poder saltarlas con relativa facilidad.

Con gran agilidad, Savage podía haber abandonado esta ciudad de piedra en cualquier momento, durante la tarde, y escapar; pero no había querido hacerlo… por una poderosa razón: esperaba poder espiar convenientemente y descubrir los planes de sus enemigos, las Bestias Blancas.

Se había aplicado a la tarea y había tenido un éxito completo.

Una conversación sorprendida entre dos guerreros, que hablaban lentamente a causa del cansancio y la fatiga de la jornada, había bastado para que Doc comprendiera las palabras de sus enemigos y adivinara las intenciones de estos.

Los prisioneros del *Helldiver* iban a ser traídos aquí sin duda alguna.

No es que los dos guerreros hubieran hablado de esto, ya que las Bestias Blancas que estaban en la Ciudad Fantasma desconocían el episodio del submarino; pero pensaban hacer de esta ciudad su cuartel general, en vista de que era un sitio fuerte y bien defendido.

En cuanto a la muchacha rubia, Ja, vivía aún, por fortuna.

La tenían prisionera, junto con unos cuarenta o cincuenta compatriotas suyos, que eran los únicos supervivientes de los habitantes de la Ciudad Fantasma.

Todos aquellos prisioneros, por lo que Doc había podido entender a los dos guerreros, iban a ser sacrificados, en pequeños grupos, siendo arrojados al río subterráneo.

Detenido cerca de las murallas de la ciudad, Doc Savage esperó.

Sus ojos erraron en todas direcciones ahora, buscando, bajo la vivísima luz de la luna, al grupo de enemigos que custodiaba a sus cinco camaradas y examinando el terreno también para asegurarse la retirada.

El camino mejor parecía ser hacia la marisma, río abajo.

Durante la tarde Doc había podido observar numerosos objetos pequeños e irregulares esparcidos aquí y allí junto a la orilla del río. Y se había figurado lo que eran.

Eran pieles de camello hinchadas, que se usaban en el país como pequeñas canoas, o mejor dicho, como balsas. Semejantes medios de transporte fluvial eran usados por los árabes nómadas en el río Jordán.

Los camellos parecían abundar en el país. Durante la tarde, Doc había descubierto muchos. Los animales bebían, no en el río, sino en las marismas saladas, lo cual, confirmaba la creencia de que en el país existía una especie de camellos que podían vivir bebiendo solamente agua salada.

En cuanto al agua del torrente, Doc, había apagado con ella su sed, valiéndose de un cuenco recogido en una de las casas del pueblo.

El agua tenía un pronunciado sabor a cosa química, aunque no resultaba muy desagradable. Doc estaba ahora completamente seguro de que el mero hecho de bañarse o lavarse en aquellas aguas haría volverse los cabellos rubios, comunicándolos aquel tono blanquecino de oro sutil que los hacía tan bellos e interesantes.

Sus pensamientos recayeron de pronto en el momento actual.

Algo había llamado su atención.

Era una fila de hombres salvajes que se acercaban. Doc los distinguió a lo lejos, gracias a la luz de la luna. Algunos de ellos traían albornoces flotantes.

La caravana, formando vueltas y zig-zágs, se acercaba.

Y, de repente, desde las murallas de la Ciudad Fantasma salieron gritos salvajes, voces rudas.

Otros gritos de los que se acercaban les contestaron.

Doc descubrió a Mohallet entre los que venían. A su lado venía un personaje corpulento y peludo, que era a todas luces el jefe de las Bestias Blancas. Ambos abrían la marcha de la caravana.

Los cinco camaradas de Doc venían también entre esta, algo detrás. Savage pudo ver que los infelices llevaban las manos, atadas a la espalda.

Las enormes puertas de metal de la Ciudad Fantasma se abrieron de par en par para dar paso a los que llegaban.

***

Una inmensa emoción, una gran alegría invadió a Mohallet en el momento en que vio aquellas puertas.

Sin contenerse, corrió hacia ellas, rascó una de las hojas herrumbrosas con un puñal que habría encontrado él supiera dónde, y su éxtasis llegó al colmo al ver el metal reluciente y brillante que había debajo.

—¡Platino! —exclamó, en árabe, a gritos—. ¡*Wallah*! ¡Esto es platino!… ¡Nada más que estas puertas, valen millones de dólares!

Mohallet venía a la Ciudad Fantasma creyendo que en ella abundaba mucho el platino, y esto obedecía a que la muchacha rubia llevaba una pulsera de este metal cuando él la encontró por primera vez en las costas de Arabia.

Junto a la puerta se había promovido ahora una gran animación y algazara.

Todos los hombres de Mohallet fueron entrando en la ciudad. Y todos pensaban que habían hecho de golpe su fortuna y su suerte. De momento ninguno pensaba cómo habría de escapar de este país

misterioso y extraño.

Los cinco amigos de Doc Savage se acercaron también, silenciosos y entristecidos.

Las Bestias Blancas pululaban por allí, sin llegar a comprender por qué la vista de este metal reluciente llenaba a aquellos hombres de una alegría, tan radiante.

La marcha se reanudó al fin.

Una figura de bronce se deslizó también dentro de la ciudad, disimulándose entre las calles más obscuras.

Doc Savage tenía la gran ciencia, de avanzar y deslizarse silenciosa y subrepticiamente, aprendida, de los mismos felinos de la jungla.

Nadie le vio, pues. De pronto, Doc pudo ver a uno de los árabes espiando cerca de un muerto que había en la calle, y luego de observar que el cadáver iba vestido con una túnica o red hecha de placas de platino, no pudo resistir a la tentación y rezagándose de la columna, se apoderó de la riquísima túnica.

El ladrón estaba haciendo un paquete con su rico botín y guardándoselo, cuando le pareció que un monstruo espantoso se tragaba el mundo de pronto.

Al menos, esta fue la impresión del infeliz, que vio que todo se tornaba oscuro… oyó un ruido tétrico dentro de su cabeza… y cayó al suelo sin sentido.

Doc Savage levantó aquel montón inerte de carne y huesos.

Había sido su puño de hierro el que, cayendo sobre uno de los centros nerviosos del árabe, le había privado del sentido con una rapidez eléctrica.

Doc pensó que podría disfrazarse perfectamente utilizando el albornoz de su enemigo.

Savage no tardó más que unos segundos en ponerse y adaptarse el albornoz.

La prenda apestaba que confundía, pero la verdad, el momento no era para andarse en remilgos ni pequeñeces. Así, pues, se lo puso como si fuera un árabe auténtico.

Varios de los hombres de Mohallet, los que iban cerrando la marcha, miraron con cierta desconfianza a este hombre con albornoz que vino a unirse a la columna subrepticiamente.

Sin duda se habían dado cuenta de que su compañero se

quedaba un tanto rezagado, y hasta tal vez pensaban de un modo vago que este hombre parecía un poco más alto que su compañero.

Pero Doc empleó un procedimiento infalible para desechar las sospechas de aquellos hombres.

De debajo de su albornoz sacó una punta de la rica armadura de platino cogida a su enemigo, y los otros, al verla, sonrieron con larguísimas sonrisas de cómplices que se llaman a la parte.

De este modo sus leves sospechas, más bien fantásticas que reales, se desvanecieron vivamente. Todos comprendían perfectamente que un hombre puede abandonar una columna para hacer una ratería al pasar por un sitio a propósito…

Y la caravana siguió adelante sin que nadie se diera cuenta de que Doc Savage se había unido a ella.

Las calles, a consecuencia de su misma estrechez, estaban muy oscuras y además, Doc Savage mantenía muy echada hacia delante y bien pegada a su cabeza la caperuza del albornoz.

La caravana llegó al fin a un gran edificio tallado en la parte de la montaña que había horadado el pico de aquella, donde se había construido la Ciudad Fantasma.

Entraron en un largo anfiteatro abierto al aire libre. Esto era seguramente una especie de audiencia donde las autoridades de esta extraña ciudad habrían recibido al populacho en los días prósperos y venturosos.

Doc pudo obtener ahora uno de los datos más importantes que iba buscando.

Los prisioneros fueron encerrados en una especie de cámara cuya puerta comunicaba con este anfiteatro.

Doc iba en el grupo que conducía a Renny, Monk y los otros a la prisión.

El interior de esta, estaba alumbrado con antorchas.

Doc descubrió de pronto a la muchacha rubia. Por suerte, la linda joven no estaba, sino ligeramente herida.

En cambio, la mayoría de los prisioneros restantes estaban más o menos heridos. Pero todos podían tenerse en pie.

Una puerta de hierro cerraba la prisión donde estaban los prisioneros.

Mientras tanto, en el centro del anfiteatro se celebraba una conferencia del más vivo interés.

Mohallet no perdía el tiempo.

Poniéndose frente a frente del jefe de las Bestias Blancas, empezó a hablar en voz alta y recia, para que todo el mundo pudiera oírle. Pero sus hombres no entendían sus palabras, ya que Mohallet hablaba en el dialecto de los monstruos blancos.

Doc, en cambio, debido al esfuerzo que Mohallet hacia, para hablar lenta y abiertamente, entendía casi todo cuanto iba diciendo el jefe árabe.

—¡Ese hombre de bronce y los cinco camaradas suyos que le acompañan, son verdaderos demonios! —decía Mohallet—. Han cerrado la salida del río y por ende, de las marismas y los lagos al mar. Ya habréis observado todos que las aguas están subiendo, ¿eh? Pues bien: continuarán subiendo todavía, hasta que la ciudad y el mundo entero se vean anegados.

Mohallet exageraba mucho, como Doc comprendía, pero los salvajes blancos lo creían a pies juntillas. Así es que se elevó hasta el cielo un rumor de gritos y rugidos de protesta y de cólera, mezclados con amenazas contra Doc y sus compañeros.

—Es preciso que matéis al hombre de bronce —siguió diciendo Mohallet, cada vez más exaltado—. Solo entonces es posible que el río vuelva a correr bajo las montañas.

—¿Tú crees que el río corra otra vez si matamos al hombre de bronce? —preguntó el jefe de las Bestias Blancas.

—Pudiera ser, aunque no puedo asegurarlo —repuso Mohallet, prudentemente.

—¿Y tú crees que correría, si matáramos, no solamente al hombre de bronce, sino también a sus cinco ayudantes y a todos nuestros prisioneros?

—Probad y lo veréis —repuso Mohallet, con innoble sangre fría —. Pero te repito que ya no puedo garantizarte nada en concreto.

—¿Te parece que empecemos los sacrificios inmediatamente? —siguió preguntando el asombrado jefe de los monstruos—. El lago ha subido mucho y mi pueblo se siente muy intranquilo e inquieto. Todos creen que esta subida de las aguas es una maldición que pesa sobre nosotros por habernos apoderado de esta ciudad.

—¡Tonterías! —repuso vivamente Mohallet, alarmado—. La verdadera maldición es ese metal blanco con que os habéis puesto en contacto. Es preciso que os desembaracéis de él enviándolo a un

sitio donde no os pueda, tocar ni contaminar nunca más a ninguno de vosotros.

Hizo una pausa, para que los otros comprendieran y se fijaran bien en aquellas últimas palabras, y luego continuó:

—Es preciso que ordenes que tus hombres reúnan todo el metal blanco que haya en la ciudad y que los envíes lejos, hacia el desierto, en dirección al Sur… a un sitio donde yo mismo te indicaré.

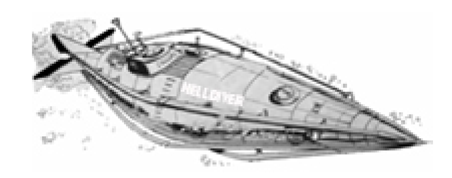
Observando atentamente, Doc comprendió que estos ignorantes monstruos blancos serían muy capaces de obedecer la ridícula orden del astuto Mohallet.

No hay que decir que tal orden no era otra cosa que una añagaza del astuto jefe árabe para hacerse transportar el platino de la Ciudad Fantasma hasta un sitio cercano a la costa.

—Pero antes que nada —continúa diciendo Mohallet—, debes capturar al hombre de bronce y matarlo.

Entonces, disimuladamente, sin ser visto ni observarlo por nadie, Doc Savage se acercó a la puerta de la prisión donde estaban encerrados los prisioneros y donde había un hombre de centinela. Y de un puñetazo demoledor le hizo caer al suelo redondo, sin proferir el más leve grito.

XXI
Balsas de camellos



Un empellón de su poderoso hombro hizo que la puerta se abriera de par en par. Doc se adelantó entonces unos pasos y llamó en un tono vivo, a media voz:

—¡Monk!… ¡Renny!… ¡Pronto, venid, camaradas!…

Y enseguida repitió las mismas palabras en el dialecto de los habitantes de la Ciudad Fantasma.

Los prisioneros empezaron a acercarse a la puerta; el primero de todos fue Renny, el de los grandes puños.

Los otros venían detrás. Más tarde empezaron a surgir mujeres y niños, mucho más numerosos que los hombres.

La puerta, por la que había tenido acceso al anfiteatro estaba cerca, a pocos metros.

La conducta de Doc Savage al poner en libertad a los prisioneros no había sido tan aturdida ni tan poco pensada como pudiera parecer a primera vista.

Él había calculado que si los prisioneros conseguían traspasar aquella puerta, había una gran probabilidad de que pudiesen recobrar su libertad, escapando de la Ciudad Fantasma.

Además de esto, Doc tenía la certeza de que el infame Mohallet acabaría convenciendo a las Bestias Blancas para que empezasen a matar a sus prisioneros inmediatamente.

Gritando con todas sus fuerzas, al darse cuenta de lo que ocurría, Mohallet y sus hombres corrieron para detener a los

fugitivos.

Y algunos de los secuaces de Mohallet esgrimieron armas, las pistolas ametralladoras arrebatadas a los camaradas de Doc Savage, y que este mismo había inventado y perfeccionado.

De haber sabido manejar los árabes aquellas armas terribles, la lucha habría terminado desastrosamente en pocos segundos.

Pero las pequeñas ametralladoras tenían una gran fuerza de retroceso al dispararse, lo cual hacía necesaria una larga experiencia si quería un tirador servirse bien de ellas y hacer blancos.

Así, pues, ahora, al ser disparadas, las pistolas ametralladoras danzaban por todos lados y no obedecían a los que intentaban manejarlas.

Doc y sus cinco camaradas, atacando furiosamente a los enemigos, aumentaron la confusión de la batalla. Esos seis hombres habían pasado su vida en medio de violencias y combates feroces.

La superioridad del enemigo no les arredraba. Monk se jactaba a veces diciendo que él luchaba mejor contra cincuenta hombres que contra dos, porque así podía golpear a varios a la vez y además, entre ellos mismos los enemigos se mataban.

—¡No os dejéis cortar las retirada! —aconsejó Doc—. ¡Manteneos por aquí!…

Pero, haciendo precisamente todo lo contrario de lo que acababa de recomendar, Doc Savage se lanzó al centro mismo de sus enemigos.

Uno de los árabes, que manejaba una ametralladora, vio que Doc se le venía encima, e intentó huir.

Pero antes de que hubiera andado una docena de pasos se vino al suelo, abatido por unos puños de acero.

Doc se apoderó inmediatamente de la ametralladora e inmediatamente disparó, apuntando al suelo.

La bala fue rebotando contra las losas del anfiteatro y Doc comprendió que el arma estaba cargada con proyectiles de los que producían el sueño instantáneo a quien tocaban.

Luego Doc se dispuso a hacer fuego, ya seguro de que el arma no causaría la muerte de sus enemigos.

El último de los moradores de la Ciudad Fantasma había conseguido ya transponer la puerta del anfiteatro.

—¡Muy bien! —gritó entonces Doc a sus cinco camaradas—, ¡salgamos nosotros también!

Esperó que sus cinco compañeros hubieran salido ante él, y solo entonces se decidió a pasar el umbral, cerrando la puerta de golpe a sus espaldas.

Antes de llegar a la muralla Este de la Ciudad Fantasma los fugitivos solo tuvieron que rechazar dos ataques de los enemigos.

Se habían tropezado con pequeños grupos a los que la certera puntería de Doc, con la pistola ametralladora, puso rápidamente en fuga.

Doc Savage llevada todavía el albornoz robado al árabe. Era un albornoz excelente. Rasgándolo en tiras, Doc pudo formar una especie de cuerda lo suficiente fuerte para permitirles irse deslizando uno a uno hasta llegar al suelo.

Después, poniendo en ejecución un plan que ya había formado antes mentalmente, Doc dirigió el grupo de fugitivos en dirección al Este, torrente abajo.

Detrás de ellos salieron todos los que estaban en la Ciudad Fantasma.

Renny volvió sobre sus pasos, yendo al encuentro de Doc, y le dijo:

—Hemos oído ahí no pocas conversaciones, que nos han demostrado por qué tenía Mohallet tanto interés en venir a la Ciudad Fantasma, ¿sabes?, la Ciudad Fantasma está infestada de platino. Debe haber alguna mina muy importante de ese rico metal cerca de aquí. Y Mohallet, naturalmente, aspira a llevarse todo el platino.

—Ya lo sé —le repuso Doc—. Mohallet encontró una pulsera de platino en una muñeca de Ja.

—¿Quién es Ja? —preguntó vivamente Renny.

—La muchacha rubia… Ese es su nombre.

—¡Oh! ¡Oh! —rio de buena gana Renny ahora—; ¿de modo que ya nos llamaremos por el nombre propio y todo, eh? ¡Muy bien, muy bien!…

—Es que si esa muchacha tiene apellidos, se ha olvidado de decírmelos —repuso Doc Savage, no poco turbado.

La caravana llegó poco después a un sitio, cerca de la orilla del río, donde estaban las primeras pieles de camello hinchadas de aire

que se utilizan como barcas o balsas en el país.

Junto a ellas se veían remos o picas, construidos de madera cruda, muy dura.

Bajo la dirección de Doc, las extrañas balsas fueron echadas al agua.

Algunas de las pieles fueron abiertas y llenadas en parte de agua. Estas se pusieron sobre otras que estaban intactas. De este modo llevaban con ellos gran cantidad de agua potable para el viaje.

—¿Y qué vamos a hacer para procurarnos víveres? —preguntó Monk.

—En el desierto abundan los camellos salvajes —contestó Doc—. Lo más importarte aquí es el agua.

—¡Filetes de camello!… ¡puah! —protestó Monk, haciendo un gesto de asco y repugnancia—. Una vez los comí. Y os juro que la única diferencia que hay entre un filete de camello y una tabla, es que no me clavé ninguna astilla en la lengua.

—Sí tuvieras todavía a tu famoso cochinillo, *Habeas Corpus*, podrías comértelo —dijo Ham, riendo.

—¿Y qué fue de tu cerdito, Monk? —preguntó Doc, interesado.

—La última vez que lo vi iban persiguiéndolo tres de esos amigos nuestros, los monstruos peludos, entre unas rocas. Ya no lo he vuelto a ver —Y añadió, alegremente—: Pero tengo la certeza de que no lo alcanzaron.

Empezaron a embarcarse.

Monk, empuñando unos remos con aire superior y desenvuelto, logró eclipsar y vencer al elegante Ham, que estaba procurando llevar a Ja como pasajera; pero Ja subió en la balsa de Monk.

De todos modos, el feísimo químico empezó a encontrar desde el primer instante, grandes dificultades para maniobrar y dirigir la pesada y primitiva embarcación.

Solo conseguía hacer a la balsa describir círculos y más círculos hasta que Ja, sonriendo débilmente, cogió uno de los remos, demostrando a su compañero cómo se hacía avanzar a la balsa en línea recta a lo largo de un curso estrecho de agua.

Gracias a lo rudísimo del terreno en las cercanías del río, los fugitivos consiguieron mantenerse a distancia de sus perseguidores.

Al llegar al lago, Doc dirigió la expedición hacia la boca del

túnel bajo el cual desaparecía el río.

—No podremos pasar por ahí —dijo Monk en tono pesimista—. Piensa, Doc, que el túnel debe estar ahora completamente invadido por las aguas.

—Es que por ahí es por donde estaríamos más cerca de la costa —repuso Doc Savage.

Ya habían avanzado unas dos o tres millas cuando, de pronto, en una revuelta del río apareció a lo lejos y a espaldas de los fugitivos, otra balsa de pieles hinchadas de camello. Las Bestias Blancas, por lo visto, tenían una reserva de estas pesadas y primitivas embarcaciones.

Pero los perseguidores no ganaban terreno. Ni tampoco renunciaban a la persecución.

Doc Savage, acercando su balsa a la de Monk, que iba de las últimas, entabló una animada conversación con Ja.

—¿Cómo consiguió llegar tu pueblo a este país la primera vez? —preguntó a la muchacha rubia.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta —contestó la linda joven—. Solo existe una leyenda de nuestros antepasados más remotos.

—¿Y qué leyenda es esa?

—Verás: es una leyenda que dice que hace un infinito número de años, el río no corría bajo tierra, sino que se deslizaba entre las montañas hasta el mar.

—Mis antepasados llegaron al país remontando este río y construyeron la Ciudad Fantasma, tallando y vaciando la montaña de peña viva, prefiriendo hacerlo así a tener que acarrear piedras y losas.

—Y allí vivieron durante muchas generaciones, explotando la mina de ese metal blanco, hasta que un día las aguas del río empezaron a correr por el túnel, desapareciendo a la vista.

—Y a partir de entonces, nadie podía llegar hasta el mar, a causa de las tribus de salvajes que viven en las montañas y en el desierto.

Esta leyenda pareció a Doc bastante verosímil.

Para que Monk lo entendiera, Doc tradujo las palabras de la muchacha.

—¿De modo que esas gentes vivían aquí explotando la mina de platino, Doc? —preguntó Monk, interesado—. Pero, escucha. Doc:

¿cómo vamos a obtener nosotros nuestra parte en ese platino?

—Más te valía preocuparte de la manera cómo vamos a salir de aquí vivos —repuso Doc, sonriendo levemente—. De todos modos, el platino pertenece a este pueblo, a los habitantes de la Ciudad Fantasma que vienen con nosotros.

Y señaló con un gesto a las pobres gentes que iban en las balsas, delante de ellos.

Ja le dijo a Doc Savage:

—Si tú quieres el platino, mis compatriotas te lo darán alegremente, como recompensa de haberles salvado de las garras de las Bestias Blancas.

Al traducir Doc las palabras de Ja a su camarada Monk, este sonrió. Pero Doc no dejó vislumbrar sus sentimientos en gesto alguno, cosa que desoló a la hermosísima muchacha rubia.

La noche continuaba transcurriendo interminablemente.

El agua potable, a pesar de su gusto a producto químico, era racionada con gran parsimonia. Los hombres se relevaban en los remos, por turnos.

—¿Por qué no atravesamos las marismas y seguimos el camino a través de las montañas? —preguntó Ja.

—Porque nuestros queridos amigos que vienen persiguiéndonos, nos alcanzarían pronto —le contestó Doc Savage con ironía.

La aurora del nuevo día no estaba ya lejos cuando Doc dirigió su pequeña flotilla hacia, tierra.

Johnny, manejando un remo con sus brazos huesudos incansablemente, miró en torno suyo, dándose cuenta del sitio donde estaban. Entonces dijo:

—¡El submarino se hundió aquí, precisamente! Lo recuerdo muy bien.

Doc Savage, con una maravillosa precisión, hija, de su excelente memoria y de su gran poder de observación, detuvo su balsa encima mismo del sitio donde estaba hundido el *Helldiver*.

Y sin pronunciar una palabra, se arrojó al agua, desapareciendo.

El submarino estaba, a una profundidad aproximada de unos treinta pies.

La escotilla principal, que conducía a la cámara del control y la sala de máquinas estaba abierta, obstruida en ciertos sitios por broza y arena del río.

Pero Doc consiguió pasar a través de ella. En un pequeño camarote de acero, encontró tres rifles de gran alcance, en un estuche metálico. Los rifles estaban intactos. Los cogió entre sus rodillas, y los subió a la superficie, entregándoselos a sus camaradas, diciendo:

—Como es natural, estos rifles alcanzan mucho más que las pistolas ametralladoras. Utilizadlos para mantener a distancia a nuestros enemigos. Podéis disparar escogiendo como blanco preferente las pieles de camello hinchadas de las balsas enemigas, —¿comprendéis?

Renny cogió uno de los rifles, empezando enseguida a arreglar la mira del arma. Después hizo un simple disparo, no hacia sus enemigos, sino apuntando a una piedra de la orilla, muy distante, para calcular el alcance de las balas.

Luego disparó, apuntando cuidadosamente contra uno de los pellejos de camello hinchados del enemigo. Después de Doc, Renny era el mejor tirador del grupo de amigos y camaradas de Savage.

Un rumor de gritos y de voces, llegó a ellos desde el distante enemigo. Y se vio a varios chapotear y agitarse en las aguas saladas. Renny había agujereado los pellejos de camello de la balsa, con su tiro certero.

Cuatro o cinco disparos más de Renny, obligaron a la flotilla enemiga, a hacer alto, desconcertada y aterrada.

El enemigo abrió el fuego con las pistolas ametralladoras robadas a los camaradas de Doc, pero las balas quedaban cortas, cayendo al agua inútilmente. Doc Savage se lanzaba al agua una y otra vez, bajando hasta el submarino y volviendo a surgir en la superficie.

En cada viaje sacaba, infinidad de cosas necesarias y útiles; primero armas y municiones; luego, latas y botes de conservas que no habían sido estropeados por el agua, más tarde cajas y objetos extraños…

—¿No hay probabilidad de poner el submarino a flote? —preguntó Renny a Doc.

—No vale la pena intentarlo —repuso Savage.

—¿Cómo están las baterías eléctricas?

—Algunas están inútiles a causa del agua salada —repuso Savage—. Pero la mayoría de las pilas, que sabéis están encerradas

en compartimientos impermeables, y cuyas salidas de aire se cierran automáticamente para ser resguardadas del agua, se conservan todavía en buen estado.

—En ese caso, si conseguimos sacarlas a flote, todavía servirán —dijo Renny.

—Muy bien. Pero para ello necesitaríamos grúas muy potentes y tanques flotantes, para poderlas sacar, y todo ello nos falta de momento aquí.

Doc volvió a sumergirse, volviendo a la superficie poco después, trayendo una caja impermeable.

Renny y los otros miraron el contenido de la caja misteriosa, muy intrigados.

Doc había, traído consigo numerosos aparatos a bordo del *Helldiver* cuando emprendieron el viaje, muchos de los cuales eran un verdadero misterio para sus propios camaradas. Y lo que sacó ahora de la caja impermeable, era uno de aquellos aparatos misteriosos.

Doc no quiso perder tiempo en dar a sus amigos explicación alguna, y colocó la caja, con sumo cuidado a bordo de su balsa.

—¡Vamos! —ordenó brevemente.

Ya era hora de reemprender la marcha, porque los hombres de Mohallet y las Bestias Blancas, se habían agrupado formando un lejano semicírculo, manteniéndose de todos modos fuera del alcance de los rifles.

Algunos habían saltado a tierra y corrían por la orilla, con el propósito de hacer fuego contra el enemigo, escondidos detrás de las rocas.

Doc se dirigió ahora hacia la mayor y más agreste de las islas situadas a la entrada del cañón del río, cerca de donde este iniciaba su curso subterráneo.

Poco antes de llegar a la entrada del cañón, Monk dirigió de pronto su balsa hacia la orilla.

Desembarcó, y echó a correr, registrando entre las rocas, y poco después volvía, trayendo en brazos a su famoso cochinillo, *Habeas Corpus*.

Empezó a remar, llevando al cerdito sobre la balsa.

—¡Andaba por aquí, esperando que le recogiéramos para que Ham pueda darle el beso prometido! —dijo Monk, sonriendo y

señalando al cerdito de las orejas enormes.

Poco después llegaban al islote sin más novedad.

El sol, como un disco sangriento y ardoroso, empezaba a surgir por el horizonte cuando ellos desembarcaron.

XXII
El torrente



Bajo la dirección de Doc Savage, sus cinco hombres tomaron posiciones, estableciéndose en diferentes puntos de la islilla, a distancias regulares.

Los cuarenta o cincuenta individuos rescatados por Doc Savage en la ciudad labrada en la roca, resultaban inútiles en el manejo de las armas de fuego, y solo servirían para el caso en que se entablara un combate cuerpo a cuerpo con el enemigo.

Desde aquel momento, la atmósfera diáfana de la mañana, se vio turbada a cada instante por los disparos de los rifles, o los lejanos de las pistolas ametralladoras.

Pero las pistolas ametralladoras, que manejaban los hombres de Mohallet, no causaban a la partida de Doc daño alguno, ya que las balas quedaban cortas.

Las orillas del cañón eran alcanzadas fácilmente y quedaban bajo el fuego de los rifles de los hombres de Doc; en cambio el enemigo no podía contestar con un fuego eficaz al ataque.

Las laderas del cañón, para colmo de ventajas de la parte de Doc y los suyos, eran muy abruptas y empinadas, imposibles de escalar. Así se hacía imposible de todo punto desembarcar y llevar las balsas más abajo de la isla, por parte del enemigo.

—¡Estamos instalados con todo confort y comodidad! —exclamó Monk, riendo, e interrumpiendo por unos momentos su tarea de enseñar a *Habeas Corpus* a dar la mano.

—¡Oh, hasta que se nos acaben el agua y las provisiones! —le contestó Long Tom, en el mismo tono—. ¡Escucha, Monk: voy a dar una vuelta por aquí, a ver si encuentro algo con que cebar a tu cochinillo! Porque si lográramos engordarle, nos lo comeríamos.

—¡Oh, no, de ninguna manera! —opuso Monk vivamente—. ¡Antes consentiría que me comierais a mí que al cerdito!

—¡Es una gran idea! —dijo al vuelo Ham, divertido.

Ham, por una vez en su vida, iba sin su famoso bastón de estoque. Sus raptores se lo habían arrebatado. Por suerte, la falta del querido bastón no le quitaba el buen humor.

Monk, riendo a su vez muy alegremente, empezó a hablar a la muchacha rubia por medio de los dedos.

Ham se quedó observándolo con gran curiosidad al principio, y luego dando muestras de una sorda cólera. Hasta que al fin estalló:

—¡Tú, monstruo asqueroso: ya le estás diciendo a la muchacha rubia la mentira esa de siempre de que yo tengo mujer y trece hijos!

Los dos eternos enemigos se miraron torva y amenazadoramente. Un espectador habría tenido que pensar que iban a llegar a las manos y a despedazarse.

La lindísima Ja lo pensó así sin duda alguna. Y se dispuso a escapar de aquellas inmediaciones y dejarlos solos.

En efecto, levantándose, corrió hasta el sitio donde estaba Doc Savage. Este, llevándose su misteriosa caja impermeable, se había alejado solo.

Ja encontró a Doc en un sector de la isla que era muy rocoso.

Había abierto su caja misteriosa, sacando de ella una serie de aparatos complicados y extraños. Tubos, baterías y serpentines se veían por doquier.

Y una gran pieza del mecanismo, aparecía fijada en una parte de la roca.

Doc llevaba puestos unos auriculares.

Doc parecía no ver la belleza arrebatadora de la joven, ni darse cuenta de los astutos propósitos de seducción de la muchacha. Sencillamente, no quería halagarla ni animarla a que siguiera por aquel camino.

Y tuvo que dominar un impulso de decirle a la joven que fuera a hablar con Monk y a envolverlo en las redes de sus encantos, ya que Monk siempre acogía con entusiasmo la presencia de cualquier

mujer joven y bonita.

Ofendida y disgustada, Ja se volvió dispuesta a marcharse.

Pero Doc la llamó, diciéndole:

—Haz el favor de ir a decir a todos que guarden silencio y no se muevan durante unos minutos. Diles que han de estarse completamente quietos, sin hablar ni producir el más leve ruido. Y, desde luego, que suspendan el fuego también durante ese tiempo.

La muchacha asintió vivamente y partió a cumplir su misión. No comprendía el propósito de Doc al dar aquella orden.

Pero no fue ella sola la que se mostró sorprendida y extrañada por ello: los otros tampoco entendieron lo que Doc pretendía al dar aquella extraña orden.

La jornada transcurrió sin que se produjera acontecimiento alguno de importancia. Mohallet y sus aliados parecían haberse echado a dormir.

Parecía evidente que habían intentado descender hasta el submarino, para coger armas; pero no habían conseguido su propósito. Al fin llegó la noche, y el cielo volvió a ser un espejo azul, rutilante de estrellas y alumbrado por la luz intensísima y mágica de una luna de plata.

—Pues, la verdad —dijo, de pronto, Monk—, no comprendo lo que hacemos aquí. Si queréis que os diga mi opinión, os diré que lo más probable es que caigamos en manos de Mohallet y de su gente.

—¡Pues exprímete los sesos, hombre! —le contestó Renny.

—¿Por qué pides un imposible, Renny? —intervino Ham—. ¡Ya sabemos todos que Monk no tiene sesos!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Monk a Renny, sin hacer caso de la indirecta de Ham.

—Quiero decir que Doc debe tener algún plan que le obliga a tenernos aquí —repuso el interfecto.

—¡Pero, diablo, aunque quisiéramos, no podríamos marcharnos! —insistió Monk.

—Pues yo os apostaría cualquier cosa a que Doc sabe cómo sacarnos del apuro.

—Pues yo no lo veo, la verdad —dijo Monk.

Ham intervino:

—¡A ver! ¿Hay alguien que pueda darle al gorila un trastazo en la cabeza a ver si se duerme de una vez, señores?

Monk se irguió indignado, diciendo:

—¡Diablo, todavía no has dado el beso prometido a mi cochinillo! ¡Ahora mismo se lo vas a dar!

Y el feísimo químico se puso en pie, y cogiendo el cochinillo, se dispuso a saltar sobre Ham y obligarle a que cumpliera, lo prometido.

—¡Quieto! —gritó la voz de Doc, desde lejos.

Un silencio absoluto se hizo enseguida. Nadie se movió ni habló.

Habían estado guardando silencio y sin moverse a intervalos durante todo el día, sin que nadie comprendiera la razón de ello.

Nada había ocurrido en toda la jornada, como antes decimos.

La voz de Doc gritó de pronto, a lo lejos:

—¡Muy bien! ¡Eh, todo el mundo a las balsas, pronto!… ¡Haced todo el ruido posible!… Gritad… Es preciso que el enemigo se acerque hasta que podamos hablar con ellos.

Sus enemigos, evidentemente, vieron cómo era lanzada al agua la primera balsa de piel de camello hinchada. El mismo Mohallet remó hasta acercarse a una distancia desde la que podía hablarse a voces.

Entonces Mohallet gritó, en árabe:

—¡Sí os rendís, os respetaremos la vida!:

—¡No nos rendimos! —contestó Doc con su potente y sonora voz —. Nos marchamos tranquilamente de aquí. Y si intentáis seguirnos, encontraréis la muerte sin duda alguna. ¡Esto un aviso!

—¡*Wallah*! —gritó Mohallet—. ¡Mentira!… ¡Intentad escapar, y os alcanzaremos pronto y os daremos la muerte!

—¡Pues intentad perseguirnos, y moriréis! —replicó Doc vivamente y en tono de desafío.

—Estás perdiendo el tiempo, intentando convencer a ese bruto —le dijo Johnny, jugando con sus lentes.

—Mucho me lo temo —repuso Doc Savage—. De todos modos, ya está avisado.

Mientras tanto, todas las balsas habían sido echadas al agua.

Doc subió en la última, y remó con fuerza. Esta vez no llevaba con él a la hermosa Ja.

—¿Pero adónde vamos? —preguntó Long Tom.

—A la otra islilla…, a esa islilla rocosa —repuso Doc Savage.

—¡Por el Buey Apis! —rugió Renny—. En esa isla no parece

haber abrigo ni refugio alguno. ¡Ahí nos atraparán enseguida!

—¡Remad con más fuerza y más deprisa! —ordenó Doc Savage —. ¡Quizá os parezca que no tenemos prisa, pero os equivocáis!

La joroba rocosa de la isla que surgía por encima de las aguas, y hacia la que ellos dirigían, estaban a media milla de distancia, tal como Doc les había indicado.

A sus espaldas, un hervidero de balsas de piel de camello, se había lanzado en persecución de los fugitivos.

A gritos, Doc les indicó que se volvieran.

Le contestó un coro de voces coléricas y de juramentos. Mohallet y sus secuaces, así como sus aliados, creían que llegaba la etapa final de la persecución, y que pronto se apoderarían de todos sus enemigos.

Cuando la partida de Doc se llegó a la altura de la segunda islilla, sin que hubiera ocurrido nada de particular, los hombres de Doc cambiaron sendas miradas de extrañeza, como si se vieran metidos en un verdadero callejón sin salida.

Las balsas de sus enemigos, se acercaban, intentando rodearles.

Bordeando las orillas en sombra, se acercaban cada vez más, hasta llegar a estar a tiro de fusil. El cañón se estrechaba cada vez más.

Las balas empezaron a rebotar contra la roca de la islilla, dejando leves manchas grises.

Los hombres de Doc contestaron al ataque abriendo también el fuego y disparando con todo cuidado, para que no se perdieran los proyectiles.

Su punto de mira preferido era naturalmente, las balsas flotantes del enemigo.

Renny rugió, en tono apurado:

—¡Esto marcha muy mal! ¡A menos que ocurra algo!…

Pero Doc le interrumpió, diciendo:

—¡Ahora va a ocurrir! ¡Mirad el agua!…

Renny se puso en pie, para mirar a la superficie del río con más facilidad.

Sus ojos se agrandaron enormemente, y luego hizo su movimiento favorito de frotar uno contra otro sus enormes puños.

De pronto, gritó, con una fuerza tan grande que la voz pareció chocar violentísimamente contra las altas paredes del cañón.

—¡Oh, el agua corre, señores, el agua se mueve!…

Era verdad.

El río había empezado a correr de nuevo, lentamente al principio, con creciente velocidad después.

Al fin aparecieron pequeñas olas y ondas sobre el agua, y luego se oyó un lejano rumor de las aguas al precipitarse en el túnel.

—¡Oh, por lo visto, la boca del otro lado del túnel se ha abierto! —gritó Ham a su vez—. ¡Debe haber sido ahora mismo!

Doc le contestó vivamente:

—¡Nada de ahora mismo; el fenómeno ha ocurrido hace ya bastante tiempo!

Lo que ocurre es que el movimiento de las aguas nos ha alcanzado aquí en este momento.

—¿Cómo lo sabes tú? —preguntó Ham, con vivo interés.

—Por medio del aparato que he estado utilizando todo el día —le contestó Doc Savage—: Se trata, sencillamente, de un poderoso amplificador de sonidos, para percibir los ruidos terrestres a distancia. EL principio de este aparato, es el mismo que el de los sismógrafos de los observadores que registran los terremotos a distancia, utilizando, además, micrófonos muy sensibles y amplificadores para los auriculares. Así pude yo saber en qué momento la barrera que obstruía el túnel del río, había cedido a la presión creciente de las aguas acumuladas, y cuándo empezaba a correr el agua a través de la abertura, como antes de la catástrofe.

Ham reflexionó.

—¿Pero cómo sabías tú que la barrera del río iba a ceder, Doc? —preguntó.

—Recuerda que estuve algún tiempo reflexionando sobre ello —repuso Savage—. La barrera, era lógico que no fuera excesivamente fuerte para resistir una gran presión de las aguas. En la barrera habrían de existir hendiduras y grietas más o menos importantes, que permitirían el paso del agua; estas grietas se irían agrandando y el agua royendo la muralla de tierra y de piedras, hasta hacerla reventar. Era cuestión de tiempo. Yo ya había calculado que hubiéramos podido permanecer incluso varios días en la otra isla, si la barrera no cedía, hasta que se produjera el fenómeno.

De pronto cesó la charla.

Y Doc y Ham quedaron observando a Mohallet y sus secuaces y

aliados, que continuaban intentando acercarse.

El río se había convertido en una especie de torrente infernal.

Mohallet y casi todos los otros enemigos estaban a bordo de las balsas de piel de camello.

Y las balsas estas eran unas embarcaciones demasiado toscas y rudimentarias para poder luchar ventajosamente contra la fuerza bruta de la corriente, que iba en aumento por instantes.

Una espuma que iba aumentando en espesor, flotaba por encima de las aguas rugientes. Un oleaje que también crecía, sacudía la superficie sin tregua.

A la entrada del túnel por donde iban desapareciendo las aguas con creciente velocidad, se abrían grietas y ranuras, que pronto se convertían en hendiduras enormes, donde las aguas y el aire producían un rumor infernal.

Junto a la boca misma, que parecía la del averno, se formaba un remolino que agitaba las aguas y todo lo que flotaba en ellas.

Impotentes para luchar contra la velocidad y el impulso irresistible de las aguas, Mohallet y sus compañeros de balsa fueron los primeros que se vieron arrastrados hacia la boca trágica del río, hacia el remolino mortal.

Y tal era la fuerza chupadora de aquellas aguas alborotadas, que la balsa y sus ocupantes desaparecieron, tragados por la garganta insaciable, en pocos segundos.

—¡Ahora ya no se salvará! —dijo Monk.

La voz de Monk no parecía entristecida. Estaba endurecida por muchos años de violencias y muertes. Además, nadie se había merecido tanto como Mohallet una muerte violenta y trágica.

Pronto otras balsas de los árabes fueron también tragadas por el remolino insaciable, con todos sus ocupantes.

Los que tripulaban las otras balsas, intentaban, gritando y vociferando, aterrados, remar y marchar contra la corriente, pero sus esfuerzos resultaban tan inútiles y vanos como los de un hombre que hubiera intentado remar contra la corriente del Niágara valiéndose de un palito de dientes. Casi todos ellos, unos tras otros, fueron devorados por el remolino o por la boca insaciable del río.

Algunos, sin embargo, lograron llegar hasta la islilla donde estaban refugiados Doc y sus compañeros, y no hay que decir que los que lograban arribar a la isla, se rendían y entregaban

prontamente todas sus armas, muy contentos de poder hacerlo para conservar en cambio su vida.

De la terrible horda que iba en persecución de Doc y su gente, solo lograron salvarse una veintena que habían quedado en tierra y los pocos que habían conseguido arribar a la islilla rocosa.

Habían encontrado la misma suerte que solía salir al encuentro de los enemigos de Doc Savage. Muchos de ellos habían muerto en circunstancias parecidas, es decir, siendo víctimas de alguna emboscada que los propios enemigos de Doc habían tendido para matar al hombre de bronce y a sus camaradas.

Durante toda la noche, el terrible torrente estuvo rugiendo insaciable.

Tardó mucho tiempo en apreciarse que las aguas de las marismas y los lagos empezaban a descender de nivel.

Había una gran cantidad de agua que tenía que ser arrastrada, ya que las marismas y los lagos de esta región, eran alimentados a su vez por los de otras regiones que estaban a mayor altura.

Al amanecer, se empezó a notar que las aguas descendían, por la gran cantidad de broza y residuos salinos que quedaban en las orillas y que pronto, bajo la acción de este sol de fuego, se convertirían en trozos blanquísimos de sal.

Al llegar la noche, las aguas del río marchaban mucho más lentas y pausadas.

Ya no descendería el río mucho más de nivel.

Y pronto Doc y su gente podrían aventurarse en el río, navegando en la dirección que quisieran, sobre las balsas de piel de camello.

Doc dejó pasar otras cinco horas todavía, para tener la certeza de que no correrían ningún riesgo.

Al fin dio la orden de que fueran echadas las balsas al agua, y empezaron a remar río arriba.

Los enemigos que habían conseguido llegar a la islilla rocosa, fueron dejados allí. Si querían, podían ganar a nado la orilla y unirse a sus camaradas.

El jefe de las Bestias Blancas y los más feroces y terribles de sus guerreros habían perecido, tragados por el remolino y la boca del río.

El poder de los salvajes, pues, había perdido toda su eficacia y

estaba en ruinas.

Pronto llegaron al sitio donde estaba, hundido el *Helldiver*.

—¡Diablo! —explotó Renny, de pronto—. ¡Tenemos buena suerte!

Era verdad. Las aguas del río al bajar enormemente, habían dejado al descubierto toda la cubierta del submarino.

—Lo único que tenemos que hacer ahora es abrir las escotillas y vaciar el submarino de agua —dijo Renny—. Entonces flotará por sí mismo. Y si no lo hiciera, será cosa muy fácil ponerlo a flote por medio de cables y maromas.

Monk preguntó a Doc entonces:

—Oye, Doc, ¿crees tú que podremos salir con el submarino, río abajo, como entramos?

—Sin duda alguna —repuso Savage—. Porque por la velocidad con que las aguas han salido por el túnel, puede afirmarse que el túnel y el lecho subterráneo del río estarán completamente limpios.

Monk sonrió, al tiempo que miraba a la hermosa Ja, y dijo:

—¡Perfectamente! Pondremos el submarino a flote, y nos llevaremos a los compatriotas de Ja, con nosotros.

—Quizá ellos prefieran quedarse aquí —dijo Doc Savage.

Se celebró una conferencia. Y, como consecuencia de ello y con infinito disgusto por parte de Monk, resultó que Ja y sus compatriotas prefirieron quedarse en su ciudad tallada en la piedra.

—Esta es su patria —dijo Renny, en tono pensativo—, y quizá estas gentes no se alegrarían de marcharse de aquí.

Luego se decidió dejar en la Ciudad Fantasma numerosas armas de fuego y municiones, después de instruir en su manejo a los habitantes. Esto les serviría de garantía en el porvenir contra cualquier nuevo ataque por parte de las Bestias Blancas.

***

Doc no había tomado parte en la conferencia.

Había echado al agua una de las balsas de cuero de camello y había ido a examinar el submarino.

Por suerte, el casco estaba intacto.

Doc calculó que en pocas horas, podría ser puesto de nuevo a flote y en perfecto estado de llevarles de nuevo al seno de la

civilización.

Doc no podía tener idea ahora del sitio adonde se dirigirían después; pero quizá no iban a tener que salir de la patria en su próxima aventura. Lo más probable era que el azar les llevara hacia las costas del Oeste de los Estados Unidos, las costas roquizas y doradas del Pacífico.

Un pequeño trozo de marfil iba a ser la llave y el motivo que les iba a lanzar en un torbellino de peligros, de luchas y de muertes horribles. Un terror nuevo y espantoso iba a marcar su paso, terror que crecería y aumentaría sin cesar, hasta llegar a su colmo macabro en…

—¡LA BANDA DE ESQUELETOS!…

De pronto, la voz de Monk llegó a oídos de Doc.

—Oye, tú, vamos a ver si podemos conseguir que estas buenas gentes nos entreguen parte de aquel platino, y…

—¡Lo mejor que puedes hacer, Monk, es olvidarte del platino! —le contestó Doc Savage.

—¡Hum!… ¿Y por qué?

Doc, en vez de contestarle, se dirigió a la muchacha rubia, hablándole por medio del lenguaje de los dedos, a fin de que sus camaradas pudieran comprenderle y saber lo que le decía.

Doc le preguntó:

—Oye, tú llevabas una pulsera de platino cuando Mohallet te encontró la primera vez, ¿verdad? Bien, dime: ¿dónde encontraste tú o te dieron esa pulsera?

—Me la dio el extranjero que vivió con nosotros en nuestro país y que nos enseñó el lenguaje de los dedos —repuso la muchacha—. Era un estuche de reloj, que el extranjero lo fundió, convirtiéndolo en una pulsera y regalándomela después.

—¿Cómo? —exclamó Monk, vivamente ¿Un reloj? ¿Un estuche de reloj, dices? Entonces…

—Mohallet vio la pulsera —explicó Doc, interrumpiendo a su amigo—; que era de platino desde luego. Entonces preguntó a Ja si había en su patria mucho metal igual a aquel, y Mohallet cometió el error, fácil de explicar, de presumir que todo el metal ese era platino.

Monk tragó saliva y lanzó varias exclamaciones ahogadas antes de poder hablar. Al fin pudo decir:

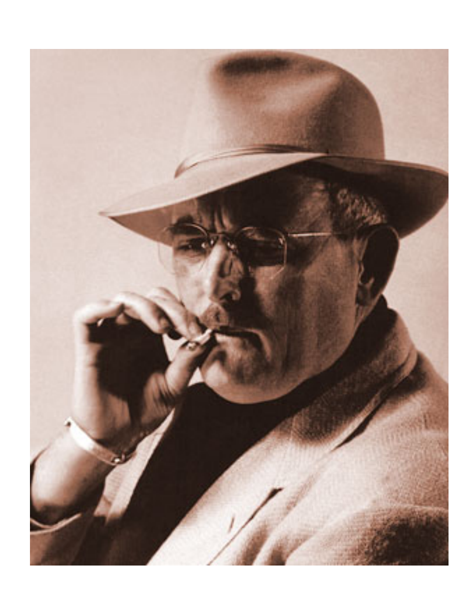
—¿Cómo? ¿Quieres decir que…?

—¿Tú no te fijaste bien en el metal de aquellas puertas, hombre? —preguntó Doc.

—¡Verás: me fijé lo suficiente, para cerciorarme de que el metal era blanco y brillante, semejante al platino! —repuso Monk, medio ahogándose—. ¿No lo era?

—¡No, hombre, no, no era platino! ¡Era plomo!… —repuso Doc, breve y secamente—. ¡El mismo plomo con el que tú fabricas las balas!

∞



LESTER DENT. (Missouri, EE. UU. 12/10/1904 - 11/03/1959). Nació en la casa de sus abuelos maternos. Era el único hijo de una pareja de granjeros que vivía en Pumpkin Buttes, Wyoming. Allí vivieron hasta que su familia dejó el rancho y el aislamiento de Wyoming y se mudó de nuevo a La Plata, cuando Lester estaba en octavo grado.

A los diecinueve años entró en un *business college* con la intención de hacerse banquero. En el otoño de 1924 con sus estudios ya finalizados, obtuvo un trabajo en la «Western Union» como telegrafista.

En Mayo de 1925 se mudó a Ponca City, Oklahoma, y comenzó a trabajar como telegrafista para la «Empire Oil&Gas Co». Conoció a Norma Gerling, y se casó con ella en agosto de ese mismo año. En 1926, Dent entró a trabajar para «Associated Press en Chickasha», mudándose posteriormente a Tulsa. Allí conoció a un compañero que había vendido una historia a una revista de *pulps*.

Dent comienza así una prolífica carrera.

«Top Notch Magazine» fue la primera revista en publicar una historia de Dent: *Pirate Cay* apareció en su número de septiembre de 1929. Poco después, Dent recibió un telegrama de «Dell Publishing»

ofreciendo pagarle el viaje a Nueva York e incluirle en plantilla.

Durante un tiempo trabajó para «Dell», aumentando su popularidad entre los demás editores.

Dent sintetizó el sistema que utilizaba para escribir este tipo de historias: Se trata de una fórmula, una trama principal genérica, aplicable (según él) a cualquier historia de género de 6000 palabras.

Solía escribir dos historia al mes y complementaba estos ingresos escribiendo además otras historias (ajenas a Doc Savage).

Durante la Depresión, ganaba ya al menos
18 000
dólares al año (unos tres millones de pesetas).

Lester adquirió un velero de 40 pies, al que bautizó como «*Albatross*», en el que tanto él como su esposa vivieron durante varios años. Navegaron por toda la Costa Este y por el Caribe.

Años después, Dent vendió el velero y se trasladó a Death Valley en busca de oro. Sus exploraciones en el Suroeste le procuraron ser miembro de honor del famoso «Explorers Club». A pesar de todo esto, su producción literaria continuaba creciendo. Finalmente, se «retiró» a La Plata, pese a lo cual continuó escribiendo. Durante su estancia en La Plata, se hizo socio de una empresa de fotografía aérea, ¡y jefe de *Boy Scouts*!

Doc Savage Magazine expiró de causas naturales en 1949, pero Dent continuó escribiendo (sobre todo relatos de misterio y westerns) hasta 1958. En Febrero de 1959 sufrió un ataque al corazón y murió el 11 de marzo de ese mismo año.